

EL GRUÑÓN MÁS INSOPORTABLE



LESLIE NORTH
USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

LOS HERMANOS LOCKHART

El jefe al que odio

El tirano de mis pesadillas

El gruñón más insoportable

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y hechos aquí descritos son producto de la imaginación y se usan de forma ficcional. Cualquier semejanza con personas, vivas o muertas, hechos o lugares reales es pura coincidencia.

RELAY PUBLISHING EDITION, MARZO 2026
Copyright © 2026 Relay Publishing Ltd.

Todos los derechos reservados. Publicado en el Reino Unido por Relay Publishing. Queda prohibida la reproducción o utilización de este libro y de cualquiera de sus partes sin previa autorización escrita por parte de la editorial, excepto en el caso de citas breves dentro de una reseña literaria.

Leslie North es un seudónimo creado por Relay Publishing para proyectos de novelas románticas escritas en colaboración por varios autores. Relay Publishing trabaja con equipos increíbles de escritores y editores para crear las mejores historias para sus lectores.

Diseño de portada de Book Brander.

Traducción de: María Elena Gil Alegría

www.relaypub.com



EL GRUÑÓN
MÁS INSOPORTABLE

SINOPSIS

Connor Lockhart es guapísimo, pero es un gruñón con menos encanto que una pared de ladrillos. Y, en un giro de guión inesperado, también es mi nuevo jefe.

Nuestro primer encuentro fue un desastre absoluto. Yo llegaba tarde a una mesa redonda en una convención sobre videojuegos y, mientras hacía cola para comprar un burrito, el tío delante de mí no dejaba de hacer preguntas sobre el menú como si estuviera en un restaurante de cinco estrellas. Le pedí que me dejara pedir antes que él, pero se negó. ¡Ni que le hubiera pedido su número de la seguridad social! Así que es posible que le tirase un bote entero de salsa superpicante encima de la comida.

Unos días después, resulta que ese pedante de los burritos es quien firma mis nóminas en la empresa de mis sueños.

Trabajo de ensueño, jefe de pesadilla. Él es un hombre imposible: frío, malhumorado y alérgico a las conversaciones casuales. Se diría que sonreír le causa dolor físico.

Sí, es increíblemente guapo y, cuando por fin aparece una sonrisa, es para desmayarse. Pero hay algo más debajo de ese ceño fruncido que me resulta demasiado atractivo. Y cuando su hija de nueve años se empieza a pelear con mi hermana pequeña, de la misma edad,

nos vemos obligados a establecer una tregua. Después viene un beso y, a continuación... un montón de sentimientos.

No quiero enamorarme del gruñón de mi jefe, solo quiero quitármelo de la cabeza.

Es una lástima que mi corazón tenga sus propios planes.

LISTA DE ENVÍO

Gracias por leer "El gruñón más insoportable"
(Los Hermanos Lockhart Libro 3)

*Suscríbete a mi boletín informativo para enterarte de los nuevos
lanzamientos.*

www.leslienorthbooks.com/espanola

ÍNDICE

1. [Eddie](#)
2. [Connor](#)
3. [Eddie](#)
4. [Connor](#)
5. [Connor](#)
6. [Eddie](#)
7. [Connor](#)
8. [Eddie](#)
9. [Connor](#)
10. [Eddie](#)
11. [Connor](#)
12. [Eddie](#)
13. [Connor](#)
14. [Eddie](#)
15. [Connor](#)
16. [Eddie](#)
17. [Connor](#)
18. [Eddie](#)
19. [Eddie](#)
20. [Connor](#)
21. [Eddie](#)
22. [Connor](#)
23. [Eddie](#)
24. [Connor](#)
25. [Eddie](#)
26. [Connor](#)
27. [Eddie](#)
28. [Connor](#)
29. [Eddie](#)
30. [Eddie](#)
31. [Connor](#)
32. [Eddie](#)

- 33. [Eddie](#)
- 34. [Connor](#)
- 35. [Connor](#)

[Fin de El gruñón más insoportable](#)

[¡Gracias!](#)

[Cómo alegrarle el día a una autora](#)

[Acerca de Leslie](#)

[Adelanto: Cómo sobrevivir a tu jefe](#)

[Otros títulos de Leslie](#)

EDDIE

Estaba a punto de matar por un burrito. De asesinar.

La ventaja de jugar tanto a *Word Trip* en mi teléfono era que, en aquel momento, era lo único que me distraía para no cometer dicho asesinato. Lo malo era que estaba a punto de acabar con la batería de mi móvil, y la fila seguía sin avanzar.

Guardé el teléfono y miré por encima de un hombro muy ancho para calcular mis posibilidades de llegar al mostrador antes de fallecer. De todos modos, al paso que se movía la fila, no creía que me quedaran fuerzas para matar a nadie.

—¡Siguiente! —llamó la cajera, lo que me permitió avanzar unos cuantos centímetros.

Solo quedaban tres personas entre mí y una exquisitez mexicana rellena de queso. Mi estómago soltó un rugido mientras volvía a mirar por encima del mismo hombro al camión de comida mexicana aparcado en la zona de restauración del centro de convenciones de San Francisco, donde se estaba celebrando GeekCon. Solo tenía treinta minutos (bueno, ya solo me quedaban veinte) entre el final de la presentación de *Alterbot*, mi nuevo juego y el comienzo de una

mesa redonda sobre mujeres en los juegos independientes en la que iba a participar. Esa era mi única oportunidad para comer algo.

Me había parecido todo un logro que me invitaran a participar en la mesa redonda, teniendo en cuenta que acababa de comenzar mi andadura como desarrolladora de juegos independientes. Lo último que quería era echar a perder aquella ocasión a causa de un desmayo por el calor y la falta de alimento.

Di unos tirones a mi camiseta, con la esperanza de conseguir que corriera un poco de aire entre la tela húmeda y mi piel sudorosa. Era mi camiseta favorita: en la espalda tenía el dibujo de un teclado y, delante, el lema «mi idioma del amor es *Ctrl+G*». Pero me habría sentido más cómoda si el aire acondicionado del espacio de convenciones hubiera funcionado de verdad.

—¡Siguiente!

Oh, ¡gracias a Dios! Volvíamos a avanzar.

Comprobé la hora en mi teléfono: faltaban dieciocho minutos hasta el inicio la mesa redonda, y eso incluía el tiempo que me costaría atravesar la multitud para llegar hasta allí.

—¡Siguiente!

¡Por fin! Entre mi comida y yo ya solo se interponía un tío muy alto y ancho, vestido de traje. Soñé con aquel delicioso y maravilloso burrito... y mi estómago volvió a rugir al anticipar el montón de queso caliente y derretido que iba a meterme en la boca. ¡Y la crema de chipotle! No podía olvidar esa delicia ahumada y picante. Vamos, tío del traje, idéjame pedir de una vez!

Cuando aquel hombre se acercó al mostrador para hacer su pedido, lo miré de arriba abajo. Yo no solía dar demasiada importancia a la ropa, pero la silueta estructurada de aquel traje, y el discreto brillo de la tela, sugerían dinero... y también un aire presuntuoso. Daba la impresión de ser uno de esos tíos ricos que vivían de pollo al vapor y quinoa; seguro que era uno de esos ejecutivos que solo asistían a la

convención para entablar relaciones con los creativos. Y no me venía mal. Lo más probable era que solo tardasen un par de segundos en preparar su comida aburrida y baja en calorías y, por fin, sería mi turno.

—¿Qué te pongo? —preguntó el chico detrás del mostrador—. Te recomiendo el combo A, que viene con una bolsa de patatas y...

—Una quesadilla de pollo —interrumpió el hombre del traje.

Me he acercado bastante, pensé, sonriendo para mí. Y una de quinoa, por favor.

—Quiero el pollo poco braseado —añadió—, sin nada de negro en la carne.

Levanté una ceja.

—¿Las tortillas son frescas? —preguntó a continuación.

¡Oh, no! Me invadió el desánimo. *¡Que no sea uno de esos!* No tenía tiempo para esperar a que ese tiquismiquis deconstruyera toda la comida.

—¿Puedes tostarla por los dos lados? Y córtala en triángulos pequeños —siguió diciendo aquel pesado.

—¿Le pongo queso? —preguntó el chico del camión.

—Sí, una mezcla, pero que no sea picante. Y hablando de picante, ¿cómo está sazonado el pollo? ¿Puedo probarlo?

Eché la cabeza atrás y miré al cielo, en una súplica silenciosa para que aquel tío recibiera una llamada urgente y tuviera que marcharse. Pero que no fuera una emergencia muy seria; tampoco era tan malvada.

—Y nada de cilantro —pidió.

Le lancé una mirada asesina a la espalda. Estaba a punto de perder la capacidad de evitar un ataque de malhumor por hambre.

—¿Cuál de las salsas es picante? —preguntó el tío aquel, señalando con un gesto la hilera de botellas de salsa a un lado del mostrador—. Porque, de ninguna manera quiero que...

Mi teléfono vibró con una alerta. Faltaban solo quince minutos para el inicio de la mesa redonda.

—¿Alguna otra cosita más? —murmuré entre dientes—. Venga ya...

—¿Perdona?

Aquel tío giró sobre el tacón de un zapato con pinta de ser muy caro, y me miró con ojos entornados.

Cuando por fin le vi la cara, me quedé sin aliento. De acuerdo, el poli del cilantro parecía menos un ejecutivo de pollo y quinoa y más un modelo masculino perdido en una convención de frikis, pero esa no era la cuestión. Miré parpadeando su metro ochenta y pico, y su pelo oscuro, un tanto revuelto, que empezaba a platear en las sienes de un modo que sentaba bien a muy pocos hombres. Tenía algo de barba incipiente en las mejillas, la clase de mandíbula que volvería loco a cualquier artista, y unos ojos castaños tan oscuros, que parecían negros. Claro, que el color también podía deberse al odio acumulado en su mirada.

Maldita sea: era injusta y fastidiosamente atractivo, como la idea del universo de una broma cruel.

—¿Querías algo? —exigió en tono seco.

—No, perdona. Prosigue. —Hice un gesto hacia el mostrador, mientras me preguntaba por qué me había acobardado—. Pero... Tal vez podrías tener en consideración la cola que tienes detrás. A todos nos gustaría que intentaras terminar un poco más rápido.

Me miró de arriba abajo durante un largo momento, como si se preguntara si valía la pena tener en cuenta mis palabras. Debí decidir que no, porque se dio la vuelta sin decir una palabra más y procedió a pedir las listas de ingredientes de todas las salsas.

Don Tiquismiquis había pasado de ser el Poli del Cilantro, al Inspector de las Salsas.

Que Dios se apiadara de nosotros.

Empecé a escuchar murmullos procedentes de la gente que esperaba detrás de mí. Yo no era la única que se estaba hartando, pero era la única lo bastante cerca como para meter prisa al señor Alto, Moreno y Macizo, así que era mi deber hacerlo. Le di un golpecito en el hombro. A las buenas.

—Mira, es evidente que necesitas tiempo para decidir qué salsa te gusta y demás, pero quizá podrías apartarte mientras lo haces, para que yo pueda pedir. Seré muy rápida, lo prometo.

No se escuchó ni un sonido de entre aquellos hombros tan anchos. El tío no se molestó ni en darse la vuelta para negarse en redondo. Se limitó a ignorarme del todo. Qué grosero.

—Oye —dije en un tono más agudo, porque me empezaba a entrar el pánico. Necesitaba comer algo, ya—. Es una petición razonable.

Siguió sin decir nada. Volví a golpearle el hombro, esa vez, a las malas.

—¿Qué te pasa? —me espetó, dándose la vuelta por fin.

—Lo que me pasa es que tengo —comprobé mi teléfono— solo diez minutos antes de participar en una mesa redonda, y estás tardando tanto que, a este paso, estaremos en la convención del año que viene antes de que el resto de la cola pueda pedir su comida.

Para entonces, el hambre me había cabreado del todo. Si esperaba poder resistir la mesa redonda sin que el micrófono captara los gruñidos de mi estómago, necesitaba comer ya.

Él resopló o bufó; fuera lo que fuera, emitió una bocanada de aire muy despectiva.

—Lo que estoy haciendo —dijo, dando un paso hacia mí y mirándome con aquellos ojos oscuros de un modo que me hizo sentir frío y calor a la vez—, es utilizar mi turno como un ser humano civilizado. Es una idea novedosa, lo sé. —Sus ojos descendieron a mi camiseta, la observaron durante un instante y, después, levantó la vista con una sonrisa burlona—. Tal vez deberías guardar esa idea con Ctrl+G, como futura referencia.

Apreté los puños, sintiendo que su tono despectivo me provocaba una frustración muy familiar. Me había pasado la mañana matándome a trabajar en mi puesto de la convención, intentando que la gente prestara atención a mi juego y le dieran una oportunidad. Yo creía en mi trabajo. *Sabía* que había hecho algo bueno. Y, aun así...

Yo era joven, era una mujer y mi lista de créditos era muy limitada. Todo eso me obligaba a trabajar mucho más para que me tomaran en serio, y la actitud despectiva de aquel tío, añadida a la de todos los demás, fue la gota que colmó el vaso.

—No me importa tener que esperar —dije muy despacio—. Lo que me importa es que hagas perder el tiempo a todo el mundo. Puede que *tú* tengas la suerte de poder pasarte el día haciendo un millón de preguntas y tratando de cambiar cada uno de los ingredientes de una simple quesadilla de pollo, pero los demás tenemos cosas que hacer y sitios a los que ir en esta convención.

Escuché murmullos de confirmación de la gente que esperaba detrás de mí, y su apoyo me animó a dar otro paso adelante.

—Así que, ¿por qué no te apartas mientras analizas a gusto la composición química de las salsas, y me dejas que pida en un momento? ¿Vale? Gracias.

—¿Vale? —preguntó, como si la palabra le hubiera ofendido personalmente.

Esa vez fue mi turno de ignorarle. Miré al chico que estaba detrás del mostrador.

—Oye, me pones un número cuatro con...

—Ni hablar —dijo Don Tiquismiquis, apartándose—. ¿Por qué crees que puedes colarte?

—Esto, ¿quizá porque tú te comportas como si no hubiera una cola? Estás actuando como si este fuera tu restaurante personal y solo tuvieran que atenderte a ti. Se supone que las colas deben avanzar.

Al decirlo, le di un golpe con la cadera, pero el contacto me hizo sentir una especie de descarga muy molesta; una sensación que me hizo desear darle un puñetazo o... hacerle algo completamente distinto. Pero no tenía tiempo para ninguna de esas cosas.

—Puedes esperar tu turno —insistió él, que se había plantado en el sitio y no parecía tener intención de moverse.

—No, lo cierto es que no puedo, porque mi mesa redonda empieza en —volví a mirar el móvil— siete minutos.

—Estoy seguro de que cualquier mesa redonda que te interese —dijo él, con los ojos en blanco—, podrá sobrevivir sin que te unas a sus fans durante los primeros minutos.

—¿Fans? —chillé—. Para que lo sepas, yo soy miembro de esa mesa redonda.

—Ya, claro —dijo en un tono lleno de burla—. ¿Y de qué vas a hablar? ¿De modales y etiqueta correcta para las colas? —Se volvió al chico del mostrador, dándose unos golpecitos en aquella mandíbula tan odiosamente perfecta y volviendo a ignorarme—. ¿Sabes qué? Creo que quiero cambiar mi pedido por una quesadilla de ternera.

—¿Estás de coña?

¡Cinco minutos! Me había pasado el descanso esperando en una cola, y ya sería imposible conseguir comida en ningún otro sitio. Una situación desesperada requería una solución desesperada. Apoyé todo mi peso contra él, pero el tío ni se movió. Era como lanzarse contra una pared de ladrillos, una muy firme y musculosa, en la que no debía pensar demasiado.

—No le escuches —dije al dependiente—. Tú hazme caso a mí, que tengo intención de comerme la comida este siglo.

—Lo siento, señor —dijo el chico, después de mirar por encima del hombro—. Se nos acaba de terminar la ternera ahora mismo.

—No pasa nada —dijo Don Tiquismiquis—. ¿Crees que podrías cambiármelo por...?

—¡No! —exclamé—. No te puede cambiar nada.

¿Por qué le permitían hacer cambios, en cualquier caso? Mientras tanto, yo seguía intentando empujar a aquel tío para intentar apartarlo, y haciendo esfuerzos para no distraerme con la sensación de su cuerpo cálido contra el mío.

—En serio, chaval —dije al dependiente—. Tú solo ponme algo en una tortilla, lo que sea más rápido.

Mi teléfono volvió a vibrar. ¡Mierda! ¡Dos minutos hasta mi mesa redonda! Tenía tanta hambre que estaba a punto de comerme mi propio brazo. A ese paso, solo podría llegar a tiempo si atravesaba el centro de convenciones a la carrera.

El dependiente situó un plato con una especie de quesadilla monstruosa delante de Don Tiquismiquis, mientras yo ardía con una furia irreprimible. Bien, al menos aún tenía tiempo para una última cosa.

Extendí el brazo hacia la hilera de botes de salsa, cogí la más picante que vi —una que tenía en la etiqueta dos tibias y una calavera, además de un montón de advertencias entre signos de exclamación

—, y decoré con ella toda la quesadilla de Don Tiquismiquis. La guinda del pastel fue el épico sonido de pedorreta que hizo la botella al vaciarse, salpicando salsa sobre la camisa blanca inmaculada que llevaba debajo del traje.

—Creo que te vendrá bien algo de picante en tu vida. —Le dediqué mi mejor sonrisa. Puede que me estuviera muriendo de hambre, pero, al menos, disfrutaría de saber que también le había fastidiado la comida a él—. Y puedes pasarte a verme en la mesa redonda de la Sala A, cuando hayas... —Hice un gesto hacia su camisa, manchada de salsa—. Resuelto esa situación.

CONNOR

—Si cierro los ojos durante las partes que dan miedo, ¿me dejas probar la demo de *Midnight Hollow*?

—Va a ser que no —respondí, apretando con fuerza la mano de mi hija mientras atravesábamos el pabellón de videojuegos de GeekCon.

—¡Jo, papá! —protestó Grace, que se sopló el flequillo castaño para apartarlo de sus ojos, y arrugó la nariz con aquel gesto encantador que hacía desde pequeña—. Si no da *tanto* miedo.

—Es para mayores de diecisiete años —expliqué—. Cuando los cumplas, ya hablaremos.

—¡Uffff! —gruñó Grace, saltando a mi lado sobre sus zapatillas viejas que llevaban cordones diferentes; porque, al parecer, eso era lo que hacían todas las niñas interesantes de nueve años, y se lanzó una de sus trenzas detrás de su hombro—. Si siempre dices que soy muy madura. Te oí decírselo a mi profesor el mes pasado, cuando me viniste a recoger al cole para irnos a ese viaje de trabajo. Eso significa que puedo jugar a un juego para mayores.

A veces, mi hija era demasiado espabilada para su propio bien, pero si cedía y me echaba a reír como me apetecía, creería que podía salirse con la suya. El noventa por ciento de las responsabilidades parentales requerían una buena cara de póquer.

—La respuesta sigue siendo no.

Grace murmuró desilusionada, antes de meterse otro trozo de quesadilla en la boca, pero enseguida vio otro juego que le llamó la atención. Lo señaló, chilló con la boca llena, y tiró de mi mano hacia allí. Mientras ella miraba un vídeo de un juego con animalitos atrapados dentro de burbujas, yo aproveché su distracción para frotar las manchas de salsa de mi camisa.

—¡Mira, papá! —dijo Grace, sin dejar de dar golpecitos a la pantalla para explotar las burbujas.

—Muy divertido —dije, desistiendo de mejorar la situación de mi camisa.

A ver si en la tintorería eran capaces de limpiarla, aunque estaba bastante seguro de que opinarían que sería mejor prenderle fuego. Algunas cosas no tenían arreglo, aunque, por suerte, la comida de Grace no había sido una de ellas. Había tardado mucho más de lo previsto, pero por fin había conseguido para ella una quesadilla que no estuviera bañada en salsa picante Aliento de Dragón.

Claro, que no había sido gracias a aquella fierecilla de la cola. Cuando me había dado el segundo golpe en el hombro, supe que no me iba a permitir ignorarla. Me molestaba lo mucho que me había fijado en ella, desde su actitud incendiaria hasta sus irritantes interrupciones; pero también en las curvas de sus caderas, la forma en que había resoplado cuando la ignoré, aquellos labios fruncidos color rosa, tan perfectos...

Y, en cualquier caso, ¿por qué diablos se había enfadado tanto? No era yo quien había intentado colarse. Resistí el impulso de hacer crujir mis nudillos, mientras recordaba toda la escena.

—Guay. Si presionas, pasas al modo de explosión rápida. ¡Ay, no! —dijo Grace, mirando un pegote de quesadilla destinado a su boca que no había llegado a su objetivo—. Esta es mi camiseta favorita.

—Toma. —Intenté quitar la mancha de su camiseta gris con el logo de LockMill Games con la servilleta que había estado usando para limpiar las manchas de mi camisa—. Puede que salga cuando la lavemos, pero, si no, ya te conseguiré otra camiseta del trabajo.

—¿Y también una de esas sudaderas donde pone: *Comer, dormir, programar, repetir?*

Inclinó la cabeza, me sonrió un poco y agitó las pestañas. No tenía ni idea de cómo era capaz de negarle nunca nada.

—Si encuentro una lo bastante pequeña, sí —ofrecí.

Grace alzó un brazo en el aire, en un gesto triunfal.

—Genial. Oye, allí tienen *Slime Blasters*. —Señaló un puesto al otro lado del pasillo—. Esa demo puede ser divertida.

—Si ya tienes ese juego —dije, manteniéndola a mi lado.

—Pero este es *Slime Blasters 3: Turbo Goo Showdown*. Es totalmente distinto.

—Tenemos que continuar —le dije, mientras buscaba otro puesto diferente.

Quería darle la oportunidad de probar todos los juegos que le interesaran, pero también sabía que nos quedaba mucho por ver. No solo a ella, sino también a mí. Puede que yo no fuera el típico jugador de videojuegos, pero eso no me impedía dirigir la mejor empresa de videojuegos del sector, y siempre estaba buscando nuevos talentos. Sobre todo, ahora que LockMill necesitaba con desesperación a un nuevo diseñador de narrativas.

Había oído rumores positivos sobre un joven diseñador independiente llamado Ryker Lowe. Acababa de sacar un juego de

disparos en primera persona llamado *Bodypoint*, y quería verlo. Si tenía buena pinta, podría ofrecerle el puesto de diseñador de narrativas en mi empresa.

—Es casi la misma idea que la secuela —estaba diciendo Grace, que me cogió de la mano—, pero he visto un vídeo de cómo se juega, y dicen que ya han arreglado el problema de la tasa de desaparición de las salpicaduras.

Dejé de buscar a Ryker y la miré con el ceño fruncido. A veces, utilizaba jerga del sector de un modo que... Bueno, estaba claro que era una niña criada con videojuegos.

—¿Puedo ir a verlo? ¿Solo un momentito? —pidió.

—Cinco minutos y luego seguimos —acabé por ceder—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondió, chocando sus nudillos con los míos.

Mientras Grace probaba *Slime Blasters*, volví a mirar los resultados que había encontrado al buscar a Ryker en internet, y a leer algunas de las informaciones sobre *Bodypoint*. Desde luego, parecía tener talento y ambición, pero ¿encajaría bien en *Shadow*? Aquel juego había sido el mayor éxito de LockMill hasta ahora, y nos lo jugábamos todo a que la secuela, actualmente en desarrollo, también fuera un triunfo. Lo necesitábamos.

Yo lo necesitaba.

Después de mi difícil, y muy publicitado, divorcio de la cofundadora de la empresa, la prensa no me había sido nada favorable. Todo el mundo sabía que Ali era la fuerza creativa detrás de LockMill. Yo era el de los números, el ejecutivo que pagaba las facturas, pero era Ali quien se ocupaba de la magia.

Ella ya no estaba con nosotros, es decir, en la empresa, y yo estaba decidido a demostrar que LockMill no la necesitaba para hacer la misma clase de magia. Y tampoco necesitaba a Tristan, nuestro

anterior diseñador de narrativas, que nos había dejado tirados cuando su propio romance en la oficina fracasó estrepitosamente.

Al infierno con los romances, y al infierno con los temperamentos sensibles. Mi misión era encontrar a alguien en quien pudiera confiar. Alguien sólido y fiable, que hiciera un buen trabajo. Solo esperaba que esa persona fuera Ryker, para poder terminar la búsqueda y poner al equipo a trabajar.

Cuando terminaron los cinco minutos, di a Grace un golpecito en el hombro.

—Vamos, es hora de ir a ver *Bodypoint*.

—Solo un poquito más —suplicó Grace, sin quitar los ojos de la pantalla.

—Teníamos un acuerdo —dije, agachándome para mirarla a los ojos—. ¿Lo recuerdas? Hacemos cosas divertidas para ti, y cosas del trabajo para mí. Eso se llama...

—Compromiso —terminó Grace, con los ojos en blanco de forma muy dramática—. Ya lo sé.

—¿Y después de todo ese compromiso?

Grace sonrió de oreja a oreja.

—¡Un helado con chocolate caliente de Ghirardelli!

—El mejor helado de San Francisco.

Señalé con la cabeza el puesto de Ryker y Grace me siguió, arrastrando los pies un poco más de lo que parecía necesario.

—Grace... —Me di la vuelta y la encontré absorta en otra demo—. Oye, vamos.

—¡Hala! —exclamó ella—. Este es increíble, papá. Ven, tenemos que verlo.

En la pantalla apareció el nombre *Alterbot*, seguido de una pequeña nave espacial, que atravesó un sistema solar antes de estrellarse en un planeta lleno de extrañas... ¿ovejas espaciales? Sí, sin duda eran ovejas, y parecían pastar en una granja de boniatos rosas.

Mi hija había estado jugando con mi hermano Liam a un juego que consistía en formar un ejército de ovejas, y el juego se había acabado convirtiendo en una broma con mis hermanos. No le hacían falta más juegos con ovejas.

—Vamos, Grace.

Bodypoint nos esperaba.

—Pero *tengo* que probar este. Las ovejas —insistió ella en tono plañidero. Malditas ovejas—. Es de ciencia ficción, ¡como *Shadow*! ¡Y hay que acumular materiales! ¡Y es para todas las edades! Ay, Dios mío, ¡es como *Stardew* en el espacio! Al tío Liam le va a encantar también.

Jesús. Si la dejaba empezar a jugar, no conseguiría que parase.

—Nos espera *Bodypoint* —le recordé.

—¿Por qué no me dejas aquí y vas tú a ver al Ryker ese?

Resoplé. Ni por asomo se me ocurriría dejar sola a mi hija de nueve años en mitad de aquel caos. Incluso si no intentaba secuestrarla ningún desquiciado, nunca conseguiríamos encontrarnos de nuevo entre la multitud.

—Sabes que eso no es posible.

Ella hizo un puchero. No quería desilusionarla, pero esa vez, tenía que plantarme. Sin embargo, antes de que pudiera decir *no*, casi me atropelló un torbellino de mujer.

¡Maldita sea! Reconocí aquellos ojos verdes brillantes, las mechas azules en una melena negra y las curvas apenas contenidas por una camiseta y unos vaqueros desgarrados. Era la mujer culpable de

hacerme perder el tiempo y arruinar mi camisa. No era fácil que la olvidara pronto.

Ella me estaba sonriendo de oreja a oreja, pero en sus ojos, ridículamente bonitos, brillaba un destello de pura maldad. Apreté los dientes.

—Hola, desconocido —saludó—. ¿Has disfrutado la comida? —Levantó un dedo—. Tienes un poco de algo...

Contuve el impulso de apartar su mano de un golpe, y cogí la de Grace en su lugar.

—Vámonos. Tenemos que ir a ver *Bodypoint* ya...

—Hola —dijo la mujer de la salsa picante a Grace—. Me llamo Eddie. Qué zapatillas más chulas, me molan los cordones.

Grace sonrió ante el cumplido.

—Gracias. Yo soy Grace.

—Encantada de conocerte. —Señaló con el pulgar por encima del hombro—. He hecho un juego muy guay que se llama *Alterbot*. ¿Quieres probarlo?

—No, no quiere —gruñí.

—¡Sí que quiero! —exclamó Grace acercándose a ella.

Intenté detenerla, pero Eddie captó mi mirada con una suya, desafiante.

—¿Te apetece criar unas cuantas ovejas espaciales, Grace?

—Ya lo creo. ¿El juego te deja ponerles nombre? Porque tengo algunos muy buenos.

—¡Pues claro! —rio Eddie—. Esa es la mejor parte.

—Nos vamos —dije, sobre todo a Eddie.

—Pero papá, ¡porfa! —pidió Grace con su mejor mohín—. El cartel dice que tiene viajes interestelares. ¡Como en *Shadow of the Hyperion*!

—¿*Shadow*? —murmuró Eddie.

Me fijé en que sus ojos bajaron a la camiseta de Grace, decorada con el logo de LockMill, y se abrieron un poco más al reconocerlo, pero antes de que pudiera preguntar, Grace se agarró a mi brazo.

—Y tiene ovejas espaciales. ¡*Pooooorfaaaaaaaaaa*! —Grace me dedicó su puchero más intenso—. No te pediré nada más este fin de semana, lo prometo. Ni siquiera te pediré que me digas si mamá llamará el fin de semana que viene.

Sus palabras me provocaron una desagradable opresión en el pecho. *Maldita seas por hacerme esto, Ali.*

Estaba dispuesto a admitir que no había sido un marido perfecto, y también que, con toda seguridad, el divorcio había sido la decisión correcta al final. Ali y yo nunca habíamos estado enamorados; más bien, éramos dos amigos que acabaron casándose por razones prácticas, y no románticas. Y ahora, Ali se había enamorado de otro hombre y quería disfrutar de una gran historia de amor. A mí me parecía bien, le deseaba suerte, pero ¿dejarse absorber por el romance hasta el punto de ignorar a nuestra hija? *Eso* me resultaba mucho más difícil de perdonar, sobre todo al ver cómo le rompía el corazón a Grace una y otra vez.

Aquel fin de semana era un ejemplo perfecto. Se suponía que iban a pasar el día juntas, pero Ali había hecho otros planes, y había cancelado en el último minuto porque su prometido, Sawyer, se la había llevado a pasar el fin de semana en algún sitio. Él ya había dejado muy claro que no le gustaban los niños, y no hacía el menor esfuerzo por adaptarse y permitir que Ali pudiera ver a Grace con regularidad.

Todo aquello hacía que me resultara imposible negarme a nada de lo que pedía Grace, a cualquier cosa que tuviera la menor posibilidad de hacerla sonreír. Siempre había sido mi niña feliz, pero hacía tiempo que la vida se le había vuelto más triste. Si las ovejas espaciales y los boniatos rosas podían devolverle un poco de felicidad, puede que me planteara volver a aquel puesto después hablar con Ryker.

—Eso mismo —insistió Eddie, con su pelo color neón y una sonrisa burlona en la cara—. Ovejas espaciales. ¡*Pooooorfaaaaa!*

Claro que, pensándolo bien, y una leche. Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolió la mandíbula, mientras Eddie fruncía los labios, divertida. Aquellos labios color rosa tan perfectos no pintaban nada en la cara de alguien tan insoportable.

—Grace —dije con severidad—. Tenemos que irnos. *Bodypoint*, ¿recuerdas?

Mi tono le hizo dudar, y suspiró con la vista clavada en el suelo.

—Sí, vale.

Mi teléfono vibró en mi bolsillo y, al mirarlo, vi un mensaje de texto de Darius, mi responsable de recursos humanos. La palabra URGENTE destacaba en la pantalla.

—Uf, *Bodypoint* es muuuuy aburrido —dijo Eddie—. ¿Quién querría perder tiempo con un juego de disparos en primera persona igual que todos los demás, cuando puedes dedicarte a cosechar boniatos rosas?

—¡Me encanta el rosa! —se animó Grace.

—Nos vamos —dije—. Ahora.

—Los boniatos tiene tan buena pinta, que te van a dar hambre —advirtió Eddie.

—No, no creo. —Grace se frotó la tripa—. Papá me ha comprado una quesadilla muy rica. No sabía si me gustaría, porque no me va el picante, pero él les ha pedido que la hicieran con mucho cuidado.

Eddie parpadeó durante un instante, y luego me miró, con los labios redondeados en una *O* silenciosa. Levantó un hombro y se mordió el labio. Durante un instante, pareció sinceramente arrepentida, pero antes de que pudiera aprovecharlo, mi teléfono empezó a vibrar sin parar. Era Darius, que llamaba para algo relacionado con su mensaje.

—No te muevas de aquí —advertí a Grace antes de contestar la llamada—. Dime. ¿A qué te refieres con que han llamado para cambiar la fecha? —Fruncí el ceño, tratando de oír su voz por encima de la música escandalosa que sonaba al otro lado del teléfono—. ¿Estás delante de un altavoz?

Mientras tanto, Eddie se había inclinado para hablar con Grace, y observé cómo señalaba la consola y animaba a Grace a ponerse los auriculares, aprovechando que yo estaba preocupado con asegurarme de que no se cancelara la reunión con nuestro distribuidor. La cara de Grace se iluminó con una sonrisa enorme cuando Eddie le mostró los auriculares y el mando. El hecho de que mi hija hiciera buenas migas con la mujer más insoportable que había conocido me hizo gruñir al teléfono.

Para cuando terminé la llamada con Darius, diez minutos más tarde, Grace estaba absorta en el juego, con los auriculares en las orejas y la punta de la lengua asomando entre sus labios, mientras hacía aterrizar con destreza una nave en lo alto de un granero decrepito.

—Me ha parecido que ibas a estar un rato al teléfono, así que he pensado que sería mejor mantenerla ocupada. —Eddie inclinó la cabeza en mi dirección, con una ceja, negra y delicada, arqueada en una pregunta—. Y bien, ¿qué he hecho para merecer el honor de que la realeza de LockMill se haya pasado por mi humilde puesto?

Yo la miré sin expresión.

—Te has aprovechado de una niña de nueve años con la promesa de tus ovejas espaciales. Y yo no he dicho que trabaje para LockMill.

Ella soltó un resoplido.

—¿Y quieres que me crea que no eres Connor Lockhart, director general de una empresa que hace juegos AAA? —Se cruzó de brazos, atrayendo mi atención hacia la forma en que su camiseta, húmeda por el sudor, se pegaba a su cuerpo, lo que me obligó a apartar la vista con rapidez—. Puedes ahorrarte las tonterías, he oído a la niña mencionar *Shadow*.

Después de asegurarme de que los auriculares taparan bien los oídos de Grace, me volví a ella enfadado.

—Quien sea yo no es asunto tuyo.

Ella alzó ambas manos, como diciendo: *a mí no me mires*.

—Créeme, no me importáis ni tú, ni tu empresa, aunque me debes una por mantenerte alejado de Ryker Lowe.

—Teniendo en cuenta que dudo de que me vaya a atacar con una botella de salsa picante, ¿por qué iba a preferir perder mi tiempo con tu juego en lugar del suyo? —pregunté con un resoplido.

—Porque es un fanfarrón y un falso. El único juego bueno que ha hecho es *Lethal Deception*. Últimamente se dedica a vender gráficos vistosos sin ninguna historia. No hay sorpresas ni emoción, solo argumentos aburridos, ocultos tras un montón de explosiones.

—Bueno, no todos tenemos la increíble creatividad necesaria para ofrecer granjas espaciales —dije, en una pulla contra su juego, que no era un concepto novedoso. Se había limitado a hacer otro juego sobre una granja, y ponerlo en el espacio.

—Al menos, mis personajes tienen más expresión emocional que una tostadora —replicó ella—. De hecho, estoy bastante segura de que mis boniatos tienen más personalidad que cualquier personaje de *Bodypoint*. Y el hecho de que te hayas planteado ir a ver lo que

ofrece Ryker resulta bastante vergonzoso. Siempre he pensado que LockMill buscaba ir por delante de los demás.

—LockMill *siempre* va por delante —respondí, furioso.

Estaba molesto conmigo mismo por permitir que me arrastrara a otra de sus discusiones infantiles y absurdas. Era como repetir una vez más toda esa tontería de la quesadilla.

—A lo mejor no quieres que vaya a ver *Bodypoint* porque tienes celos de las habilidades de Ryker.

La sonrisa de Eddie pareció algo más tensa, y sus ojos centellearon con una emoción silenciosa, como si le hubiera presionado sobre un golpe, o una herida aún abierta.

—¿Sabes qué? Lo retiro. Ryker y tú encajáis a la perfección. Lo vuestro es aprovechar vuestra reputación y el trabajo de otros, sin tener la menor idea de cómo hacer un videojuego creativo, interesante o divertido. Claro que, a juzgar por el hecho de que has venido a GeekCon vestido de traje, no estoy segura de que sepas lo que es la diversión.

—Y, según tú, ¿qué es la diversión? ¿Arruinar la comida de alguien?
—le espeté.

Ella arrugó la cara y me clavó un dedo en el pecho.

—Tú eres justo el problema que tiene este sector, ¿lo sabías? Un contable que vende juegos como si fueran pastillas de jabón en una estantería. ¿Por qué no coges tu fideicomiso y te largas a trabajar en un fondo de inversión, o en algún sitio más adecuado para ti? Todo el mundo sabe que Ali Miller era el auténtico corazón de LockMill, de todos modos.

La miré con ojos entornados y las emociones a flor de piel, pero Grace eligió ese momento para quitarse los auriculares y mirarme.

—¡Papá, este juego es épico! He llamado a una de mis ovejas Lanoberto.

—Ah, ¿sí? ¿Te ha gustado? Eso es estupendo —dijo Eddie, que se volvió a mirarla con una sonrisa enorme y, a simple vista, lo bastante genuina como para haberla esbozado en tan solo un instante.

—Podría pasarme el día jugando —dijo Grace, bajando del taburete para tirar del brazo de Eddie—. ¿Qué pasa cuando terminas de redecorar el granero? ¿Puedo adoptar a otros animales?

—Bueno. —Eddie le lanzó otra sonrisa—. Cuando terminas el granero, tal vez puedas empezar a construir un vehículo muy chulo que te permita llegar levitando hasta un cráter, donde, tal vez, podrías adoptar unos alienígenas muy guais.

Grace dio un respingo con los ojos muy abiertos.

—¿Puedo tener bebés alienígenas? ¡Papá! —Se volvió hacia mí con la boca abierta. Hacía meses que no la veía tan ilusionada—. Tenemos que comprar este juego. Necesito este juego.

Eddie se encogió de hombros.

—Lo *necesita*.

Su expresión arrogante me puso tenso, e hice crujir mis nudillos.

—¿Porfa, porfito y por favorcito? —dijo Grace—. ¡Es el único juego que quiero!

Antes de que pudiera decir nada, ella se había vuelto hacia Eddie.

—Lo voy a pedir por adelantado, seguro.

—Eres un cielo —dijo Eddie—. Gracias por venir, Grace.

No tenía la menor intención de pedir nada por adelantado, pero ese no era el momento de sacar el tema, con Grace tan ilusionada. Esperaría que se olvidara ella sola.

Volví a coger la mano de Grace y me volví hacia Eddie.

—Buena suerte con tu pequeño *entretenimiento* —dije, y observé cómo sus mejillas enrojecían por la furia—. A lo mejor, algún día consigues hacer un juego de verdad.

EDDIE

—¿Qué ha sido eso? —grité a través de la puerta cerrada de mi dormitorio.

Tenía un pañuelo de papel arrugado en una mano, y un montón de tarjetas de visita en la otra, que debía organizar mientras rezaba a los dioses del juego para que se me destapara la nariz cuanto antes.

—¡Nada! —se escuchó la voz de Cassie al otro lado.

—¿En serio? Porque suena como si acabaras de vaciar un bote entero de desinfectante en el pasillo, y ya sabes que esas cosas se están cargando el medio ambiente, ¿no?

Cassie murmuró algo que sonó como: «No quiero pillar gérmenes de la convención».

—Se llama «peste de convención».

Cuando uno mete a tantísima gente en una convención, las enfermedades se propagan más rápido que las noticias sobre los juegos buenos.

—¡Me da igual! No quiero pillarla, e Isabel y Luna, tampoco.

Cassie y yo compartíamos una casa pequeña de cuatro dormitorios con otras dos chicas, lo que nos permitía reducir gastos lo suficiente como para poder llegar, por los pelos, a fin de mes. Desde que me gradué en la universidad de California en Berkeley, me habían despedido de tres empresas de videojuegos distintas por comunicar mi opinión de una forma demasiado directa, y nunca iba demasiado bien de dinero. Tampoco ayudaba mucho el hecho de que la mayor parte de mis ingresos fueran destinados a pagar mis préstamos estudiantiles.

—Necesitaré uno de esos trajes anticontaminación —masculló Cassie desde el pasillo.

—Si fueras a pillar algo, ya lo habrías hecho —señalé.

Después de todo, había estado conmigo en el puesto de la convención para echarme una mano y, por suerte, aparte de los virus, parecía que nuestros esfuerzos habían servido para algo. Nos había salido caro alquilar un puesto en GeekCon, pero había merecido muchísimo la pena. Habíamos recibido un montón de pedidos adelantados de *Alterbot*, y yo había hecho algunas buenas relaciones que podrían llevarme a mi siguiente trabajo. Puede que, hasta entonces, mis experiencias en empresas no hubieran ido demasiado bien, pero estaba dispuesta a tragarme mi orgullo a cambio de un salario fijo. Había invertido mucho tiempo y esfuerzo en crear mi juego, y la habitación que ocupaba en aquel apartamento cutre no se iba a pagar sola.

Me dio un ataque de tos e intenté no expulsar un pulmón.

—¡Voy a entrar! —gritó Cassie.

Dio un empujón a la puerta y se me quedó mirando por el hueco, como si tuviera miedo de que le lanzara un moco gigante desde el otro lado del dormitorio y la ahogara en fluidos contaminantes. Llevaba un tazón con algo caliente en una mano, y se protegía la nariz y la boca con la otra.

—Ni se te ocurra respirar en mi dirección.

—Tengo suerte de poder respirar, al menos —dije, mientras organizaba las tarjetas en montoncitos.

Jasper Dunn, jefe de narrativa en Wild Bloom Games. Amelia Chen, diseñadora de misiones en NovaTales. Darius Thompson, recursos humanos en LockMill. Ahmed Noor, productor creativo en Codee Interactive. La siguiente fase de mi carrera en los videojuegos estaba en algún lugar de ese montón. Podía sentirlo; o, más bien, eso esperaba.

—Entrega especial.

—¡Oh, Dios mío! —grité cuando Cassie puso el tazón sobre mi mesa y me llegó el olor a *algo*. Apestaba a ajo, vinagre y especias. Puaf. ¿También llevaba canela?

—¿Qué es eso?

—Mejor no preguntes, bébetelo. Si lo haces rápido, no notarás el sabor.

Miré el tazón con desconfianza.

—¿Es otro de esos remedios caseros dudosos que has encontrado en algún foro de internet?

—Este tenía bastantes opiniones favorables.

La miré enfadada, pero no demasiado impresionada. Adoraba a Cassie desde que nos conocimos el primer año de la universidad, pero su debilidad por los remedios caseros para todo iba a acabar con, al menos, una de nosotras.

—¿Qué? —protestó ella—. Si pareces una montaña humeante de...

Me aclaré la garganta y me tragué una flema.

—Exacto —dijo Cassie, que había sacado un cristal violeta del bolsillo y empezó a agitarlo sobre mi cabeza.

—¿Qué es eso? —pregunté, apartándolo—. ¿Qué haces con ese cristal?

—Amatista. Estoy limpiando tu aura. Lo último que necesitamos es que algún miasma desagradable se escape de esta habitación. Esta semana he quedado con gente.

—¿Gente? —pregunté, levantando y bajando las cejas muy rápido—. ¿Alguien con implicaciones románticas?

—Ya sabes que estoy descubriendo cómo amarme a mí misma.

Me mantuve firme y resistí el impulso de poner los ojos en blanco. La insistencia de Cassie en que, en esa época, solo iba a salir consigo misma, resultaba un poco exagerada a veces, pero también significaba que, de momento, su vida amorosa no emitía señales de alarma. En lo que se refería al amor, podía ser un tanto insensata y, a veces, se metía demasiado rápido en una relación, sin pararse a pensar si el tío del que se había enamorado era un ser humano decente.

—Me refiero a clientes importantes —continuó ella, sujetándome el brazo como si tuviera intención de frotarme la axila con la amatista.

—Pues, hablando de clientes, ¿por qué no les limpias el aura a ellos?

Cassie se había graduado en diseño de interiores y, desde hacía poco, trabajaba como asistente en Studio Wren, una tienda de muebles. Aún estaba tratando de encontrar la mejor manera de decir de forma convincente: *Esta silla cuesta cinco mil, y los vale*.

—Esta tarde no trabajo —explicó—, así que, cuando terminemos, podemos hacer una buena limpieza de la energía de este piso.

—Caray, Cass —murmuré—. Eso suena divertidísimo.

Aunque, viéndolo por el lado positivo, tal vez me ahogara antes en mis propios mocos.

—Hace mucha falta.

—Creo que no estoy tan mal como para eso.

—Tu nariz parece un burrito que se hubiera pasado la noche en el horno, y luego alguien lo hubiese metido al microondas.

—¿Cómo? —pregunté, pero el sonido de mi teléfono me hizo perder el hilo.

En la pantalla ponía COLE ALANNAH.

—Oh, oh —dijo Cassie, con expresión preocupada.

—Otra vez, no —gruñí, y contesté la llamada de inmediato—. ¿Hola?

Los chillidos de la coordinadora de actividades extraescolares del colegio St. Orwell me obligaron a apartar el teléfono de la oreja.

—Hola, señora Armsfield —dije, cuando terminó de gritar por fin—. No, no sabía que Alannah seguía en el colegio.

Me hubiera gustado decir que esa era la primera vez que mi padre y su segunda mujer, Valentina, habían conseguido salir de sus respectivos trabajos durante el tiempo necesario para recoger a su hija del colegio, pero sería mentira.

—No, no sé dónde están. —Hice una mueca y aparté el teléfono un poco más—. Sí, soy consciente de que la clase terminó hace cuarenta y cinco minutos. Llegaré enseguida.

Colgué y miré a Cassie.

—¿Otro especial de Simon Sheppard? —preguntó.

Me levanté con un suspiro y me puse una sudadera a toda prisa.

—Uno pensaría que, siendo el segundo intento de formar una familia, ya tendría claras sus obligaciones como padre. Al parecer, el resto de los niños se han ido a casa hace rato, y su niñera está enferma.

—Pobrecilla —dijo Cassie con gesto de desagrado.

—Y que lo digas.

Yo conocía bien la sensación de ser la única niña que quedaba en el colegio y comprender que todos se habían olvidado de ti porque tenían otras cosas que hacer. La primera vez que había tenido a Alannah en mis brazos, había decidido que mi hermana pequeña no tendría que enfrentarse a la misma mierda que yo. No importaba cuántas veces la dejaran tirada mi padre y Valentina, yo siempre me encargaría de ella, con o sin peste de convención.

—¿Las llaves del coche? —pregunté a Cassie.

—En la encimera —dijo ella.

Asentí, me tragué un par de pastillas para la gripe con el brebaje que me había traído Cassie, hice una mueca de desagrado ante el sabor y salí del piso.

Treinta minutos más tarde, tras lidiar con un tráfico espantoso, aparqué ante las chillonas puertas del colegio St. Orwell. Apenas había conseguido recuperar el aliento, cuando la señora Armsfield me plantó a Alannah en los brazos, mientras se quejaba de que llegaba tarde a una cita en el dentista.

—Lo siento —empecé a decir, pero me detuve.

La señora Armsfield ya se había ido, y prometer que no volvería a ocurrir me pareció una mentira demasiado grande. Contuve un estornudo, sonreí y pasé el brazo por los hombros de Alannah.

—Hola, peque, ¿cómo vas?

—¿A ti qué te parece? —murmuró ella, apoyándose contra mi costado y arrastrando la mochila tras de sí, mientras bajábamos las escaleras de la entrada.

—Como si hubieras vivido ocho años muy duros.

—Ocho y tres cuartos —me corrigió ella.

—Sí, no podemos olvidar las fracciones.

Era alta para sus ocho (y tres cuartos) años, pero menuda. Las trenzas se le estaban empezando a deshacer, y tenía agujeros en las medias del uniforme. Seguro que Valentina se quejaría luego de todo eso.

A mí, lo único que me molestaba era su mirada triste. Quería creer que ningún adulto reñiría a una cría por algo que, evidentemente, era responsabilidad de sus padres, pero yo sabía por experiencia que, cuando la señora Armsfield se enfadaba, se aseguraba de que todo el mundo lo supiera.

—La señora Armsfield sonaba como si estuviera teniendo un mal día —dije, optando por la diplomacia.

—Se le ha caído un implante —asintió Alannah—. Mamá dice que, si no me lavo los dientes después de cada comida, se me caerán. ¿Crees que es verdad? Porque, a veces, no me los cepillo después de comer. No me gusta hacerlo en el baño del colegio.

—Bueno... —murmuré—. Puede que haya un cierto margen. Entre tú y yo, creo que no pasa nada si te saltas el cepillado unas cuantas veces.

Alannah se dejó caer en el asiento del pasajero de mi coche y dio un golpecito al ambientador que Cassie había colgado del retrovisor. Compartíamos aquella tartana de coche, porque lo único bueno de conducir aquel trozo de chatarra sobre ruedas era que solo tenía que pagar la mitad de los gastos.

—Bueno... —dije—. ¿Cuál es el plan para esta tarde? ¿Los deberes? ¿Entrenamiento de gimnasia? —Salí del aparcamiento del colegio y lancé una mirada rápida a Alannah—. ¿Sabes? Cassie cree que es increíble que seas una estrella de la gimnasia.

Ella pareció preocupada, y me pregunté si debería cambiar de tema, aunque, por lo general, le encantaba hablar de gimnasia. Si ya no le hacía ilusión, quería saber el motivo. Alannah estaba acostumbrada a ocultar sus emociones para que nadie las viera, pero a mí se me

daba bien conseguir que se sincerase conmigo. Para mí, era importante ser la persona con quien se sentía segura, a quien podía contárselo todo.

—Está segura de que, en ocho años, te veremos en las Olimpiadas. Ya tienes tu propio club de fans. Llevaremos camisetas con tu cara, y todo eso.

Al parecer, aquello resultó demasiado para Alannah. Los labios empezaron a temblarle y, al poco, encogió las rodillas contra su pecho y se echó a llorar. Alterné entre mirar a la carretera y a ella unas cuantas veces, tratando de encontrar un lugar donde poder parar el coche para atenderla.

—Oye —dije, apretándole un hombro con la mano—. ¿Qué pasa?

—Se supone que esta noche hacemos una exhibición en el gimnasio —dijo Alannah entre sollozos—. Para que nuestros padres vean los ejercicios. Se suponía que papá y mamá me recogerían del cole, iríamos a cenar juntos y luego iríamos al gimnasio. Pero si se han olvidado de recogerme del cole, seguro que se han olvidado también de la exhibición.

Lloraba con tantas ganas que había empezado a temblar. *Maldita sea*. Y tanto que era un especial de Simon Sheppard.

—Llegarán a la exhibición, no te preocupes —prometí.

Ella lloró aún más fuerte.

—En serio —insistí.

Tragué un nudo en la garganta y parpadeé para disipar una molestia detrás de los ojos. Odiaba verla así y, aunque una parte de mí quería decirle que sería solo un malentendido y sus padres no se habrían olvidado de su exhibición, hacía tiempo que había decidido no mentir a Alannah. Era demasiado lista como para promesas y palabras vacías.

—Mira, estoy segura de que estaban demasiado liados en el trabajo, y se les ha olvidado que tu niñera está enferma. Eso no lo justifica —expliqué—, porque al menos uno de ellos debería haber venido a por ti, pero les enviaremos un mensaje para recordarles la exhibición.

—¿Y si no pueden venir? —preguntó ella entre sollozos.

—Da igual, porque tus fans estarán allí para animarte de todos modos.

—¿Vas a venir? —preguntó, limpiándose las lágrimas de las mejillas.

—Pues claro, y le diré a Cassie que venga también, porque seguro que quiere ver los ejercicios en los que estás trabajando ahora.

Alannah ahogó un nuevo sollozo con un sonido estrangulado.

—Vale.

—Pero, antes de todo eso, tenemos que hacer unos recados —dije, con la esperanza de hacerla sonreír.

—¿Qué clase de recados? —preguntó ella, con una expresión que había pasado de la desesperación a la sospecha.

—De la clase más enloquecida y divertida —dije, y cambié de carril para girar a la derecha por la calle Lombard.



Metí el coche en un aparcamiento y llevé a Alannah al funicular de la calle Hyde.

—Debería estar haciendo los deberes —dijo Alannah cuando subimos a la cabina.

El mecanismo se puso en marcha con un sonido de engranajes, y empezamos a ascender por la empinada calle California hacia la colina Nob. La ciudad se extendía a nuestro alrededor, los rascacielos

del centro se alzaban hacia un cielo azul sin nubes y, en la distancia, podíamos divisar el puente Golden Gate, enmarcado por colinas y valles. A medida que íbamos subiendo, podíamos ver mejor la bahía y el barrio del puerto. Había creído que, con el tiempo, las vistas dejarían de impresionarme, pero yo había crecido en Ohio y aún no me había cansado de ellas.

—En serio —insistió Alannah—. Mamá diría que tengo que hacer los deberes.

—Y los harás —dije, antes de sorber por la nariz a causa de la peste de convención. Por suerte, las medicinas habían empezado a surtir efecto—. ¿Cuál es la raíz cuadrada de ciento cuarenta y cuatro?

Alannah me miró sin expresión.

—No sé qué es una raíz cuadrada.

—Y por eso, después de nuestros recados enloquecidos y divertidos, podrás hacer los deberes en el coche de camino al gimnasio. ¿De acuerdo?

Ella intentó contener una sonrisa.

Enlacé las manos por encima de la cabeza y levanté un pie. Los deberes podían esperar.

—Escucha a tu sabia hermana mayor. La vida es cuestión de equilibrio, Lana. Y, hablando de equilibrio, estoy segura de que aguantas más que tú sobre un pie.

Alannah soltó una risa sorprendida que me alegró el corazón.

—Venga ya. ¿Es que no me has visto en la barra fija?

—Sí, pero tú no me has visto a mí.

Ella resopló con sorna, levantó una pierna y las dos nos tambaleamos y chocamos la una con la otra, muertas de risa, porque el funicular nos zarandeaba de un lado a otro. Para cuando

llegamos a lo alto de la colina, Alannah volvía a estar contenta y había olvidado el llanto anterior.

—¿A dónde vamos ahora?

—He pensado que podríamos ir a cenar y tomar helado a Hill Café. ¿Te sigue gustando el de galletas y crema?

—Pues claro —sonrió ella.

Nos dirigimos al café, donde pedimos hamburguesas de queso con ensalada, para que Valentina no criticara demasiado mis opciones alimentarias, y compartimos un helado de postre. Mientras nos lo comíamos, Alannah me habló de los niveles de dificultad de sus ejercicios de suelo. Mientras me explicaba lo complicado que era el salto rondado hacia atrás, mi teléfono emitió un zumbido y leí el asunto de la notificación con extrañeza: INVITACIÓN A UNA ENTREVISTA.

—¿Qué pasa? —preguntó Alannah, relamiéndose.

—Nada... Es solo que me han invitado a una entrevista de trabajo.

—¡Qué bien! —dijo Alannah—. ¿No?

—Es genial —respondí.

Leí el mensaje con rapidez. Era de LockMill Games. En un impulso, les había enviado mi currículum para el puesto de diseñador jefe de narrativa. No creía que fuera a tener ninguna posibilidad porque, aunque la descripción del trabajo encajaba conmigo a la perfección, buscaban a alguien con más experiencia. Aun así, había pensado que, ¿por qué no intentarlo?

El correo estaba firmado por Darius Thompson, de recursos humanos, y recordé que me había dado su tarjeta de visita en la convención. Tal vez le había gustado lo que había visto al visitar mi puesto, pero, en cuanto recordé aquello, se me vino a la mente una interacción mucho más desagradable con otro miembro de LockMill y mi entusiasmo desapareció al momento.

—¿Por qué no pareces contenta? —preguntó Alannah.

—Bueno...

Yo no solía simplificar demasiado las cosas para Alannah, porque a mí no me había gustado que me lo hicieran cuando era pequeña. Yo había tenido su edad, más o menos, cuando mis padres se habían divorciado y, en lugar de sentarme para contármelo de un modo racional, me lo habían explicado como si fuera casi un bebé y habían ignorado mis preguntas, diciendo que no tenía que preocuparme por nada de eso. Me había resultado muy frustrante. Los niños eran capaces de entender cosas complicadas y grandes emociones, y se les debía permitir participar en la conversación.

—Bueno, es que hablé con el director de la empresa en GeekCon.

—¿Y no te cayó bien?

—Bueno, discutí un poco con él. Dos veces. Y le dije que cogiera su fideicomiso y se largara.

—Oh —comentó Alannah con una mueca.

—Pero, en mi defensa, era bastante antipático. —Un antipático con el cuerpo de Adonis, aunque eso no lo hacía menos capullo—. Para ser un tío que se dedica a producir videojuegos, es un pedazo de estirado. No, no solo estirado, es estiradísimo. Es como un pedazo de chicle. ¡Un chicle aburridísimo! —exclamé.

Solo pensar en él me estaba poniendo nerviosa y, para empeorar las cosas, había creído que mi juego era insignificante, pero había parecido muy interesado en hablar con Ryker. ¡Puaf!

¿Estaba molesta por el hecho de que Ryker fuera mi ex? No. Lo que me molestaba de Ryker era que fuese un gilipollas mentiroso e inútil, que me había robado el crédito. Pero si era él quien había llamado la atención de Connor Lockhart, entonces...

—Caray. —Alannah asintió con seriedad—. Si las cosas han ido así de mal, no tienes la menor posibilidad de conseguir ese trabajo. Papá y

mamá siempre dicen que fastidiar al entrenador es la forma más rápida de que te echen del equipo.

—Mmm, no sé si eso es verdad —dije, intentando no gruñir al escuchar otra de las inútiles lecciones para la vida que mi padre y Valentina no dejaban de ofrecer a Alannah—. Mira, no puedes pasarte la vida yendo de puntillas alrededor de la gente para no enfadar a nadie.

Si alguien sabía eso bien, era yo, con mi accidentado currículum. Sí, sabía que defender abiertamente mi trabajo y pelear por mis decisiones narrativas no había sido lo más acertado para una empleada recién llegada, pero no iba a dejar que me hicieran callar en lo referente a mi trabajo. Era demasiado importante para mí. Y, del mismo modo, tampoco quería que mi hermana pequeña pensara que no tenía la opción de defenderse a sí misma.

—Puedes ser siempre tú misma, Lana.

Me miró dubitativa.

—Lo digo en serio. Y, en cualquier caso, tal vez aún tenga una posibilidad de conseguir este trabajo. A Darius, el hombre que me ha invitado a la entrevista, le ha gustado *Alterbot*, eso es evidente, y seguro que ese director tan importante no participa para nada en la contratación de los empleados.

Alannah se encogió de hombros y se dedicó a terminarse el helado, mientras yo respondía el correo electrónico aceptando la invitación para la entrevista. Las entrevistas se me daban muy bien, y Connor Lockhart no se fijaría en mi insignificante persona desde su despacho del último piso. Estaría demasiado ocupado dando órdenes al resto de la empresa. El marqués de LockMill.

Solté un resoplido. Era el nombre perfecto para un villano antipático, que odiaba la diversión y robaba boniatos, y tenía toda la intención de utilizar eso cuando diseñara *Alterbot 2*, algún día.

CONNOR

—**N**o olvides que tu madre te llamará el sábado a las dos — recordé a Grace por el camino al colegio—, así que no hagas planes con tus amigos hasta después de esa hora.

—No lo olvidaré —dijo Grace, que levantó la vista de la Nintendo Switch que tenía en las manos, apoyó la cabeza en el respaldo del asiento y suspiró—. Ojalá pudiera hablar con ella todos los días.

—Lo sé, tesoro.

Me tragué la frustración, notando una conocida punzada de desesperación en mi interior. Qué poco me gustaba escuchar aquel anhelo en su voz, y no poder darle lo que quería. Habría gastado todo el dinero del mundo en hacerla feliz, pero la atención de su madre era lo único que no podía comprar. Ali debía hacerse cargo de su parte, pero, en aquellos momentos, ni siquiera era capaz de presentarse en el juzgado.

—Ya sabes que tu madre está muy ocupada planeando su boda. En cuanto las cosas se calmen, seguro que tendrá mucho tiempo para hablar contigo.

—Sí, seguro —dijo Grace, frunciendo el ceño.

Apreté el volante hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Grace no sonaba muy convencida, y no podía culparla por ello. Era lo bastante lista como para darse cuenta de que su madre no la consideraba lo más importante de su vida.

—A ella se le da mejor peinarme para ir al cole —añadió Grace, con una mano en la parte posterior de la cabeza.

—Oye, tampoco se me da tan mal, ¿no? —bromeé.

En aquel momento recordé a Ali, sentada en el sofá por la mañana, con Grace situada entre sus piernas para que le recogiera el pelo con un pasador de mariposa. La punzada se convirtió en un dolor en el pecho. No echaba de menos a Ali, pero sí lo que habíamos sido ella y yo para Grace, antes de que todo se viniera abajo. A pesar de los problemas actuales, Ali sí había sido una buena madre. Desde luego, se le había dado mucho mejor que a mí trenzarle el pelo y elegir las zapatillas adecuadas para el cuarto curso.

—Creo que me he convertido en todo un maestro de la coleta.

—Está bien sujeta, pero está torcida —observó Grace—. Colin dice que el cerebro me va a crecer torcido hacia un lado.

¿Quién demonios era Colin, y por qué era esa la primera vez que oía su nombre?

—Eso no es verdad, para nada.

—Ya lo sé, papá —respondió Grace en tono despectivo—. La madre de Shelley dice que Colin no fue a clase el día que dieron sentido común.

—Ya, bueno —resoplé—. Pues voy a estudiar lo del pelo, ¿vale? Lo haré mejor.

Ella guardó la Switch en su mochila cuando nos unimos a la fila de coches que esperaban ante la entrada del colegio St. Orwell.

—Podemos buscar algunos tutoriales en YouTube —propuse—, y eliges el peinado que más te guste. ¿Te parece bien?

—Me parece bien —confirmó ella—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos vemos luego.

Grace saltó del coche, me dedicó un corazón rápido hecho con los dedos y echó a correr hacia las escaleras cuando alguien dijo su nombre. Yo añadí «tutoriales de peinados» a mi agenda y, tras maldecir el catarro que tenía, me dirigí a la oficina. Estaba temiendo tener que aguantar otro montón de entrevistas, sobre todo después de lo mal que habían ido las de la semana anterior, pero nos estábamos quedando sin tiempo, y estaba decidido a contratar al diseñador de narrativas para *Shadow of the Hyperion* ese mismo día.

El tráfico en el trayecto hasta SoMa era tan lento como esperaba, y gasté un paquete entero de pañuelos de papel antes de llegar a la oficina. Aparqué, cogí el ascensor y subí hasta la última planta del edificio, donde salí al vestíbulo de LockMill. Para cuando llegué a la sala de reuniones, la presión que notaba en la cabeza era tan intensa que estaba seguro de que un buen estornudo haría que me estallaran los globos oculares.

Max se echó a reír en cuanto me vio entrar por la puerta.

—Estás hecho un asco.

Max era el principal ingeniero de juegos en LockMill Games, y quien había desarrollado el motor del primer juego de LockMill, es decir, el sistema responsable de la mecánica del juego. Era irremplazable y lo sabía, lo que significaba que no se cortaba en decir al jefe lo que pensaba. Seguramente, a eso también contribuía el hecho de que fuera mi mejor amigo. Lo miré con ojos entornados.

—Calla la boca.

—En realidad, pareces una mierda que alguien hubiera pisado y arrastrado por la acera.

—Recuérdame por qué no te he despedido aún —murmuré, mientras me sentaba y sacaba mi portátil.

—Porque yo soy el único que entiende el motor de los juegos y, ahora mismo, no tienes ganas de encontrar un nuevo ingeniero además de un diseñador de narrativa. Además, me quieres demasiado y me echarías de menos a muerte si me fuera.

—Qué curioso —comenté—, porque, ahora mismo, me estás cabreando un montón.

Max sonrió, demasiado acostumbrado a mi mal humor como para preocuparse. También era cierto que, por mucho que me tomara el pelo, era el amigo más leal que uno pudiera desear. Cuando las cosas habían estado peor entre Ali y yo, se había mantenido firmemente a mi lado, y se había asegurado de que a Grace y a mí no nos faltara nada. Mi familia también me había apoyado, por supuesto, y mi madre y mis hermanos habían hecho todo lo que habían podido. Pero fue Max quien me ayudó a mantener la empresa a flote cuando el divorcio amenazó con acabar con todo.

—Ahora en serio, ¿por qué has venido, si aún estás enfermo? —preguntó Max—. Podemos encargarnos de las entrevistas nosotros.

—¿Podéis? —pregunté, con una ceja arqueada.

Max cruzó los brazos.

—Mandas a los diseñadores a casa en cuanto les duele la cabeza, pero tú te has presentado aquí con la peste.

—Estoy *bien* —insistí.

No tenía la menor intención de ceder la toma de aquella decisión, porque me jugaba mucho en encontrar a la persona adecuada, no solo para cumplir el plazo que nos permitiera sacar el juego durante las fiestas, sino para hacer un juego que respondiera a todas las expectativas. Teníamos que hacerlo bien.

Y para asegurarme de que no repetíamos ninguno de los errores del pasado... Volví la atención a mi portátil, terminé de revisar la nueva política que prohibía las relaciones entre empleados de LockMill y se la envié a Darius para que la leyera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Max.

—Actualizar la política de relaciones entre empleados.

Si Ali y yo no nos hubiéramos casado, la empresa no habría tenido que pasar por un infierno durante nuestro divorcio. Y si Leigh, nuestra desarrolladora principal, y Tristan, el anterior diseñador de narrativa, no hubieran roto, él no se habría marchado, dejándonos tirados. Las relaciones en el lugar de trabajo eran una receta para el caos, y no estaba dispuesto a dejar que ocurriera de nuevo. Como director general, debía asegurarme de que mi equipo contaba con todas las herramientas necesarias para alcanzar el éxito y, si eso significaba que debía protegerles a ellos, y a mí mismo, de nuestros peores impulsos, eso es lo que haría.

—Cómo no. —Max sacudió la cabeza y tiró una carpeta delante de mí—. Bueno, cuando acabes con eso, aquí tienes la información de los candidatos.

—Gracias —respondí.

—Y, antes de que te hagas ilusiones —continuó él—, no, Ryker Lowe no está en la lista.

—¿Nos ha rechazado?

—Parece que ni siquiera contestó a la invitación para la entrevista.

Asentí y mi gruñido se convirtió en un ataque de tos, así que me serví un vaso de agua. Si aquella maldita mujer de las ovejas espaciales no me hubiera entretenido, tal vez habría podido hablar con Ryker en la convención. Otra cosa más que me había fastidiado.

La puerta de la sala se abrió y Darius entró con un cuaderno. Yo había querido que asistiera alguien de recursos humanos a las

entrevistas, junto con Leigh, una mujer alta y esbelta con pelo castaño y gafas de montura rectangular.

—¿Has visto la nueva política? —pregunté a Darius.

—La formatearé y la distribuiré a lo largo del día —asintió él.

Capté la atención de Leigh, preguntándome si Darius le habría hablado de la política.

—Es una buena idea —dijo ella, confirmando que estaba al tanto del asunto—. Es evidente que los juegos y los romances no encajan bien. Creo que los dos lo hemos comprobado de primera mano.

De hecho, yo aún lo estaba comprobando, porque seguía lidiando con las repercusiones. Mi divorcio de Ali ya estaba finalizado, y también el reparto de bienes. Ella se había quedado con la casa y los derechos de propiedad intelectual de algunos de nuestros mejores juegos, y yo me quedé la empresa, y a Grace. Pero el problema no acabaría mientras Grace siguiera sufriendo las consecuencias. Y, lo peor de todo, lo que había ocultado a Grace, era que Ali había rechazado mi oferta de compartir la custodia. Se suponía que la tendría yo solo hasta que ella organizara su nueva vida, pero ya habían pasado varios meses y no había señal de que tuviera intención de cambiar el acuerdo de custodia. Si Ali no era capaz de encontrar la forma de estar con Sawyer y ser una buena madre para Grace al mismo tiempo, nunca se lo perdonaría.

—¿Estás bien? —Max me dio un empujoncito.

—¿Qué?

—Como sigas apretando ese vaso, te va a reventar en la mano.

Dejé el vaso sobre la mesa, hice lo que pude para apartar de mi mente los problemas con Ali y la carita triste de Grace, y saqué la información del primer candidato.

—De acuerdo —dije—. Empecemos ya.



—Muy bien... Háblanos de tu experiencia con el diseño de narrativas interactivas.

Inspiré por la nariz y carraspeé, en un intento por seguir sonando profesional ocho, no, nueve entrevistas y muchos caramelos para la garganta después. No quería ni recordar el número de entrevistas que habíamos hecho en poco más de una semana, por no hablar de las docenas de solicitudes que habíamos rechazado antes de llegar a la fase de entrevistas. El total de entrevistas, comparado con el de candidatos que nos habían parecido prometedores, estaba empezando a preocuparme.

—Claro —dijo la candidata número nueve. La miré parpadeando y agotado—. Sobre todo, yo me centro en reestructurar el marco narrativo. Creo que se puede conseguir que una historia tenga más impacto si se desecha el marco y se vuelve a empezar desde cero tantas veces como haga falta. Me gusta tener la máxima libertad creativa para encontrar la auténtica historia.

Mis ojos encontraron los de Max y Leigh, e hice un gesto muy discreto con la cabeza. Eso no iba a funcionar. Empezar desde cero no era una opción cuando se trataba de una marca con tanto éxito. Aquella candidata, evidentemente, no estaba dispuesta a adaptarse al trabajo que habíamos hecho con el juego hasta el momento.

Al primer candidato le había faltado experiencia, el segundo había admitido que no le entusiasmaba la ciencia ficción, y los candidatos tres a ocho... Me froté el puente de la nariz. Un par de ellos habrían podido encajar y, si lográbamos resolver un par de conflictos de agenda, estaría dispuesto a tener una segunda conversación con ellos. Pero nadie me había convencido aún de que encajaría en la visión que LockMill tenía para *Shadow*, ni que podría aportar algo nuevo. Quería que me impresionaran y, en lugar de eso, estaba haciendo esfuerzos por no bostezar.

—Muchas gracias por venir —estaba diciendo Leigh a la candidata, mientras la acompañaba a la puerta—. Nos pondremos en contacto contigo.

Nunca, porque no era adecuada para el puesto, en absoluto.

Miré el reloj. Solo tenía cuarenta minutos antes de tener que ir a recoger a Grace del colegio. Aquel era el día de la semana en que mi madre solía encargarse de recogerla, pero tenía una reunión con su editor que no había podido cambiar.

—Maldita sea —suspiró Max.

—Y que lo digas —corroboró Leigh—. ¿Quién va ahora?

Echamos un vistazo a los expedientes que teníamos sobre la mesa.

—Edith Sheppard —dijo Darius—. La conocí en GeekCon. Tiene pocos créditos a su nombre, pero su último juego está recibiendo buenas opiniones en el circuito independiente.

—Ay, iyo la vi en la mesa redonda «Mujeres en los juegos independientes»! —dijo Leigh, en un tono que denotaba un interés que no había demostrado por los otros candidatos—. Parecía muy motivada, entusiasmada, llena de ideas originales...

—¿Qué juego ha hecho? —quise saber, preguntándome si Grace habría probado la demo.

Por favor, que esta nos encaje.

—*Alterbot* —dijo Darius—. El concepto es sencillo, pero la narrativa es muy detallada. El mundo está bien construido, y ya tiene ideas para las secuelas. Es evidente que sabe contar historias.

—Vaya, eso suena muy prometedor. —Max se frotó las manos—. Ya tengo ganas de hablar con ella.

Alterbot... Fruncí el ceño. ¿Por qué me resultaba familiar ese nombre?

Antes de que pudiera preguntar, se abrió la puerta y entró *Edith*. Me pareció que estaba alucinando, no había alternativa. Porque, allí de pie, en el centro de la sala, golpeándose los muslos con los dedos, estaba la Eddie de la salsa picante, con sus mechas color neón, unos vaqueros rotos, zapatillas Converse y una camiseta que decía: *He dejado el juego en pausa para venir*.

CONNOR

—**H**ola a todos —saludó ella, con una voz alegre que sonó un tanto nasal.

Yo ya estaba negando con la cabeza. *Ni hablar*. ¡De ninguna manera! ¿Cómo diablos había conseguido una entrevista? Ella se apoyó sobre una cadera, de un modo que hizo que mis ojos se deslizaran por su cuerpo antes de poder evitarlo. Pero me detuve a tiempo. Un cuerpo precioso no compensaba su actitud insoportable.

Eddie miró a su alrededor por la sala y su mirada volvió a mí cuando se fijó en que era uno de los entrevistadores. Ella se recuperó más rápido que yo y plantó una sonrisa en su cara.

—Marqués de LockMill, me alegro de volver a verle.

—¿Os conocéis? —preguntó Max, al tiempo que me daba un golpecito con la pierna por debajo de la mesa, con una sonrisa muy irritante.

Apreté los dientes, considerando muy en serio añadir una prohibición sobre las amistades a la política que había enviado a Darius antes.

—Oh, sí, somos viejos amigos —dijo Eddie—. Pasó por mi puesto para que Grace pudiera probar mi juego. Y también me contagió este catarro, que no es tan divertido.

—Yo no te he contagiado nada —espeté, antes de sonarme con un pañuelo de papel.

No podíamos seguir. Eddie tenía que salir por aquella puerta, porque ni de coña iba a trabajar en mi empresa.

—Esta tortura empezó contigo, sin ninguna duda —añadí.

Eddie se dejó caer en la silla dispuesta para los candidatos y extendió las piernas, tan relajada como si estuviera en el salón de su casa.

—¿Cómo te fue en la convención? —preguntó Darius.

—Genial —dijo Eddie—. Hice un montón de relaciones, y añadí como cincuenta juegos nuevos a mi lista de pedidos, lo que no está tan bien para mi cuenta corriente.

Mi equipo se echó a reír y ella me miró.

—Y me comí un montón de quesadillas.

Apreté la mandíbula tan fuerte que sentí un destello de dolor detrás de los ojos. *¡No es adecuada para el puesto!* Estaba a punto de decir las palabras, de arrojárselas como una lanza, pero me contuve. No quería ser la clase de jefe que daba órdenes, pero la tentación con ella era muy fuerte.

Ni hablar. Había formado un equipo para las entrevistas porque quería que todo el mundo pensara que sus opiniones eran importantes, así que esperaba. Dejaría que lo fastidiara todo ella sola y, seguramente, no tardaría mucho.

—Te vi hablar en la mesa redonda —dijo Leigh—. *Alterbot* parece fantástico, pero nunca hubiera adivinado que esa era tu primera vez hablando ante un grupo tan grande de gente.

—Gracias —respondió Eddie con una gran sonrisa—. Me ayudó bastante que las luces no dejaran ver bien al público. Lo raro fue que no se escucharan los gruñidos de mi estómago, porque no tuve tiempo para comer.

Ella inclinó la cabeza hacia mí, mientras se escuchaba otro coro de risas divertidas. Quería frotarme la cara con las manos. ¿Por qué estaba siendo tan agradable? ¿Dónde estaba la maleducada con la que me había enfrentado aquel día?

—Creo que deberíamos empezar por el principio —propuso Leigh—. Es evidente que *Shadow of the Hyperion* es una secuela. ¿Qué sabes de *Hyperion 2132*?

—¿Quieres decir que si he jugado al juego? —preguntó Eddie, arqueando una ceja—. ¿O que si lo he completado al cien por cien y conseguido todos los trofeos? —Rio un poco—. Al menos, seis veces.

Leigh pareció interesada, y escribió algo en su cuaderno.

—¿Solo seis? —preguntó en broma—. ¿Cuál es tu parte favorita?

—Que el juego se adapta muy bien a las decisiones del jugador —dijo Eddie con una sonrisa amistosa, antes de proceder a elogiar distintos aspectos del juego. Se iluminó hablando de lo que le gustaba de un modo que... No, tenía que poner fin a todo aquello, pero ella seguía hablando—. Y me gusta que una decisión no solo afecta a la narrativa, sino a cómo te tratan los otros personajes del juego y, en última instancia, al final de la historia. Creo que son esos pequeños detalles los que marcan la diferencia. De hecho, yo también he empezado a utilizar ese planteamiento en mi propio trabajo. Quiero que los jugadores puedan volver a jugar mi juego y tengan una experiencia distinta cada vez. Así descubrirán nuevos aspectos de la historia, encontrarán nuevas pistas y sorpresas inesperadas. Es la clase de juego que les hará querer volver a por más.

Max se volvió hacia mí y vocalizó *ahí está*. Maldita sea, aquello ya era el colmo.

—¿Por qué sigues ahí sentada? —pregunté, al tiempo que me ponía en pie de un salto.

Eddie arqueó una ceja, en gesto de burla. De desafío.

—¿No es eso para lo que sirven las sillas?

—¿De qué va esto? —preguntó Max con una mirada inquisitiva, mientras Leigh fruncía los labios.

Tosí, me aclaré la garganta y me abroché la chaqueta del traje.

—El diseño de narrativa requiere hacer un montón de tareas diferentes, y adaptarse bien. Si quiere demostrar que está capacitada para el puesto, Eddie tendrá que demostrarnos que es capaz de adaptarse sobre la marcha. Vamos a hacer una excursión.

—Me *encantan* las excursiones —dijo Eddie sin alterarse.

Ignorando las miradas curiosas que me lanzaban todos, hice salir al grupo de la sala de reuniones y hasta otra sala, donde habíamos instalado un segmento finalizado del juego para hacer pruebas y mostrárselo a los inversores.

—Ahí lo tienes —dije a Eddie cuando entramos todos en la sala, donde ya había unos cuantos probadores—. Echa un vistazo al juego, juega un poco si te apetece, y dime qué necesita.

—Connor —empezó Leigh—. Si ni siquiera ha leído el informe.

Levanté una mano, sin apartar la vista de Eddie, retándola a que se negara, a que hiciera algo que me permitiera echarla de allí y, si era posible, arrojarla a un barril de salsa picante. Quería que el resto del equipo viera lo que yo ya sabía: que Eddie era una bocazas molesta, y lo último que necesitábamos en nuestro equipo. No encajaría bien, no tenía lo necesario para trabajar en LockMill. Y, lo que era más importante, necesitaba que se largara de allí y saliera de mi vida,

antes de... Antes de ¿qué? ¿Antes de que alguien se diera cuenta de lo mucho que me atraía alguien que era mi mayor pesadilla? ¿Antes de hacer algo monumentalmente estúpido, como preguntarme a qué sabrían aquellos labios tan arrogantes?

Ni en broma.

—Parece *divertido* —dijo Eddie con una sonrisa de suficiencia.

Cogió un mando de uno de los probadores, se dejó caer en el sofá y empezó a jugar.

—Un momento, ¿cómo se salta? —preguntó al probador que estaba a su lado.

—Gatillo izquierdo —respondió él—, pero tienes que calcularlo bien, o no caerás en la plataforma.

—¿Qué opinas del diseño de niveles? —preguntó Eddie al cabo de un momento—. ¿Hay bastantes obstáculos?

—A mí me parece entretenido, pero me gustaría que hubiera algo a lo que disparar con un rayo láser, ¿sabes?

Eddie asintió e hizo avanzar a su personaje por el nivel. La miré con atención, lanzando también miradas a Leigh, Max y Darius. Había querido poner en evidencia a Eddie, demostrar que no sería capaz de enfrentarse a las dificultades del trabajo, pero en lugar de alterarse, ella se había venido arriba. Al cabo de un rato, puso el juego en pausa.

—Muy bien —empezó, con una palmada—. Antes de nada, me encanta el ambiente. Desde el primer momento, se percibe el sentido de aislamiento y misterio del espacio exterior que funcionó tan bien en el primer juego.

Leigh asintió, prestando atención a los comentarios de Eddie como si fueran en serio. Esa no había sido mi intención. ¿Por qué lo estaba haciendo tan bien? Ya tendría que haberse marchado.

—Pero, en mi opinión... —continuó, pero después inspiró hondo y se detuvo, como para organizar sus ideas.

Por fin, pensé, ahora se estrellará.

—Creo que hay margen para que los jugadores se sumerjan aún más en la historia. La narración de Juni durante la secuencia inicial da demasiada información. El objetivo es la inmersión, ¿no? Yo dejaría que el jugador descubriera la información a través de grabaciones de voz, detalles del entorno, fotos antiguas... Esa clase de cosas. Quiero engancharme desde el principio, buscar pistas en busca de un objetivo final, pero, ahora mismo, no sé si la introducción me ha intrigado lo suficiente.

No, imaldición! ¿Por qué me estaba saliendo el tiro por la culata?

—¿Y qué hay de ese otro comentario? —preguntó Leigh—. ¿Lo de tener algo a lo que disparar?

—Bueno —sonrió Eddie—. No me negaría a poner una pistola de rayos, pero lo que más me interesa son los fragmentos de historia de los alienígenas desperdigados por la escena. En el último juego, los alienígenas eran el enemigo pero, por lo que veo, ahora parece que estáis pensando en cambiar esa dinámica. Así que, o en este juego vamos a estar al mismo nivel que los alienígenas, o tal vez tendremos que aliarnos con ellos, aunque no queramos, para hacer frente a un enemigo más grande y difícil.

Max se frotó la mejilla, como excusa para ocultar una sonrisa detrás de su mano. Leigh captó mi atención, también con una media sonrisa. *No, no, ¡no!* No debería haber sido tan fácil para Eddie comprender lo que había previsto Tristan. ¿Y por qué sonreían y asentían todos?

—Y, si es verdad que vamos a cambiar la dinámica con los alienígenas, ¿cómo crees que deberíamos hacerlo? —preguntó Leigh—. ¿Qué propondrías tú?

Eddie se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo.

—Yo cambiaría el punto de vista. Empezaría con los alienígenas y los presentaría como unas criaturas necesitadas de ayuda, para que el público sienta simpatía por su causa. Después de eso, pasamos directamente a Juni, en el momento en que recibe la señal de socorro en la nave. Eso da la entrada a su narración, y después se podría empezar a explorar, para darnos la oportunidad de intercalar más explicaciones.

La forma en que no dejaba de dar golpecitos con los dedos me estaba poniendo de los nervios, casi tanto como mirar sus labios mientras hablaba. *Espabila, Lockhart*. No me limité a pensarlo, sino que sacudí la cabeza y me soné con otro pañuelo de papel, para ocultarlo.

—Después de todo, Juni no se limitaría a creer que los alienígenas tienen problemas, solo porque lo digan ellos, ¿no? Investigaría un poco e intentaría averiguar algo más antes de sacar conclusiones. Eso nos llevaría a la primera decisión del jugador. ¿Va a dar una segunda oportunidad a los alienígenas? ¿O va a preferir ignorarlos? Esa decisión cambiará por completo la experiencia del jugador desde el principio; eso les encanta a los jugadores, sobre todo, cuando juegan por segunda vez.

La habilidad con la que estaba siendo capaz de abrirse paso entre aquella maraña de argumento e historia me hizo apretar los dientes. Se suponía que debía sentirse abrumada por la situación, y acabar largándose con el rabo entre las piernas porque no sería capaz de hacerse cargo. Pero, en lugar de eso, sus observaciones no podían ser más acertadas; además, Leigh y Max parecían encantados con sus sugerencias.

Max me dio un codazo, pero yo le aparté el brazo. Hasta el muy estoico Darius me estaba lanzando miradas que decían: *ella es la adecuada*.

Eddie se metió las manos en los bolsillos.

—Bueno, si queréis que os dé más ideas, tendréis que darme más información sobre el juego, pero creo que podría ponerlo en condiciones si me dierais la oportunidad.

—Sí, somos conscientes de eso —dijo Leigh, mirándonos a los demás—. Creo que ya hemos visto todo lo que necesitamos.

—Aún no —dije, sacudiendo la cabeza—. Tengo algunas preguntas más. La acompañaré a la salida.

—Muy bien, jefe —dijo Eddie, que me dedicó un saludo militar muy irritante.

Me dirigí al ascensor, pensando en todo lo que había dicho, y golpeé repetidas veces el botón de llamada. Cuando llegó el ascensor y entramos, el cubículo me pareció demasiado pequeño una vez que se cerró la puerta. Eddie se cruzó de brazos, se apoyó en una cadera y yo noté un calor desagradable en la nuca al fijarme en aquellas malditas curvas. El ascensor parecía tener el tamaño de una caja de cerillas, y sentí el impulso irracional de acercarme más a ella, en lugar de alejarme.

¿Qué maldito bicho me había picado? Carraspeé un poco.

—Creo que no has entendido por qué la historia comienza con la narración de Juni.

—Sí lo he entendido —respondió, con el ceño fruncido—. Es para recordar al jugador lo que ocurrió en el primer juego. Es el clásico comienzo de una secuela.

—¿Y estás diciendo que deberíamos deshacernos de él?

—No, lo que digo es que deberíamos cambiarlo de sitio. Tendría que ocurrir después de la introducción con los alienígenas.

—Si no es lo primero que ven los jugadores, ¿de qué sirve ponerlo? ¿Por qué íbamos a perder tiempo haciendo a Juni dar vueltas por la nave buscando pistas?

—Porque necesitas establecer los demás elementos del juego. ¿Qué relación tiene en ese momento con Flux? ¿Sigue en contacto con la tripulación del juego anterior? ¿Qué descubrirá que le haga dudar, o creer, la historia que le han contado los alienígenas? Tienes que dar tiempo a los jugadores para que piensen en la señal de socorro y decidan cómo quieren jugar, antes de hacerles tomar la decisión. Y no puedes presentar todo eso con solo un diálogo, porque sería *aburridísimo*.

—¿Estás diciendo que Juni es un personaje aburrido?

Mi pregunta sonó más dura de lo que había pretendido, pero me daba igual. No podría trabajar con aquella mujer. La forma en que lo cuestionaba todo me daba ganas de ponerme a discutir con ella durante horas, o callarle la boca de un modo que no tenía nada que ver con el trabajo. Iba a revolucionar mi cuidadosamente organizada vida laboral... Y esa era la única vida que me importaba.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿He dicho yo eso? No. Pero ¿de qué va el juego este?

Titubeé un instante, y ella continuó.

—¿Vais a decirle al público que Juni sigue siendo una cría que va corriendo detrás de Flux? —preguntó—. ¿O preferís decirles que ha crecido y que está buscando su propio camino en ese mundo tan peligroso? Su personaje tiene que mostrar algún tipo de evolución.

Llegamos a la planta baja y apreté los dientes. No sabía qué me disgustaba más: si el hecho de que Eddie hubiera comprendido tan rápido todo el potencial del juego, o que hubiera tenido razón en todo. Se suponía que no sería tan buena, yo había contado con que no lo fuera. ¿Qué iba a hacer ahora que había comprendido lo buena que era?

—Bueno, ha sido todo un placer —dijo Eddie en un tono cargado de sarcasmo cuando se abrieron las puertas del ascensor—. ¿Por qué no lo repetimos otro día?

Mentirosa.

—Aunque, la próxima vez, deberías llevar algo rojo —añadió—. Casi no te reconozco sin las manchas de salsa picante.

Apreté el botón que mantenía las puertas abiertas. Había esperado que alguno de los candidatos me sorprendiera, y ella lo había conseguido. No podía creer lo que estaba a punto de hacer, pero tenía claro lo que debía hacer para lograr que *Shadow* fuera el mejor juego posible. Odiaba esa situación casi tanto como odiaba su actitud, sus vaqueros llenos de agujeros y aquella maldita camiseta que le sentaba un poco demasiado bien, pero el juego la necesitaba a *ella*. LockMill la necesitaba.

—De acuerdo, está bien —dije entre dientes—. He tomado una decisión. El trabajo es tuyo. Si eres capaz de vestir como una profesional, puedes empezar el lunes.

—Ah, ¿con que has tomado una decisión? —se burló Eddie—. ¿Y se supone que debo aceptarla como una decisión de las alturas? ¿Debería poner salsa picante en mi ropa la noche anterior, o me espero hasta llegar aquí?

—Ropa. De. Oficina. —La miré irritado—. Si no sabes lo que significa eso, Darius te puede enviar algunas fotos como ejemplo.

Eddie se cruzó de brazos y me miró a los ojos.

—¿Sabes qué? Yo podría hacer cosas increíbles con ese juego. Yo, y mis vaqueros rotos.

Puse las manos en las caderas y la miré de arriba abajo. Ojos verdes centelleantes, labios carnosos y fruncidos, que no debía mirar ni desear tocar, porque pertenecían a una de las personas más bocazas e irritantes del planeta.

—No quiero ver ni un solo agujero. Esas son las condiciones.

—Pues gracias, pero no, gracias.

Me eché hacia atrás y entorné los ojos en una mueca incrédula.

—¿En serio vas a rechazar este trabajo por las reglas sobre la forma de vestir?

—No, lo voy a rechazar porque has *asumido* que no sé vestirme para ir a trabajar. Y también has *asumido* que los agujeros de mis vaqueros me hacen menos profesional, o hacen que sea peor en mi trabajo, o lo que sea que estés pensando. Y al ponerme a probar el juego sin previo aviso, has *asumido* que no sería capaz de comprender cuál era el hilo narrativo que Juni aportaba a *Shadow*.

Apreté los dientes. No había esperado que se diera cuenta de todo aquello.

—Eso son un montón de asunciones sobre alguien a quien no conoces —continuó—. Así que, gracias por la oferta, pero es que he decidido no trabajar para más capullos.

Conque esas teníamos.

—El salario es más que competitivo —dije, en tono tenso—. Sobre todo, teniendo en cuenta tu nivel de experiencia.

Ella chasqueó la lengua.

—Si te preocupa tanto mi nivel de experiencia, ¿por qué me habéis ofrecido una entrevista?

Y tanto, ¿por qué? Eso había sido obra de Max, pero, maldita sea, había tenido razón.

—Lo que debería preocuparte es que hay otros diseñadores de narrativa con muchos más créditos que tú.

Ninguno de ellos había encajado en el proyecto tan bien como Eddie, pero no estaba dispuesto a admitirlo. La necesitaba. *Shadow* la necesitaba. Pero quería hacerle creer que ella nos necesitaba aún más a nosotros.

—Vaya, muchas gracias por esa información —replicó con sarcasmo—. No tenía ni idea.

—No desaproveches la oportunidad de avanzar en tu carrera —aconsejé—. Los dos sabemos lo bien que quedaría en tu currículo que trabajes para LockMill. Y si el salario no es lo que esperabas, podemos negociar. —Estaba dispuesto a hacer un esfuerzo importante en cuanto a la cantidad, si eso era lo necesario para poner fin a aquella conversación.

—No me digas —dijo ella con suspicacia—. Bueno, ¿sabes qué, marqués de LockMill? Puedes meterte el dinero donde te quepa.

Marqués de... ¿qué? Decidí ignorarlo.

—Espero que hayas comprendido bien lo que estás rechazando.

—Que haya comprendido bien... —Eddie apretó los dientes, como si le hubiera dolido—. Ah, ¿porque soy demasiado inexperta para entender tu oferta? ¿Sabes cuál es tu problema?

—Estoy seguro de que me lo vas a explicar.

—Crees que la forma de resolver los problemas es ofrecer dinero a la gente. Piensas que, si aciertas con el número adecuado, conseguirás que hagan tu voluntad y te agradezcan la oportunidad de trabajar contigo.

—Si eso fuera cierto, resolvería tus problemas, desde luego. —Bajé la vista para mirarla, pero el dinero no tenía nada que ver con sus vaqueros rotos o su pelo color neón. En absoluto—. Eres muy joven aún, estás empezando tu carrera. Aún recuerdo esa época. Trabajar a muerte, preocuparse por no tener dinero para nada...

Ella hizo una mueca de desagrado, pero no lo negó.

—Te ofrecemos un montón de beneficios, y podemos hablar de una bonificación adicional si *Shadow* tiene una buena acogida entre el público.

—¿Este es tu rollo? ¿Abrir la cartera y ofrecer el dinero como si fuera una zanahoria? Pues que sepas que no a todo el mundo le gustan las zanahorias. —Pasó por mi lado para salir del ascensor—. Que te diviertas con las entrevistas. Espero que encuentres a alguien antes de que ese catarro te explote la nariz.

—Has estado ahorrando para algo —dije tras ella en voz más alta—. Seguro que hay algo que necesitas. —Pero ¿qué podría ser?—. ¿La entrada para una casa?

—¿Y qué iba a hacer con una casa entera para mí sola? —gritó ella—. Ni siquiera me gusta limpiar el piso que tengo.

—Tal vez lo que quieres es viajar, ver el mundo. El beneficio adicional podría ofrecerte unos meses muy agradables en Europa.

Siguió sin reaccionar, y se me ocurrió que no haría mucho que había terminado la universidad. ¿Qué buscaban los recién graduados, si no un trabajo seguro?

—El dinero podría contribuir al pago de tus préstamos estudiantiles.

Ella vaciló un poco y me pareció que esa era la respuesta a un maldito misterio. Los préstamos estudiantiles, tal vez ahí estaba mi puerta de entrada.

—¿Sabes? —dijo con una voz cargada de sarcasmo—. Tu oferta podría haber sido atractiva, pero he oído que Waylaid Games ofrece un programa de pago de préstamos estudiantiles para los empleados, así que voy a probar suerte con ellos.

Me dirigió otro de sus irritantes saludos militares y se alejó por el vestíbulo. Me quedé mirándola furioso, deseando con cada átomo de mi cuerpo que esa fuera la última vez que la viera en mi vida, pero sabía que dejarla salir por la puerta sería un grave error. Max, Leigh y Darius se sentirían desilusionados al saber que la habíamos perdido y ella había aceptado otra oportunidad, y yo no me sentía capaz de volver a empezar otra ronda de entrevistas.

Además, aunque odiaba admitirlo, ella era la mejor candidata para el puesto. Era una pena que tuviera aquella actitud... Y aquella boca tan apetecible.

Sacudí la cabeza y me aclaré la garganta, molesto porque mis pensamientos no dejaran de volver al mismo sitio. Si el salario y los beneficios que le había ofrecido no eran suficientes para que se decidiera, tenía un último as en la manga.

—Si aceptas el trabajo de diseñadora de narrativa hoy, LockMill Games comprará y distribuirá *Alterbot*.

Eddie se detuvo en seco y se volvió a mirarme, con los ojos brillantes.

—¿Estás de coña?

Me quedé mirándola, disfrutando de la sensación de victoria. Ya era mía. Di un paso atrás y solté las puertas del ascensor. Eddie corrió a través del vestíbulo y lanzó un brazo entre las puertas, deteniéndolas justo antes de que se cerraran. Cuando se abrieron del todo, me estaba mirando intensamente, como si le hubieran ofrecido su futuro en bandeja de plata.

—Si me estás tomando el pelo, voy a...

—Vas a ¿qué? —la desafié, pero ella no dijo nada—. Eso pensaba, Edith.

Ella me miró con desconfianza.

—Puedes llamarme Eddie.

—Pediré a Darius que te envíe el contrato hoy mismo, incluyendo una cláusula sobre la vestimenta adecuada para el trabajo.

—Ni se te ocurra —dijo ella.

Las puertas del ascensor empezaron a cerrarse por última vez, y sonreí con arrogancia antes de ocultaran su cara furiosa.

—Estoy deseando verte vestida para trabajar, *Edith*.

EDDIE

—¿No deberías haberlo leído todo antes de firmar el contrato? —preguntó Cassie.

Entró en mi habitación, con una camisa blanca de vestir y un par de pantalones negros de su armario en la mano. Yo no solía llevar ropa tan aburridísima, pero, por suerte, los clientes de Cassie de Studio Wren apreciaban sus prendas clásicas en tonos neutros.

—Toma, esto te vendrá bien.

—Gracias. —Dejé caer sobre mi cama la página del contrato que había estado leyendo—. Solo lo estoy revisando otra vez con calma. ¡Son como ochenta y nueve páginas con letra pequeña!

Menos mal que los beneficios médicos también incluyen el oculista, porque me va a hacer falta.

—¿Estás asegurándote de que Connor mantenga su promesa sobre *Alterbot*? —preguntó Cassie.

Solté una carcajada sarcástica.

—Oh, eso ha sido lo primero que he mirado. El marqués de LockMill no me va a meter un gol.

Si iba a tener que trabajar con su excelencia, le obligaría a cumplir la parte del trato que se refería a la distribución de mi juego. Pensar en *Alterbot* en las estanterías de una tienda era la única motivación que necesitaba para plantar una sonrisa en mi cara y embutir mi culo en los pantalones de Cassie.

—Según lo que me has contado, no creo que le vaya a encantar ese apodo de marqués de LockMill que le has puesto —dijo Cassie.

—Porque no tiene sentido del humor.

Me quité los pantalones del pijama y me puse los pantalones. Picaban.

—Son un poco largos —murmuró Cassie—. Te doblaré la parte inferior.

—Si tuviera sentido del humor —empecé, mientras me ponía la camisa y me abrochaba los botones diminutos—, se sentiría honrado por haberle puesto ese apodo.

Cassie me miró desde el suelo.

—¿Igual que tú con *Edith*?

—Eso no es un apodo, solo es mi nombre. Lo usaré y disfrutaré de él cuando me apetezca y cuando lo decida yo. Hasta entonces, no consiento que lo utilice él. Suena estirado y pretencioso.

—¿Puedes culparle, después de lo de la salsa picante? —preguntó Cassie, poniéndose en pie.

Hice una mueca y me puse la chaqueta que había dejado colgada en el cabecero de la cama.

—Bueno, puede que me sienta un poco mal por haber arruinado la comida de Grace, porque ella es genial, la verdad. —Y era obvio que no lo había heredado de su padre—. Pero cuando lo hice, no sabía que era para ella, y Connor fue tan... ¡Argh! Tú también le habrías tirado la salsa picante encima.

—Bueno, pues ahora ese tío es tu nuevo jefe —dijo Cassie, lo que no ayudaba nada—. Así que mejor no abuses de los condimentos.

—Más bien es el jefe de mi jefa —murmuré.

Ella me lanzó una mirada que decía: *Pues eso mismo*, pero decidí ignorarla. Como también iba a ignorar hasta qué punto el atractivo de aquel hombre hacía que me latiera el corazón. Era una pena que fuera acompañado de aquella personalidad.

—¿Qué tal estoy?

Cassie dio un paso atrás y me miró desde todos los ángulos, mientras yo giraba delante del espejo.

—Bastante buena, la verdad. —Me entregó una corbata negra de las que se sujetan con un clip, y le sonreí.

—Emulando la elegancia del marqués de LockMill, ¿no? Me vale.

—¿Estás segura de que no te va a salir el tiro por la culata?

—Dicen que la imitación es la alabanza más sincera, ¿verdad? —Aunque yo no pretendía alabar a nadie, y Cassie lo sabía muy bien.

—Nunca en la vida he oído a nadie decir eso —comentó Cassie mientras me metía un cristal de cuarzo transparente en el bolsillo—. Para que te dé suerte.

La vas a necesitar estaba implícito en sus palabras.



A las nueve y siete minutos de la mañana, entré en el elegante vestíbulo del rascacielos situado en el barrio SoMa, donde estaban las oficinas de LockMill Games. Leigh se reunió conmigo delante del ascensor para llevarme a mi orientación. Me miró con sorpresa, y sus ojos me recorrieron de la cabeza a los pies.

—Muy atrevido para tu primer día.

—El jefe dijo que viniera vestida para trabajar.

Di una vuelta delante de ella, antes de deslizar la mano por la solapa de la chaqueta que había comprado de segunda mano el fin de semana. Me había esforzado para encontrar un atuendo casi idéntico al traje negro de Connor o, al menos, una parodia bastante decente. Dios sabía que nunca podría pagarme uno auténtico. Si hubiera tenido tiempo, me habría teñido el pelo también, pero había pensado que eso sería llevar la broma demasiado lejos. Además, me gustaban mucho las mechas azules que llevaba.

Leigh se mordió un labio para intentar evitar sonreír.

—Yo que tú evitaría a Connor.

Puse los ojos en blanco.

—Deja que lo adivine. ¿Odia a la gente que llega tarde? Yo he llegado a tiempo, pero he tardado un poco en entender dónde podía aparcar. No es culpa mía que todo funcione ahora con una aplicación.

—Nos pagan el aparcamiento como parte del contrato —explicó Leigh, mientras pulsaba el botón del ascensor—. Los de recursos humanos te buscarán una plaza de aparcamiento mañana. Y lo que quería decir es que no le va a hacer mucha gracia la broma del traje.

—¿Hay alguna broma que le haga gracia? ¿Ese hombre sonríe alguna vez?

A juzgar por los labios fruncidos de Leigh, estaba bastante segura de conocer la respuesta, pero no dejé que aquello me disuadiera. Me enderecé la corbata como si estuviera preparando mi armadura para la batalla.

Mi entusiasmo desapareció cuando llegamos a la planta principal de LockMill. Dondequiera que mirase, solo veía gris: paredes grises, cubículos grises, cuadros grises, suelo gris... Y todo estaba silencioso, de un modo muy inquietante. Lo único que se oía era el

sonido de los teclados, y algún murmullo aislado. Cuando Leigh me llevó a mi cubículo, me sentí como Rapunzel, encerrada en una torre de piedra con solo mis pensamientos como compañía.

—Este es tu puesto —dijo Leigh al presentarme mi propio entorno gris—. Deja aquí tus cosas y te llevaré a ver a Darius para todo lo de recursos humanos.

Dejé caer mi bolso sobre la mesa, al lado de mi flamante ordenador. Al menos, el equipo parecía nuevo y reluciente, y eso era una ventaja, supuse. Me di la vuelta para seguir a Leigh a través de la planta, y miré en los otros cubículos al pasar. Más paredes grises, cabezas bajas, casi ninguna foto de familia a la vista... Me acerqué más a Leigh.

—Esto es un poco estéril, ¿no? ¿Es decisión de Connor, o hay alguna regla sobre los colores que deba conocer?

—Connor se centra mucho... en el trabajo —respondió Leigh con diplomacia.

Emití un murmullo. Entonces, ¿allí no estaba permitido tener una personalidad?

—Al menos, este entorno me permitirá canalizar a mi Connor interior. Cómo se llama eso, ¿actuar según el método? —Me ajusté las solapas de la chaqueta y, con el ceño fruncido, señalé a un becario que pasaba—. Chaval, ¿dónde está tu ropa de trabajo?

El chico se sobresaltó y levantó la vista del teléfono.

—Solo era una broma, tío —expliqué, y me volví a Leigh—. ¿Qué tal se me da fruncir el ceño? ¿Bajo las cejas lo suficiente? Creo que tengo que practicar un poco.

Leigh rio un poco, pero enseguida hizo una mueca. Yo fruncí los labios, con la sensación de que me había metido en una habitación llena de trampas. *Mierda.*

—Está aquí, ¿verdad?

Leigh miró al suelo, incómoda, y yo me di la vuelta y ofrecí a Connor un saludo militar.

—¡Buenos días, jefe!

Me sorprendió lo cerca que estaba, y di un paso atrás cuando su más de metro ochenta se cernió sobre mí como una nube de tormenta. Lo acompañaban dos hombres trajeados a los que no conocía. ¿Serían de seguridad, tal vez?

—Veo que has pasado del ceño fruncido a las miradas fulminantes —comenté—. Tendré que practicarlas también.

—Edith —masculó Connor entre dientes—. Qué mañana más afortunada para tu primer día.

Tiré un poco de mi corbata, con cuidado de no desprenderla y fastidiar el efecto. Algunas cabezas curiosas asomaron por encima de las paredes de los cubículos, a ver qué ocurría.

—Solo estaba admirando el decorado de esta planta, tan épico. No tenía ni idea de que hubiera tantos tonos diferentes de gris, pero creo que mi vestimenta profesional encaja a la perfección.

La mirada de Connor se deslizó por mi cuerpo, contemplando cada centímetro de mi traje. Sentí una especie de calor extraño que empezó en mi cabeza y descendió despacio hasta los pies de una forma muy sorprendente. La forma en que su mirada se tomó su tiempo no me resultó molesta. *¿Te gusta lo que ves?* estuve a punto de preguntar.

—Edith —dijo en tono cortante, señalando a los hombres que lo acompañaban—. Estos son el señor Holland y el señor Lyle, distribuidores de GamezCycle. —Me dedicó una sonrisa muy rara—. Les estoy enseñando dónde hacemos los juegos y presumiendo de lo profesionales y trabajadores que son nuestros empleados. Están pensando en trabajar con LockMill, ya que nuestro último distribuidor cerró el negocio.

Algunas cabezas más se asomaron por encima de las paredes divisorias de los cubículos. Ay, mierda. ¿Cómo iba yo a saber que aquellos hombres eran distribuidores? ¿O que el distribuidor habitual de LockMill había cerrado? Sin un buen distribuidor, todo el trabajo invertido en un juego podía quedarse en nada. ¿De qué servían los gráficos increíbles y los movimientos realistas, si el juego no llegaba a salir de nuestras oficinas?

Si Connor estaba intentando camelarse a aquellos dos ejecutivos, sobre todo después del drama que su divorcio había causado en el sector, debía haberme informado antes de nada, y yo me habría guardado las bromas para otro momento. Pero ni siquiera Leigh lo había mencionado a mi llegada y, a juzgar por su expresión extrañada en ese momento, ella tampoco lo sabía.

—Justo ahora estábamos hablando de *Alterbot* —comentó Connor con una ceja arqueada.

—Eso está muy bien —respondí, acobardada bajo las miradas de aquellos hombres.

Me sentí avergonzada e incómoda, Esa no era la impresión que había querido causar en aquellos hombres cuando estaban hablando de un juego en el que había trabajado tantísimo. Cómo me fastidiaría arruinar las posibilidades de *Alterbot* sin querer.

—Me alegro mucho de conocerlos —empecé y, al ver que estaban mirando mi atuendo, tiré de mi corbata, sintiendo la necesidad de explicarme—. Dicen que uno debería imitar a la clase de persona que quiere ser, y a mí siempre me ha inspirado mucho el marqués de LockMill.

Los hombres permanecieron en silencio, mientras las cabezas empezaban a desaparecer tras las paredes de los cubículos, probablemente a causa de la vergüenza ajena.

—Por aquí, señores —dijo Connor, poniendo fin a aquel momento tan embarazoso, por suerte.

Solté una exhalación dudosa, y Connor se quedó atrás un momento para murmurar entre dientes:

—¡Estás ridícula!

—No puedes decir eso —dije—. Voy vestida igual que tú.

—Ni de lejos —respondió altanero—. Y ahora, deja de llamar la atención. Si es verdad que me admiras tanto, sigue mis instrucciones y ponte a trabajar. *Calladita*.

¿En serio? ¿Qué era aquello? ¿La iglesia? ¿Un funeral? ¿O algún tipo de convento en el que se hacía voto de silencio? Abrí la boca para decirle que, de hecho, no pensaba quedarme callada, pero Leigh me agarró de un brazo y tiró de mí para alejarme.

—Es por tu seguridad —murmuró—, antes de que digas algo de lo que te arrepientas.

—No creo que me hubiera arrepentido —dije, mirando enfadada a Connor, que había hecho pasar a los distribuidores a una sala con paredes de cristal, donde cerró las cortinas venecianas.

—¿Qué hay en esa sala?

—El despacho de Connor.

—¿Y por qué está aquí, y no arriba, en la planta ejecutiva?

—Le gusta supervisar de cerca la producción.

—Ajá. —El marqués de LockMill, en lo alto de sus almenas—. Cómo no iba a gustarle.

Leigh me dejó en manos de Darius, quien inmortalizó mi traje en la foto para mi identificación, resolvió lo de mi plaza de aparcamiento y el acceso a los ordenadores, y me dio permiso para coger lo que quisiera de la comida que hubiera en la cocina. Sin embargo, no había nada que me resultara apetecible, pues solo había barritas energéticas aburridas, elegidas personalmente por Connor.

Cuando terminamos, Leigh me presentó al resto del equipo. Además de Max, a quien había conocido durante la entrevista, conocí a los diseñadores de juego, diseñadores de nivel, programadores y artistas. Como desarrolladora independiente, seguía impresionándome que, en las grandes empresas, cada función la hiciera una persona distinta.

—Soy muy mala con los nombres, pero recuerdo bien las caras — prometí—, así que, dadme un par de semanas para asimilarlo todo.

Recibí un montón de miradas, algunas de las cuales eran curiosas, y otras, compasivas después de ver mi encuentro con el jefe. Para que las cosas fueran aún más incómodas, empezaba a ser evidente que yo era una de las personas más jóvenes en aquel lugar. Noté las primeras punzadas de duda. ¿Sería es el sitio para mí?

—Te dejaré para que hables con Noah —dijo Leigh—. Puedes contarle tu idea sobre cómo cambiar el punto de vista en la secuencia inicial.

—Claro.

Noah Beckett era el guionista principal. Tenía el pelo castaño y llevaba gafas y un encantador jersey de friqui. Cuando el resto del equipo volvió a sus mesas, me senté en el borde de la mía para hablar con él.

—Así que, ¿llevas mucho tiempo trabajando para LockMill?

—Unos cuantos años —contestó él, después de acercar una silla.

—¿Y te gusta?

—Está bien. —Se encogió de hombros.

—¿Trabajaste en el primer juego?

Él asintió, y yo suspiré, aunque le sonreí enseguida.

—O eres un tío superintrovertido y no te gustan los desconocidos, o te he causado una impresión horrible.

Noah se subió las gafas por la nariz.

—Lo siento, se suponía que...

Me puse en pie de un salto y empecé a rebuscar en mi bolso.

—Antes de nada, relájate. No te estoy poniendo a prueba, ni nada.

—Um... —Se revolvió un poco en su silla—. Vale.

Saqué un envase que había traído con cosas para picar y lo abrí.

—¿Quieres que te cuente mis ideas para la secuencia inicial?

Él sacó un cuaderno.

—Claro.

—Ah no, guarda ese cuaderno —dije, negando con la cabeza.

Él parpadeó y me miró sorprendido.

—¿Cómo?

—No quiero que escribas lo que digo.

—¿No quieres que tome notas?

—A ver, sí. Notas. Pero no así. No me parece una buena forma de colaborar. ¿Tenéis por aquí...? —Miré a mi alrededor, hasta localizar una sala de reuniones con la luz apagada, donde había una gran pizarra blanca—. ¡Ahí está! —Cogí mi caja de comida y eché a andar, con Noah apresurándose tras de mí.

—Esto está mucho mejor —dije al entrar, después de encender la luz.

—Solo usamos esta sala para las reuniones de equipo —dijo Noah, mirando a su alrededor.

—¿Hay una reunión de equipo esta mañana? —pregunté—. Es decir, ¿vamos a molestar a alguien? —No tenía sentido instalarnos allí si nos iban a echar en diez minutos.

—Bueno... no —admitió.

—Genial. Entonces, no hay razón para que no utilicemos esta sala —dije y, después de coger un rotulador, escribí la palabra *ALIENS* en mitad de la pizarra. Desde ahí, tracé una flecha grande hacia la palabra *JUNI*—. Tenemos que llegar desde aquí hasta aquí, y creo que deberíamos empezar con intensidad, ¿sabes? Para atrapar la atención del jugador desde el primer momento. Y hablando de intensidad, ¿qué opinas de la música?

—¿Música? —preguntó, al tiempo que se sentaba en una silla—. Te refieres, ¿en el juego?

—En el juego sí, claro, pero me refería a aquí y ahora. ¿Te importa si pongo algo? Me ayuda a pensar.

Noah no se negó, así que puse música, con el volumen lo bastante bajo como para no molestar al resto de la gente. Sí, la puerta de la sala estaba cerrada, pero no sabía lo efectivas que serían las paredes de cristal bloqueando el sonido.

—Muy bien —dije—. Volvamos al trabajo. El último juego empezaba con los alienígenas matando a la mitad de la nave, así que, en este juego, tenemos que hacerlos menos asesinos y más como seres a los que los jugadores quieran ayudar.

—¿Asesinos? —preguntó Noah, que me estaba mirando con cara alucinada.

—Sí. —Abrí un paquete de M&M's y se lo ofrecí—. A mí el chocolate me ayuda a pensar.

—A Connor no le hace gracia —respondió él, apartando la bolsa.

Era la segunda vez que escuchaba eso aquella mañana.

—¿El chocolate? Venga ya.

—Que comamos en nuestras mesas, o en las salas de reuniones. Para eso tenemos la cocina, o el comedor, unos pisos más abajo. Y

seguro que la música tampoco va...

—Me empieza a dar la sensación de que el marqués de LockMill preferiría vivir en una burbuja aburrida, gris e insonorizada —suspiré.

—Esto... —Era evidente que Noah no sabía cómo contestar—. Yo no... No estoy seguro. Es que es un poco... intenso, ¿sabes? A veces se limita a mirarte fijamente desde lejos, con toda su atención y... *sabes* que la has liado.

Me apoyé contra la mesa, tratando de contener una sonrisa.

—Parece que te da miedo.

Él parpadeó.

—¿A ti no? Es como la definición del terror andante.

—¿Qué quieres decir? ¿Que cuando entra en una sala, empieza a sonar la marcha de la Estrella de la Muerte?

Noah me miró extrañado.

—Bueno, no, pero...

—¿Acaso se oscurece la habitación, y las sombras empiezan a extenderse por las paredes?

Por fin, Noah esbozó una sonrisa.

—No exactamente.

—¿Se oye relinchar a los caballos a lo lejos cuando alguien pronuncia su nombre?

Al oír eso, se me quedó mirando, confuso.

—¿*El jovencito Frankenstein*? —pregunté—. ¿Frau Blücher? ¿No te suena?

Él sacudió la cabeza. Oh, pobre alma ignorante. Menos mal que ahora ya me tenía a mí para guiarle.

—Bueno, no pasa nada. Organizaremos una noche de Mel Brooks algún día de estos, será genial. Pero, a lo que iba: Connor no es el amo del mal, solo es un hombre. Y no, yo no le tengo miedo. Salvo que... —Fruncí el ceño, porque se me acababa de ocurrir otra cosa—. No despediría a alguien solo por comer en una sala de reuniones, ¿no? No me importa enfrentarme a él, pero no quiero meterte en un lío.

Noah sacudió la cabeza con sinceridad.

—Oh no, él no haría eso. Una vez, Daneesh se trajo a su serpiente, y Janet se asustó tanto que derramó el café sobre una pila de documentos importantes. Lo único que hizo Connor fue pedir a Darius que se la llevara a la cafetería más cercana para que se calmara y le dijo a Daneesh que, la próxima vez, debería cogerse el día libre para cuidar a su mascota enferma, en lugar de traer el problema al trabajo. Connor no despide a nadie, salvo que sean deshonestos, crueles o incompetentes.

Aquello daba... mucho en lo que pensar, pero necesitaba asegurarme de haber entendido lo más importante.

—Entonces, ¿crees que no te despediría? ¿Ni te gritaría? —Noah sacudió la cabeza—. Entonces, ¿qué crees que haría?

—Parecer *decepcionado* —explicó Noah. Qué mono era.

—Bueno, no te preocupes por eso. Si quiere acusar a alguien de decepcionarle, me aseguraré de que sea a mí. Entonces... ¿Quieres M&M's? —Volví a ofrecerle la bolsa.

Él me dirigió una sonrisa titubeante, pero aceptó unas cuantas chokolatinas. Durante la hora siguiente, mientras comíamos, pensamos en cómo convertir a los alienígenas malos en alienígenas amigos. Para cuando llegó la hora de comer, me había quedado sin chocolate y me moría de hambre. Leigh vino a recogernos y, al mirar

el esquema que habíamos dibujado en la pizarra, nos miró arqueando una ceja.

—Eso es impresionante. Por cierto, tenemos comida de equipo, por ser tu primer día.

—Ah, ¿y dónde vamos a ir? —pregunté, cogiendo mi teléfono.

—Al comedor —respondió, confusa.

—Oh, venga ya. Seguro que podemos hacer algo más divertido. Aquí cerca hay un circuito de *karts*, con unas pizzas buenísimas, y seguro que son más baratas que cualquier cosa que haya en este edificio tan elegante.

—No estoy segura... —empezó Leigh, que se estaba mordiendo un labio.

—Pues yo sí, porque el café que compré después de mi primera entrevista aquí casi me cuesta mi primogénito.

Noah soltó un resoplido.

—No, en serio —dijo Leigh, haciendo un gesto hacia el resto de la planta—. A Connor probablemente no le gustará que todo el equipo salga para comer.

Me estaba empezando a hartar de escuchar eso. ¿Y qué más cosas no le gustaban a Connor? ¿El sol? ¿El oxígeno? ¿La gravedad que lo sujetaba al suelo?

—Iré a preguntárselo.

Leigh negó con la cabeza.

—No creo que sea buena idea.

—Ya lo he impresionado con mi épico atuendo. ¿Qué más podría pasar? —Me ajusté el traje y me dirigí a asaltar las murallas del castillo, con intención de pedir permiso para la salida del equipo.

En su despacho de cristal, Connor hablaba por teléfono con cara de malas pulgas. Tenía la misma expresión que ponía yo cuando hablaba con mi compañía aseguradora, pero en él, parecía su expresión normal. Si pusiera esa cara vestido con una armadura y enfrentándose a un dragón, impresionaría bastante, pero, en el entorno de la oficina, solo parecía cabreado. Llamé a la puerta y saludé con la mano para llamar su atención. Cuando Connor me miró, levanté un dedo.

—¡Solo necesito un minuto! —vocalicé.

Él hizo girar su silla para darme la espalda. *Vaya, qué grosero*. Miré por encima de mi hombro a donde esperaban Leigh y Noah. Leigh se encogió de hombros, pero yo no me iba a amedrentar tan rápidamente. Me acerqué al cubículo más cercano, pedí prestado un rotulador y un folio, y escribí a toda prisa: *Me llevo al equipo a la pista de karts para comer*. Corrí al despacho de Connor, golpeé el cristal y levanté el papel para enseñárselo. Connor echó un vistazo rápido a la nota y, enseguida, volvió a mirarla con atención. Se levantó de su silla de un salto y abrió la puerta de golpe.

—No en mitad de un día de trabajo.

—¿Esperas que vayamos a comer en mitad de la noche? La comida se suele hacer a mitad del día.

—Si vais a los *karts*, no se trata solo de comer. Se prolongará durante toda la tarde y perderéis un tiempo muy valioso. —Resopló como un toro—. Además, no se ha aprobado una salida del equipo para hoy.

—Pues qué bien que seas tú quien puede aprobar las cosas —dije, dándole una palmada en el hombro.

Me lanzó una mirada que podría haberme hecho un agujero en la frente.

—Mi respuesta es no —dijo con firmeza.

Sujeté la puerta con el pie para impedir que la cerrara.

—Escucha, la razón principal de una comida de bienvenida con el equipo es tener la oportunidad de conocernos mejor. No hay mejor manera de unir a un equipo que divertirse juntos, y vas a necesitar que estemos unidos cuanto antes, si quieres que el juego cumpla los plazos.

Miré un reloj que no llevaba.

—Ya estamos a finales de marzo, jefe. No falta mucho para octubre.

Las aletas de su nariz se ensancharon un poco.

—A ver, fíjate en cuánto he avanzado ya con Noah. Esta mañana, casi no podía mirarme a los ojos, y ya somos amigos íntimos y, prácticamente, hemos terminado de replantear la secuencia inicial.

La mandíbula le tembló un poco, y no supe si estaba conteniéndose para no gritarme, o para no prenderme fuego, aunque estaba bastante segura de que sería lo segundo. No pude resistir la tentación de chincharle un poco más, lo que no era muy propio de mí, pero un poco, sí.

—Si eres capaz de hacer algo más que parecer muy cabreado, hasta te dejaré venir con nosotros —le provoqué.

Connor no sonrió, pero su mirada pasó por encima de mi hombro, a donde estaba Noah.

—Si lo permito, espero que me entreguéis el primer borrador de la secuencia revisada antes de marcharos. Y no me refiero a esos garabatos que hay en la pizarra. Quiero un guion detallado.

¿Así que había estado prestando atención a nuestra reunión? Me lo imaginé enfurruñado en su torre, sin la menor idea de lo que ocurría en el mundo real. Pero podía admitir que ahora le respetaba un poco como jefe. Como un cinco por ciento.

—Hecho.

Él sonrió con arrogancia, como si estuviera seguro de que no lo conseguiría, y yo reduje el porcentaje de respeto de cinco a tres. Le tendí una mano, y él se quedó mirándola antes de extender la suya por fin. Ignoré la punzada que sentí en el estómago cuando su mano rodeó la mía y noté que, al igual que yo, tenía callos en la palma, de utilizar el mando de la consola todo el tiempo.

—Estaré esperando tu guion para leerlo. A las cinco en punto.

—Vas a alucinar.



Dos horas más tarde, después de un montón de pizza y de que Max se coronara campeón de los karts, Noah y yo volvimos a instalarnos delante de nuestros ordenadores y, en cuanto estuvimos satisfechos con la nueva versión de la secuencia inicial, se la envié por correo electrónico a Connor, veinte minutos antes de las cinco.

Marqués de LockMill, escribí, por favor, contenga su entusiasmo al leer este guion tan épico que le adjunto. Firmé el correo electrónico: su leal súbdita, Eddie.

CONNOR

—S eis vertical. —Mi madre dejó el crucigrama sobre la mesa para beber un poco de café—. ¿Fábula?

—Bien pensado. Estaba pensando en «historia», pero «fábula» encaja con el ocho horizontal.

Rellené las letras en mi copia del crucigrama, y mi madre me sonrió con dulzura. Detrás de ella, el sol de abril que entraba por las grandes ventanas arrancaba reflejos dorados de algunos mechones de su pelo rubio, y hacía brillar los que ya plateaban.

—¿Catorce horizontal? —dije—. ¿Marino?

Mi madre asintió y lo escribió.

Hacer juntos el crucigrama era nuestra tradición desde que yo era pequeño. Cuando mi madre tenía un buen día, nos sentábamos y hacíamos juntos el del periódico. En sus días malos... Bueno, los crucigramas eran lo que menos me preocupaba esos días. Pero ya hacía mucho tiempo desde la última vez que la había visto así. Ahora se encontraba bien, realmente bien.

—Si se lo permites, Grace dormirá toda la mañana —me recordó mi madre.

Esa era otra razón para alegrarme de que se encontrara tan bien en esos momentos. Mi madre había sido un gran punto de apoyo para Grace cuando mi divorcio se complicó, y ella conocía los hábitos de mi hija casi tan bien como yo.

—No pasará nada por unos minutos más —dije, después de mirar mi reloj.

—No dirás eso cuando esté en la cama hasta el mediodía —respondió mi madre—. Se está acercando a la adolescencia.

—No me lo recuerdes —pedí con un escalofrío fingido—. Cumpliré los diez dentro de nada.

Mi madre rio un poco y jugueteó con el colgante que llevaba en el cuello. Era una joya que le había regalado X, su novio, y al verla oculté una mueca. Sí, él era un director muy famoso, con un montón de premios, pero eso no significaba que me fiara de él en lo que se refería a mi madre. Ella necesitaba a alguien muy comprometido que la apoyara, y yo no estaba seguro de que él fuera esa persona. A mis hermanos les parecía que estaban muy bien juntos, pero nos habían dado una gran sorpresa al informarnos de su relación; después, habían roto a causa de aquel problema con el audio en el rodaje de una de las escenas de la película *Cada día es domingo* y, aunque luego habían vuelto, él todavía no me había demostrado ser un hombre que valiera la pena. Verlo entrar en el salón en ese momento, con una taza de café y un libro de sudokus, me puso de los nervios.

—Buenos días a todos. ¡Qué día más bonito!

Rodeó la mesa, vestido con un chándal amplio color magenta al que Grace se había referido como que «devoraba». Yo no le veía la gracia, pero Grace no había tardado en obsesionarse con X y su

colección de zapatillas de deporte. Yo prefería pensar que el gusto de mi hija mejoraría en cuanto madurase un poco más.

—Buenos días —respondió mi madre con una gran sonrisa.

Él se inclinó para darle un beso en los labios.

—¿Cuándo vuelves a Los Ángeles? —pregunté casualmente.

Mi madre y X dividían su tiempo entre San Francisco y Los Ángeles, y seguían en contacto a distancia cuando X tenía trabajo en otro sitio.

—Creo que en unos días —admitió X, que había cogido la mano de mi madre para apretarla con la suya.

—Está negociando dirigir una película de época ambientada en la Italia de Mussolini —explicó con entusiasmo mi madre, una apasionada de la historia.

—Aún no está confirmado —dijo X—, pero la cosa promete.

—Eso está muy bien.

Crucé los dedos por debajo de la mesa, con la esperanza de que la película se grabara en aquel país. No me importaría nada pasar seis semanas sin X en nuestras vidas. Su relación con mi madre era demasiado inestable para mi gusto, y creía que le vendría bien un descanso durante el que reorientarse. Quería que fuera feliz, sin que un hombre la hiciera retroceder en todos los progresos que había hecho.

—Un verano en Italia —suspiró mi madre—. ¿Verdad que suena muy romántico?

—¿Diecisiete horizontal? —pregunté y, cuando no contestó, levanté la vista y la encontré apoyada en el hombro de X, observando con interés cómo resolvía su sudoku.



Café era lo único que tenía en mente cuando entré en mi despacho. *Café. Café. Inmediatamente. Todo el café del mundo. En vena.*

Era uno de esos días en los que nada iba bien, y necesitaba cuanto antes un chute de cafeína, o iba a empezar a tirar cosas por la ventana. Mientras atravesaba la oficina para coger la taza más grande que encontrara, escuché una explosión de risas procedentes de uno de los cubículos. Miré hacia el sonido con suspicacia. Por supuesto, el origen era el cubículo de Eddie. Me dirigí hacia allí, molesto al ver que se había congregado la mitad del equipo. Cuando el grupo volvió a reír, hice crujir mis nudillos y me preparé para reprenderla por monopolizar el tiempo de los empleados con sus tonterías.

La semana anterior, Noah y ella habían conseguido cumplir el plazo de entrega de la nueva secuencia inicial, pero eso no le daba derecho a distraer a todo el mundo en horario de trabajo. Me acerqué a ellos, dispuesto a mandarlos a todos de vuelta al trabajo.

—Y entonces, ibum! —exclamó Eddie—. La cápsula de escape golpea el costado de la nave. Y otra vez: ibum! Juni cae atravesando el techo. Flux se cabrea, y Juni reacciona en plan «aquí no ha pasado nada».

Un momento... Fruncí el ceño. ¿Estaban hablando de trabajo?

Eddie lanzó las manos al aire, en su habitual actitud dramática, mientras el equipo disfrutaba de su relato, con grandes sonrisas en sus caras. Me recordó a Ali, a lo mucho que le apasionaban los juegos y su entusiasmo, que podía resultar contagioso. Pero la gente no había mirado a Ali así.

—Al mismo tiempo —continuó Eddie—, Flux comprende que no es más que una distracción, y el plan de escape se pone en marcha. En esta secuencia incluiremos algunos toques de comedia, porque la siguiente va a ser un mazazo emocional.

Mientras miraba a Eddie, noté una sensación extraña en el pecho. No podía evitar sentirme impresionado por la forma en que capturaba la atención de la gente y contaba la historia utilizando todo su cuerpo. La forma en que se movía al hablar, haciendo gestos con las manos, moviendo las caderas al girarse, me estaba cautivando como si fuera un maldito idiota. Cuando se inclinó sobre su mesa para señalar algo, tuve que hacer un esfuerzo consciente para mantener la vista en su cara y centrarme en sus palabras. Admitía que era muy buena en su trabajo, aunque habría preferido que canalizara sus habilidades en formas de trabajar más productivas. La miré durante un segundo más, pero solo un segundo, antes de apartar la vista. ¡Café! Eso era a lo que había ido.

—¡Hola, jefe! —llamó Eddie, antes de que yo hubiera conseguido alejarme—. ¿A dónde vas? La fiesta está aquí mismo. Puedes unirme a nosotros, si quieres. —Fingió limpiar el polvo de su escritorio—. Salvo que te preocupe divertirme tanto que no puedas seguir frunciendo el ceño.

Le dirigí una mirada inexpresiva. ¿Por qué siempre hacía un numerito de todo? A medida que me acercaba, las sonrisas del grupo fueron desapareciendo, y algunos de ellos tomaron la sabia decisión de volver a sus puestos. Eddie se cruzó de brazos y me miró con los labios fruncidos, de un modo que me hizo notar de nuevo esa presión en el pecho. Su mirada tenía algo desafiante, algo que me hacía querer extender un brazo, atraerla hacia mí y...

—Antes de ir a comer, asegúrate de cerrar sesión y bloquear tu ordenador —dije, recurriendo a mi actitud de jefe—. Espero que no hayas olvidado la formación que te dimos en materia de seguridad digital.

Unas cuantas caras apartaron la vista, y yo volví a mirar a Eddie.

—¿Por qué necesita todo el equipo una explicación tan detallada de una escena en la que solo van a participar unos pocos de ellos? —pregunté. Ella abrió la boca para contestar, pero la interrumpí—. La explicación me la debes solo a mí, *Edith*.

Los que aún seguían allí pillaron la indirecta y volvieron corriendo a sus puestos, como ratas huyendo ante la primera señal de peligro. Cuando nos quedamos solos, eché un vistazo a las paredes de su cubículo, cubierto de dibujos en colores brillantes y notas pegadas.

—¿Estás admirando mi muro de la inspiración? —preguntó.

—¿Es así como lo llamas? —pregunté, con una ceja arqueada.

A mí me parecía un caos ofensivo para la vista. ¿Cómo podía concentrarse en esa zona de trabajo tan chillona?

—Tenía que poner algo en las paredes, o me habría muerto de aburrimiento en esta torre de cemento.

—¿Torre de cemento? —Señalé a mi alrededor con un gesto—. Tenemos una zona de descanso muy lujosa y comida *gourmet* en la cocina.

—Sí, donde todo es gris o negro.

—Y eso ¿qué importa?

Sabía que no tenía muy buen gusto para la decoración. Grace había ayudado a decorar la casa que habíamos comprado después del divorcio, y a mí me hacía feliz lo que a ella le hiciera feliz, aunque incluyera más color rosa del que me hubiera parecido necesario. Sin embargo, en el trabajo era importante que todo fuera funcional. Siempre me había resultado más fácil trabajar en un espacio ordenado y tranquilo, con colores neutros. ¿No le pasaba lo mismo a todo el mundo?

—Este es tu lugar de trabajo, no el salón de tu casa.

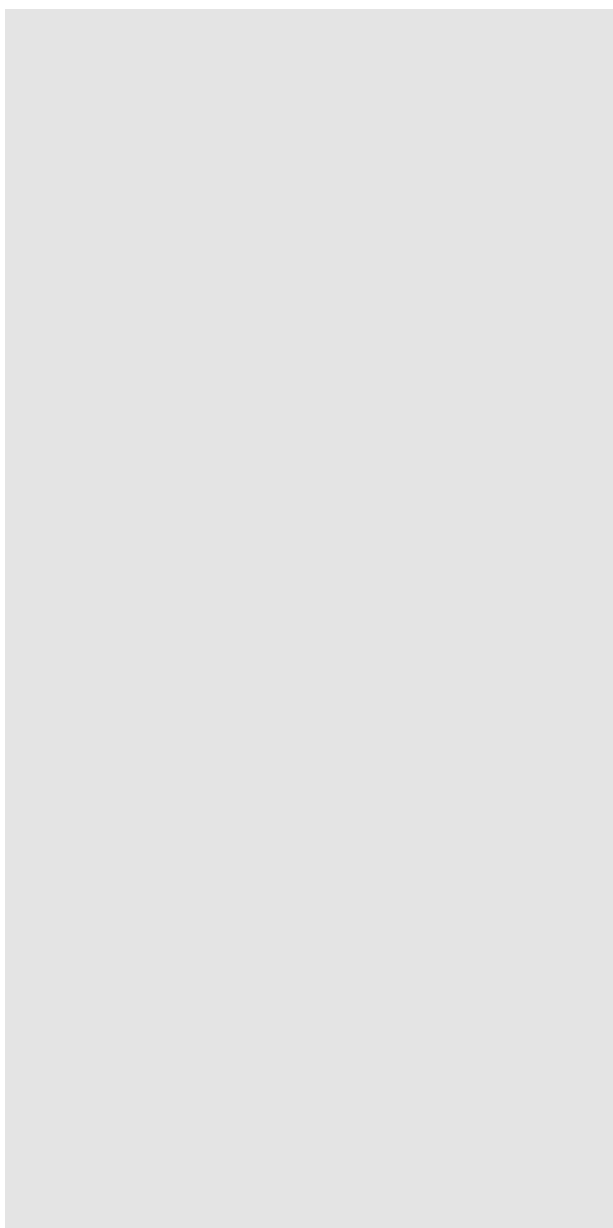
—Es obvio que el aspecto de las cosas es importante —argumentó Eddie—. Si no, todos los juegos seguirían teniendo el aspecto de *Pong*.

—Los avances en diseño gráfico y las paredes de tu cubículo son dos cosas muy distintas.

—Pero las dos animan mucho —señaló Eddie.

—Pues esta conversación no me está animando nada —gruñí.

Una de las fotos de la pared mostraba una rata que sujetaba un trozo de queso, con un mensaje debajo que decía:



Que tengas un día «agoudable».

—¿Qué es eso?

Eddie me dedicó una sonrisa taimada.

—Es el señor Quesitos, la mascota del equipo.

¿El señor Quesitos? Jesús. Me froté las sienes, porque me estaba empezando a dar un dolor de cabeza por tensión.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Eddie—. No te irá a dar un aneurisma, ¿verdad?

—Solo intento comprender cómo puedo acabar siempre inmerso en tus tonterías.

—Tal vez te gustan —sonrió ella.

—Te garantizo que *no*. —Era posible que sí.

—No estoy segura —me desafió Eddie—, porque es evidente que sigues volviendo a por más.

—Déjalo ya. —Me apreté el puente de la nariz.

—Que deje ¿qué?

—De distraerme, de distraer a todo el mundo. Esto no es el recreo, aquí se viene a trabajar.

Eddie apoyó las manos en sus caderas y frunció el ceño.

—No estoy distrayendo a nadie. ¿No has oído que estábamos trabajando en el juego?

—Toda tu... —La señalé con un gesto—. Actuación, podría haberse reducido a un correo electrónico.

Ella se apartó el flequillo de los ojos con un resoplido.

—Mira, el que haya empezado a mitad del desarrollo de un juego es difícil para el equipo. No es fácil crear un método unificado de diseño, pero es la única forma de que el juego parezca coherente y tenga sentido.

¿Método unificado de diseño? Cuando soltaba ideas complejas como esa, me resultaba difícil creer que era la misma mujer que me había duchado con salsa picante. Era inteligente, a pesar de su insistencia en convertirlo todo en una producción teatral.

—Por eso estoy invirtiendo tiempo con todo el equipo, todos juntos. Necesitamos crear un ambiente agradable en el que trabajemos unidos, no se trata solo de la narrativa. El juego original estaba perfectamente equilibrado, y me imagino que se debió, en buena parte, a que Ali lo tuvo todo controlado desde el principio. Ahora no estamos en esa situación, pero podemos llegar a ese punto, siempre y cuando todo el mundo se sienta bien integrado en el equipo.

Dejé escapar un largo suspiro, porque me fastidiaba que tuviera razón.

—Comprendo tus intenciones, pero tus métodos son demasiado desorganizados. Redacta tus notas para el diseño y envíasalas por correo electrónico. Necesitamos mantener un registro por escrito, o perderemos las ideas.

—¿Y si grabo las discusiones del equipo y las guardamos en la carpeta compartida? Así tendrás tus registros.

—¿Y por qué no te grabas a ti misma y se lo envías a ellos?

—Creo que no has entendido que se trata de trabajar juntos —explicó Eddie—. De colaborar. No hay mejor manera de valorar cómo se recibe una idea que recibir reacciones en tiempo real.

Apreté los labios, porque tenía razón. La mitad de nuestro trabajo consistía en comprobar las reacciones a nuestros juegos en tiempo real, pero, aun así, yo no necesitaba un numerito constante en mitad de la planta de producción, cuando el resto de la gente estaba intentando concentrarse.

—Muy bien, sigue con tus reuniones, pero hazlas en la sala de reuniones grande, y mantén la puerta *cerrada*. Así, al menos, no distraerás a todo el mundo.

Ella me guiñó un ojo y tendió la mano de nuevo.

—Hecho.

Estreché su mano sin pensar y, una vez más, aquella sensación extraña explotó en mi pecho, se extendió entre mis costillas e interrumpió el ritmo de mi corazón. La ignoré, solté su mano y me di la vuelta para marcharme, no sin antes lanzar un último vistazo a su ridículo atuendo, que le sentaba un poco demasiado bien para mi gusto. Me negaba a admitir que aquel traje le sentaba muy bien.

—Sabes que, en tus beneficios, tienes incluido un presupuesto para ropa, ¿verdad? ¿No te has leído el contrato?

Ella deslizó una mano por la delantera de su camisa y puso mala cara. Intenté no mirar la forma en que su mano apretaba la tela contra su cuerpo.

—Dijiste ropa de trabajo —protestó ella—. ¿Qué tiene de malo?

Me aclaré la garganta.

—He pensado que, tal vez, preferirías ropa de trabajo más adecuada a... tus gustos.

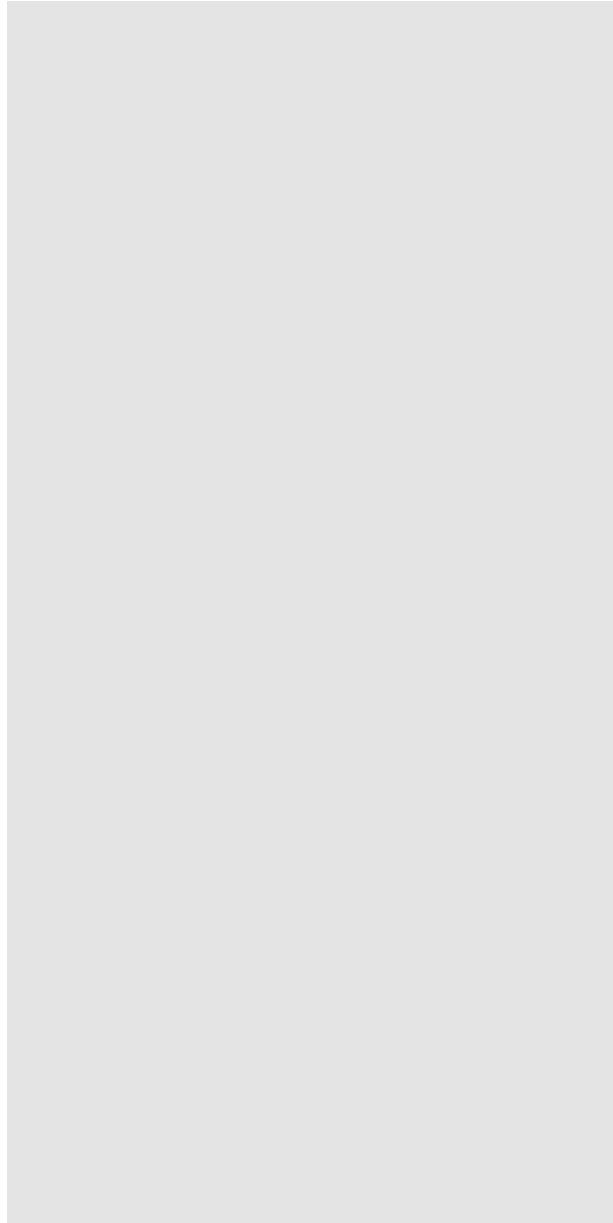
—Bueno, me pondré con ello en cuanto me des el nombre de tu sastre.

Clavé la vista en el techo.

—Vuelve al trabajo, Edith.

Me dirigí a la cocina, ansioso por tomarme aquel café de una vez. Allí encontré a Max, que se estaba haciendo uno. Se apoyó en el mostrador con una taza en la mano, mientras yo trasteaba con la cafetera.

—¿Qué? —pregunté al notar que me estaba mirando.



—Oh, nada... —Se volvió a mirarme—. Estás pasando mucho tiempo con esa chica nueva.

—¿Te refieres a Eddie?

—Sí —dijo Max con una sonrisa de suficiencia—. Esa es la chica nueva.

—Intento que se centre en el trabajo —dije con un resoplido—. Si no se la supervisa, se le ocurren ideas raras, como llevarse a todo el

equipo a los *karts*.

—Eso... Lo cierto es que fue muy divertido —dijo Max—. *Ella* es muy divertida. Y atractiva. Y no intentes fingir que no te has dado cuenta. Te pasas por su cubículo al menos una vez cada hora.

La cara que puso me hizo resoplar.

—No digas tonterías. Para empezar, es una empleada y, además, tiene quince años menos que yo.

—Has estado pensando en ella lo bastante como para calcularlo ¿no? —preguntó Max con una gran sonrisa.

—¿No tienes algún código que revisar? —mascullé.

—Me alegro de verte sonreír así de nuevo. No te había visto hacerlo desde el div...

Mi teléfono empezó a sonar y lo saqué del bolsillo para mirarlo.

—Es el colegio de Grace. Tengo que cogerlo.

EDDIE

Salí a toda prisa por la puerta principal de aquel rascacielos enorme, obligando a dos hombres muy bien trajeados a que se apartaran para dejarme paso.

—¡Perdón! —me disculpé por encima del hombro al oírlos gruñir, enfadados.

Cassie pitó desde el coche aparcado y me saludó por la ventanilla. Salió y se dirigió al asiento del pasajero, mientras yo me sentaba detrás del volante.

—¿Has bajado las escaleras corriendo? —preguntó, poniéndose el cinturón de seguridad.

—No, en ascensor. Es que el vestíbulo mide como la mitad de un campo de fútbol —expliqué, jadeando aún—. Connor se ha ido a no sé qué reunión, así que yo he podido marcharme también.

—¿Han dicho qué ha pasado?

Tiré de la pechera de mi camisa prestada.

—Solo que Alannah ha tenido algún tipo de problema, y no han conseguido localizar a mi padre ni a Valentina.

—¿Y la niñera? —preguntó Cassie.

—Ahora tiene otra distinta. —Volví a tirar de mi blusa—. Por lo visto, aún no han terminado el papeleo necesario para que pueda ir a recogerla. ¿Dónde te dejo?

Cassie necesitaba que la llevara a una tienda de muebles, ya que yo iba a llevarme el coche.

—En Granite —dijo—. Ve hacia el centro.

—¿Crees que voy vestida de un modo lo bastante profesional para la oficina?

—Sí, ¿por qué?

—Connor me ha dicho que, al parecer, mi sueldo incluye un presupuesto para ropa —expliqué con una mueca—. Pero lo ha dicho de un modo que sonaba a que mi ropa no le parecía adecuada.

—Pues que me perdone, pero estás increíble —insistió Cassie—. A lo mejor lo que le pasa es que estás demasiado increíble.

—Estoy bastante segura de que lo ha dicho como un insulto.

¡Argh! Tratar con él me mareaba. Primero se comportaba como una persona razonable y aceptaba mi idea para las reuniones de equipo y, al momento, empezaba a quejarse de mi ropa!

—Ni siquiera sé por qué me importa. Si apenas lo aguanto.

—A lo mejor no te fastidia tanto como quieres dar a entender —propuso Cassie—. Igual todas esas discusiones son una forma rara de tontear. —Me dio un codazo—. ¿No será que estás disfrutando de tus tira y afloja con el jefe?

—Connor y tonteo no son palabras que encajen en la misma frase —resoplé.

Cassie sonrió con suficiencia y me tiró de un mechón de pelo.

—Él es como el niño que te tira de las coletas, y tú eres la niña que le pone arena en la bolsa de la comida.

Me situé en el carril de la izquierda para girar.

—Ese hombre no reconocería un tonto ni aunque me quitara la camisa y me contoneara sobre la mesa de su despacho.

Cassie se echó a reír.

—Seguro que eso sí te costaría el despido.

—¡Lo digo en serio! Es el tío menos divertido y más estirado que he conocido nunca. Y es él quien ha prohibido las relaciones entre los empleados. —Darius me había explicado el código de conducta—. Así que no tengo ni idea de por qué querría tontear conmigo.

—Vale, bueno, igual ha hecho ese comentario sin pensar.

Respondí con un gruñido.

—Pero ¿por qué te importa a ti? —preguntó Cassie, en un eco de mi propia pregunta—. Nunca habías hablado tanto de ningún otro jefe.

Pensé en cómo me latía el corazón cuando discutía con él. No quería analizar esa sensación, ni la forma en que podría haber reconocido su culo de entre una fila entera de traseros embutidos en pantalones de traje, de tanto como lo había mirado. En lugar de eso, subí el volumen de la radio y Cassie me lanzó una mirada.

—¿Qué pasa? —pregunté—. Me gusta esta canción.

—Pasa que no quieres admitir que el tío bueno gruñón de tu jefe es...

Subí aún más el volumen de la radio, y le di codazos hasta que cedió y empezó a cantar conmigo. Cantamos a pleno pulmón hasta que detuve el coche en la entrada de Granite y Cassie se bajó. A través de la ventana, vi un cartel enorme de liquidación.

—Buena suerte —dijo Cassie—. Dile a Alannah que hay chocolate de emergencia en la guantera, por si le hace falta. Eso siempre ayuda.



Subí a la carrera las escaleras del colegio St. Orwell, donde encontré a un guardia de seguridad en la puerta que me acompañó al despacho de dirección. Una secretaria con un teléfono sujeto entre el hombro y la barbilla me señaló una puerta. El nombre en la placa la identificaba como Denise Marilyn - Subdirectora. *Mierda*.

La puerta estaba entornada, pero llamé antes de entrar.

—Adelante.

—Lo siento, he llegado lo más rápido que he podido —dije a una mujer de gesto adusto, sentada tras un enorme escritorio de madera—. Soy Eddie. Bueno... Quiero decir, Edith Sheppard.

Alannah se volvió en su silla para mirarme, con cara de estar a punto de llorar. Le apreté un hombro para reconfortarla. Junto a ella, estaba sentada una niña que se parecía sorprendentemente a la que había jugado a *Alterbot* en la convención y... ¡*Mierda y más mierda!* Los ojos casi se me salieron de las órbitas cuando mis ojos se encontraron con los del mismísimo marqués de LockMill.

—Santa madre de las cinemáticas inevitables —murmuré por lo bajo.

¿Qué posibilidades había de que Grace fuera al mismo colegio que Alannah? El ceño habitual de Connor estaba mucho más fruncido de lo normal. Tal vez acababa de caer en la cuenta de que yo me había escapado del trabajo para acudir allí. Bueno, si eso le parecía mal, tendría que aguantarse. Después de todo, era evidente que él había hecho justo lo mismo.

—Señorita Sheppard, tome asiento, por favor —dijo la señora Marilyn, señalando la silla junto a la de Alannah con un dedo muy delgado.

Me dejé caer en la silla y miré de reojo a Alannah, que parecía muy agobiada.

—Doy por hecho que todo el mundo sabe por qué estamos aquí —dijo la señora Marilyn.

—En realidad —dije, alzando una mano—. Puede que yo me haya perdido la lección. ¿Podría alguien ponerme al día?

La señora Marilyn tamborileó sobre su mesa con los dedos.

—Grace y Alannah se sientan juntas y, últimamente, se han empezado a molestar en clase la una a la otra. La profesora las ha tenido que separar varias veces, pero ahora sus interacciones han pasado a ser violentas.

—¿Violentas? —preguntó Connor, mirando de Grace a la señora Marilyn, en un tono de alarma evidente; aunque, había que admitirlo, lo de «violentas» no sonaba bien—. Cuando dice...

—Tirones de pelo —aclaró la señora Marilyn, mirando a las niñas con severidad—. En St. Orwell seguimos una política muy estricta de prohibición del contacto, que está explicada con todo detalle en los estatutos del colegio y que las niñas deben firmar al principio de cada año escolar. Por esa razón, les puedo asegurar que nos estamos tomando este asunto muy en serio.

—Creo que todos nos lo estamos tomando muy en serio —observé.

—Me alegro de oír eso, señorita Sheppard, ya que vamos a expulsar a las dos niñas...

—¡Expulsar! —gritamos Connor y yo al unísono.

Grace suspiró y miró al suelo. Alannah se hundió más en su silla, como si intentara derretirse en un charquito.

—Durante dos días —continuó la señora Marilyn.

—Disculpe —objetó Connor—, pero ¿no le parece que eso es un poco excesivo?

—Solo fue un tironcito de pelo... —argumenté yo, para apoyar.

La mirada severa de la señora Marilyn se volvió de Connor a mí.

—El colegio sigue una política de tolerancia cero con la violencia.

—Pero ¿expulsar a *las dos*? —insistí—. ¿No tienen alguna idea de quién empezó el incidente?

—Tolerancia. Cero. —La señora Marilyn tamborileó con las uñas contra la mesa con tanta fuerza que pensé que se le iban a romper.

Solté un largo suspiro. No parecía posible convencerla de que cambiara de opinión.

—Sí les diré que este comportamiento no es propio de ninguna de las niñas —admitió la señora Marilyn, mirándolas—. No habría esperado esa clase de conducta de ellas, salvo si una, o las dos, estuvieran lidiando con alguna circunstancia complicada. Así que, si hay algún *problema* en casa que el colegio deba conocer...

Yo empecé a negar con la cabeza, pero Connor carraspeó y se llevó una mano a la nuca.

—Ah, bueno, la madre de Grace...

Grace levantó la cabeza de golpe.

—¡Esto no tiene nada que ver con mamá! —explicó, mirando a Alannah con enfado—. Yo estaba haciendo mis cosas cuando Alannah empezó la pelea.

Todos los ojos se volvieron a Alannah. *Ay, maldita sea*. Sabía que, seguramente, debía decir algo, pero ¿por dónde empezar? Alannah estaba estresada por el inminente campeonato de gimnasia, Simon y Valentina habían estado discutiendo más, y había sacado un cinco en un examen de vocabulario hacía poco. Cualquiera de esas cosas podía explicar su comportamiento, pero entonces recordé cómo mis padres habían hablado delante de mí de lo ruidosa e insoportable

que era yo, como si hubiera sido un problema de matemáticas que necesitaban resolver, y no una persona.

Había odiado que hablaran *sobre* mí en lugar de hablar *conmigo*. Alannah sabía muy bien por qué estábamos allí, no era necesario que yo pusiera excusas por ella.

—Alannah puede explicar lo que le está pasando —me limité a decir—. Si ella quiere.

Alannah me cogió la mano con los ojos llenos de lágrimas, pero no dijo nada. No podía culparla. Me tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

Con un suspiro resignado, la señora Marilyn se volvió hacia su ordenador e imprimió dos documentos.

—Este es el aviso de expulsión. Lleva unida la disculpa que han escrito las niñas. Han prometido que esto no volverá a ocurrir, y vamos a exigir que cumplan esa promesa.

Miré los papeles cuando me los entregó. La disculpa estaba escrita a mano en dos párrafos que explicaban lo ocurrido y lo mucho que lo lamentaban. Las dos niñas habían escrito sus nombres al final.

—Ya se las pueden llevar a casa.

Todos nos pusimos en pie, y la señora Marilyn continuó:

—Recuerden que *siempre* tenemos una lista de espera para este colegio.

Conque nos amenazaba, ¿eh? Alannah y yo salimos del despacho y, en cuanto nos alejamos un poco, la acerqué para abrazarla.

—Uf, me da muy mal rollo.

Alannah sollozó, y le di un beso en lo alto de la cabeza.

—Tenemos que hablar de algunas cosas, pero todo va a ir bien.

—A mamá y papá les va a dar algo —dijo Alannah, negando con la cabeza—. No me van a dejar hacer gimnasia por estar expulsada. — Los sollozos se convirtieron en un llanto asustado—. ¡No tendré tiempo de practicar mis ejercicios antes del campeonato!

—Eh, Lana, respira hondo. Yo te ayudaré a explicárselo todo a papá y Valentina.

—Tendré que irme a otro país —dijo con voz temblorosa.

Casi se me escapó una risa al escuchar su respuesta melodramática, pero sabía que lo decía en serio, así que me contuve.

—Huir no sirve de nada, peque. Además, si te marchas, tampoco podrás practicar tu ejercicio. Te has esforzado mucho, y mereces disfrutar de los resultados de todo ese trabajo.

Salimos a la calle, y casi habíamos llegado al pie de las escaleras cuando escuché mi nombre.

Maldita sea. Hice una mueca y, al volverme, vi a Connor y Grace bajar las escaleras detrás de nosotras. Había esperado poder evitar aquella confrontación delante de las dos niñas, ya bastante disgustadas.

—Tenemos que hablar —dijo Connor, con una expresión inescrutable.

Resistí el impulso de ofrecerle un saludo militar. *A sus órdenes, jefe.* Aquello iba a ser una pesadilla.

—Ahora mismo voy. —Entregué las llaves del coche a Alannah—. ¿Por qué no me esperas en el coche un momento? Creo que Cassie ha dejado algo de chocolate en la guantera.

Ella asintió, y bajó el resto de los escalones tan pequeña y abatida que me dolió el corazón. La pobre niña necesitaba un respiro y, si había más disponibles, no me importaría conseguir otro para mí misma, pero sabía que no recibiría uno de mi jefe.

Me dirigí al elegante SUV de Connor, inspiré hondo y, sin esperar un momento más, me lancé a darle explicaciones.

—Sé que me he escapado del trabajo, pero técnicamente, es mi hora de comer. Y sé que volveré tarde, pero las niñas tienen la edad de Juni, más o menos, ¿no? Así que podríamos considerar que estoy recogiendo información para el juego y...

Connor levantó una mano para hacerme callar.

—¿Alannah es tuya?

—¿Cómo? —Su pregunta me extrañó—. ¿Quieres decir que si es mi hija? No, ¡por Dios! Es mi hermana pequeña.

—Pero eres tú quien ha venido a por ella.

—Ya, bueno... —Me aparté el flequillo de la frente con la mano, tratando de decidir cómo contestar a eso—. Ya sabes, las familias...

Connor apretó los dientes, y yo me preparé para una regañina, pero no fue eso lo que llegó.

—Hablaré con Darius para que incluya una nota en tu ficha sobre obligaciones parentales. Así tendrás permiso para salir en horario de trabajo si Alannah te necesita.

Lo miré parpadeando, como si estuviera cargando información. Debía de haber un error de datos por algún sitio, porque lo que acababa de decir no computaba.

—¿No me vas a soltar un discurso en plan marqués de LockMill? ¿Ni a pillarte un cabreo de jefe?

Connor puso los ojos en blanco.

—¿Eso es lo que quieres?

—A ver, no. Yo solo... Estoy un poco sorprendida, eso es todo.

—Tú no eres la única que ha tenido que salir corriendo del trabajo.

Miró hacia el interior del coche, donde Grace estaba sentada con los brazos cruzados y una imitación bastante buena de su cara de cabreo.

—Ya.

Los dos estábamos allí, y tal vez ¿él lo entendía? Vamos, ¿que comprendía *de verdad* lo que significaba tener a tu cargo una niña por la que lo dejarías todo? No me sorprendía demasiado que le preocupara su hija, porque me había resultado evidente cuando los vi a los dos en la convención, pero que también mostrara comprensión hacia una persona en la misma situación era, francamente, lo último que habría esperado de él.

Connor suspiró y, durante un instante, me pareció más humano: un padre estresado haciendo todo lo que podía, en lugar del directivo impaciente que no tenía tiempo ni para una broma. Su expresión se había suavizado, había dejado caer la máscara y su autenticidad me pareció atractiva a más no poder. Una parte de mí, bastante tonta, quiso alisar con un dedo el frunce entre sus cejas, así que apreté los puños contra mis costados.

—Oye, mira, yo tenía más o menos su edad cuando mis padres se divorciaron, y he salido bastante bien. —Él levantó las cejas y soltó un resoplido exasperado—. Bueno, igual *tú* no lo crees, pero la verdad es que soy bastante increíble. Lo que trato de decir es que no seas demasiado duro con Grace, y no te preocupes por si está yendo por el mal camino o algo así. Seguro que solo ha sido un lapsus. —Me encogí de hombros—. Además, los críos se pelean. No controlan sus sentimientos, y no siempre saben qué hacer con ellos, pero ya lo descubrirán. Es parte del proceso de crecer y aprender a comunicarse.

Connor inclinó la cabeza y me sonrió. Bueno, no fue más que una diminuta y controlada curvatura de los labios, pero contaba como sonrisa de todos modos.

—¿Es la primera vez que te hacen ir al despacho de la directora?

—¿Por Alannah? —Me eché a reír—. Sí, es una niña estupenda. Pero en lo que se refiere a mí, ni de broma. De pequeña me aburría mucho, y eso daba pie a las travesuras.

Él entornó los ojos, aunque su expresión era divertida.

—¿Por qué no me sorprende eso?

—¿Es tu primera vez? —pregunté.

—En realidad, sí —dijo él, frotándose la nuca—. Ha sido peor que una reunión del consejo de administración después de un mal trimestre de malos resultados.

—Bueno, será cuestión de practicar más.

Él volvió a fruncir el ceño.

—No quiero que esto se convierta en una costumbre, para ninguno de los dos.

—Lo que menos me apetece del mundo es ser arrastrada por segunda vez al despacho de la señora Marilyn. Pero, para que conste, señor Estudiante Perfecto, los dos hemos terminado trabajando en la misma torre de cemento. Mejor no lo olvides.

Él inclinó la cabeza. Puede que fuera mi silencio, o puede que Connor se diera cuenta de que llevábamos mucho rato hablando allí, pero su expresión cambió y volvió a ser tan seria como siempre, con el mismo efecto que una nube de tormenta que cubriera el cielo.

—Nos vemos en la oficina.

—Sí, hasta luego —dije, mientras él rodeaba su coche a toda prisa.

Me quedé mirándolo perpleja, porque otra vez había cambiado de actitud en un instante.

—¿El padre de Grace está muy enfadado? —preguntó Alannah cuando entré en mi coche—. Porque lo parecía.

—Está... preocupado porque os hayáis peleado. Y yo también. — Apoyé la cabeza en el reposacabezas del asiento—. Bueno, hora de la verdad. ¿En serio empezaste tú la pelea?

Alannah hizo una mueca y los ojos se le llenaron de lágrimas indignadas.

—¡No! Fue Grace.

—Te creo —dije al momento, porque era cierto y porque ella necesitaba oírlo—. Cuéntame lo que ha pasado.

—Entró en clase después de gimnasia y empezamos a hablar del día multicultural. Tenemos que montar puestos para comer, y traer comida, y... —Alannah resopló—. Es un montón de trabajo, y estaban preguntando qué padres querrían ayudar. Grace no dejaba de proponer a su padre para *todo*. Dijo que, aunque siempre está muy ocupado, iría de todos modos, porque nunca se pierde nada de lo que hace ella.

—Oh —dije en voz baja.

—No dejaba de presumir y presumir —continuó Alannah con un hilo de voz— para que yo la oyera. Decía que siempre la lleva al cole por la mañana y la recoge por la tarde, y que nunca llega tarde, jamás. ¡Yo solo quería que se callara!

El corazón se me rompió al reconocer el enfado indefenso de una niña enfrentada a un problema de adultos. Era evidente que Grace había hurgado en la herida que ya tenía Alannah: la sensación de que era una molestia para sus padres. Yo sabía que mi padre y Valentina no pretendían hacer que se sintiera mal, pero lo hacían.

—Menudo asco, Lana. Es muy difícil ver cómo otras personas tienen lo que nosotros queremos.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No —respondí—. Es normal que te sientas mal por lo que ha pasado, pero igual tenemos que pensar en una manera mejor de

gestionar tus sentimientos, ¿eh? —No pensaba reñirla, la pobre ya tenía bastante con lo que había en casa—. Papá y Valentina querrán saber qué harás para asegurarte de que esto no vuelva a ocurrir, así que podríamos pensar en algo de camino a casa.

—Vale.

—Y a lo mejor te castigan.

Alannah se limpió las lágrimas de los ojos.

—¡No es justo!

—¿Estás segura de eso? —dije, mirándola de un modo que hizo que se retorciera en su asiento y apartara la vista—. No me voy a enfadar contigo por sentir lo que sientes y, ahora mismo, tampoco estoy enfadada porque hayas perdido el control y te hayas portado mal. Pero eso no significa que no haya pasado nada. Tenemos que encontrar otra forma de reaccionar cuando te sientas abrumada, porque tirar del pelo no es una solución. Si todos tirásemos del pelo a los demás cuando nos enfadamos, todo el mundo tendría calvas en la cabeza.

Alannah resopló y puso los ojos en blanco.

—Vaya tontería.

Le di un codazo, tratando de hacerla sonreír.

—Pero cuando te levanten el castigo, ¿qué tal si nos vamos de compras? —Le lancé una sonrisa pícara—. Conozco un sitio que necesita un poco de brillo.

CONNOR

—¿Cómo ha reaccionado Ali a la expulsión? —preguntó mi hermano mayor, Liam, después de coger un trozo de *naan*.

Me había tocado a mí elegir el restaurante para la comida semanal con mis hermanos, y había elegido Rishi's, un restaurante indio a medio camino entre el aeropuerto y mi oficina. Liam y Finn habían volado desde Los Ángeles hacía una hora, y habíamos pasado la primera parte de la comida hablando de la expulsión de Grace.

—Para cuando contestó a mi mensaje —respondí, encogiéndome de hombros—, yo ya había hecho todo lo necesario: había hablado con el colegio y con Grace y le había puesto un castigo.

—Habría supuesto que Ali querría participar en todo eso —observó Liam.

—Eso pensaba yo, pero ella dijo algo así como: «parece que ya lo tienes todo controlado. Dile a Grace que no puede ir peleándose por ahí». Como si no lo hubiera hecho ya.

Había pasado una semana y media desde la expulsión de Grace, y Ali no había dicho nada más. Esa era justo la clase de situación en la

que los dos debíamos presentar un frente unido, pero ella ni siquiera había hecho un hueco para llamar a Grace.

—Expulsada —dijo Finn, sacudiendo la cabeza—. Aún no me lo creo. Nuestra pequeña Gracie está creciendo.

—No empieces con eso —dije, amenazándole con mi tenedor—. No quiero ver más de este comportamiento.

—Eh, que no la estoy animando a poner sapos en los cajones de la señora Marilyn —sonrió Finn con malicia.

—Preferiría que gastara bromas de esas a que se pelee con otros niños —suspiré.

—Creo que «pelear» es un poco exagerado —comentó Liam—. Nadie resultó herido, ¿no?

—No, solo fueron unos tirones de pelo —confirmé.

—En ese caso, una expulsión parece demasiado severa. A ver, solo tienen nueve años, por el amor de Dios.

—Es ese colegio tan pijo al que la llevas —corroboró Finn—. Se lo toman todo demasiado en serio. Los niños necesitan libertad para resolver las cosas en el patio.

—¿Y qué sabes tú de lo que necesitan los niños? —replicó Liam.

—Sierra me tiene trabajando de voluntario en talleres de cine para gente joven —explicó Finn—. Así que yo diría que sé más que tú.

—No por mucho tiempo —resopló él.

Miré a Liam y observé cómo esbozaba una inusual sonrisa de alegría. Todo su comportamiento cambió, como si se hubiera encendido una bombilla en su interior. *La hostia*.

—No me jodas —exclamó Finn, mirando a Liam con una carcajada—. ¿Vais a tener un bebé?

La sonrisa de Liam se hizo aún más amplia, si eso era posible.

—Técnicamente es *Mia* quien va a tener un bebé; pero sí, está embarazada, de unas ocho semanas.

—Mierda —dijo Finn con una mano apoyada en la frente—. Voy a volver a ser tío. —Se volvió hacia mí—. Y, como seré tío por partida doble y tengo más experiencia, que no te sorprenda que sea el favorito.

Sonreí. Acababa de comprender que yo iba a ser tío por primera vez.

—A Grace le hará mucha ilusión un primo, por fin. —Me puse en pie para dar un abrazo a Liam—. ¿Quieres contárselo tú?

—No, la llamaré esta noche. Mia quiere que se lo digamos juntos.

—Estupendo.

—En comparación, mis noticias no son tan emocionantes —dijo Finn—, pero nuestra comedia romántica está a punto de terminar la postproducción, y hemos recibido buenas opiniones del público de pruebas.

—Genial —dijo Liam—. ¿Y qué vais a hacer a continuación?

Finn sonrió con arrogancia, pero no pudo ocultar un entusiasmo auténtico.

—A Sierra se le ocurrió una idea absurda sobre hacer una versión de *Corre y dispara* en el Oeste. Y ¿sabéis una cosa? La idea no se me va de la cabeza.

No se podía negar que, desde el punto de vista financiero, Finn era uno de los productores con más éxito de Hollywood, pero últimamente había empezado a trabajar en proyectos que le interesaban de verdad, en lugar de limitarse a las películas de tiros con enormes beneficios, y parecía mucho más feliz en su carrera. Por supuesto, su felicidad personal estaba por las nubes desde que estaba con Sierra quien, a menudo, se ocupaba del vestuario de sus

producciones, de forma que sus vidas personales y profesionales se habían combinado de una forma muy agradable.

—Ay, madre —bromeé—. ¿Ya has encontrado por fin la película en la que vas a actuar? No intentes fingir que no te mueres de ganas de ponerte un sombrero de vaquero.

—Tal vez meta en ella a toda la familia —rio Finn—. También había bebés en el Oeste.

Dio un codazo a Liam.

—No pienso poner a mi bebé en la pantalla grande.

—Hablando de familia —intervine—. ¿Ya le has dicho a mamá lo del bebé?

Liam pareció amedrentado.

—Se lo dije a ella antes que a nadie; básicamente, en cuanto lo supimos. Intentamos aguantar hasta el final del primer trimestre con el resto de la gente, para asegurarnos de que no había problemas, pero Mia se ha estado encontrando muy bien, así que hemos decidido lanzarnos.

—No, eso es genial —respondí.

No me importaba que se lo hubiera dicho a nuestra madre; de hecho, solo me sorprendía. Estaba acostumbrado a tener que rogar a mis hermanos que contaran las cosas a mamá, que dejaran de tratarla como si se fuera a romper, o como si fuera tan frágil como cuando éramos pequeños. Yo era su defensor, el más unido a ella, y quien se ocupaba de contar a los demás cómo se encontraba y los progresos que hacía, aunque nunca parecían creerme.

Al menos, no hasta hacía poco. Ahora que la dejaban participar más en los acontecimientos de sus vidas, yo me sentía algo perdido. Sí, me alegraba de que estuvieran arreglando sus relaciones con ella, pero sentía que mi papel como defensor de nuestra madre se había quedado obsoleto. Al menos, un poco.

Comí un poco de mi arroz, tratando de tragarme la incomodidad con él. En los últimos tiempos, mi madre me necesitaba bastante menos, porque su trabajo la tenía muy ocupada y, el resto del tiempo, su vida parecía mucho más llena que antes. Liam, Finn y sus parejas pasaban más tiempo con ella que nunca, y cuando no estaban ellos, tenía a X, quien se ocupaba de las cosas que yo solía hacer antes. Aquella misma mañana había llamado para organizar una entrega semanal de comida, y ella me había dicho que X ya se había ocupado de eso.

—¿Y cómo te va con la nueva diseñadora de narrativa? Eddie, o como se llame —preguntó Finn, cambiando de tema—. ¿Dijiste que la habías conocido en la GeekCon?

Dejé mi tenedor e hice crujir mis nudillos.

—Pues ha estado... dándome trabajo.

—Ya —resopló Finn—. Y ¿qué significa eso? ¿Que se le da mal el trabajo? ¿O se le da bien?

—No, está bien, es bastante buena. Es solo que... Me pone de los nervios. No sé cómo, después de terminar el trabajo esta semana, ha redecorado la oficina en tonos fluorescentes y con un montón de tonterías.

Había puesto pósteres horteras en las paredes, cojines brillantes en la zona de descanso, y tazas con mensajes estúpidos en la cocina.

—Eso no suena tan mal —dijo Liam, conteniendo una sonrisa.

—Pues no me hagáis hablar de la absurda estatua de un león que ha aparecido en mi oficina —dije, con los ojos en blanco.

Finn ocultó una risa fingiendo toser.

—Los leones son bonitos.

—Le ha puesto una corona en la cabeza y una capa plateada alrededor del cuello —protesté.

No se me había pasado que era una referencia a lo de marqués de LockMill.

Liam y Finn se morían de la risa.

—No tiene gracia. Supone una distracción enorme.

La gente de la oficina no dejaba de hablar de ello y, lo que era peor, parecía que a todo el mundo le gustaba. Yo había estado seguro de que les distraería y que afectaría a su rendimiento, pero ocurrió justo lo contrario. El ambiente era menos silencioso, se hablaba más y la atmósfera era algo más ruidosa, pero la productividad había aumentado.

—Bueno —dijo Finn—, parece que Eddie está tratando de conseguir que te relajes un poco.

—Y eso te vendría muy bien —añadió Liam—. Ahora que se ha terminado el divorcio, no hace falta que tu vida consista en una serie infinita de reuniones de trabajo. Tienes derecho a divertirte.

Diversión. Diversión. ¡Diversión! Eso era lo único que le importaba a la gente.

—Y si resulta que esa diversión incluye a Eddie... —dijo Finn, dejando la frase en el aire, y me costó un segundo entender la implicación.

—Eso, ni en broma —dije, con tanta intensidad que el arroz salió volando de mi boca—. Es demasiado joven, sobre todo para alguien recién divorciado, con una hija y...

—Pero tampoco es que Ali y tú encajarais bien —interrumpió Finn.

Sus palabras me dolieron; no porque fueran incorrectas, sino porque tenía razón. Ali y yo nos habíamos conocido en la universidad y nos hicimos buenos amigos, así que tenía sentido que nos asociáramos en los negocios: ella aportaba la creatividad y el sueño y yo, el conocimiento de los negocios y dinero para invertir, gracias mi trabajo hasta entonces en un fondo de inversión.

Mientras levantábamos juntos la empresa, acabamos liándonos e iniciamos una relación, pero aunque lo pasábamos bien, nunca saltó la chispa entre nosotros. Antes de que pasara mucho tiempo, Ali empezó a sentirse inquieta y a buscar algo nuevo que atrajera su interés, que resultó ser una oferta de un estudio en Japón. Para mí también parecía el momento adecuado para explorar oportunidades en otros negocios, así que acordamos vender nuestras acciones, terminar la relación y continuar como amigos. Pero entonces, Ali descubrió que estaba embarazada.

Yo la convencí de que mudarse a otro país donde no tendría a nadie que la apoyara no era una buena idea, así que se quedó, nos casamos y continuamos en la empresa. Pero ese fue el principio del fin para nosotros. Intentamos que funcionara por Grace, pero no estábamos hechos para ser una pareja. Por fin, llegó el momento en el que no pudimos seguir ignorando los problemas.

—Además, como ya no sientes nada por Ali —continuó Finn—, ¿qué tiene de malo salir con otra persona?

—Lo que tiene de malo, es que he establecido una prohibición de relaciones entre empleados. —Claro, que tampoco habría considerado a Eddie aunque no lo hubiera hecho—. Así que nadie va a salir con nadie.

Si alguien debía cumplir la norma, ese era yo, por no decir que seguía pensando que era una regla necesaria. Los romances en el trabajo nunca acababan bien. Terminé de comer con rapidez, convencido de que la única razón por la que tenía ganas de volver a la oficina era para valorar qué nuevos horrores habría ideado Eddie para nosotros.

Y no, la prisa no tenía nada que ver con la sonrisa de medio lado que solía lanzarme por encima de las paredes de su cubículo.



—Vaya asco de sitio —dije cuando entramos en la discoteca, en cuanto nos dejó pasar el portero.

—Siempre dices eso cada vez que te saco de fiesta —dijo Max, en voz más alta para hacerse oír por encima de la música, mientras nos abríamos paso entre la multitud para llegar a la barra.

—Porque no escucho ni mis propias ideas. ¿Qué tiene esto de divertido?

Max sonrió.

—Si quisieras ir a pensar, te habría llevado a la biblioteca. —Me apretó un hombro—. La idea es dejar de pensar en la empresa, y en lo que necesitan Ali y Grace. Durante unas cuantas horas, solo importa lo que necesitas tú.

—Necesito una copa —murmuré.

—Eso ya suena mejor.

Hizo un gesto al camarero mientras yo miraba a mi alrededor. Los lugares como aquel eran todos iguales: abarrotados, sudorosos, con bebidas demasiado caras con nombres estúpidos. Tiré del cuello de mi camisa.

—Vámonos. Hace demasiado calor.

Max me ignoró con un gesto.

—Eres tú el que insiste en vestir como si fueras a trabajar. Aguanta unos minutos. Siempre dices lo mismo, pero para cuando nos vamos, siempre estás un poco más relajado, así que merece la pena. Créeme, para eso están los amigos. —Me puso una bebida en la mano—. Para asegurarse de que no te quedas encerrado, lamiéndote las heridas del divorcio.

—No me estoy lamiendo las heridas —dije, y bebí un trago para intentar relajarme un poco. Con una mueca, comprendí que me había pedido un doble—. Estoy demasiado ocupado para eso.

—Exacto. Demasiado ocupado siendo director general y padre a tiempo completo. Necesitas una noche libre para disfrutar de la vida.

Las luces parpadeaban sobre mi cabeza, y la voz de Max se confundía con la música. En aquel lugar no se podía disfrutar de nada. Max me dio un golpe en el hombro cuando una mujer se metió a presión entre la barra y nosotros. ¿Por qué me resultaba familiar? La miré, mientras bebía otro trago con el ceño fruncido y, cuando ella volvió la cabeza, la reconocí por fin. Era la chica que, a veces, venía por la oficina para recoger a Eddie al salir del trabajo. Pero, si ella estaba allí, eso significaba que...

Me di la vuelta cuando ella se alejó bailando con un cóctel afrutado en la mano, hasta que mis ojos encontraron a Eddie, en el borde de la pista de baile. Sentí una oleada de calor al observar cada centímetro de su vestido negro brillante. Tenía un escote muy bajo, aberturas en la cintura, y era corto de la hostia; tanto, que sentí el impulso de abrirme paso a través de la pista de baile y acercarme lo bastante para inspirar su aroma, sentir el calor de su piel latir contra la mía y disfrutar de la intensidad de su mirada.

—Vaya, ¿quién lo habría imaginado? —dijo Max, siguiendo la dirección de mi mirada.

—¿Lo has hecho a propósito? —gruñí.

—No —sonrió él—, pero ojalá lo hubiera hecho.

—Me marchó.

Terminé el resto de mi copa de un trago. No tenía la menor intención de quedarme en el mismo lugar donde estaba Eddie con aquel aspecto, porque no podría dejar de mirarla.

—Ni hablar —dijo Max, que me pasó el brazo por los hombros para arrastrarme hacia la multitud—. Es mi oportunidad de demostrar mi teoría.

—¿Qué teoría?

—La de que todas esas discusiones que tenéis Eddie y tú no son más que un montón de tensión sexual acumulada. —Me dio un codazo—. Vamos, necesitas liberarla.

—Lo que necesito es que te dejes de tonterías —dije—. Vamos a otro sitio.

Max me sujetó más fuerte, y tiró de mí hasta que casi me arrastró al otro lado del local. Yo era más fuerte que él y podría haberme soltado si hubiera querido, pero, a decir verdad, una parte de mí quería verla más de cerca. Solo una miradita, y luego me alejaría. Garantizado.

—Vaya, qué reunión más agradable —dijo Max en voz alta cuando nos acercamos—. Hola, Eddie.

—¡Max! —sonrió ella—. Deberías haberme dicho que ibas a salir, podríamos haber organizado una salida de equipo. —Sus ojos se posaron sobre mí y su sonrisa se amplió un poco—. Debo estar alucinando, porque es imposible que hayas traído a Connor Lockhart a una discoteca.

Max se echó a reír.

—Gritando y pataleando, pero lo he conseguido. —Se volvió hacia la amiga de Eddie—. Hola. Yo soy Max, pero, en la pista de baile, mis amigos me llaman Artista. ¿Te lo demuestro?

La amiga de Eddie sonrió y lo miró de arriba abajo.

—Pues a mí, después de un par de copas, me llaman Cassie Perfecta. Me apunto, aunque no sé si vas a ser capaz de seguirme el ritmo.

Max tendió una mano a Cassie y, cuando ella la cogió, guiñó el ojo a Eddie por encima del hombro. Sabía muy bien lo que estaba haciendo Max al dejarme solo con Eddie, y le lancé una mirada asesina.

—No sé si me hace gracia que Max intente ligar con mi mejor amiga —bromeó Eddie.

—¿Y cómo crees que me siento yo? Cassie le va a romper el corazón, y yo tendré que aguantar sus lamentos.

Me volví a mirarla y se me cortó la respiración. ¿En serio había pensado que una sola mirada sería suficiente? Se me vino a la mente un libro que le leía a Grace cuando era pequeña: *Si le das una galleta a un ratón*. Según el libro, si consigues lo quieres, no te sentirás satisfecho. Solo sirve para que quieras *más*.

Durante un instante, me pareció que éramos las únicas personas en la discoteca. Ella llevaba el pelo oscuro sujeto con un pasador, lo que dejaba expuesta la mayor parte de su cuello que estaba deseando besar, justo después de probar el sabor de su clavícula, y el hoyuelo en la base de su garganta. Quería recorrer con mi lengua...

—Te has quedado mirándome —comentó Eddie.

¿Cómo?

—No es verdad.

—Aquí no tengo que cumplir las normas de vestuario de la oficina, marqués de LockMill.

La longitud de su vestido nunca habría sido apropiada para el trabajo, pero ahora que lo había mencionado, no pude evitar imaginar a Eddie sentada sobre su mesa, con sus largas piernas cruzadas y el vestido subido hasta los muslos para revelar...

¡Por Dios! La boca se me secó al pensarlo. Tenía que largarme de allí antes de hacer algo que fuera a lamentar. ¿Dónde estaba Max?

Ella me tiró de la chaqueta.

—¿Esto se puede considerar adecuado para salir? —preguntó.

—No a todos nos sientan bien los vestidos cortos y ajustados.

Ella me miró con suspicacia fingida.

—Pero ¿lo has intentado? A lo mejor te sorprendes.

Puse los ojos en blanco, aunque sus bromas me estaban haciendo sentir más relajado. Seguía sin poder apartar los ojos de ella, pero, al menos, podía respirar con más tranquilidad.

—¿Te apetece una copa?

—Esta noche no bebo —dijo ella, negando con la cabeza—. Solo me apetecía bailar. ¿El señor marqués baila?

—No —respondí al instante.

—¿Y Connor?

Aquello me hizo sonreír. El whiskey corría por mis venas, una mujer preciosa me estaba admirando y, sí, podía admitir que a Connor, el tío que no era ni un padre, ni un exmarido, ni un directivo, en realidad sí le gustaba bailar. Le gustaba la libertad de moverse sin tener que pensar en nada. Le tendí una mano.

—Vamos a averiguarlo.

Eddie dejó escapar una risa divertida cuando la llevé a la pista y la hice girar sobre sí misma. Estábamos tan cerca que podía oler el aroma a vainilla de su crema hidratante, y mis manos se posaron automáticamente en su cintura. Ella me puso los brazos alrededor del cuello y yo me dejé llevar por una sensación que se me subió a la cabeza y me hizo deslizar las manos un poco más abajo, hasta sus caderas. Mis pulgares encontraron la abertura de su vestido y rozaron su piel, tan suave. Me sorprendió lo bien que encajábamos y, a juzgar por la sorpresa en su cara, la sensación era mutua.

—Pareces sorprendida —comenté.

Ella se mordió un labio, y me preparé para lo que fuera a soltarme.

—Bueno, excelencia, es que lo estoy.

Fruncí el ceño al escuchar ese tratamiento.

—Creía que querías bailar con Connor, pero si esperabas hacerlo con el marqués de LockMill, tendré que pedir al DJ que ponga un vals.

Aquello produjo el efecto deseado, y Eddie me recompensó con otra risa. Volví a hacerla girar, notando cómo se sonrojaba bajo los destellos parpadeantes de las luces. Al terminar el giro, se acomodó entre mis brazos, apretando su espalda contra mi pecho, y se movió, pegada a mí, al ritmo de la música.

—¿Qué te parece esto, jefe? —preguntó, provocativa—. ¿Sigues queriendo ese vals?

Desde luego que no lo quería. Con Eddie apretada contra mí, el alcohol fluyendo por mis venas y el ritmo del bajo en mi cabeza, era fácil olvidar todas las razones por las que aquella era una mala idea, pero era muy sencillo *sentir* que, en realidad, era una idea estupenda.

Entonces, ella se volvió hacia mí, con un brillo en los ojos parecido al deseo, que me sacó de mi ensoñación. Un montón de alarmas empezaron a sonar en mi cabeza. ¡Era mi maldita empleada! Había un millón de razones para no tocarla, algunas de las cuales estaban en aquella discoteca en ese momento y podían vernos juntos. Me aparté de ella.

—¿Qué pasa? —preguntó Eddie.

—Nada —respondí con voz espesa—. Voy a por otra copa.

Me aparté de ella con rapidez y me aflojé la corbata mientras atravesaba la pista de baile, tratando de ignorar el modo en que mi cuerpo entero clamaba por ella.

Las relaciones entre empleados de LockMill están prohibidas, grité en mi mente. Aquello no podía ir a ningún sitio, y *no* lo haría. Porque no había pasado nada.

Encontré a Max cerca de la barra, quien me dirigió una sonrisa alegre y un gesto con los pulgares hacia arriba. Iba a matarlo.

EDDIE

—**P**ero ¿qué narices ha sido eso? —preguntó Cassie por milésima vez desde que habíamos salido de la discoteca.

—No tengo ni idea —siseé, mientras intentaba abrir la puerta de nuestro piso.

La cabeza me daba vueltas, y ni siquiera podía echarle la culpa al alcohol, porque estaba más sobria que un juez.

—¡Se te estaba echando encima! —Cassie sacudió las caderas de una forma que hizo que toda la sangre se me fuera a las mejillas.

—Ya lo sé.

Di un tirón al pomo de la puerta, girando la llave al mismo tiempo, e intenté olvidar la forma en que Connor se había apretado contra mí, y sus manos habían arrancado chispas de deseo a mis entrañas.

—Ha sido como muy íntimo —continuó Cassie, tambaleándose un poco por efecto de la bebida—. Parecáis estar a punto de necesitar una habitación, ¿sabes?

—Sí, ilo sé!

Conseguí abrir la puerta de una vez y entramos a trompicones. La televisión estaba encendida en el salón, lo que significaba que Luna, Isabel, o las dos, seguían despiertas, seguramente viendo *Las vidas secretas de las mujeres mormonas*, su nueva obsesión. Agarré a Cassie del brazo, la arrastré a mi dormitorio y cerré la puerta cuando entramos. No necesitaba tener más público que presenciara mi espiral de confusión tras lo ocurrido en la discoteca.

¿Por qué diablos me había puesto a bailar *así* con mi jefe? Y ni siquiera era mi jefe. Era el jefe de mi jefa. ¡El jefe de la empresa entera! ¡Por Dios!

Una abrumadora oleada de vergüenza y deseo se apoderó de mí, porque había estado bien. *Muy bien*. Apoyé la cabeza en las manos y solté un quejido.

—Por un instante, he estado segura de que os ibais a enrollar en mitad de la pista —dijo Cassie—. Ha sido la leche de fuerte.

—¿Cómo has podido dejarme hacerlo? —pregunté, aún con la sensación de las manos de Connor en mis caderas.

A decir verdad, nunca hubiera creído que Connor fuera a discotecas, y mucho menos, que fuera a estar en Clarke's aquella noche. Pero, a pesar de mis protestas, debía admitir que no me había parecido mal que nos dejaran solos. Me había dado curiosidad saber qué haría falta para que el marqués de Lord LockMill se relajara un poco, y el resultado no me había decepcionado. En todo caso, me había sorprendido lo mucho que me había gustado.

—¿Qué dices? —exclamó Cassie, que se dejó caer en mi cama, muerta de risa—. ¡Como si hubiera podido impedírtelo! Os estabais mirando como un par de jaguares con un calentón, a punto de ponerlos a ello.

—¿Jaguares?

—Bueno, pues como algo muy sexi y elegante —rectificó Cassie—. Ya sabes a qué me refiero. Tú parecías una leona espectacular entre

la multitud, al acecho para hincar los colmillos en tu inquietante, pero muy atractivo, jefe.

—No estaba al acecho, ¡es él quien se ha acercado a mí!

—¡Te lo estabas comiendo con los ojos! Para empezar, ¿por qué crees que he ido yo a la barra? ¡Pues para llamar su atención, claro!

—No ha habido ninguna clase de acecho, por ninguna parte.

—¡Estabas esperando el momento adecuado para lanzarte! —dijo Cassie, dando una palmada.

—Max y tú lo habéis organizado todo —protesté.

—La oportunidad perfecta para echarte encima de él —continuó Cassie.

—¡Nadie se ha echado encima de nadie!

—Pero te habría gustado hacerlo —observó Cassie.

Volví a gruñir, pero Cassie no estaba equivocada del todo. Había notado un momento de conexión, idéntico al de aquel día en el colegio, cuando había visto al Connor auténtico por primera vez. La tensión nos había envuelto como una goma elástica y, sí, una parte de mí había querido perseguir aquella sensación y ver hasta dónde nos llevaba.

—¡Sabía que te gustaba! —chilló, y se sentó tan rápido que casi se cayó de la cama.

—No sé si me gusta —argumenté—. Seguramente solo fuera el entusiasmo de estar en la discoteca. Ya sabes cuánto me gusta bailar.

Pero no así, dijo una voz en mi cabeza, *y no con cualquiera.* Dios, ¿por qué tenía que haberme gustado tanto bailar pegada al estirado y antipático de mi jefe? Los tíos arrogantes no tenían por qué tener cuerpos musculosos y fuertes como el suyo, ni manos grandes que me sujetaran las caderas de aquel modo perfecto. Y, desde luego, no

se suponía que fuera a dejarme tirada en plena pista de baile sin previo aviso. Y, hablando de eso, ¿qué mosca le había picado? Hasta el momento en que se apartó de mí y se largó, había habido una chispa entre nosotros, ¿no?

—Nunca te dejas llevar con tíos como ese —observó Cassie, en un eco de mis propios pensamientos—. Así que te debe gustar, por lo menos un poco. Aunque sea solo una pizca diminuta.

Vacíé mi bolso sobre la mesa.

—¿Y qué más da? Es Connor. El gruñón e inaguantable Connor, que no reconocería algo divertido ni aunque le diera una patada en el culo. No creo que quisiera bailar conmigo. Seguro que había bebido demasiado y...

—Amiga, ya lo creo que quería bailar contigo —interrumpió Cassie—. Hasta Max ha dicho que Connor estaba buscando un beso.

El pulso se me aceleró, y me llevé un puño al espacio entre mis costillas, mientras jugueteaba con un tubo de brillo para labios. *Para, me dije. No puedes desearlo de ese modo.*

Un par de vaqueros se deslizaron de una silla y, cuando los recogí, se cayó un papel del bolsillo. Al desdoblarlo, vi que era la nota de expulsión de Alannah. *Mierda.* Se me había olvidado dársela a mi padre cuando dejé a mi hermana en casa. La puse sobre mi mesa para no olvidarla cuando volviera a verlos.

—Si te hubiera besado, ¿se lo habrías devuelto? —preguntó Cassie.

—No —dije al instante, notando en la boca el sabor de la mentira—. Lo estás llevando todo al extremo. No hemos hecho más que bailar un poco.

—Pues había bastantes posibilidades de que acabara besándote. Te estaba mirando como si fuera a devorarte.

—Te aseguro que no —insistí.

—Pues yo creo que sí. Como mínimo, deberíamos averiguarlo.

Cassie pareció encantada con la idea.

Fruncí el ceño.

—¿De qué estás hablando?

—Deberías preguntárselo —dijo ella—. Así sabrás si estamos viendo algo que no existe. Tal vez sí era solo un baile de nada...

Crucé los brazos sobre el pecho, porque a mí no me había parecido un baile de nada.

—Aunque, tal vez —continuó Cassie con una sonrisa malvada—, lo que le apetecía era un baile horizontal.

—Ay, por Dios —gemí.

Cogí un cojín para golpearla con él, y ella se protegió con las manos, riendo.

—Ya sabes lo que dicen de las respuestas. Preguntad y se os contestará. Tú, ¡envíale un mensaje!

—Ya, claro. No pienso hacerlo. Lárgate.

—¡Que lo hagas! —insistió—. Es muy tarde, así que, si te contesta, lo sabrás.

—Exacto —dije, tirando de su brazo para levantarla. A Connor no le interesaba yo, y a mí no podía interesarme él—. Es tarde y mañana trabajamos. Te veré por la mañana.

—Venga ya —protestó Cassie con una mueca cuando la empujé hacia la puerta—. Quiero saber qué dice.

—No voy a escribirle. —La saqué al pasillo—. Buenas noches, y bebe agua antes de acostarte.

—¡Vale! Tú pasa de mis buenas ideas.

Después de suspirar dramáticamente, salió al pasillo y yo cerré la puerta. Me dejé caer sobre la cama y sentí un subidón de... *algo*. ¿Y si le escribía? Siendo razonable, era una estupidez. Cerré los ojos e intenté relajarme y aclararme la cabeza, pero el vestido me molestaba y mis pensamientos no dejaban de volver a aquellos momentos, calientes y sudorosos, en la pista de baile; entre sus brazos, cuando me había parecido que el mundo entero se había reducido a nosotros dos. Recordé la forma en que me había mirado con intensidad, mientras agarraba la tela de mi vestido en sus manos. La sensación de tener la espalda pegada a su pecho, ancho y musculoso, casi me hizo sentir mareada. Entre mis piernas comenzó a latir un pulso insistente.

Con un gemido, me senté y busqué mi teléfono. *Qué estupidez.*

Cogí el móvil de la mesa, y mis ojos cayeron sobre mi contrato de trabajo. En él, había incluida una página con información para emergencias, donde estaban los números de teléfono de Leigh, Darius y Connor.

Qué idiota. Esto era una tontería.

No podía decirse que aquello fuera una emergencia. Me mordí un labio, pasé las páginas del contrato hasta llegar a la de los datos de contacto, y marqué el número en mi teléfono.

Hola, soy Eddie, escribí.

Envié el mensaje antes de poder convencerme de no hacerlo. Tal vez Cassie tenía razón. Si me escribía esa misma noche... Quizá eso significara que él también estaba pensando en mí. A lo mejor él también estaba tratando de entender lo que había ocurrido esa noche. Tal vez, pudiéramos averiguarlo juntos.

Seguí escribiendo, pero después lo borré. ¿Qué podía decirle? Debía ir con cuidado. No quería parecer una idiota si lo había interpretado todo mal. Decidí escribir algo relacionado con el trabajo.

Se me ha ocurrido que podríamos incluir un compañero NPC. Sería una buena forma de añadir diálogo cuando Juni esté sola. Podría encontrar en la nave un animalito o algo así.

Solté la exhalación que había contenido, y me puse a considerar mi vida entera, mientras el corazón me martilleaba en el pecho. Si no contestaba hasta el día siguiente, eso solo significaba que estaba dormido, y lo de aquella noche no había significado nada, ¿verdad?

El teléfono vibró contra mi pecho y el pulso se me aceleró cuando lo miré. ¡La leche!

¿Eso es una excusa para meter al señor Quesitos en el juego?

Bueno, pensaba someter a votación el tipo de animal que fuera, pero, si insistes... Añadí el emoticono que guiña el ojo.

¿Y para esto me escribes a estas horas de la noche?

Por la noche es cuando hago mi mejor trabajo, respondí. ¿Había querido sugerir algo con doble sentido? No, pero si se molestaba en leer entre líneas, lo encontraría.

¿Por qué no me sorprende eso?

Qué quieres que te diga, bailar me inspira buenas ideas.

Otra larga pausa. Me mordí un labio y observé, con el corazón a mil, los puntos bailarines que indicaban que estaba escribiendo.

Que no se te ocurra proponer bailes en la oficina, porque la respuesta es un no definitivo.

Lo que pasa es que te preocupa ponerte en evidencia delante de todo el mundo con lo mal que bailas, escribí a toda velocidad con una sonrisa.

¿Qué dices? Mi forma de bailar, como diría Grace, es la bomba.

Resoplé. Dudaba mucho que Grace dijera algo así, incluso aunque hubiera algo de verdad en ello. Estaba acostumbrada a tíos que se

movían como postes de madera al bailar, o que se agitaban y gesticulaban como locos. Sin embargo, Connor se movía con agilidad y gracia, controlando sus movimientos, como si supiera lo que estaba haciendo. No pude evitar imaginarme esos movimientos seguros y relajados en otro contexto... Pero, por supuesto, eso no podía decírselo.

Sigue pensando eso, opté por responder. Pero, cuando estés listo para recibir unas cuantas lecciones, estaré disponible.

Tendría que ver otra vez cómo te mueves. Podrías ser tú la que necesite unas lecciones.

Me mordí el labio y volví a sentir aquel latido entre mis piernas.

Eso podría organizarlo.

No podía dejar de pensar en cómo sería estar entre los brazos de Connor una vez más. Pegarme a él. Presionar mis labios contra los suyos.

Max cree que me hace un favor al obligarme a salir, escribió él. Esta ha sido la primera noche que no lo he pasado mal. Me ha gustado relajarme un poco, por una vez.

Contuve un respingo, al pensar en todas las formas distintas en que podría ser increíble relajarme con él. Sabía que las relaciones entre empleados estaban prohibidas, pero enrollarse no era lo mismo que tener una relación, ¿no?

Yo también me lo he pasado bien bailando contigo, escribí, y añadí otra carita guiñando un ojo.

¿A pesar de mis movimientos mediocres?

Tienes potencial.

Me apuntaré a Bailando con las estrellas.

El Connor nocturno es bastante divertido, escribí, riendo.

El Connor nocturno es para morirse de risa, pero mañana madruga, así que tiene que dejarte. Buenas noches, Edith.

Siempre había odiado que me llamaran Edith, así que, ¿por qué notaba un escalofrío por la espalda al imaginar su voz diciendo mi nombre? Me dejé caer sobre la almohada, me puse cómoda y dejé el teléfono en la mesilla. Había una línea, y estábamos a punto de cruzarla. ¿Y qué significaba el hecho de que él lo estuviera permitiendo?

Aquello era una estupidez enorme. ¿Cómo iba a mirarle a la cara por la mañana, después de frotar mi culo contra su entrepierna y tontear en mitad de la noche por mensaje de texto? Por la mañana, cuando estuviera sereno y los recuerdos se hubieran desdibujado, volvería a aplicar sus reglas e interpondría toda su política de prohibición de relaciones entre los dos.

No había ninguna posibilidad de que estuviéramos juntos, pero, aun así, el pulso entre mis piernas no cesaba. Introduje una mano entre mis muslos, cerré los ojos y recordé a Connor en la pista de baile. Me dejé llevar por la fantasía de lo que podría haber ocurrido si él no se hubiera marchado, cómo habría sido la sensación de sus manos recorriendo mi cuerpo, y sus dedos acariciando mi piel. Empecé a jadear.

Me volví hacia el Connor de mi fantasía y lo besé con pasión. Él me abrazó fuerte y me apretó contra aquel cuerpo duro y musculoso tan cálido. Su presencia resultaba abrumadora. Durante un instante, noté el olor a cuero y especias de su perfume y, poco después, me deshice bajo la intensidad de mi propia imaginación.

Me puse la almohada sobre la cara y solté un gemido, porque Connor nunca sería nada más que eso.

Tan solo una fantasía frustrante.

CONNOR

—Sabes que te puedes bajar una aplicación de crucigramas, ¿verdad? —comentó Grace con los ojos clavados en la televisión, donde estaba jugando a uno de los juegos que había probado en GeekCon y coleccionando un montón de cachorritos.

—Me gusta la versión en papel —respondí, mirando el periódico del domingo, sentado en el sofá.

—La abuela también dice eso. Aún sigo intentando explicarle lo que es TikTok.

Miré el brazo del sofá, donde mi teléfono había empezado a vibrar. En la pantalla ponía *Ali*.

—Grace, es tu madre.

—¡Mamá!

Se puso en pie de un salto y soltó el mando, que rebotó en la banqueta donde había estado sentada, antes de caer al suelo. Corrió hacia mí y le entregué el teléfono.

—¡Hola, mamá! —dijo al teléfono sin aliento, y empezó a alejarse—. ¿Sabes qué? ¿Sabes *Bubble Blaster*, el juego del que te hablé?

A través del salón, mis ojos se posaron en la invitación pegada en la puerta de la nevera: la de la boda de Ali y Sawyer en septiembre. Se suponía que Ali recogería a Grace esa tarde para ir a comprar un vestido en alguna tienda de ropa de lujo. Se había saltado su llamada de finales de abril, con la excusa de que se había confundido con las fechas, pero siempre y cuando apareciera ese día para recogerla, el mes de mayo empezaría bien para Grace.

—¿A qué hora vendrás? —preguntó Grace, que había vuelto a entrar en el salón—. Aún me falta vestirme y hacer los... —Dejó la frase en el aire—. Oh.

El sonido de aquel *oh* no me gustó nada.

—Ya, lo entiendo —dijo Grace—. No pasa nada. —Miró a sus pies con un murmullo—. Sí, el fin de semana que viene.

iHostia puta, Ali! ¿Por qué le resultaba tan difícil cumplir con una cita para ir de compras que había programado ella misma? Apreté con fuerza el periódico, mientras Grace parecía cada vez más abatida.

—Vale —dijo—. Yo también te quiero. Adiós.

Colgó y se acercó a mí con el teléfono.

—¿Tu madre ha cambiado el plan? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta, e intenté no poner mala cara.

Grace asintió en silencio y se dejó caer entre mis brazos. Aparté el periódico y la abracé, con un dolor en el pecho. Ojalá pudiera abrazarla tan fuerte como para evitar que sintiera dolor el resto de su vida.

—Tiene que ir a ver a no sé quién por una tarta —murmuró Grace—. Iremos el fin de semana que viene.

—No pasa nada —dije, intentando no enfadarme por tener que volver a adaptar mis propios planes a causa de la incapacidad de Ali de mantener su palabra—. Así tienes más tiempo para pensar qué clase de vestido quieres.

—Sí, mamá ha dicho que debería mirar algunos vestidos antes, porque el fin de semana que viene no tiene mucho tiempo —suspiró Grace—. Te va a enviar la página de internet de la tienda.

Apreté los dientes hasta que me dolió la mandíbula.

—No te enfades con mamá —dijo Grace, que había retrocedido para mirarme a la cara—. Por favor.

—No estoy enfadado —respondí, intentando cambiar de expresión.

—Sí lo estás. —Me clavó un dedo en la mejilla—. Se te ha arrugado la cara.

—Eso es porque soy viejo —resoplé.

—Pues no seas viejo y antipático, ¿vale? —Me miró con la cabeza inclinada hasta que sonreí—. La veré antes de las vacaciones de verano. Dijo que la semana que viene podemos planear todas las cosas que haremos juntas.

No quería que Grace se hiciera demasiadas ilusiones sobre pasar el verano con su madre, pero no podía decirle eso en aquel momento, cuando estaba tratando de mantener el tipo ante la desilusión. Cambié de tema.

—Bueno, parece que tienes la tarde libre, así que supongo que podrías quedar con algún amigo.

Grace arrugó la nariz.

—O, si no...

—Si no, ¿qué? —preguntó.

—Podrías irte con la abuela a Los Ángeles. Va a ir a ver al tío Liam y la tía Mia. A lo mejor, hasta tienen ecografías del bebé para enseñarte.

Grace se animó.

—¿Tú crees? ¡Igual puedo ver si es niño o niña!

—Creo que es un poco pronto para eso.

—Papá —empezó Grace, con toda la seriedad que era posible para una niña de nueve años—. Yo tengo una intuición para esas cosas.

—De acuerdo, pues inténtalo —dije, riendo.

—¡Y el tío Liam y yo podemos seguir construyendo nuestra granja de ovejas!

Resistí el impulso de poner los ojos en blanco. Entre Liam organizando con Grace lo que él llamaba su «ejército de ovejas» y Finn amenazando con comprarle una granja de verdad, mi hija seguía obsesionada con las ovejas. Cuando lanzáramos *Alterbot*, no habría escapatoria.

—¿Por qué no te preparas, y te llevo al aeropuerto antes de ir a trabajar?

—¡Sí! —exclamó Grace.

Salió corriendo a vestirse, mientras yo enviaba un mensaje en el chat de grupo de la familia para explicar la situación. Mi madre y Liam dijeron que no había ningún problema, y Finn intervino para ofrecer llevar a Grace al muelle de Santa Monica con Sierra, si le apetecía. Les di las gracias y me dirigí a la cocina para preparar algo de comida para que Grace la llevara en el avión.

Me detuve ante la encimera y miré con el ceño fruncido los dibujos que había hecho de los vestidos que quería probarse. El corazón se me volvió a romper por ella, e hice crujir mis nudillos, cabreado porque Ali tuviera algo entre manos ese día que fuera más importante que Grace.



Cuando dejé a Grace con mi madre en el avión, me dirigí a la oficina y llegué a tiempo de ver el final de la prueba del juego que había programado Max. Si Ali hubiera cancelado el plan otro día, habría traído a Grace conmigo, pero ese día hacíamos una de las pruebas más importantes del proyecto: el Protocolo de Juni secreto.

Cuando sacamos el primer juego *Hyperion*, solo permití a Grace verme jugar algunas partes seleccionadas. La dificultad del juego de la secuela era superior a sus habilidades, y la violencia no era adecuada para su edad; sin embargo, yo tenía intención de adaptarlo de modo que un jugador sin experiencia pudiera recibir moneda del juego colaborando con jugadores más experimentados. Aquel día habíamos reunido al primer grupo de niños, de entre ocho y doce años, para probar mi protocolo, y llevar a Grace le habría estropeado la sorpresa.

—¿Cuál es el veredicto? —pregunté a Max cuando entró en la sala de reuniones—. Parece que se estaban divirtiendo.

Max se echó a reír.

—¿Eso es lo que te ha parecido? —Miró una página de las que llevaba sujetas en un portapapeles—. La opinión general de los críos es que... no les gusta nada.

—No puede ser. Déjame ver las opiniones. —Tendí la mano para que me diera los papeles y leí por mí mismo las notas destacadas, con el ceño fruncido—. Muy aburrido... Demasiado fácil... Parece que no haces nada más que estar ahí de pie, matando el tiempo...

Leí algunos resultados más, cada vez más molesto.

—¿Este solo ha dicho: «Venga ya»?

—Sí, ese chico se enfadó tanto que se fue antes de terminar.

—¿Estás seguro de que les has puesto a probar los niveles correctos? —Me froté la mandíbula.

Max me miró sin expresión.

—Por supuesto. Hay un montón de comentarios como ese. —Me dio una palmada en el hombro—. Pero para eso están las pruebas, para resolver los problemas. Tomamos nota de todas estas críticas y volvemos a la mesa de diseño.

—No tenemos tiempo para rediseñarlo una y otra vez —dije, calculando cuándo podríamos llevar a cabo otra prueba—. Necesitamos hacerlo bien, y tiene que ser *ya*, si queremos lanzar el Protocolo de Juni con el juego.

Max levantó un hombro.

—Los diseñadores de nivel aún no tienen la solución al problema, y no la tendrán hasta que el equipo vuelva a reunirse el lunes. Te invitaría a una cerveza, pero veo que estás en plan: «No quiero distracciones, sino soluciones».

No se equivocaba.

—Lláname luego si quieres hablar —propuso—. Si no, nos vemos el lunes. No te quedes aquí el resto del día dándole vueltas.

—No le doy vueltas.

—Sí que lo haces —dijo Max dirigiéndose a la puerta—. Lo digo en serio, Lockhart. Vete a casa.

Lo despedí con un gesto y esperé a que el resto del equipo se marchara, antes de dirigirme a mi despacho con las encuestas. Me dejé caer en la silla y miré los comentarios. Lo mío no era el diseño, y no tenía soluciones inmediatas para mejorar el protocolo, pero tampoco podía esperar al lunes sin intentar siquiera pensar en algo que resolviera el problema. Después de las decepciones que Grace se estaba llevando ese año, si el Protocolo de Juni no funcionaba, le estaría fallando yo también.

A media tarde, había llevado la pizarra blanca favorita de Eddie a mi despacho, escrito en ella una lista de los comentarios y dibujado un gran signo de interrogación junto a ellos. Cuando escuché un golpe

en una de las paredes de cristal del despacho, me volví fastidiado, pensando que sería Max, con intención de llevarme a otra discoteca infernal, pero resultó ser Eddie, que sujetaba un papel con una nota escrita.

Creía que solo era yo la que trabajaba los fines de semana.

La miré de arriba abajo, observando su ropa casual. Era un atuendo muy distinto del vestidito negro que había llevado en la discoteca, pero, por alguna razón, los vaqueros ajustados descoloridos y la sudadera que llevaba me pusieron el corazón a mil, exactamente igual. No debería sentirme tan ansioso de verla fuera del horario laboral.

Hice un gesto con la cabeza y ella entró en mi despacho como si fuera el suyo, y se dejó caer en una silla junto a mi mesa.

—¿Qué haces aquí? —pregunté.

—Max me dijo que este sitio es muy tranquilo los fines de semana, cuando no hay nadie. Vivo con un montón de gente, así que mi casa a veces es una locura. Hay días en que resulta agradable salir de allí, ¿sabes? He estado aprovechando.

Cómo no, joder. Pues claro que se lo había dicho. Tendría que empezar a llamarlo Max Metomentodo. Max, que no había dejado de hablar de que debería hacer trizas la nueva política y salir con Eddie. Claro, que yo tampoco había dejado de pensarlo.

A pesar de los esfuerzos que había hecho para olvidar la sensación del cuerpo de Eddie pegado al mío, no lo conseguía. Algo estaba cambiando entre nosotros. Lo sentía cuando nuestros ojos se encontraban después de una reunión, o cuando nos cruzábamos en las escaleras al ir a comer y nuestros hombros se rozaban.

—¿Y qué haces *tú* aquí? —continuó Eddie—. No me digas que venir al trabajo los fines de semana es lo que haces para divertirte.

—No —respondí con un resoplido—. En realidad, debería haber estado con Grace, pero este era el mejor momento para probar el Protocolo de Juni, teniendo en cuenta que el público al que va dirigido suele estar en clase durante el horario laboral.

Eddie se animó.

—¡Había olvidado que era este fin de semana! ¿Qué tal ha ido?

Respondí indicando con un gesto las notas sobre mi mesa. Ella se inclinó para leerlas.

—¿«Venga ya»? ¡Ja! Así que... No ha ido demasiado bien, ¿no?

Apreté los dientes, pero ella se mordió el labio para contener una sonrisa.

—Tal vez estás estropeando el protocolo —bromeó—. Ya hemos determinado que lo tuyo no es precisamente la diversión.

—No me estás ayudando —le reproché.

—Ah, ¿me estabas pidiendo ayuda? —Frunció los labios de una forma que me distrajo muchísimo—. Porque, si lo haces, hay una palabra mágica para eso.

—Por favor —gruñí.

—Ni hablar —dijo ella—. La palabra correcta es: «Eddie, persona más divertida y genial que conozco, por favor, ofréceme tus maravillosas ideas, y salva mi Protocolo de Juni de una ruina asegurada».

—Eso es bastante más de una palabra —murmuré—. Y te la estás jugando, Edith. Ve con cuidado.

Ella me miró agitando las cejas.

—Suena peligroso, pero el peligro puede ser divertido.

—No estoy bromeando.

Ella se puso en pie.

—De acuerdo, cálmate, marqués de LockMill. Nunca dije que fuera una broma, pero si quieres que los críos se diviertan con el protocolo, tendrás que pensar como un niño.

—¿Y cómo propones que piense como un niño?

—Hay que empezar sintiéndose inspirado, y no vas a encontrar ninguna inspiración si te quedas encerrado en tu torre de marfil. — Se apoyó en una cadera de un modo que me hizo pensar en mis manos sobre su cintura—. ¿Me das permiso para hacer magia? Porque, si vamos a hacer esto, será a mi manera.

Tamborileé en mi mesa con los dedos. A ese paso, solo conseguiría terminar yéndome a casa con Grace de muy mal humor.

—Está bien.

Eddie me lanzó una sonrisa malvada e hizo su mejor imitación de una risa cruel. Durante los siguientes quince minutos, se dedicó a transformar mi despacho: abrió las cortinas, hizo aparecer un cuenco lleno de M&M's y conectó mi lista de canciones de Spotify a los altavoces del techo.

—Música de la buena, es Scarlet Rush —comentó, revisando la música que tenía en mi lista con aspecto concentrado.

—Es lo que escucha Grace.

—Claro —bromeó—. Reconozco a un fan a un kilómetro. Venga, Connor, admítelo. Fuiste al concierto *Love, Scarlet*.

A pesar de sus bromas, terminé por sentirme mejor para cuando acabó de rociar mi despacho con aceite de eucalipto porque, al parecer, ayudaba a concentrarse.

Espero que no estés en la oficina dando vueltas a las cosas, dijo Max en un mensaje.

No tengo tiempo para eso. Eddie está aquí, ha puesto música y, ahora, en mi despacho huele a Navidad.

Ah, ¿vais a bailar en la oficina también? escribió Max, que añadió el emoticono que guiña el ojo.

Cállate.

Intenté evitar pensar de nuevo en la discoteca. De todos modos, aquel tampoco había sido yo. Yo me centraba en cuidar a la gente y resolver problemas. No me anteponía a mí mismo, ni me centraba en mis necesidades sin pensar en las consecuencias.

Eddie era demasiado joven para mí, demasiado alegre. Demasiado inexperta en cuanto a la realidad de las malas personas y las relaciones aún peores. Salir con alguien como yo era lo último que necesitaba, por no hablar de nuestra relación laboral.

Si dejaras de darle vueltas a todo, tal vez te iría mejor, escribió Max.

Sé que eres tú quien le dijo que era buena idea venir a la oficina los fines de semana.

Disculpa por haberme dado cuenta de que te espabilas cuando ella está presente, en lugar de ir por la vida medio sonámbulo.

Me da igual si me ayuda a aterrizar en la luna. Déjame en paz.

Max no dejaba de insistir en que, desde el divorcio, yo estaba dejando que la vida me pasara por delante, pero se equivocaba. Después del divorcio, me había centrado tan solo en las cosas importantes: Grace y la empresa.

Guardé mi móvil mientras Eddie volvía con un rotulador rojo, para contrastar con todo lo que había escrito en negro en la pizarra.

—De acuerdo —dijo ella—. Empecemos con la solución más evidente a tu problema. ¿Qué tipo de videojuegos le gustan a Grace?

—No lo sé. Juega a todo —respondí, sorprendido.

—Sí lo sabes —dijo Eddie—, porque habrá algo que le guste más que otras cosas. Piensa.

Caminé por la oficina mientras pensaba en los juegos a los que más jugaba Grace.

—Tu *Alterbot* le gustó bastante, y también juega a un simulador de granja con su tío. Ah, y últimamente ha estado jugando mucho a *Bubble Blaster*, un juego de animales.

Eddie asintió, como si mis palabras confirmaran algo que ya sabía.

—¿Y por qué le gustan esos juegos?

—Porque... —Me encogí de hombros—. No lo sé. ¿Los colores? El tuyo tiene boniatos rosas.

Eddie me miró enfadada.

—No es un bebé. Vamos, piensa. ¿Por qué le gustan esos juegos?

—Porque... le gustan los juegos con animales.

—Eso es —dijo Eddie, que escribió ANIMAL en la pizarra—. Pero ¿qué es lo que le gusta tanto de los animales?

Tamborileé en mi barbilla con los dedos.

—El hecho de cuidarlos, supongo. Y que tienen sus propias estadísticas. Siempre está hablando de las cosas chulas que pueden hacer.

—Vale, eso está bien. Los animales influyen de forma directa en la forma de jugar. Ahora mismo, parece que a los niños no les gusta el Protocolo de Juni porque, básicamente, es irrelevante para el juego. El jugador no arriesga nada, no se usan habilidades...

Sin dejarme terminar, Eddie salió corriendo del despacho y volvió con un papel, que situó sobre la pizarra.

—Esta es mi solución. —Era la maldita rata que sujetaba un trozo de queso.

—¿El señor Quesitos?

—¿Recuerdas cuando te sugerí dar a Juni un compañero no jugador? Bien, pues ¿qué tal si lo llevamos más allá? —dijo ella—. Cuando el Protocolo de Juni no está activado, es un personaje que no juega. Cuando está activado, los niños manejan al señor Quesitos. Un ratón es pequeño, y puede entrar en sitios de la nave en los que Juni no cabría. Eso permite a los niños explorar zonas ocultas, hacer misiones sencillas o puzzles fáciles para abrir puertas, o conseguir suministros para el jugador principal. Y si le damos al señor Quesitos algunas habilidades básicas de lucha, como un latigazo con la cola, podría participar aún más en la acción.

Mientras Eddie hacía anotaciones rápidas en la pizarra, yo imaginaba cómo podría funcionar su idea. Me senté en la silla, notando que me llegaba la inspiración.

—Tal vez podríamos permitir a los niños coleccionar pequeñas piezas de la nave que podrían convertir en armaduras —propuse—. A Grace le encanta modificar a sus personajes. Y las modificaciones les podrían aportar habilidades diferentes, como más vida.

—O más energía —propuso Eddie.

—¡Exacto!

Me senté en el borde de mi escritorio y ella me sonrió. Estábamos demasiado cerca, pero no me aparté para crear una distancia. En lugar de eso, me dejé llevar por su entusiasmo, y por la forma en que me sonreía. ¿Cuándo había sido la última vez que había hecho sonreír de ese modo a una mujer bonita?

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Nada, solo que creo que ya has dado con la clave del diseño del juego. Es importante poner algo de ti en el juego, y dejar que el

mundo se enamore de él.

—No creo haber puesto nada en el juego —observé, confuso.

—Lo has hecho —insistió Eddie—. Has introducido a Grace en el juego con el personaje de Juni. Por eso es tan importante que lo hagas bien. —Me dio un golpecito en la pierna con el pie—. Creo que, cuando uno quiere algo de verdad, se nota en los detalles del juego. La aventura es más épica, la exploración es más emocionante.

Ali, Max y Grace habían estado intentando hacerme comprender su amor por los juegos desde hacía años, y nunca lo había entendido, pero la explicación y la emoción de Eddie me habían calado hondo.

Mis hermanos también producían arte para el público general: Liam con su servicio de suscripción y Finn con su estudio de cine, pero su público no participaba en el producto final. Con un videojuego, el público participaba en la historia y la hacía suya.

En cierto modo, estábamos construyendo algo todos juntos. Aquella serie de juegos, aquel mundo, pertenecían a los jugadores de un modo que la gente no experimentaría nunca en el cine, o al ver la televisión.

—Y si... —empecé—, como parte del Protocolo de Juni, ¿incluimos una misión que consista en rescatar a otros ratones de la nave para liberarlos? A Grace le encantaría algo así.

—Una misión dentro de la misión —dijo Eddie, que se puso de pie de un salto para ir a la pizarra—. Eso me gusta. Poco riesgo y buenas recompensas para los niños.

Me gustó más de lo que esperaba el que elogiara mi idea, y le sonreí.

—Sabes —dijo Eddie, dando un paso atrás para mirar la pizarra—, seguramente darías mucho menos miedo a todos los que trabajan aquí si les mostraras este otro aspecto tuyo.

—¿Doy miedo a la gente? —La idea me sorprendió.

Eddie se volvió para sonreírme por encima del hombro.

—Tal vez no sea *miedo* como tal, pero, desde luego, sí que los intimidas. Por eso se matan por intentar no romper tus reglas. Nada de música, nada de comer mientras trabajan... —Empezó a andar como un robot—. Ninguna clase de diversión.

—Para que conste, nunca he prohibido a nadie hacer esas cosas.

—Bueno, dijiste que no se podía bailar en la oficina —señaló ella—, y eso cortó mucho el rollo.

—Algo tendré que hacer para que os centréis en el trabajo.

Puse los ojos en blanco y Eddie respondió con un resoplido.

—Bailar en la oficina aumentaría la productividad considerablemente —alegó.

—Eso no puede ser cierto.

—Tengo datos que lo respaldan.

—Pues me gustaría mucho verlos.

Me dejé absorber por ella una vez más. El verde de sus ojos, su sonrisa fácil, la alegría que la cubría, como una segunda piel. Fue como aquella noche en la discoteca. De repente, me encontré de pie y me acerqué a ella. Quería volver a poner mis manos en su cintura, sentir la suavidad de sus curvas, escucharla hablar sin cesar del diseño del juego y dejarme sorprender por la forma en que enlazaba una idea con otra.

—Para eso, tendrás que apuntarte a la escuela de diversión y fantasía de Eddie —dijo ella, tras una mirada rápida a mis labios—. Creo que no te vendrían mal algunas lecciones sobre cómo relajarte y divertirti más. Y, por suerte, estoy de oferta. Apúntate ahora, que aún hay tiempo.

Eso me hizo recordar las clases de baile que me había ofrecido, y me espabilé al momento. *Mierda*. ¿Qué cojones estaba haciendo? Estaba jugueteando con límites que no debía traspasar. No dejaba de colocarme en la misma situación una y otra vez. Eddie me atraía como una llama y, si no tenía cuidado, iba a quemarme. Por no hablar de que nuestra relación estaba prohibida.

—¿Qué pasa? —preguntó con la cabeza ladeada, al ver mi expresión tensa.

—Tienes quince años menos que yo —dije con brusquedad—. No necesito lecciones tuyas, Edith.

Ella entornó los ojos y me miró con intensidad.

—Eso no es lo que parecía esta tarde, pero me alegro de saberlo. — Me entregó el rotulador y pasó a mi lado, tan cerca que sentí su calor, durante un breve instante.

—Te dejo volver al trabajo, jefe.

EDDIE

—Vamos, pedazo de chatarra prehistórica —animé a mi coche, a ver si conseguía aparcar en el colegio St. Orwell antes de que me dejara tirada—. Solo un poquito más.

Ya había pasado antes por aquello. La luz de alarma de la batería se encendía, el coche empezaba a avanzar a trompicones, como un oso después de hibernar y, por fin, daba un último tirón antes de...

El motor se paró a medio camino entre la entrada del aparcamiento y la escalera principal.

—Mierda —murmuré.

Bueno, podía haber sido peor. Di unas palmaditas al salpicadero.

—Buen trabajo. Luego veremos cómo te hago arrancar.

Eso iba a ser un problema, pero antes, tenía por delante un día de campo entero haciendo de canguro, lo que incluía asegurarme de que Grace y Alannah se portaran bien y no convirtieran la situación en una batalla al estilo de *Los juegos del hambre*.

Después de terminar el periodo de expulsión, ya no hubo más llamadas del colegio, pero las cosas entre las dos niñas parecían

seguir tensas, hasta el punto de que su profesora había sugerido — es decir, ordenado— que las supervisaran ese día. Una vez más, ni mi padre ni Valentina habían tenido tiempo para hacerlo, así que me ofrecí yo.

Alannah abrió de un empujón la puerta principal del colegio justo cuando yo salía del coche. Me saludó con la mano y bajó corriendo las escaleras hacia mí.

—¡Eddie! —exclamó entusiasmada.

Al acercarse, hizo una voltereta lateral, tan rápida que pareció un torbellino de color violeta, pues iba vestida con los colores del equipo y llevaba las mejillas pintadas con purpurina del mismo tono.

—Hola, Lana.

—Ay, lo siento. —Me miró arrepentida—. Mamá me dijo que no hiciera volteretas, ahora que falta tan poco para el campeonato de gimnasia, para que no me lesione.

—Presumir un poco nunca ha hecho daño a nadie. —Le di un codazo mientras volvíamos a entrar en el colegio—. Déjame adivinarlo, ¿somos el equipo violeta? —pregunté con una gran sonrisa.

Alannah sonrió y me cogió del brazo cuando entramos.

—¡Te pondremos los colores del equipo a ti también!

Dejé que me llevara al vestuario, donde me asaltó una oleada de aroma a loción corporal de vainilla, y media docena de chillidos de alegría.

—Este es el equipo —anunció Alannah con orgullo, apoyando las manos en las caderas—. Muy bien, chicas. ¡Hay que vestir a Eddie de violeta!

Más chillidos. Ofrecer resistencia era, evidentemente, inútil, y la alegría en la cara de Alannah me hizo sonreír. Las niñas me pusieron una camiseta violeta, sombra de ojos brillante del mismo color,

tatuajes temporales con unicornios morados y un collar de cuentas en las que se leía: EQUIPO VIOLETA.

—¿Cómo va la competición? —pregunté cuando terminaron de hacerme una trenza en el pelo, con una cinta brillante entrelazada.

—Está claro que el equipo al que hay que ganar es el de Grace —dijo una de las niñas, que había aparecido delante de mí—. ¿Conoces a Grace? Es la niña a la que Alannah...

—Ya sabe quién es —interrumpió Alannah de mal humor.

—Son el equipo verde —aclaró otra niña—. Pero no es un verde bonito. Sus camisetas son color vómito de bebé.

Todas se echaron a reír.

—Pero son las que corren más rápido —añadió una niña, con cara preocupada.

Alannah me miró con el ceño fruncido.

—Tiene razón.

—Oye, hoy no importa nada de eso —dije, al tiempo que me levantaba.

Fui a mirarme en el espejo diminuto colgado sobre el lavabo, a ver qué habían hecho con la sombra de ojos. Era horrible y, a la vez... tampoco quedaba tan mal. Me volví a mirarlas a todas.

—¿Por qué dices que no importa? —preguntó una de las niñas.

—Porque yo también he participado en las competiciones del colegio y, al final, lo único que importa es el trabajo en equipo. Y el equipo violeta es el mejor, ¿verdad?

—¡Verdad! —exclamó Alannah—. Violeta a las tres. Uno, dos, itres!

—¡VIOLETA! —gritaron todas, antes de salir corriendo del vestuario.

Me uní a ellas, cogí la mano de Alannah y me dejé llevar entre grupos de niñas vestidas con camisetas amarillas, azules, naranjas, rosas y, sí, verde vómito de bebé. Un color desafortunado.

—Oh, ¿señorita Sheppard? —Escuché mi nombre por encima del estruendo y me detuve al ver que me llamaba la señora Marilyn.

—Adelántate —indiqué a Alannah—. Pon a las niñas a calentar, o algo. Nos vemos en la pista.

Alannah asintió y salió corriendo, mientras yo me dirigía a hablar con la señora Marilyn, quien me miraba con una ceja ligeramente arqueada.

—Me alegro de verla participar con tanto interés —dijo—. Seguro que las niñas aprecian su... entusiasmo.

—Me alegro de ayudar —dije, prefiriendo ignorar el tono que había utilizado.

Si mi hermana pequeña quería vestirme de violeta para que hasta los astronautas de la Estación Espacial Internacional supieran que iba con su equipo, me parecía estupendo. Ni por un instante permitiría que Alannah dudase de mi apoyo.

—Ya he hablado con Grace y Alannah. Las dos me han asegurado que la competición de hoy no supondrá ningún problema.

—Estoy segura de que las dos se portarán bien —confirmé.

Alannah tenía el campeonato de gimnasia de la ciudad a la vuelta de la esquina, y mi padre y Valentina ya le habían recordado que debía centrarse en eso, y no en tirar del pelo ni pelear. Ella había parecido tomárselo en serio, *mayormente*.

—Me he tomado la libertad de imprimirles esto —continuó ella al entregarme una hoja de papel.

—¿Qué es?

—Solo unas sugerencias para que Simon y Valentina sepan cómo animar a Alannah a relacionarse con sus compañeras de un modo más positivo. La mayor parte de los problemas se resuelven en casa.

—Ya. Bueno, gracias. —Contuve un resoplido al mirar el documento. «Cómo ser buenos padres». A Valentina le iba a encantar—. Iré a dejarlo en el coche.

La señora Marilyn me observó alejarme, así que no tuve más remedio que salir de verdad del colegio otra vez para dejar el papel. Bajé deprisa las escaleras y corrí hacia el coche. Sin batería, la apertura electrónica era inservible, así que metí la llave física en la cerradura de la puerta. La mayor parte de los días no abría bien, así que esperé que ese fuera uno de los días buenos. Era mejor mantener la esperanza. Tiré fuerte de la manecilla al girar la llave, gruñendo por el esfuerzo.

—¿Era tu coche el que hacía ese ruido horrible cuando he llegado?

Me volví para ver a Connor acercándose. Iba vestido con ropa de deporte ajustada, que mostraba unos bíceps impresionantes y unas piernas que... Bueno, digamos que su pantalón corto me estaba haciendo un montón de favores. Cerré la boca, sin saber dónde mirar primero.

—¿O es que has atropellado a algún animalito? —continuó él, cambiando de brazo la enorme caja de envases de zumo con la que cargaba para apoyarla en una cadera.

—Yo, esto...

Sabía que era bastante musculoso, pero estaba acostumbrada a que lo ocultara con discreción bajo sus trajes aburridos. Volví a recordar aquella discoteca oscura, y la forma en que me había apretado contra su amplio pecho mientras me movía con la música. Sacudí la cabeza para centrarme.

—Eso no tiene gracia, viniendo del tío que acaba de comprar una rata para que sea la mascota de la oficina.

—Tenía que asegurarme de dar a los animadores una referencia adecuada para el señor Quesitos —explicó, encogiéndose de hombros—, ahora que tenemos claro cómo va a funcionar el Protocolo de Juni.

Había comprado una rata de verdad, junto con un montón de accesorios pijos para montarle un apartamento, o *arratamento*. Hasta había puesto una placa con su nombre en la pared de la sala de descanso, donde había instalado la jaula.

—Ajá —dije—. Te parece encantador, admítelo.

—Cuando fui a la tienda de mascotas, esa fue la que me pareció la más lista de todas.

Yo siempre había oído que, como mascotas, las ratas eran bastante inteligentes, y el señor Quesitos no era una excepción. Según sus documentos —porque, al parecer, las ratas caras venían con documentos que acreditaban su pedigrí—, era una especie de híbrido de rata Dumbo birmana, con unas orejitas de elefante muy grandes. Aquella bolita de pelo resultaba encantadora cuando se limpiaba las orejas con sus patitas diminutas, o aceptaba una de las golosinas recubiertas de yogur que Connor le había comprado.

—El caso es que no sabía que vendrías hoy —añadí.

Aunque era consciente de que debía venir un adulto de la familia de Grace, había esperado que fuera su madre, un tío, o algún otro familiar. Quien fuera, menos Connor, que estaba ahora apoyado contra mi coche.

—A la señora Marilyn le pareció una buena idea.

—Parece que nos ha soltado el mismo discurso a los dos —observé.

Los músculos de sus antebrazos se tensaron cuando sujetó la caja de otro modo. Quise que se marchara, para poder admirar a gusto la parte posterior de sus pantalones cortos. No... ¡No, *Eddie*! Lo que necesitaba era abrir la puerta del coche. Di otro tirón a la manecilla.

—Ha sido mejor que sus amenazas veladas de expulsión —admitió Connor—. ¿Necesitas ayuda?

—Tú no necesitas que yo te dé lecciones, ¿recuerdas? —resoplé—. Y, desde luego, yo no necesito que me enseñes a abrir la puerta de mi tartana. Soy toda una profesional.

Volví a tirar de la manecilla con fuerza, pero la puerta no se volvió un milímetro. *¡Venga ya, coche! No me pongas en evidencia.*

—¿Te pasa muy a menudo? —preguntó.

—Solo cada vez que lo uso —gruñí.

—¿Es esta la razón de que llegaras tarde al trabajo la semana pasada?

—Tal vez. —Di otro tirón.

Él dejó la caja en el suelo, con un murmullo.

—¿Sabes? En tu contrato, hay una cláusula que te permite usar los coches de empresa. Creo que esta situación entra en las que...

—Uf, ni hablar. ¿Olor a coche nuevo? No podría —bromeé, aunque me mordí la lengua para no seguir.

Aquella conversación me recordaba la forma en que mi padre me ofrecía dinero para resolver mis problemas. Ciertamente, la actitud de Connor no era exactamente la de mi padre, en plan: «toma unos billetes para que yo no tenga que lidiar contigo», pero me hacía ponerme a la defensiva del mismo modo.

—No necesito un coche de empresa, solo necesito que el mío arranque.

Connor miró mi coche con desconfianza.

—Creo que necesita bastante más que arrancar.

—No pienso considerar tu oferta —respondí, y lo miré desafiante.

—Oh, vas a hacer mucho más que considerarla —respondió él y, cuando me di la vuelta, lo encontré mucho más cerca de mí, y me apoyé sobre el coche—. No puedo permitir que mi diseñadora de narrativa se quede tirada con el coche en cualquier momento.

Se me quedó mirando, con aquellos ojos castaños salpicados de motas doradas. Se me cortó la respiración cuando me acercó un poco más, invadió mi espacio, tendió una mano y... agarró la manecilla de la puerta.

Mi corazón martilleaba contra mi pecho. *Solo intenta abrir la puerta, ¡espabila!*

Connor puso sus dedos sobre los míos para coger la llave.

—Yo lo hago.

—Necesita un toque especial —murmuré.

Me sonrió de un modo que me provocó una sacudida en el estómago.

—Yo puedo darle ese toque especial, confía en mí.

Giró la llave en la cerradura y, con aquellos antebrazos mágicos, de algún modo consiguió abrir la puerta y, a continuación, me dedicó una sonrisa de satisfacción.

—Bueno, ¿y de qué color lo quieres?

—¿Cómo?

—El coche de empresa.

—No lo he aceptado.

—No me lo pongas difícil —dijo, mirando al cielo.

—Estás tratando de sobornarme para que le diga al equipo de Alannah que no machaquen al de Grace —dije, apartándome de él antes de entrar en combustión espontánea.

—El equipo de Grace no necesita que nadie les ponga las cosas fáciles —repuso él, con los brazos cruzados.

—¿Estás seguro? —Le sonreí con suficiencia—. Porque creo que los niños llaman a su equipo verde vómito de bebé.

—Es un verde bonito —defendió él, mirándome con suspicacia.

—No, el violeta es bonito —rebatí—. Tú tienes a tu cargo un montón de fluidos corporales.

—Os vamos a hacer papilla —respondió él, inclinándose sobre mí con una mirada amenazadora.

Yo me enderecé, mientras un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Si estás tan seguro, ¿por qué no nos jugamos algo? Si gana mi equipo, tendrás que dar clases de diversión.

—¿Y si gana mi equipo? —preguntó él.

—Pon tus condiciones.

—Aceptarás el coche de empresa —sonrió él con arrogancia.

Fruncí los labios, pero le tendí una mano.

—Vas a perder, Lockhart.

Él me estrechó la mano, e hice lo que pude para ignorar el cosquilleo que me subió por el brazo.

—Ya verás, Edith. Prepárate para la derrota.



—No sabía que también habría una competición por la comida —dijo Connor una hora más tarde, en el campo detrás del colegio.

A él también lo habían decorado con los colores del equipo, y pintado aquellos antebrazos tan sexis con rayas verdes. Incluso

aquel color horrible le sentaba bien, maldición.

—Todo es una competición —dije, mientras me apresuraba a extender mis zumos y barritas de cereales sobre una mesa cuando el equipo violeta se acercó corriendo a la tienda de descanso.

—Pues a mí nadie me ha explicado las reglas de lo que constituye una competición —dijo, mientras se apresuraba también a preparar sus zumos.

—Te lo acabo de decir: todo.

—Me parece que haces trampas, Edith.

—Es solo que no te gusta perder, marques de LockMill.

—¿Cómo iba a perder en algo que *no es una competición*? —replicó, exasperado.

Lancé una barrita de cereales contra la pila de las suyas, de modo que se cayeron de la mesa. Él gruñó y empezó a recogerlas del suelo, mientras el equipo violeta entraba en la tienda como un torbellino sudoroso y caótico.

—¡Más zumo, Eddie! —gritó Alannah—. Necesitamos más zumo. ¡Estamos luchando a muerte ahí fuera!

Me apresuré a traer otra caja de envases de zumo justo cuando el equipo verde entraba también en la tienda. Un segundo antes de llegar a la caja, una mano se me adelantó y la cogió delante de mis narices.

—¡Oye!

Connor me dedicó su sonrisa arrogante y empezó a distribuir los zumos entre su equipo.

—Mira quién va ganando ahora.

Me encontré sonriendo tanto que casi me dolía. ¿Qué demonios? Estaba hablando con Connor Lockhart, el tío más aburrido del

mundo, no con alguien con quien pudiera permitirme el lujo de tontear. Pero también era el hombre que me había hablado con sinceridad después de la expulsión de Alannah, que había apretado su cuerpo contra el mío en la discoteca y había pasado una tarde entera trabajando en el Protocolo de Juni para sorprender a su hija. Era innegable que, debajo de su máscara habitual, se escondía un hombre al que *realmente* me gustaría conocer.

—¡Eh! ¡Eh! ¡Eh!

Los gritos de Alannah y Grace me sacaron de mi ensoñación y me devolvieron a la realidad.

Corrí hacia ellas, pero Connor se me había adelantado. Agarró a Grace para llevarla al otro lado de la tienda y, con un gesto de la cabeza, me indicó a Alannah, que estaba sentada sola mientras el resto de su equipo terminaba de comer. Me dirigí hacia ella, me senté a su lado y le pasé un brazo por los hombros.

—Oye, ¿qué pasa?

Ella lanzó una mirada enfurecida a Grace.

—¡Dile que se meta en sus asuntos!

—¿Qué ha pasado?

—El equipo violeta estaba hablando de nuestros planes para el verano —dijo con una mueca.

El mes de junio estaba a la vuelta de la esquina, y entonces las niñas tendrían dos meses de vacaciones.

—¿Y cuál es el problema?

—El problema es que Grace se ha puesto a hablar de que va a visitar a su madre durante una semana entera este verano, y luego se ha puesto a contar todos los planes que tiene con su padre para el resto de las vacaciones.

—Vale, ¿y?

—Pues que ella no es del equipo violeta. ¡Ni siquiera estábamos hablando con ella!

—Lo entiendo, pero... ¿Qué tiene de malo que hable de sus planes para el verano?

—¡Que no es justo! —gritó Alannah—. Porque sé que papá y mamá quieren divorciarse, y si se divorcian, ¡no volveré a ver a papá nunca más! Y no podré hacer planes divertidos con él si no lo vuelvo a ver. —Su voz se volvió más débil—. Ni siquiera puedo pasar tiempo con él ahora, siempre está trabajando.

Dejé escapar un largo suspiro. No había esperado tener esa conversación con ella durante la competición del colegio.

—Sé que últimamente discuten mucho más, pero eso no significa que...

—No soy idiota —dijo ella, saliendo de debajo de mi brazo—. Los he oído hablar de eso. Mamá siempre está diciendo que me va a coger y nos vamos a marchar de aquí.

—Yo... Vale, tienes razón. No eres idiota. Ya sé que te das cuenta de las cosas.

No se equivocaba sobre la relación de sus padres. Era muy probable que acabara en divorcio, y yo no le haría ningún favor fingiendo lo contrario. Quería decirle que seguiría viendo a su padre todo el tiempo, pero la única razón por la que mis propios padres habían compartido la custodia fue porque mi madre insistió en ello, no porque mi padre hubiera querido verme más a menudo. Siendo sincera, tenía que admirar lo dedicado que era Connor como padre. Era evidente que Grace sabía que él siempre la apoyaría, y no tenía la menor duda de que era una prioridad para él. Yo nunca había tenido la misma seguridad y, ahora, mi hermana tampoco la tendría. Tragué un nudo en la garganta, sintiéndome fatal por Alannah.

Tal vez, las cosas fueran distintas esa vez, pero no podía estar segura y, si mi padre no pedía la custodia de mi hermana, ¿tendría

ella alguna posibilidad de pasar los veranos con él?

—Me gustaría poder decirte algo para tranquilizarte, Lana, pero yo también he estado en tu lugar, y lo único que puedo decir es que nada de esto es culpa tuya, en absoluto. No eres tú quien debe arreglar el matrimonio de tus padres, ni resolver lo que vaya a pasar en el futuro.

Ella miró al suelo enfadada, pero asintió.

—Solo puedes controlar lo que tú decidas hacer. —Me miró con ojos brillantes y yo la atraje hacia mí—. Ahora mismo, estamos aquí con tus amigas, y nos lo estamos pasando genial. Las vacaciones empiezan dentro de una semana, y no importa lo que pase entre mi padre y Valentina. Yo siempre estaré contigo, pase lo que pase, ¿vale? Así que, ¿por qué no salimos ahí fuera y ganamos a todos?

Ella sonrió un poco.

—¿Me prometes que pasarás tiempo conmigo?

—Tanto, que te acabarás cansando de mí.

—¡Alannah! —gritó entonces una de las niñas de su equipo, que se acercaba corriendo—. La señora Marilyn acaba de anunciar un cambio en el equipo. Va a combinar los equipos verde y violeta. ¡Vamos a estar en el mismo equipo que Grace!

—¿Qué? —exclamó Alannah, poniéndose en pie de un salto—. ¡No, Eddie! ¡Haz algo!

Le dirigió una mueca de disculpa.

—No creo que pueda. La señora Marilyn es quien manda. Pero igual el cambio tiene alguna ventaja.

—¿Cuál? —se quejó Alannah, mientras el resto de su equipo se reunía alrededor de nosotras.

—Si el equipo de Grace era el mejor, eso significa que, ahora, el vuestro es el mejor.

—Quiero irme a casa —protestó Alannah con un puchero.

—No, no quieres.

—Sí quiero. Me duele el estómago.

La miré con seriedad.

—Es mucho más probable que ganes si vas con Grace, en lugar de contra ella. No finjas un dolor de estómago y te rindas, justo cuando tenéis posibilidades de quedar las primeras.

Alannah gruñó y miró a su equipo.

—Venga, Lana —dijeron—. ¡Podemos dar una paliza al azul, el amarillo, el naranja y el rosa!

—Vaaaale —dijo ella con un resoplido.

Nos dirigimos en grupo a donde estaban Grace y el equipo verde, y las niñas se miraron entre sí con desconfianza.

—¿Tú también has tenido que convencer a Grace de que no le duele el estómago? —murmuré a Connor.

Él torció un lado de la boca.

—Algo por el estilo. ¿Qué juego toca ahora?

—Tirar de la cuerda —dijeron Grace y Alannah a la vez.

—Muy bien, ¡vamos allá! Equipo *verdeleta*, a las tres —dije, tendiendo una mano para hacer un saludo de equipo.

—No las vamos a llamar así —dijo Connor, mientras las niñas vitoreaban y salían corriendo para ir a jugar. Salimos juntos tras ellas.

—Es mejor que equipo *vioverde* —señalé.

—Uf, por un segundo he pensado que ibas a decir equipo *vorde*.

Solté una risotada.

—¿Cómo iba a poner a nuestro equipo un nombre que suena casi como un insulto? La señora Marilyn me mataría. ¿Te imaginas? —Puse mi mejor voz de anunciante—. Presentamos a las ganadoras de la competición anual del colegio St. Orwell. ¡El equipo Borde!

Connor resopló una carcajada.

—Nos prohibirían volver a ser voluntarios.

—Y a Alannah volverían a expulsarla del colegio.

—¿Va todo bien con ella? —preguntó Connor—. He intentado hablar con Grace de lo que ha dado lugar a la discusión, pero no está demasiado habladora ahora mismo.

—Sí, creo que Alannah está un poco celosa de Grace.

—¿Celosa? —se sorprendió Connor.

—Es posible que los padres de Alannah se divorcien —expliqué—, y nuestro padre no es precisamente alguien en quien se pueda confiar; al menos, si eres su hija. Cuando mis padres se divorciaron, la única razón por la que seguí viendo a mi padre es que mi madre se aseguró de que tuviera la custodia compartida. Alannah cree que nuestro padre no luchará por ella y, aunque odio tener que decirlo, es posible que tenga razón. Grace estaba hablando de que pasaría tiempo con su madre este verano y de los planes que tiene contigo, y eso le ha resultado muy difícil de asimilar.

—Ah. —Connor apretó los labios en una débil sonrisa.

—¿Qué?

—Es solo que... Los críos son sorprendentes.

—¿A qué te refieres?

—Grace y yo hemos hecho un montón de planes, pero una parte de eso se debe a que yo... Bueno, siempre estoy tratando de compensárselo. También me ha costado mucho conseguir que Grace pase tiempo con Ali. Ella está muy dedicada a sus cosas, y no deja

de cancelar todos los planes. Cruzó los dedos para que la visita planeada de este verano transcurra sin incidente, pero estoy algo preocupado.

—¿Estás diciendo que las niñas tienen más cosas en común de lo que ellas creen?

Él asintió y nuestros brazos se rozaron. Él no se apartó, y yo tampoco.

—Niños —comenté.

—Niños —confirmó él.

Nos dirigimos a ver el juego de tirar de la cuerda, donde Grace y Alannah parecían estar enfrentándose por algo, con las manos en las caderas.

—¡Vamos, equipo *verdeleta*! —les grité, para tratar de distraerlas de lo que fuera que estaban discutiendo.

—¡Trabajad juntas! —gritó Connor con las manos alrededor de la boca.

Grace le lanzó una mirada enfurruñada.

—Vaya —reí.

—¿Qué?

—De tal palo, tal astilla.

Él me miró enfurruñado.

—¡Ja! Eso es, igualitos.

Él sacudió la cabeza, mientras las niñas se situaban en fila a lo largo de la cuerda y empezaban a tirar.

—No están tirando juntas —dije, al ver que el equipo azul y amarillo empezaba a arrastrar al nuestro hacia la línea—. ¡Vamos, *verdeleta*, podéis hacerlo!

—¡*Verdeleta!* ¡*Verdeleta!* ¡*Verdeleta!* —empezamos a gritar Connor y yo al unísono.

Grace y Alannah se miraron, hablaron entre sí y, con un gesto de asentimiento, clavaron los pies en la tierra.

—¡Tirad! —gritaron a la vez—. ¡Tirad, *verdeleta!*

—¡Sí! —grité, agarrando el brazo de Connor—. ¡Así se hace! ¡Vamos! ¡Adelante!

—¡VAMOS *VERDELETA!* —gritó Connor.

—¡TIRAD! —chillaron Grace y Alannah.

Y con un gran tirón adicional, arrastraron al equipo de camisetas azules y amarillas a su lado de la raya.

—¡Oh, Dios mío! —dije, saltando junto a Connor—. ¡Lo han conseguido!

En cuanto dejaron caer la cuerda, Connor y yo nos lanzamos hacia ellas y envolvimos a Alannah y Grace en un enorme abrazo de grupo.

—Creo que esto merece una celebración —dijo Connor, con una sonrisa de oreja a oreja.

CONNOR

—¿Cómo puedes ser la madre de Alannah, con lo joven que eres? —preguntó Grace a Eddie, señalándola con su cuchara de helado desde el otro lado de la mesa en la que estábamos sentados en Trudy's Ice Cream Parlor & Arcade.

Al final, lo único que había hecho falta para acabar con la tensión entre las niñas era un juego de tirar de la cuerda, y comer un poco de azúcar.

Después de arrancar el coche de Eddie, ella había sugerido que fuéramos a Trudy's, y las niñas y ellas estaban atiborrándose de mini helados porque, al parecer, un solo sabor no era suficiente.

—No señales —dije—, es de mala educación.

Grace bajó la cuchara y Alannah hizo un puchero.

—Venga ya, ¡no es mi madre! Por eso es tan divertida.

Eddie rio con suavidad, y sus mejillas se tiñeron de un delicado color rosa.

—Soy su hermana mayor.

—Me encantaría tener una hermana —resopló Grace.

Sentí una sensación rara en el pecho. Me había costado mucho hacer amigos cuando era pequeño. En sus días malos, mi madre me había necesitado junto a ella y, en los días buenos, siempre existía la posibilidad de que algo la afectara tanto como para convertirlo en un mal día. Invitar a gente a casa nunca había parecido una buena idea, pero, durante todo aquel tiempo, siempre había tenido a mis hermanos.

Un hermano era alguien con quien podías contar durante toda tu vida, y yo había querido darle eso a Grace. Al principio, una estúpida parte de mí había asumido que Ali y yo resolveríamos nuestros problemas y podríamos aumentar la familia, pero ahora comprendía hasta qué punto esa idea había sido ridícula.

—También podría ser divertido tener un hermano —señaló Alannah—. Cuando eres la mayor, puedes mandarles. Yo nunca he podido mandar a nadie.

—¡Yo voy a tener un primo pequeño! —dijo Grace con emoción—. ¿Te lo había contado?

Alannah negó con la cabeza.

—Mi tío Liam va a tener un bebé. Papá, ¿puedo enseñar las ecografías a Alannah?

Di mi teléfono a Grace para que pudiera enseñar las imágenes a Alannah.

—Oooh —murmuró Alannah con el ceño fruncido—. Un momento, ¿es una niña o un niño?

—Ni idea —admitió Grace—. A mí me parece una alubia.

Eddie y yo nos miramos y ella me sonrió.

—¿Te gusta tu helado de unicornio? —le pregunté.

Eddie sonrió y se metió una cucharada de helado verde y violeta en la boca.

—Si te soy sincera, me ha sorprendido que pidieras helado de tarta de cumpleaños con extra de virutas de colores —comentó.

—Es un clásico.

—Habría imaginado que te gustaría el de ron con pasas.

—Uf, no —dije, exagerando mi disgusto a propósito, y me sentí orgulloso de mí mismo de una forma absurda cuando ella se echó a reír.

—Exacto, es muy aburrido.

—Bueno, ya no soy esa persona, ¿no? ¿He superado la lección de hoy?

Ella lo pensó durante un momento.

—Ha habido un rato en el que has parecido divertirme bastante.

—¿Un rato? —protesté—. Me he estado divirtiendo toda la tarde.

—¡Estoy llena! —declaró Alannah.

—¡Yo también! —dijo Grace—. ¿Podemos ir a jugar un rato?

—Claro —dijo Eddie.

Entregó a las niñas su tarjeta de débito para que pudieran comprar fichas con las que jugar, y yo las miré marcharse con una ceja levantada.

—Venimos mucho a este sitio —me aseguró Eddie—. Estarán mejor sin que estemos encima de ellas. Desde esta mesa, podemos ver toda la zona de juegos. Solemos venir para que Alannah pueda relajarse un poco mientras yo trabajo.

A veces, la forma en que Eddie hablaba de Alannah me hacía olvidar que *no* era su madre. Estaba claro que le importaba mucho, y me

impresionaba hasta qué punto se preocupaba por su hermana.

—Eso les da la impresión de tener libertad, y a nosotros nos permite controlar que no se metan en líos —señaló Eddie—. Todo el mundo gana.

Miré hacia el otro lado de la zona de juegos, siguiendo a las niñas mientras iban de un juego a otro.

—Preferiría que no se metieran en líos.

—Oh, un poco de lío tampoco les irá mal. Así podrán hacerse amigas.

—¿Es así como lo llamas? —resoplé.

—Creo que es bueno para ellas —dijo Eddie, encogiéndose de hombros—. Si siempre te portas bien, te pasas la vida preocupada por dar un mal paso.

—Creo que no estoy de acuerdo con eso.

Ella acercó su silla un poco a la mía, y me di cuenta de que intentaba ver mejor a las niñas.

—No me digas que nunca te has metido en líos de pequeño, porque no me lo creo.

—A ver, solía llegar tarde al colegio... Con frecuencia. Pero no tenía problemas serios.

Por suerte, mis hermanos siempre encontraban la forma de resolver lo que fuera; bueno, Finn era el que se encargaba de calmar los ánimos, y el don de Liam era encontrar soluciones, como conseguir que nos llevaran en coche los Johnson, que vivían en la misma calle.

—¿Te costaba levantarte por la mañana? —bromeó Eddie, dándome un golpecito en el brazo—. ¿Demasiadas noches en vela jugando a videojuegos?

Ojalá, pensé.

—No, no. Cuando era pequeño, mi madre tenía problemas de salud mental. No siempre podía llevarnos al colegio, así que teníamos que buscarnos la vida. Mi hermano Liam acabó por llegar a un acuerdo con los vecinos, cuyos hijos iban al mismo colegio. Nosotros les cortábamos el césped y ellos se encargaban de llevarnos y recogernos, hasta que Liam tuvo edad suficiente para sacarse el permiso de conducir.

Eddie me miró con dulzura y acercó un poco su mano a la mía por encima de la mesa.

—Eso es un montón de responsabilidad para unos críos.

—Lo era —dije, mirando a donde estaban Grace y Alannah para asegurarme de que no se estuvieran peleando. Me alegró ver que estaban muy cerca, con las cabezas juntas, y eso me alegró el alma.

—Pasé mucho tiempo intentando *no* dejar sola a mi madre. Al salir del colegio, corría a casa, en lugar de quedarme con mis amigos. Me pasaba la vida preocupado por ella. Mis hermanos se encargaban de otras cosas: se mataban a trabajar, resolvían problemas, pagaban las facturas cuando mi madre no podía hacerlo... Pero muchas veces, era yo quien se ocupaba de mi madre. Así que, la respuesta a tu pregunta es no. No tenía tiempo para meterme en líos.

—Parece que tuvisteis que crecer muy rápido —dijo Eddie, acariciando el dorso de mi mano con el meñique de la suya—. No me extraña que no sepas divertirte. —Su tono era dulce, no exento de amabilidad—. ¿Lamentas tu infancia?

—¿Qué quieres decir?

—Si pudieras volver atrás, ¿cambiarías algo?

—Sinceramente —respondí sin pensarlo mucho—, no podría imaginarme otra vida.

—¿En serio?

Asentí antes de explicarme.

—A ver, me habría gustado que mi madre recibiera ayuda antes, ayuda adecuada para una adulta, con medicamentos y terapia. No era necesario que lo pasara tan mal durante tantos años. Pero no lamento que, gracias a aquella experiencia, mis hermanos y yo aprendiéramos que podemos contar los unos con los otros, pase lo que pase. Para mí, no hay nada más importante que la familia, y por eso me resulta tan incomprensible que Ali prefiera otras cosas a pasar tiempo con Grace. Mi hija es lo mejor de mi vida: para mí, no hay nada, ni nadie, más importante que ella.

—Eso... La verdad es que es bastante bonito. —Rio sin ganas—. Creo que me habría gustado tener hermanos. A ver, adoro a Alannah, pero yo tenía catorce años cuando ella nació y, cuando las cosas empezaron a ir mal en casa, tuve que hacer frente a todo yo sola. Me pasé cada minuto del divorcio de mis padres deseando que las cosas fueran diferentes.

Fruncí el ceño y volví a mirar a donde estaba Grace.

—¿Qué era lo que más deseabas? —pregunté.

—Es una tontería —dijo ella, con una sacudida de la cabeza.

—Cuéntamelo. —Esa vez, fui yo quien le apretó la mano.

—Bueno —empezó ella—, cuando era pequeña, solía imaginarme que podía dividirme en dos personas diferentes. Que podía haber una versión de mí que le gustara a mi madre, y otra que le gustara a mi padre, para no tener que agobiarme por ser la persona equivocada en el momento equivocado.

—¿A qué te refieres con eso de la persona equivocada?

—Después del divorcio —suspiró Eddie—, a ninguno de los dos le gustaba pensar en el otro, y yo no podía evitar servirles de recordatorio. Por ejemplo, mi madre se enfadaba si yo escuchaba rock clásico en su casa, porque era la música que le gustaba a mi padre. Y mi padre se disgustaba cada vez que olía mi champú, porque era el mismo que usaba mi madre.

—Ah, ya entiendo.

No podía imaginarme pedir a Grace que cambiara algo simplemente porque me recordara a Ali.

—Nunca me sentí lo bastante buena para ninguno de ellos —añadió Eddie.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por todo eso, no es justo.

Eddie se apartó un poco y se echó a reír.

—Bueno, ha sido peor para ellos, porque ahora ya no los veo, si puedo evitarlo. Así puedo escuchar la música que me apetezca y usar el champú que me dé la gana.

Su esfuerzo por restarle importancia fue inútil, porque aún podía ver en sus ojos lo mucho que aquello le dolía.

—Parece que también tuviste que crecer bastante rápido.

Volví a tenderle la mano y me alegré de que no se apartara. Cuando enlazó sus dedos con los míos, un cosquilleo agradable me subió por el brazo.

—Tuve suerte de encontrar pronto los videojuegos —continuó—. Enseguida supe que me encantaba ese mundo, y empecé a planificar mi futuro alrededor de ellos. Me he esforzado mucho para llegar hasta donde estoy, y todo ha merecido la pena, aunque tenga que estar pagando mis préstamos estudiantiles hasta los noventa años.

—¿Tus padres no te ayudaron con los estudios?

Si su padre podía permitirse enviar a Alannah a St. Orwell, imaginaba que también habría podido ayudar a su hija mayor con el coste de la universidad.

Ella frunció el ceño y levantó la barbilla, con aire desafiante.

—No estaba dispuesta a permitirles que compensaran con dinero el hecho de no ser unos padres decentes. Si yo no les importaba lo bastante como para ocuparse de mí, tampoco iba a aceptar su dinero. Después de todo, no quería deberles nada, ¿sabes?

Tragué con dificultad y me prometí a mí mismo que nunca apartaría a Grace de mí, de la forma en que lo habían hecho los padres de Eddie con ella. Nunca la pondría en una situación que la llevara a pasarse la vida demostrándome que no me necesitaba.

Eddie se aclaró la garganta.

—Lo siento, no quería contarte todas mis penas.

—No lo has hecho —insistí.

Me alegraba de entenderla un poco mejor. Ahora todo tenía sentido: la reacción de Eddie cuando intenté ofrecerle más dinero durante la negociación de su contrato, el coche tan viejo que conducía... Por mucho que respetara cómo se había ocupado de sí misma, al igual que lo habíamos hecho Liam, Finn y yo una vez, imaginar sus dificultades me estaba resultando sorprendentemente desagradable.

—Tampoco quería comparar mis problemas con los tuyos —aclaró Eddie—. En general, mi vida no ha estado tan mal. No tengo ni idea de lo que habría hecho si hubiera estado en tu lugar.

—No es necesario competir por quién ha tenido la peor infancia —dije—. Está claro que las dos han sido un asco, a su manera.

—Sí —admitió ella con suavidad.

Me estaba empezando a sentir incómodo. Siempre había comparado a Eddie con el sol, rodeada de una cantidad interminable de gente que la orbitaba, y no me gustaba imaginarla sola por la vida. Sin embargo, al poco tiempo vi cambiar su cara, pasando del recuerdo de aquellas antiguas adversidades a su brillante sonrisa habitual.

Cuando empezó a removerse a mi lado, incómoda, y su rodilla comenzó a subir y bajar con rapidez, me quedó claro que la versión

brillante y escandalosa de Eddie era fruto de una decisión deliberada que, sin duda, había tomado hacía años. En lugar de la tristeza, elegía la luz.

Me incliné hacia ella y, sin poder resistirlo ni un segundo más, me apoderé de sus labios, dulces y fríos por el helado. Ella dio un respingo, pero no se apartó, sino que se dejó caer hacia mí. Le rodeé una mejilla con la mano y ella apoyó su cabeza en mí, cambiando el ángulo. Sus labios se deslizaron sobre los míos de un modo que hizo fluir toda mi sangre a mis oídos. Tuve la sensación de estar cayendo, o de sentir el subidón de azúcar más fuerte del mundo.

Quise seguir cayendo para siempre...

Hasta que escuché chillar a Alannah y Grace.

Me aparté de un salto y volví a la realidad, sin aliento. ¿Qué diablos hacía, besando a Eddie de ese modo? Aun si estaba dispuesto a ignorar la diferencia de edad, y la política de la empresa, me había prometido a mí mismo que hablaría con Grace antes de meter a alguien nuevo en su vida.

Ella se volvió para mirar a las niñas.

—No se están peleando, ¿verdad?

Miré a Grace y Alannah, que saltaban y se abrazaban, mientras una de las máquinas imprimía una enorme cantidad de tiques. Alannah señaló un oso de peluche del tamaño de una persona, uno de los premios posibles, y Grace asintió con entusiasmo. Dejé escapar un gruñido al verlo, aunque, con el sabor de la barra de labios de Eddie aún en los míos, un peluche gigante era el menor de mis problemas.

EDDIE

Jamás habría creído ser la clase de chica que usaría un coche de empresa, pero en los tres días que había tenido a Beatrice, me había acostumbrado a ella con rapidez. En lo que se refería a mi apuesta con Connor, lo de combinar los equipos al final de la competición del colegio había significado que los dos habíamos ganado, y también perdido.

Yo no había querido liberarle de su apuesta, así que él mantuvo también la suya y, de ese modo, terminé aceptando el coche de empresa, y él aceptó recibir las lecciones de diversión. Hasta entonces, mis lecciones habían incluido hacer posar a Connor para una serie de fotos con el señor Quesitos, los dos ataviados con gorras idénticas de LockMill. No había tenido ni idea de que hicieran ropa y accesorios para ratas.

Cuando Connor mencionó, como quien no quiere la cosa, que su hermano Finn tenía un gato esfinge llamado Su Miaujestad *tercero*, que vestía jerséis de rayas, no había podido creerlo. Desafío aceptado, jefe. Pensaba comprarle al señor Quesitos un vestuario de alucinar.

En lo que se refería al coche, el Prius tan mono que me habían asignado no era demasiado llamativo; pero era un híbrido enchufable, bueno para el medio ambiente, y aún olía a nuevo. Había encontrado la llave electrónica sobre mi mesa al principio de la semana, con una nota que decía: «El color me ha recordado tu pelo», y había estado sonriendo durante horas. No quería que me hiciera tanta ilusión, pero una parte de mí, tonta y frívola, me aconsejaba que disfrutara de él mientras mi tartana seguía en el taller. ¿Quién sabía cuánto tiempo pasaría hasta que volviera a conducir un coche nuevo?

Aparqué a Beatrice en el garaje subterráneo y subí en ascensor hasta la planta de producción, con la sensación de que el ambiente era muy distinto de cómo había sido mi primer día. Ahora había pósteres y elementos decorativos alegres que interrumpían todo aquel color gris; en la cocina había un suministro inagotable de M&M's, del que sospechaba que Connor era responsable, y la gente hablaba entre sí, en voz alta y en persona, en lugar de comunicarse solo por email y mensajes instantáneos.

Me dejé caer ante mi escritorio, me puse los auriculares en los oídos para escuchar una de mis listas de canciones y me puse a programar. La mayor parte de los diseñadores de narrativa solo necesitaban nociones básicas de programación para poder comunicarse con los escritores y los programadores del juego, pero yo había aprendido cuando trabajaba como independiente, y a veces lo echaba de menos. Me lo había pasado genial programando *Alterbot* y *Lethal Deception* en el pasado.

Al recordar el juego en el que había trabajado con Ryker en la universidad, tuve que tragar saliva. Habíamos formado un buen equipo, hasta que él me apuñaló por la espalda y se llevó todo el crédito del proyecto. Dejé caer las manos sobre el teclado, produciendo una hilera de letras sin sentido.

—¿En qué estás trabajando? —preguntó Leigh, que pasaba cerca.

Me quité uno de los auriculares.

—Solo estaba trasteando con las habilidades de lucha del señor Quesitos para mostrárselas al equipo de diseño. Hasta ahora, tengo el latigazo con la cola, el bloqueo y una voltereta arrolladora. Creo que con eso será suficiente para que sea sencillo, pero divertido.

Leigh había abierto mucho los ojos.

—Eso es... Vaya, no esperaba que tú hicieras nada de eso.

—¿Por qué no?

Ella se encogió de hombros, incómoda.

—Es solo que Connor suele preferir que cada uno se limite a su especialidad —explicó.

¿Limitarse? ¿Como limitarse a no besar a los empleados? Había hecho todo lo posible por no analizar lo ocurrido aquel día en la heladería porque, al igual que lo que pasó después de bailar conmigo en la discoteca, el marqués de LockMill había vuelto a comportarse como mi jefe. No me había lanzado miradas desde el otro lado de la oficina, no había habido encuentros secretos para besarnos en la escalera, y ni siquiera se había hablado del beso. Sentí que me ardían las mejillas y noté una complicada mezcla de emociones, sobre todo deseo y vergüenza, en la garganta. Tanto *deseo* que no sabía qué hacer con él. ¿Había sido todo un error?

Me aparté del ordenador e intenté olvidar todo aquel lío.

—¿Sabes lo que no entiendo?

—¿Qué? —Leigh se subió las gafas por el puente de la nariz.

—Por qué se ha quedado todo el mundo en LockMill después del divorcio, si Connor les da tanto miedo.

Todo el mundo sabía que Ali Miller había sido la fuerza creativa de la empresa. Cuando el juez había asignado la propiedad de la empresa a Connor, la mayoría de la gente del sector había esperado que los mejores empleados de LockMill se marcharan inmediatamente para

seguir a Ali a donde fuera a continuación. Pero eso no había llegado a ocurrir, y yo no entendía el motivo.

—No nos da *miedo* —dijo Leigh.

—Noah aún se atraganta con las palabras cada vez que está cerca de Connor —respondí, mirándola sin expresión.

—Puede resultar un tanto... intimidante, y demasiado serio —dijo ella—. Al menos, hasta que lo conoces. Ali era quien se hacía amiga de todo el mundo al momento, pero Connor no es así.

—Si eras amiga de Ali, ¿por qué te quedaste tú? —pregunté.

Leigh suspiró.

—Ali es una diseñadora increíble, y trabajar con ella es muy divertido, pero, si te soy sincera, como jefa es horrible. No tiene ninguna capacidad de dirección. Se le da mal delegar, no sabe lo que es una carga de trabajo razonable, no es capaz de conseguir que la gente cumpla los plazos y se le da fatal formar o dar apoyo a la gente, porque se queda absorta en lo suyo y se le olvida explicar a los demás lo que está haciendo. —Agitó una mano, como para indicar que tampoco era para tanto—. La quiero mucho, en serio, pero como jefa, exigía demasiado y no daba el apoyo mínimo necesario. No lo hacía con mala intención, pero eso no impedía que resultara un problema enorme. Puede que Connor no tenga su carisma o creatividad, pero es un buen jefe.

Me alegré de escuchar aquello y, por lo poco que había experimentado por mí misma, creía que era cierto.

—No me malinterpretes, el divorcio fue horrible, y tener que elegir entre ellos fue peor. Pero, a la hora de la verdad, la elección no fue difícil. Connor era, mejor dicho, es quien se preocupa por nosotros. Él es el responsable de que tengamos el mejor paquete salarial del sector, porque se preocupa por la gente; y no solo como empleados, aunque no se le dé bien demostrarlo.

Sentí una oleada cálida que recorría mi cuerpo, diferente del calor del deseo, y mis labios se curvaron en una sonrisa. Había querido pensar que en él había algo más que un gruñón antipático, encerrado en su torre y dando órdenes a todo el mundo, pero una parte de mí había temido que se tratara solo de mis propias esperanzas. Me había preocupado que mi atracción por él me llevara a pensar que era mejor de lo que era en realidad, pero todo aquello suponía una confirmación: no me había equivocado con él. Debajo de sus gruñidos, se escondía un buen hombre de verdad.

—Entonces, cuando exige que la gente se limite a sus especialidades, ¿no lo hace por ser un fanático del control? —pregunté, solo para confirmar.

—Bueno, igual un poco, sí —admitió Leigh—, pero creo que, sobre todo, quiere evitar que la gente se cargue con demasiadas cosas y se queme. Eso ha sido un problema en el pasado.

Comprendía su explicación. En general, la gente que trabajaba en videojuegos *amaba* los videojuegos, y eso significaba que no solían ser capaces de dosificarse o descansar adecuadamente. Los directivos estaban ahí para supervisar la carga de trabajo de todo el mundo, pero eso no sería relevante para alguien que decidiera hacer tareas adicionales que no le habían asignado.

En cualquier caso, Leigh estaba esquivando mi mirada de un modo muy sospechoso.

—*Tú* no estarás trabajando más de la cuenta, ¿no? —pregunté.

—Lo intento. —Leigh se sonrojó—. Es solo que... Llego a casa, y todo está demasiado silencioso, ¿sabes? Así que no parece mala idea quedarse un par de horas más y seguir trabajando. Pero no te preocupes. Connor ya ha hablado conmigo de lo importante que es desconectar.

—¿Y cómo lo haces? —pregunté.

—¿Trasplantar mis plantas a macetas nuevas cuenta como desconexión? Porque eso es lo que he hecho este fin de semana. Bueno, son las plantas de Tristan, a mí ni siquiera me gustan. — Sacudió la cabeza.

—¿Te las quedaste en el divorcio?

Ella resopló.

—Pensé que volvería a por ellas, pero ya han pasado unos meses, así que supongo que sí.

—Tendrás que buscarte un nuevo padre para tus plantas —bromeé.

—Lo pondré en mi perfil de la aplicación de citas —rio ella, echando la cabeza hacia atrás.

—Lo digo en serio. Ya han pasado varios meses desde que rompisteis, ¿verdad? Tendrías que volver a intentarlo.

—A decir verdad, a una parte de mí aún no le interesa —suspiró Leigh—. Ahora mismo, la idea de salir con alguien me parece agotadora. Pero esta semana he caído en que Ali se casa a finales de septiembre, y si Tristan acude, yo no puedo ir sin pareja. Sería humillante.

—Vale, y para eso, faltan como dos meses y medio, ¿no? Eso es tiempo suficiente para encontrarte un padre bien guapo para tus plantas. Y, si no, yo seré tu acompañante —bromeé.

Había oído en la oficina que Ali se casaría pronto, pero no sabía que faltaba tan poco tiempo.

—Gracias —dijo ella—. Lo tendré en cuenta.

—Lo digo en serio, Leigh. Tienes que arriesgarte. La primera cita siempre es la más difícil.

Ella gruñó, pero yo di un respingo, porque se me había ocurrido una idea.

—¿Y si te busco yo una cita?

—Ni hablar —respondió, arrugando la nariz.

—¡Pues claro que sí!

Cogí el teléfono para escribir a Aidan y, cuando Leigh empezó a alejarse, la seguí.

—Tengo un amigo soltero que es increíble. Trabaja con la madera, así que es muy bueno con las manos. Es guapo y también es un encanto. Imagínate un *golden retriever* en versión humana y, además, con unos brazos y unos hombros estupendos.

Nos detuvimos en la sala de descanso, donde el señor Quesitos chilló para llamar nuestra atención.

—¿Ves? Hasta la rata cree que es una buena idea.

Abrí la jaula y tendí la mano, para que el señor Quesitos trepara por mi brazo. Como no sabía nada sobre ratas, no dejaba de impresionarme lo inteligente que era aquel chiquitín. Él se situó sobre mi hombro, y los dos nos quedamos mirando a Leigh. Cuando ella siguió pareciendo dudosa, tomé la decisión por ella y abrí la aplicación de reservas en restaurantes.

—Verás como está bien. He hecho una reserva para dos en Garden. Tienen buenos cócteles, el ambiente es perfecto y la comida, aún mejor.

Envié a Aidan los detalles y me fijé en que Max había entrado en la sala.

—Hola, Max.

—Hola —dijo él sin detenerse, de camino hacia el despacho de Connor.

A continuación, se volvió a mirarme por segunda vez, y casi tropezó con sus propios pies. Le saludé con la mano, y me costó evitar echarme a reír cuando el señor Quesitos pareció hacer lo mismo con

una patita. Aquella rata era más lista que muchos tíos a los que había conocido. Cuando me volví a mirar a Leigh, ella me estaba mirando con los labios fruncidos.

—Vale, de acuerdo —cedió por fin—. Envíame los detalles.

—¡Así se hace! —la animé—. Olvídate de ese tío.

Dejé caer el hombro y metí la mano en la caja, para que el señor Quesitos pudiera volver a entrar. Le di una golosina y me volví a mi ordenador, sonriendo al pensar en mi buena acción.

Al cabo de un rato, recibí un correo de Connor, que me aceleró el pulso.

Necesito que te quedes a trabajar tarde hoy. Es por el Protocolo de Juni.

No había ningún otro detalle. Fruncí el ceño y me puse a responder.

Lo siento, jefe. Tengo planes a los que no puedo faltar.

Esa noche era el campeonato de gimnasia de Alannah, y le había jurado sobre la pulsera de amistad que me había hecho que acudiría sin falta.

Te necesito esta noche, contestó él. *No es negociable.*

Ignoré el escalofrío que me provocó su elección de palabras. No pensaba cancelar mis planes porque el trabajo me necesitara en el último minuto, ni siquiera por un hombre que me ponía el corazón a mil; pero lo cierto era que me gustaba mucho mi trabajo, además del sueldo y lo mucho que me estaba ayudando a devolver mis préstamos estudiantiles. Con aquella idea en la cabeza, opté por proponer un compromiso.

Mis planes empiezan a las siete, así que puedo quedarme un poco más tarde.

No hubo respuesta. Asomé la cabeza por encima de la pared de mi cubículo para mirar hacia su despacho. Él estaba mirando la pantalla

de su portátil. *Contesta, imaldita sea!* ¿Por qué me estaba ignorando? Volví a sentarme enfurruñada, y miré el auricular que había dejado sobre mi mesa. Tal vez, era hora de otra lección de diversión.

Me levanté de mi mesa, inicié sesión en el ordenador conectado a los altavoces del techo e inicié la lista de canciones de Connor justo cuando todo el mundo se preparaba para ir a comer. Escuché la risa de Max que se acercaba por el pasillo hacia mí.

—Estoy seguro de haber escuchado esta canción antes, pero, de algún modo, no me cabe duda de que la responsable eres tú, no él. Tengo razón, ¿verdad? ¿Es la música especial de Lockhart?

—He sido informada de que es la música de Grace —sonreí.

—¿Connor *sigue* insistiendo en que no le gusta Scarlet Rush? —resopló Max.

Se oyeron algunas risas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Connor, que había abierto su puerta de golpe—. Estoy en mitad de una reunión.

Se hizo el silencio total. Yo lo miré mientras empezaba a sonar *Sunshine Baby*, de Scarlet Rush.

—Momento de baile en la oficina, jefe. —Le dediqué mi mejor sonrisa satisfecha—. Es bueno para la circulación, mejora la concentración y aumenta la creatividad. Tiene un montón de beneficios.

Connor chasqueó la lengua y me miró irritado.

—Gracias por crear un ambiente de trabajo tan positivo, Edith. Eso hará que te resulte más agradable quedarte esta noche hasta que termines tu trabajo.

Con eso, se dio media vuelta y volvió a su despacho.

Me lo quedé mirando, enfadada. *Respuesta recibida.*

CONNOR

—¿Me estás vigilando? —preguntó Eddie, lanzándome una mirada severa por encima del hombro cuando me senté en el cubículo junto al suyo.

El resto del equipo se había marchado ya, y nos habíamos quedado solos.

—¿Después de la gracia de antes con la lista de canciones? No pienso quitarte ojo de encima.

Ella hizo un sonido desdeñoso y se dio la vuelta.

—Creo que deberías admitir de una vez que eres un *Rushie*. El primer paso es aceptar que tienes un problema...

Me crucé de brazos.

—Es la lista de canciones de Grace.

—Una tapadera muy conveniente —ironizó ella, sin dejar de mover el ratón con agresividad—. Puedo hacer todo esto mañana, ¿sabes?

—Hay que terminar las narrativas de los niveles antes de entregarlo a los diseñadores la semana que viene —dije, inventándome las

fechas sobre la marcha.

—¿Y desde cuándo han cambiado los plazos? —preguntó ella—. No he recibido ninguna comunicación al respecto, lo que me hace pensar que podía haber terminado todo esto *mañana*.

Tenía razón. Aquella tarea podía haber esperado al día siguiente, porque, de hecho, el Protocolo de Juni iba adelantado; pero cuando Max había entrado en mi despacho a toda prisa esa mañana, asegurando que Eddie tenía una cita esa misma noche, algo había estallado dentro de mí. Y por eso, en lugar de haber ido a recoger a Grace de casa de mi madre, seguía en la oficina, intentando pensar en una buena razón para impedir que Eddie se marchara a encontrarse con un desconocido a las siete.

—Deja de observarme —protestó.

—No lo hago.

Saqué el móvil y escribí un correo electrónico relacionado con mi intento de conseguir las mejores condiciones de distribución para LockMill. No debería haberme molestado tanto saber que ella tenía una cita. Volví a mirarla, incapaz de contenerme.

—¡Lo estás haciendo otra vez! —exclamó—. Para ya, me estás dando mal rollo.

El pulso me latió más fuerte. ¿Cómo lo había notado?

—No te estoy vigilando.

—Sí lo haces —insistió—, lo noto. Y no pongas los ojos en blanco.

Eso me hizo sonreír. Ella volvió a mirarme por encima del hombro y, cuando sus ojos encontraron los míos, me dedicó una sonrisa ladeada. Dios, era preciosa. Se dio la vuelta y yo me pasé la mano por la cara. ¿Qué diablos estaba haciendo?

Me puse en pie y, como si algo me atrajera hacia ella, me encontré entrando en su cubículo.

—Esto es peor —observó—. Ahora me vas a mirar desde arriba.

—Te estoy supervisando.

—No me digas —replicó—. Pues, si alguien necesita supervisión, es el señor Quesitos, porque ha engatusado a todo el mundo para que le den golosinas, yo incluida. A este ritmo, tendremos que ponerlo a dieta antes de acabar el juego.

Aunque detecté un deje de fastidio en su voz, no pude evitar desear acercarme aún más. Había intentado no pensar en el beso. Era irresponsable, y peligroso para Grace y la empresa. Pero no era capaz de arrepentirme de ello.

Y ahora que estábamos solos... ahora que estaba tan cerca como para oler la vainilla de su crema corporal... No había nada que me impidiera recordar el sabor dulce de sus labios cuando había sujetado su cara para besarla.

—Has escrito eso mal —observé, señalando una errata.

Eddie apartó mi mano de su pantalla.

—Sí, muchas gracias, marqués de LockMill. Para eso está el corrector automático.

—Ahí hay otra —dije, y me incliné por encima de su hombro para señalar otra errata con un dedo.

Eddie fingió ir a morderme.

—Quítalo de ahí o te quedas sin él, jefe.

Eché la cabeza hacia atrás para mirarme y se apoyó en mi pecho. Mis ojos bajaron a la esbelta curva de su cuello que quedaba expuesta. Quise deslizar una mano por él y sentir su pulso latir bajo mis dedos. En mi cabeza se dispararon todas las alarmas y noté una presión en el pecho. Eddie quería hacerme romper las reglas.

Sus sonrisas ligeras cargadas de intención; la forma en que se mordía el labio; el brillo en sus ojos cuando me obligaba a participar

en alguna de sus ideas *divertidas*. Nada de eso debería gustarme tanto.

—¿Alguna otra opinión no solicitada? —preguntó, con una ceja levantada.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —pregunté en voz baja, mientras acariciaba uno de sus mechones azules entre los dedos.

—Sí —susurró.

En su teléfono sonó una alarma, y los dos lo miramos. Eran las seis y veinticinco. Si quería llegar a su cita, tendría que marcharse ya, y no podría detenerla sin extralimitarme.

—¿Connor?

—Creo que es hora de que te marches —dije, dando un paso hacia atrás—, sobre todo si necesitas tiempo para arreglarte.

Ella apagó su ordenador e hizo girar su silla para mirarme con el ceño fruncido.

—¿Arreglarme? Voy a ir así.

—¿Vas a ir a una cita con la ropa del trabajo?

Eso me sorprendió, teniendo en cuenta lo poco que le gustaba vestirse para venir a trabajar.

—¿Una cita? —Se echó a reír, se puso en pie y empezó a recoger su bolso y su chaqueta—. Para nada. Voy al campeonato de gimnasia de menores de diez años, en el que participa Alannah. ¿Por qué creías que tenía una cita?

—Es posible que Max te haya oído decir algo sobre una reserva para dos —murmuré.

—Sí, pero no era para mí. Era para Leigh, porque quiero que conozca a un amigo mío. —Dejó de recoger sus cosas y me miró,

con un dedo levantado—. Un momento, ¿me has hecho quedarme más tarde por eso?

Apreté la mandíbula. Pues sí, porque me estaba comportando como un idiota celoso.

—¿Te parecería muy mal?

Eddie abrió la boca para responder, pero no llegó a decir nada porque volvió a sonar la alarma de su teléfono. Las seis y media. Terminó de meter sus cosas en el bolso, se lo echó al hombro y me miró con suspicacia.

—Si me hace llegar tarde a ver a Alannah, sí.

Se alejó a toda prisa hacia el ascensor y yo me quedé allí de pie, fastidiado. Saqué el teléfono y envié un mensaje a Max.

Estás despedido.

Nunca encontrarás un ingeniero mejor que yo, respondió él.

No te estoy despidiendo de LockMill, te despido como mi amigo, porque vas por ahí contando cotilleos que me llevan a hacer tonterías.

Max respondió enviando cinco emoticonos de la cara que llora de risa. Al menos, a uno de nosotros la situación le parecía divertida.

EDDIE

—¿Por qué hace tanto calor? En junio nunca hace tanto calor —protestó Noah, tirando del cuello de su camisa.

Para ser miércoles, Garden estaba lleno, pero estaba cerca de la oficina y a Leigh le había gustado mucho cuando cenó allí con Aidan, así que había propuesto que fuéramos después del trabajo para comer algo y jugar un poco. Entre la bonita barra forrada de espejos y la decoración vegetal, había varias mesas de billar, ping-pong y *air hockey*.

—Ya casi estamos en julio, amigo —dijo Max, dándole una palmada en el hombro—. Es hora de quitarse los chalecos de punto.

—Estamos a mitad de junio —argumentó Leigh—, y no quieras que el tiempo pase más rápido, que necesitamos hasta el último minuto para *Shadow*.

—Vale, pero vamos un poco adelantados —aclaré yo—, de ahí que lo estemos celebrando a mitad de semana.

Además, la prueba del nuevo Protocolo de Juni había salido bien y los niños habían respondido de una forma mucho más positiva. Esa

vez, los comentarios habían sugerido solo pequeños ajustes que serían relativamente fáciles de hacer.

—Un poco —admitió Leigh, antes de beber un trago de su copa—, pero si no vamos con cuidado, podemos perder la ventaja en una sola tarde.

—Me recuerdas a alguien que conozco —bromeó Max—. Te empiezas a parecer a Connor.

—No creo haberle visto sonreír nunca en una reunión de ese modo —bromeé.

Connor había sonreído al leer las opiniones después de la prueba. ¡*De oreja a oreja!* Como un niño la mañana de Navidad. Sin embargo, no había sonreído nada cuando Max le había invitado a unirse a nosotros esa tarde. Sus ojos habían buscado los míos desde el otro lado de la oficina durante un instante, y yo había contenido la respiración, preguntándome si, por una vez, dejaría a un lado la cautela, se uniría a nosotros y se divertiría de verdad. Sin embargo, se había contenido, al igual que lo había hecho el día en que me quedé tarde, y había alegado que tenía que recoger a Grace.

—Creo que le ha ilusionado ver cómo han respondido los niños a sus ideas. Y a las tuyas —añadió Max—. Connor dice que os pasasteis una tarde de sábado entera reescribiendo el protocolo.

Él me lanzó una mirada cargada de significado y el corazón me dio un salto. Tal vez, después de la noche en la discoteca, sospechaba que había algo entre nosotros; o, tal vez, Connor le había contado lo del beso. A juzgar por cómo me estaba mirando... Tenía que saber que había algo, lo que resultaba mucho más complicado por el hecho de que Connor se aseguraba de alejarse al menos cuatro pasos cada vez que estábamos cerca.

Pero yo no podía decir nada, ni podía admitir mis sentimientos, así que me limité a encogerme de hombros y fingir que no tenía importancia.

—Yo solo le pregunté qué le gustaba a Grace en los videojuegos, y eso abrió una nueva línea narrativa.

Noah se echó a reír.

—Cuando me pediste que escribiera una historia para el señor Quesitos, creí que lo decías en broma.

—Yo pensé que *Connor* estaba de broma cuando me dijo que iba a comprar una mascota para la oficina —dijo Max.

—Nunca bromearíamos sobre nuestra querida rata —dije burlona—. ¿Quién si no nos iba a recordar que tuviéramos un día *agoudable*?

—A mí me sigue poniendo nerviosa —dijo Leigh, con un escalofrío fingido.

—¿Incluso con esos bigotitos tan monos? Nah. Oh, nos toca —dijo Max, antes de dejar su bebida a un lado y correr a reclamar la mesa de ping-pong que nos había prometido el grupo de universitarios que estaba jugando.

Cogí una de las palas y me situé junto a Noah para enfrentarnos a Leigh y Max.

—Nunca terminaste de contarme cómo fueron las cosas con Aidan.

—Comimos, bebimos, jugamos al ping-pong. Estuvo bien —dijo ella, encogiéndose de hombros.

—¿Lo del ping-pong es un eufemismo para decir...? —Max dejó la frase en el aire, y Leigh le dio un golpe con su pala.

—Fue una noche muy agradable —dijo ella, y sacó para iniciar la partida.

—¿Y quieres volver a verlo? —pregunté, devolviendo la pelota.

Aidan no me había contado nada, pero nunca lo hacía porque, según él, un caballero nunca cuenta esas cosas. Leigh volvió a encogerse de hombros, y Max nos mandó una volea.

—No lo sé. Me lo pasé bien, pero no sé si veo algo más...

—¿Serio? —sugirió Noah, que no llegó a dar a la pelota y tuvo que correr a recogerla.

—Exacto. Después de Tristan, sé que no quiero conformarme con nada menos de lo que yo quiera y, con Aidan, realmente no noto nada. A ver, estuve a gusto con él, pero solo para un rato.

—Sabes que no hace falta nada serio, ¿verdad? —dije—. Puede ser una cosa informal, y tienes derecho a divertirte antes de volver a meterte en una relación a largo plazo.

Leigh murmuró un poco.

—Puede que tengas razón. Solo quiero sexo del bueno, sin complicaciones.

—¡Venga ya! —exclamó Max—. ¿Por qué no lo habías dicho?

Yo solté una carcajada, Noah se puso como un tomate y Leigh miró al techo.

—Pero no contigo —aclaró.

—¿Por qué no? Podría hacerte feliz de las cinco a las nueve, y piensa en lo conveniente que sería. Solo tienes que silbarme desde el otro lado de la oficina, y allí estaré.

—Para empezar, eres todo un *playboy*. ¿Cómo ibas a sacar tiempo para mí? —preguntó Leigh, a lo que Max contestó con una sonrisa arrogante—. Y, en segundo lugar, la estúpida política de Connor prohíbe las relaciones.

Max me miró desde el otro lado de la mesa, y noté que me sonrojaba.

—Es una política estúpida, ¿verdad? —preguntó, y se volvió a mirar a Leigh—. Pero no tendría que ser una relación. Podemos llamarlo... técnica avanzada de relajación.

—No pienso acostarme contigo, Max.

—Bueno, la oferta seguirá en pie. Eddie, ¿te ha dicho Cassie algo sobre mí?

Leigh bufó disgustada.

—¿En qué sentido? —pregunté.

Max me dedicó una sonrisa brillante.

—En cualquiera.

Solté un resoplido, pero mi teléfono empezó a vibrar en mi bolsillo y lo saqué para mirarlo. Era Alannah.

—Un momento. —Entregué mi pala a Noah—. ¿Hola?

—¿Eddie?

Me aparté de la mesa y me tapé un oído con un dedo para escuchar mejor por encima del ruido de la música y de una partida muy competitiva de *air hockey*.

—Hola, Lana, ¿qué pasa?

—Eddie... —repitió ella, y noté que le temblaba la voz, como si estuviera a punto de quebrársele.

—¿Qué pasa? —pregunté, con el corazón latiendo a toda prisa.

Su única respuesta fue echarse a llorar. Fruncí el ceño y me alejé de un grupo de universitarios ruidosos.

—Lana, ¿por qué lloras? —Más sollozos—. Oye, no puedo ayudarte si no me cuentas qué te pasa.

Ella inspiró de forma entrecortada.

—Eso es —la animé—, inspira hondo y empieza por el principio.

—Papá y mamá acaban de venir de los abogados —dijo, con voz todavía rota por la emoción.

¿Abogados?

—Lo han hecho. Han empezado el divorcio.

Me quedé boquiabierta. No sabía por qué me sorprendieron sus palabras, pero así fue. De repente, me sentí como si volviera a tener siete años y hubiera sentido el impacto de aquella palabra por primera vez.

Divorcio.

Era el fin de la vida que una conocía y el comienzo de un montón de mierdas de adultos por las que ningún niño tendría que pasar. No podía creer que mi padre hubiera vuelto a hacerlo. Sabía que las cosas no iban bien con Valentina y que estaban discutiendo más de lo normal, pero no había creído que llegaran hasta...

—Eddie, ¿sigues ahí? —preguntó la vocecita de Alannah.

—Sí, lo siento —dije, dejando a un lado mis recuerdos—. Lo siento, Alannah. No sé qué decirte, excepto que es un asco y...

—Espera —me interrumpió Alannah—. Hay más. Mamá ha dicho... —Hipó un poco—. ¡Mamá ha dicho que nos vamos a mudar!

—¿Mudar a dónde? —pregunté, con el alma en los pies.

—Volvemos a Florida...

¿Florida?

—Porque mamá quiere estar cerca de su familia. Dice que tengo que hacer ya las maletas, porque vamos a alquilar una casa hasta que termine el divorcio. En mi cuarto hay un montón de cosas, y no sé qué llevarme. Eddie, ¿qué hago?

Me quedé sin palabras. Por una vez, no sabía qué decir. Solo podía pensar en lo mucho que me había gustado vivir cerca de mi hermana esos últimos años, mientras iba a la universidad y decidía qué clase de vida quería llevar en San Francisco. Y ahora, todo eso se acabaría. Valentina se llevaría a Alannah al otro lado del país y, si

mi padre no pedía la custodia compartida, tendría suerte si conseguía verla durante las vacaciones.

Alannah estaba llorando al otro lado del teléfono, y yo luché contra las lágrimas que querían brotar de mis ojos.

—Oye —empecé, tratando de encontrar el lado positivo—. Todo irá bien. La casa de alquiler podría estar en un sitio bonito... —¿Qué maldito lado positivo?—. Podría haber sitios interesantes que explorar.

—No quiero sitios interesantes —dijo ella, llorando más fuerte—. Me gustan los sitios de siempre, y me gusta mi cuarto. ¡No quiero irme!

—No creo que tu madre se te vaya a llevar antes del campeonato regional, ¿verdad? —Hasta ahora, se había clasificado lo bastante bien en el campeonato local como para pasar al siguiente nivel. Seguro que Valentina no le arrebataría esa oportunidad, teniendo en cuenta cuánto la presionaban con la gimnasia.

—Y si te clasificas bien en el regional, en noviembre es el campeonato del estado, ¿recuerdas? —continué—. Así que tendrás que quedarte aquí unos meses, Lana, y pasaremos un verano estupendo juntas.

—Todo se ha estropeado —dijo ella con voz ronca—. Tengo que ir a hacer la maleta.

—No te preocupes por eso esta noche. —Me sentía inútil—. Iré mañana y te ayudaré después del cole.

—Vale —respondió—. Adiós, Eddie.

—Te llamo luego.

Colgué, sintiéndome como una pila de basura humeante. *Mierda, joder*. Me pasé la mano por el pelo. Ni siquiera sabía cómo empezar a procesar todo aquello, más allá de dedicarle a mi padre un dedo corazón levantado. Cuando volví a la mesa de ping-pong, todo el

mundo me estaba mirando, lo que me llevó de vuelta a la realidad. Tenía ganas de salir corriendo, pero no sabía a dónde.

—Eso no ha sonado muy bien —dijo Leigh—. ¿Estás bien?

Forcé una sonrisa y me metí el teléfono en el bolsillo.

—Sí, por supuesto. Estoy bien. No paréis la fiesta por mí. —Señalé mi pala—. ¿Otra partida?

—Podemos hacer otra cosa —ofreció Leigh—. O, si quieres hablar...

—No, vamos —dije cuando Noah me entregó la pala—. Vamos allá.

Si era capaz de divertirme un poco, podría evitar repetir aquella conversación en mi cabeza una y otra vez, y podría controlar el dolor hasta más tarde.

¿Verdad?

¿Verdad?

—Creo que voy a pasar —dijo Noah—. Parece que se ha puesto a llover, y mi casa está a quince minutos andando de la parada del autobús. Será mejor que me vaya antes de que se ponga a diluviar.

—Sí, yo también —añadió Leigh, que miró a Noah—. Te puedo llevar a casa, si quieres.

—Genial, gracias.

Mierda. Recogimos nuestras cosas en silencio y Noah y Leigh se marcharon, mientras Max se quedaba atrás conmigo. Me dio un codazo cuando nos dirigíamos a la salida.

—No quería echaros a perder la noche —expliqué—. Lo siento.

—No lo has hecho —repuso Max de camino hacia el aparcamiento—. Lo hemos pasado bien. Y no es que intentara espiar ni nada, pero si te sirve de ayuda, los dos conocemos a alguien que sabe un montón sobre los jueces de divorcio del estado.

—Sí, tienes razón. —Estaba manteniendo mi sonrisa a duras penas —. Tengo que irme.

Max me sonrió con tristeza y se alejó bajo la lluvia. Yo me quedé junto a Beatrice un buen rato y, aunque la lluvia me empapó la camisa y me calé hasta los huesos, realmente no lo noté. No sentía nada, salvo una sensación de temor que se iba apoderando de mí y, si no encontraba la forma de huir de ella, acabaría por enterrarme.

Me limpié el agua de la cara, entré en el coche y pulsé el botón de encendido del motor, antes de agarrar el volante como si fuera la única cosa que me mantenía sujeta a la tierra. No sabía qué hacer. Si iba a casa con Cassie para quejarme de mi padre y Valentina, y de la horrible situación por la que estaban haciendo pasar a Alannah, se preocuparía por mí, pero la idea de ir a casa no me ofrecía el consuelo que buscaba. Podría ir a una discoteca y bailar hasta estar tan agotada que olvidara todos los problemas, pero no me apetecía lo más mínimo.

Las palabras de Max resonaron en mi mente: *Los dos conocemos a alguien...*

Maldita sea. Era una idea absurda.

Busqué la copia del contrato de trabajo que tenía en el teléfono y avancé hasta llegar a la página con el directorio de contacto. Amplié la imagen, buscando una dirección.

Una idea ridícula.

Una estupidez.

Introduje la dirección en el navegador y me puse en marcha bajo la lluvia.

CONNOR

—¿Cómo ha ido la reunión con el editor? —pregunté.

—Bien —respondió mi madre—. Les han gustado mucho los capítulos adicionales que he propuesto sobre el activismo femenino durante la época de la prohibición.

—Eso es genial —repuse.

Cuando mi madre estaba en Los Ángeles, solía hablar con ella por videollamada después de cenar. Había ido hasta allí para acompañar a X y ver a sus editores, pues habían aceptado su propuesta para publicar un libro sobre la época de la prohibición.

—Abuela, ¿has visto la foto que te ha enviado papá de mi vestido para la boda? —interrumpió Grace, acercándose a la pantalla del teléfono—. ¡La falda tiene flores rosas y moradas!

Ali había conseguido llevar por fin a Grace a comprar su vestido, aunque con mucho retraso.

—¡Sí la he visto! —sonrió mi madre—. Es precioso.

—Me gustaron dos —continuó Grace—, pero el otro picaba un poco, así que pasé de ese.

—¿Y cómo vas a llevar el pelo? —preguntó mamá.

Grace murmuró pensativa.

—No lo sé. Mamá no ha dicho nada.

Intenté contener una mueca. No me sorprendería que Ali olvidara incluir a Grace en las gestiones que estuviera haciendo para organizar la peluquería y el maquillaje. Mi madre, al parecer, estaba pensando lo mismo.

—Bueno, a mí me encantará peinarte para el gran día. ¿Tal vez podríamos hacerte un moño bonito?

—¡Genial! —sonrió mi hija—. Mejor tú que papá.

—¡Eh! —reí, haciendo nota mental para reservar una habitación de hotel para mi madre.

Ella no estaba invitada a la boda, pero el lugar de la celebración solo estaba a media hora en coche y era un sitio muy bonito para ir de visita, tanto si uno asistía a la boda como si no. Después de todos los viajes que hacía para visitar a X y sus editores, un viaje no relacionado con el trabajo le resultaría relajante.

—¿Cuándo vas a volver? —pregunté.

—Pronto —respondió mi madre—, o eso creo. Aunque... no estoy segura de cuánto tiempo estaré.

—¿Crees? ¿Qué quiere decir eso?

—Oh, ya sabes —dijo mi madre, que dejó la frase en el aire con una sonrisa misteriosa—. Deberías irte ya a la cama, jovencita.

Reconocí el cambio de tema, y pensé que debería interrogar a mi madre más tarde. Grace suspiró.

—Ya lo sé. Si no, no creceré. Te quiero mucho, abuela. ¡Saluda a X de mi parte!

Nos despedimos y Grace se puso en pie para dirigirse hacia la televisión. Yo la agarré de la espalda de la camiseta.

—Ya has oído a tu abuela. A la cama.

—¡Ay, papá! Vale. —Me cogió la mano e intentó hacerme levantar del sofá—. Ven a acostarme —pidió.

—No puedo. —Hice una mueca—. Estos viejos huesos no pueden levantarse.

—¡Papá! —Grace hizo un esfuerzo y tiró de mí con todas sus fuerzas—. ¡Aún no eres tan viejo!

Me eché a reír cuando los tirones hicieron que se deslizara por el suelo con sus calcetines.

—Vale, ya me levanto.

—Aunque me hace ilusión que te compres una de esas sillas de ruedas eléctricas —admitió—. Así podré subirme en ella.

Me eché a reír y la acompañé escaleras arriba.

—Ay, peque. Aún queda un poco para eso.

Ella me lanzó una sonrisa malévola que me recordó demasiado a su tío Finn. Mientras se cepillaba los dientes y se ponía el pijama, yo le preparé la cama.

—¿Crees que mamá pondrá una fuente de chocolate de esas en su boda? —preguntó al entrar en su habitación.

—No estoy seguro —dije—. ¿Se lo has preguntado?

—Sí, pero dijo que aún lo estaba pensando. —Se metió en la cama—. Pero ¿qué tiene que pensar? Es como una cascada de chocolate.

Sonreí, y sacudí la cabeza mientras la arropaba.

—No te pasarás mucho con los dulces ese día, ¿verdad?

Ella me miró como si tuviera tres cabezas.

—Venga ya, papá.

Antes de que pudiera responder, sonó el timbre de la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Grace, sentándose en la cama.

La empujé con cuidado para que volviera a tumbarse.

—No lo sé, pero mi trabajo es ir a ver quién es, y el tuyo es dormirte. No te levantes.

Ella se puso de lado y yo volví a arroparla, subiendo la manta hasta la barbilla como a ella le gustaba.

—Buenas noches. Te quiero.

—Yo te quiero más —respondió ella con un bostezo.

—Yo te quiero más y para siempre.

Le di un beso en la frente, salí de su cuarto y cerré la puerta, antes de bajar las escaleras.

Toc. Toc. Toc.

Fruncí el ceño. ¿Quién diablos se presentaría a esas horas en una casa, sin ser invitado?

Abrí la puerta y encontré a...

—¿Eddie?

Estaba en el porche de casa, con los brazos cruzados contra el pecho, y me miraba temblorosa y empapada. Beatrice, el nombre ridículo que le había puesto al coche de empresa, estaba aparcado al final del camino que llevaba a la casa.

—Hola —dijo—. Creía que, quizá, no habría nadie.

—Qué haces... esto, cómo has... —No terminé la frase.

¿Qué más daba por qué estuviera allí, o cómo había sabido dónde vivía? Lo único que importaba eran sus ojos brillantes, su mandíbula apretada y la forma en que se abrazaba a sí misma. Algo no iba bien.

Abrí la puerta del todo, tendí un brazo y la cogí de un codo para hacerla entrar en la casa. Ella me dejó atraerla hacia mí y se dejó caer entre mis brazos. Le sujeté la cara con una mano y la hice mirarme, mientras el corazón se me aceleraba.

—¿Qué ha pasado?

No se movía como si estuviera herida, pero yo no era un experto. ¿Debería llamar a emergencias?

Ella me miró parpadeando con rapidez, para contener las lágrimas en sus ojos.

—Los padres de Alannah se van a divorciar —dijo con voz ronca—. Me acabo de enterar.

El corazón se me encogió al notar el dolor en su voz.

—Eddie, yo...

—Valentina se va a mudar a un piso de alquiler hasta que termine el divorcio, y luego se llevará a Alannah a Florida.

—No puede sacarla del estado sin más —dije, frunciendo el ceño.

—Sí que puede, si mi padre no se lo impide —respondió Eddie con frialdad.

Intenté imaginar qué habría hecho si Ali hubiera intentado llevarse a Grace a otro estado. Habría removido el cielo y la tierra para seguir junto a ella.

—Si Valentina se la lleva —continuó Eddie con voz temblorosa—. Apenas volveré a verla.

Soltó una carcajada amarga y se pasó las manos por el pelo mojado.

—Dios, ¡cómo odio los divorcios! No es nada personal.

—No lo pensaba —respondí.

A mí tampoco me gustaba. Un divorcio era muy duro para todos los implicados, incluso aunque resultara ser la mejor decisión, después de todo. Nadie salía de uno sin heridas de guerra.

Eddie dejó caer las manos a los costados y soltó un gemido.

—Querría creer que mi padre ha aprendido la lección. Qué se supone que debo hacer ahora, ¿prepararme para la esposa número tres? ¿Para el segundo medio hermano? ¿Es así como van a ser las cosas el resto de nuestras vidas? ¿Va a seguir pasando de cada familia y empezando con una nueva desde el principio, hasta que vuelva a cagarla, porque aceptar responsabilidades y ser un padre decente supone demasiado esfuerzo?

Yo la acerqué a mí de nuevo, y ella tembló en mis brazos.

—Todo irá bien.

—No lo sé —murmuró contra mi pecho y, cuando se apartó, sus ojos verdes estaban entrecerrados—. Lo siento mucho. Ni siquiera sé qué hago aquí. No debería haber venido. —Intentó apartarse, pero la sujeté más fuerte—. No quería soltarte todo esto.

—No pasa nada.

Prefería tenerla allí conmigo, donde podía asegurarme de que estaba a salvo, que conduciendo por ahí en la oscuridad, bajo la lluvia, tan triste y distraída. Empecé a pensar en cómo podría ayudarla. ¿Con dinero?

No, su padre debía de tener suficiente. Conocía a un buen abogado de divorcios, pero si su padre no estaba dispuesto a pedir la custodia, tampoco serviría de nada; y con eso me refería a que no le serviría de nada a *Eddie*, que era la única que parecía dispuesta a luchar por mantener a Alannah cerca. Eddie volvió a estremecerse de frío, y solo entonces capté a qué temperatura estaba su piel.

—Estás temblando.

—Porque tu casa está helada —dijo ella, que empezó a tiritar—. ¿Cómo has programado el aire acondicionado, en modo super ultra frío?

—Eso es porque estás mojada —expliqué.

En ese momento, más que el dinero o los abogados de divorcio, lo que necesitaba era secarse y entrar en calor.

—Vamos. —La conduje por el pasillo hasta el baño—. ¿Por qué no te das una ducha para calentarte? Buscaré algo de ropa para ti y meteremos la tuya en la secadora.

—Gracias —respondió Eddie.

Abrí la puerta del baño y puse la ducha en marcha, con el agua lo más caliente posible.

—Aquí tienes gel y champú de todas clases —expliqué—. Este es el baño que usa mi madre cuando se queda aquí, así que todo debería ser lo bastante... femenino.

Eddie me dedicó una sonrisa débil.

—Y tienes toallas aquí, debajo del lavabo. —Señalé el lugar correspondiente—. Grace dice que las blancas son las más suaves, y...

—Gracias —contestó Eddie con un hilo de voz.

Me cogió la mano. Aunque su piel seguía helada, el contacto me provocó una oleada de calor. Ella parpadeó y se frotó los ojos, para secar unas lágrimas que caían por sus mejillas.

—No quería molestarte. Esto ha sido una tontería, siento mucho haber venido —dijo.

—Me alegro de que lo hayas hecho. —Las palabras se me escaparon antes de que pudiera detenerlas.

Ella me miró, con ojos que habían pasado del dolor a algo más, algo que se parecía al deseo. A pesar de mis buenas intenciones, me perdí en aquellos ojos verdes. La atracción era magnética, y una de mis manos cayó sobre su cadera. Con la otra, le rodeé una mejilla y, a continuación, me incliné sobre ella, haciendo desaparecer la distancia para tomarla en un beso embriagador.

Al principio, sus labios me parecieron tan fríos como el resto de su cuerpo, pero se fueron calentando poco a poco, a medida que nuestras bocas se movían juntas, una y otra vez. Ella inclinó la cabeza y yo le mordisqueé el labio inferior. Cuando ella abrió los suyos, introduje mi lengua en su boca para explorar cada milímetro de la suya y sentir la suavidad de su lengua. Cuando me aparté, Eddie soltó un gruñido de protesta.

—No pares —pidió con voz ronca.

Yo me aclaré la garganta.

—Deberías quitarte esa ropa.

—De acuerdo. —Al momento, se desabrochó el botón de los vaqueros.

—¿Qué estás haciendo? —Abrí mucho los ojos.

—Quitarme la ropa.

—No me refería a que lo hicieras ya.

El baño se había llenado de vapor y mi polla dio un salto dentro de los pantalones. Aunque debían haberse desatado las alarmas en mi cabeza, no podía oír ninguna.

—Ah, ¿no? —preguntó, con una sonrisa maliciosa.

A la mierda. Pues claro que sí. Me lancé sobre ella y me apoderé de su boca con otro beso, esta vez mucho menos suave, lleno de todo el deseo desesperado que había estado acumulando desde que había conocido a aquella frustrante mujer y su maldita salsa picante.

Eddie gimió en mi boca, y el sonido envió toda mi sangre entre mis piernas. Deslicé las manos bajo su camiseta y la levanté por encima de su cabeza. La besé en todos los lugares que estaban a mi alcance, ansioso por explorar toda la piel recién expuesta. Aquel cuello esbelto, su clavícula, el hueco en la base de su garganta... Todos los lugares con los que había estado soñando desde aquella noche en la discoteca.

—¿Y Grace? —susurró ella, mientras yo rozaba su garganta con los dientes.

—Arriba, dormida.

Eddie jadeó cuando lamí el punto donde latía su pulso.

—Oh, Dios —murmuró—. Mmm, Connor...

Sí, exclamó algo en mi interior. *Grita mi nombre*.

Eddie se apretó contra mí y yo le sujeté el culo para frotar mi erección contra su cuerpo.

—Te quiero desnuda —gruñí—. Ahora mismo.

Ella se quitó el resto de la ropa mientras yo me bajaba los pantalones. Le abrí el cierre del sujetador y observé ansioso cómo caía. Era preciosa, gloriosa, y la atraje hacia mí para devorar esa sonrisa arrogante con un beso que la hizo gemir. Le acaricié un pezón con el pulgar hasta que se puso duro, y ella deslizó la mano entre nuestros cuerpos, para agarrar mi polla y darle unos cuantos tirones. Tragó con dificultad y me miró con labios entreabiertos, mientras me sujetaba en su mano.

—¿Qué pasa?

—Nada, es que... —Levantó una comisura de la boca—. Eres grande.

Solté un resoplido.

—¿No es eso lo que cualquier hombre querría oír? —preguntó, soltándose.

Sin contestar, metí la mano en el hueco entre sus piernas y apreté la palma contra su clítoris. Eddie dio un respingo y buscó más presión, mientras rodeaba mi cuello con sus manos. Dejó caer la cabeza hacia atrás y gimió.

—*Ese es el sonido que quiere oír cualquier hombre* —murmuré en su oído.

Cambié mi mano de posición y presioné un dedo contra su entrada. Ella asintió antes de que yo pudiera hacerle la pregunta, y me hundí en su calidez y comencé a mover el dedo rítmicamente, frotándole el clítoris con la base de mi pulgar. Ella comenzó a respirar más rápido, sacudiéndose contra mí en busca de más placer, con los dedos clavados en mis hombros.

—Sí, sí, isí! —exclamó, justo antes de estremecerse en mis brazos.

La sujeté mientras se dejaba llevar por las oleadas de su orgasmo, a punto de perder el control yo mismo. Quería follarla hasta que perdiera el sentido, hundirme en su cuerpo. La deseaba, hasta el último, maravilloso y frustrante milímetro de su ser.

Extendí una mano y rebusqué en un cajón.

—Vuelve aquí. ¿Qué estás buscando? —protestó, mientras se apretaba contra mí.

—Un maldito condón.

Abrí otro cajón. Había dejado allí una caja de condones cuando X empezó a quedarse a dormir en casa, para fastidiarle, más que nada. Por el amor de Dios, cómo esperaba que no los hubieran tirado. ¡Sí! Encontré la caja, que estaba abierta, y me puse uno mientras Eddie se apretaba contra mí y emitía unos pequeños gemidos ansiosos.

—Voy a enterrarme hasta el fondo —dije antes de besarla.

Ella asintió, sin dejar de emitir aquellos sonidos ansiosos.

—Date la vuelta.

Ella lo hizo, apoyó las manos sobre la encimera y sacó el culo en mi dirección. Yo la rocé con mi polla.

—¿Lista?

—¡Fóllame de una vez!

Me hundí en ella de un empujón.

—¡Sí! —gimió Eddie—. Dios. Joder, sí. Me encanta, Connor. Es... *Mmm.*

Sí, eso mismo pensaba yo.

Me moví dentro de ella, hasta encontrar un ritmo regular, intenso. Buscaba mi propio orgasmo, pero eso era menos importante que la necesidad de hacerle emitir más de esos gemidos deliciosos. No sabía si era a causa del vapor de la ducha, o de la intensidad con la que mi corazón bombeaba la sangre, pero mi frente empezó a cubrirse de sudor mientras empujaba dentro de ella.

Limpié la humedad del espejo con una mano, para poder ver cómo se movían sus pechos y la forma en que su boca abierta revelaba su placer. Ella cerró los ojos con fuerza cuando empezó a estremecerse por el segundo orgasmo. Sus espasmos me hicieron correrme con un último empujón, con el que me hundí tan adentro como pude.

Eddie se apoyó en la encimera y yo me incliné sobre ella para recuperar el aliento.

—La leche —murmuró.

—Y tanto.

—¿No tendrás una cama por aquí? —preguntó, antes incluso de que hubiera vuelto en mí del todo.

Joder, sí.

—Hay una habitación de invitados un poco más allá —murmuré con los labios apoyados en su espalda.

—¿La que usa tu madre? —preguntó con una mueca.

—Otra distinta. Creo que la cama no se ha utilizado nunca.

Salí de ella, me encargué del condón y cerré el grifo de la ducha. Cuando me volví a acercar a Eddie, se lanzó a mis brazos y, cuando me rodeó el cuerpo con las piernas, noté un escalofrío de placer.

La rodeé con mis brazos y ella se echó a reír, y se agarró fuerte a mí cuando abrí la puerta del baño de un tirón.

—¿A dónde me lleva, marqués de LockMill?

Le dediqué una sonrisa malévola.

—A estrenar un colchón.

EDDIE

—Si estás tratando de ser sigiloso —gruñí, observando con un ojo abierto cómo se subía los pantalones con una sacudida de caderas—, no estoy segura de que te vayan a admitir en la academia de espías.

—No quería despertarte —respondió, y me dirigió una sonrisa desde el otro lado de la cama.

—Me alegro de que lo hayas hecho —respondí, subiendo y bajando las cejas—. Por favor, vuelve a mover las caderas como antes, ahora que tengo los dos ojos abiertos.

Él sonrió y se abrochó los pantalones. Cogió su camisa del suelo, donde nuestra ropa había terminado la noche anterior, pero no se la puso todavía. Decidí que mi misión era impedir que se la llegara a poner. Me puse boca arriba y empecé a bajar la sábana por mi cuerpo, lentamente.

—¿A dónde crees que vas?

Los ojos de Connor recorrieron mi piel. Yo seguí tirando de la sábana, hasta dejar al aire un pezón erguido.

—Tengo algunas cosas que hablar contigo —dije.

Connor apretó los dientes y su pecho, musculoso y con un poco de pelo oscuro, subió y bajó de un modo muy atractivo.

—No me tienes —gruñó.

—Ah, ¿esto? —pregunté, y bajé la sábana un poco más—, solo me estoy estirando.

Él soltó la camisa, se subió a la cama y se situó sobre mí.

—Grace se levantará pronto. —Se inclinó para besarme—. Y no puedo... Tenemos que ser discretos.

—Niños —dije, sonriendo bajo el beso—. Lo pillo.

—Si se da cuenta de que no estoy en mi cama...

Me eché a reír.

—Es como si Grace fuera la madre, y nosotros, los adolescentes que se esconden.

—A mí me echaría un sermón, desde luego —dijo él.

Metió la mano debajo de la sábana, llegó a mi muslo, y la anticipación me hizo dar un respingo. El pulso volvió a latirme entre las piernas al recordar la noche anterior.

—¿Y por qué iba a echarte un sermón? —pregunté, provocativa.

—Puede que por hacer algo así —respondió, introduciendo los dedos en la humedad entre mis piernas.

Aparté las piernas e inhalé una respiración temblorosa.

—No es un comportamiento ejemplar, desde luego —confirmé.

—Y esto.

Se metió uno de mis pezones en la boca y succionó hasta que se puso duro como una piedra contra su lengua.

—Mmm —murmuré—. ¿Y qué más?

—Esto.

Bajó por mi cuerpo, hasta situar su boca de modo que pudiera separar mis pliegues con la lengua y lamer mi clítoris. Casi me ahogué al dar otro respingo, mientras mi cuerpo se tensaba de placer. Dios, qué bueno era, qué bien se le daba llevarme al cielo. No quería que parase nunca. Él me lamió y acarició hasta provocarme otro orgasmo y hacer que me sacudiera contra su boca mientras el placer borraba cualquier pensamiento coherente de mi mente.

Cuando volví en mí, él se sentó en la cama, pero le cogí del brazo para detenerlo.

—¿Y qué hay de ti?

—Yo estoy bien —respondió con una sonrisa débil—. Pero tengo que irme ya. Grace va a pedir el desayuno en cualquier momento. Tengo que ocuparme de ella.

—Lo entiendo. —No me sorprendía que quisiera proteger a Grace de lo que fuera que estábamos haciendo—. Solo quería devolverte el favor.

—No ha sido un favor —gruñó él—. Era una muestra. Para la próxima vez.

El corazón me latió con fuerza en el pecho.

—Ahora, vístete —ordenó, con voz aún grave.

Sonreí y me giré para mirarlo mientras él se vestía.

—¿Te estoy tentando así?

—Siempre me estás tentando —respondió, mirándome con aquellos ojos oscuros—. Pero desnuda, eres simplemente irresistible.

El mundo empezó a desaparecer cuando escuché sus palabras.

—¿Solo es Grace lo que te preocupa? —pregunté.

—Y la política de relaciones de la empresa —admitió.

Fruncí el ceño.

—No puedo cambiarla en mi propio beneficio —dijo, antes de inclinarse para besarme—, y, además, acabo de establecerla. Por eso tenemos que ser...

—Discretos —terminé por él.

En mi cabeza empezaron a sonar alarmas. Entre Grace y la política, ¿dónde podríamos vernos? Ni en el trabajo, ni en su casa. Y esos eran los dos lugares en los que él pasaba la mayor parte de su tiempo. Solo podríamos buscar algún momento robado, y yo sería su oscuro secreto. Aunque, con la forma en que me estaba mirando en ese momento, me estaba costando mucho considerarlo un problema. Teníamos que proteger nuestros trabajos, y también a Grace. Todo eso, lo entendía. Si quería que siguiera mirándome de aquel modo, como si me viera *de verdad*, tenía que seguir el juego.

—De acuerdo. —Forcé una sonrisa—. Ser el secreto de alguien es un poco excitante.

Connor resopló.

—Tú eres excitante. Y punto.

—Hmm, solo dices eso para tener suerte luego.

En el piso superior se abrió una puerta, y Connor se apartó de la cama al momento.

—Esa es Grace.

Escuchamos sus pasos por el techo y, a continuación, el sonido de un grifo abierto.

—Se está lavando los dientes —dijo Connor, mientras se enderezaba la ropa.

—Qué responsable es. —Algo me golpeó la cara: mis pantalones.

—Vístete —repitió, apremiándome.

—¿Dónde está mi ropa interior? —pregunté.

Salí de la cama y me puse la ropa, que aún estaba húmeda.

—Ni idea, pero no hay tiempo de buscarla —insistió Connor, que se había puesto a hacer la cama a toda prisa.

Me pasé la mano por el pelo, tratando de deshacer los nudos, y nos dirigimos a la puerta antes de que nos pillara Grace.

—¿Papá? —llamó.

—Te estoy preparando el desayuno —respondió Connor.

—¿Te encargas tú? —susurré.

—Sí, ¿por qué?

—Daba por hecho que tendrías un cocinero personal, o algo así.

—No tiene mucho sentido cuando lo más exótico que quiere Grace es un poco de ketchup. Además, no me importa cocinar.

—¿Puedes hacerme tortitas? —dijo Grace desde la escalera, a medida que se acercaba.

—¡Claro!

Connor agarró el pomo de la puerta y la abrió de un tirón.

—¿Eddie?

—*Mierda* —murmuró Connor entre dientes.

Me di la vuelta y miré por encima del hombro de Connor.

—¡Hola, Grace!

—¿Qué haces aquí tan temprano? —preguntó.

—Oh, ha venido a darme unas cosas para *Shadow* —explicó Connor —, y estaba a punto de...

—¡Tu padre me acaba invitar a desayunar! —interrumpí, y noté cómo Connor se ponía tenso junto a mí—. Tortitas, ¿verdad?

—¡Genial! —exclamó Grace, que se apresuró a bajar el resto de las escaleras—. Nunca viene nadie a desayunar.

—La abuela viene todo el tiempo —respondió Connor, con el ceño fruncido.

—Ella es de la *familia*, no cuenta —explicó Grace.

—Los calcetines —le recordó Connor.

Grace soltó un bufido y volvió a subir corriendo las escaleras para ponérselos. Connor me miró con severidad cuando desapareció.

—Eso no ha estado bien.

—No tiene ni idea —le tranquilicé, con los ojos puestos en el techo —, así que relájate o lo echarás todo a perder. Además, esto nos servirá de práctica para la oficina. ¿O es que crees que vamos a poder evitarnos durante todo el día? —Él se limitó a gruñir y mirarme enfurecido—. ¿Grace? —llamé—. ¿Te gustan más las pepitas de chocolate o los arándanos?

Grace volvió a aparecer en lo alto de la escalera.

—¿Qué? ¿Puedo pedir pepitas de chocolate? ¡Papá nunca me deja ponérselas a las tortitas!

Corrió por las escaleras hasta llegar a mi lado, y yo le pasé un brazo por el hombro.

—Peque, te voy a mostrar un mundo nuevo de sabores.



—Admítelo —dije a Connor desde el otro lado de la enorme mesa del comedor—. Están mucho más buenas con chocolate que sin nada.

Connor se metió media tortita en la boca.

—Lo siento, tengo la boca llena —murmuró.

—Está claro que le gustan —dijo Grace, mientras pinchaba con el tenedor otra tortita de la bandeja para servírsela—. Nunca desayuna mucho.

Sonreí, con la sensación de que estaba recibiendo información confidencial.

—Ah, ¿sí?

Como era de esperar, Connor se había dedicado a mirar por encima de mi hombro mientras Grace y yo preparábamos las tortitas, provistas de una jarra para verter la masa y una bolsa de pepitas de chocolate. Había estado en alerta, listo para echarme de la cocina como si fuera una granada a punto de estallar, ante la menor señal de que fuera a liarla. Pero cuando vio que no entraba en combustión espontánea ni le contaba a Grace que me había acostado con él, se tranquilizó y, antes de que pudiera darme cuenta, había puesto música en Spotify y estábamos bailando alrededor de la isla de la cocina. Puede que Connor hubiera estado nervioso al principio, pero a mí, aquella mañana me estaba resultando tan sencilla como estar con Alannah. Aquella idea me hizo sentir algo cálido y tembloroso en el estómago. Alannah era mi familia, mientras que Connor y Grace eran... Bueno, fueran lo que fueran, era agradable estar con ellos.

—Vale, ahí va una —dijo Grace—. Si pudieras ser un unicornio de cualquier color, ¿de qué color serías?

—¿Puedo elegir arcoíris? —pregunté, chupando chocolate de mi tenedor.

Grace arrugó la nariz, mientras lo pensaba con detenimiento.

—No —decidió por fin.

—Entonces, turquesa brillante. Como esas fotos del océano de los folletos que anuncian vacaciones en la playa. Esa mezcla perfecta de verde y azul.

Grace asintió satisfecha.

—Podrías teñirte el pelo de ese color.

Yo cogí uno de los mechones de mi pelo, cuyo color azul ya se había desvanecido.

—Tienes toda la razón, necesito actualizarme.

—Papá, ¿cuándo podré teñirme el pelo? —preguntó Grace.

Miré a Connor, sentado al otro lado de la mesa comiendo su tortita con aire pensativo.

—¿Te refieres a tinte temporal o permanente?

Solté un murmullo sorprendido, encantada de que no se hubiera negado de inmediato. Grace frunció los labios mientras sopesaba la pregunta.

—No lo sé. ¿Tú qué opinas, Eddie?

—Será mejor que empieces con uno temporal y veas qué opinas de cada color.

—¿Qué quieres decir?

—Los colores distintos te pueden hacer sentir cosas distintas —expliqué—. A mí, el azul me hace sentir atrevida. El rosa es para la diversión.

—¿No dicen que las rubias se divierten más? —preguntó Connor, tratando de contener una sonrisa mientras se metía otro trozo de tortita en la boca.

—No lo sé —respondí—. Lo mío son los colores brillantes.

—Bueno, eso sí puedo confirmarlo yo —dijo él, riendo—. Lo fui durante un momento muy breve. Un verano.

Lo señalé con mi tenedor.

—Connor Lockhart, ¿rubio? Explícate.

—Bueno —empezó él con una sonrisa—. Debe de haber alguna foto de mi época de instituto en la que llevo las puntas color platino.

—Vaya, vaya, vaya —dije, sin poder contener otra sonrisa—. Qué de cosas estoy aprendiendo hoy.

—¿Qué fotos? —exigió Grace, sorprendida por la información—. Yo no las he visto.

—Eso es porque están escondidas —rio Connor, que se pasó una mano por la cara mientras recordaba todo aquello—. Tenía un aspecto horrible.

—No creo que eso sea posible —murmuré.

—Lo digo en serio. A mis hermanos y a mí se nos metió en la cabeza que debíamos teñirnos para parecer más interesantes, pero no teníamos dinero para ir a un profesional. Finn había oído que se podía usar zumo de limón y la luz del sol para aclararse el pelo, así que nos pasamos una semana frotándonos limones en la cabeza y jugando al fútbol en el patio trasero.

Grace y yo nos echamos a reír, y la miré a los ojos.

—Vale, nuestra nueva misión es encontrar esas fotos —propuse.

—Se lo voy a preguntar a la abuela.

—Aún es peor —interrumpió Connor—. Porque lo que no sabíamos es que el ácido cítrico daña el pelo, y lo deja quebradizo.

—Oh no —respondí, porque me imaginaba a dónde iba aquella historia: directa a la afeitadora—. ¿Es lo que imagino?

Connor asintió y yo hice una mueca.

—Los tres nos tuvimos que rapar la cabeza —explicó, riendo un poco al recordarlo—. Liam se quedó hecho polvo, porque llevaba todo el año tratando de llamar la atención de una chica, y había creído que lo conseguiría con las puntas teñidas.

Resistí el impulso de soltar una carcajada.

—Pobre Liam.

—Se negó a salir de su cuarto durante todo un fin de semana. Mientras tanto, Finn iba por ahí con una cámara digital, para grabar cada minuto de la experiencia.

—Me vas a tener que enseñar esas fotos.

Connor resopló y sacudió la cabeza.

—Con un poco de suerte, Liam las habrá borrado todas.

—Y esto es lo que se llama un cuento con moraleja —dije, mirando a Grace—. Tú solo promete no utilizar zumo de limón en el pelo.

Ella se puso una mano en el corazón.

—Muy bien —dijo Connor mientras Grace se terminaba la última tortita—. Hoy tienes clase de arte. ¿Por qué no metes tu plato en el lavavajillas y vas a por tus cosas, antes de contratar a Eddie como asesora?

Yo resoplé, pero Grace asintió.

—Vale. Ya nos veremos, Eddie. Gracias por quedarte a desayunar.

—Gracias por ser un pinche estupendo. Que te diviertas en la clase de arte.

—Te acompaño —dijo Connor, que me dedicó una sonrisa cálida cuando Grace se dirigió a las escaleras.

—¿Ves? —dije, dándole un golpecito en el hombro—. Todo ha ido bien. Creo que, cuando te he mirado con atención, me ha parecido que te lo estabas pasando bien.

—No pienso admitir nada —dijo él.

Cuando llegamos a la puerta, se detuvo, se metió una mano en el bolsillo y sacó una tarjeta.

—Toma. La he cogido mientras estabais cocinando.

—¿Qué es? —pregunté.

—Los datos de mi abogado. Dásela a tu padre. Es el mejor en divorcios, y se asegurará de que Alannah no desaparezca de la vida de tu padre. Ni de la tuya.

Mi pecho no era lo bastante grande como para albergar la emoción que se apoderó de mí, y me lo froté para aliviar la sensación.

—Gracias —respondí con sinceridad, y me puse de puntillas para darle un beso casto en la mejilla—. Lo digo en serio. Gracias por todo. Por abrirme la puerta anoche, y por los orgasmos, y las tortitas, y... por todo.

Connor me sujetó antes de que pudiera separarme de él, y me volvió la cara para unir sus labios a los míos en un beso breve, pero intenso.

—De nada —susurró.

Al escuchar unos pasos que se acercaban, me separé de él.

—Busca mi ropa interior —murmuré, antes de dirigirme a la puerta—. La necesitaré. Y voy a gastarme todos mis ahorros en un vestuario para el señor Quesitos.

—Te compraré ropa interior nueva.

—No te quedará dinero —bromeé—. A ti te toca comprarle el ático.

EDDIE

—**T**rabajas demasiado —observó Max al pasar junto a mi cubículo de camino a la salida. Él y yo éramos los últimos que quedaban en la oficina—. Deberías haberte marchado hace tiempo.

—He perdido mucho tiempo viendo a los animadores trabajar con el señor Quesitos —contesté, sin dejar de teclear a toda prisa.

La mascota era tan graciosa como adorable. El ático, al que Connor había creído que me refería en broma, ahora ocupaba un tercio de la sala de descanso y, los animadores estaban aprovechando la pasión de nuestra rata por las golosinas recubiertas de yogur para obligarla a trepar por toda la jaula y estudiar así sus movimientos.

—Además, Connor me ha pedido que termine de preparar las misiones secundarias y las narrativas adicionales para el Protocolo de Juni, antes de la prueba de este fin de semana —añadí.

Lo cierto era que me lo había pedido hacía unos días, pero había estado muy distraída desde entonces, concretamente por culpa del sexo con Connor, lo encantador que resultaba el señor Quesitos con sus nuevos jerséis, y más sexo con Connor. Claro, que eso no se lo podía explicar a Max.

—Debería ser ilegal quedarse hasta tarde en verano —dijo Max—. Deberíamos tener un día a la semana de jornada intensiva.

—¿Jornada intensiva? ¿Y por qué no una semana de cuatro días? —bromeé.

—¡Eso estaría mejor! —Me dedicó una sonrisa—. Dile a Cassie que me llame si algún día le apetece ir a bailar.

Yo resoplé y levanté la vista de mi teclado.

—Si lo que quieres es que te busque pareja, basta con que lo pidas.

—Oye, que me las apaño bien solo. —Inclinó la cabeza—. Pero ¿no os apetecería ir al Garden esta noche? Creo que podría convencer a unos cuantos para que vuelvan, y así organizamos otro torneo de ping-pong.

Dios, eso sonaba muy bien, y me costó mucho resistirme; pero sabía que, si aceptaba ir, no acabaría el trabajo aquella noche. Además, tenía otra distracción muy apetecible esperándome al otro lado de la oficina. Mis ojos se volvieron a la puerta del despacho de Connor.

—Ya se lo he propuesto al jefe —aclaró Max—, y me ha dicho que dejara de interrumpirle.

—¿Y eso te sorprende? —pregunté con una media sonrisa.

—Hmmm, bueno, lo ha dicho de una forma menos despectiva de lo habitual, así que creo que, por fin, está empezando a abrirse a la idea de relajarse un poco y disfrutar de la vida.

Me mordí un labio. O, tal vez, mis lecciones de diversión estaban dando fruto, de una vez.

—Esta noche no puedo, ¿lo dejamos para otro día?

—Claro —aceptó Max—. Nos vemos mañana.

—Vale. Adiós.

Max se alejó y, al poco, escuché la campanada del ascensor al llegar. La oficina se había quedado en silencio, y volví a sumergirme en el mundo de los alienígenas y las múltiples misiones secundarias del señor Quesitos. Mi teléfono vibró al cabo de un rato y, al mirarlo, vi que Cassie me había respondido. Estaba fuera de la ciudad, buscando cojines de sofá morados.

¿Has sabido algo desde que le diste la tarjeta del abogado?

Creo que no se habrá molestado en mirarla, respondí, añadiendo el emoticono enfadado.

Vaya... Eso no promete.

Lo último que me dijo es que no le interesaba discutir con Valentina por la custodia compartida de Alannah.

Ay, ¡NO!

El juez le va a dar la custodia a Valentina directamente por ser la madre. Así era como solían ir las cosas en lo relacionado con la custodia de niños.

Cassie envió una carita con una lágrima rodando por su mejilla.

Pobrecilla.

Mi padre dice que es mejor para Lana no tener que ir de un sitio a otro. Y, bueno, yo lo entiendo, escribí. Yo odiaba tener que ir cada semana de una casa a otra con mis padres. Y eso que vivían en la misma ciudad, así que ni siquiera tenía que coger un avión, ni cambiar de colegio ni nada de eso. En cierto modo, Alannah puede estar mejor viviendo con su madre a tiempo completo. Era posible que le fuera mejor en una situación estable.

Pero no creo que sea eso lo que ella quiere, añadí.

Parece que es lo bastante mayor como para dar su opinión, sobre todo si supone alejarse de todo lo que conoce.

Exacto. Si permito que mi padre tire la toalla, es como si la estuviera abandonando.

Ay, no, E. Tú te has ocupado de Alannah más que nadie.

Suspiré, con la sensación de tener una opresión en el pecho. Lo último que quería era meterme en los problemas de divorcio de mi padre y Valentina, pero tampoco quería perder a mi hermana. No quería ser una de esas hermanas a las que solo se ve un par de veces al año, ni ver a Alannah crecer a través de las redes sociales.

Todo es una mierda.

Cassie me envió el emoticono del abrazo, porque no había nada más que decir. Nadie podía decir *nada* que pudiera arreglar las cosas.

Di la vuelta al teléfono, abrumada por la melancolía y sintiendo que necesitaba una distracción. Asomé la cabeza por encima de la pared de mi cubículo para confirmar que no quedaba nadie, bloqueé mi ordenador, me ajusté la blusa y, después de quitarme el pasador del pelo, me dirigí al despacho de Connor. Lo único que me hacía falta para completar mi aspecto era un par de gafas sexis, pero, a veces, una tenía que apañarse.

—Pasa —respondió Connor cuando llamé a su puerta.

—Hola, señor Lockhart —dije, en mi voz más seductora.

Él levantó la vista del ordenador mientras yo cerraba la puerta, y parpadeó un par de veces. Tal vez eran mis labios fruncidos de forma sugerente, o el enorme escote que llevaba, pero tragó saliva con dificultad, sin poder apartar la vista de mí. La excitación me provocó un escalofrío.

—He venido a asegurarme de que no necesita nada antes de marcharme —añadí.

Connor se apartó de su mesa y yo me acerqué a él andando de forma provocativa y me senté en el borde de su mesa, con el pecho prácticamente en su cara.

Él se humedeció los labios como si fuera a devorarme. Dios, cómo lo deseaba.

—¿Vamos a hacer esto ahora? —preguntó por fin, apartando con esfuerzo los ojos de mi pecho para alzarlos a los míos.

—No sé a qué se refiere —respondí con toda mi inocencia, mientras apoyaba la punta de uno de mis zapatos negros de tacón en el borde de la silla, entre sus piernas.

Él puso sus manos en mi pantorrilla y la masajeó con suavidad.

—A lo de la secretaria sexi —respondió él—. Solo te faltan las gafas.

Maldita sea.

—Sabía que eso iba a estropearlo todo. Bueno, me alegro de hablar contigo. Se acabó la seducción.

Me puse en pie de un salto, pero Connor me agarró por la cintura con rapidez, me hizo girar hacia él y me acercó a su cuerpo.

—No he dicho que no funcionara —murmuró con voz grave, deslizándose las manos por mis caderas.

Cuando me dedicaba toda su atención, en momentos de calma como aquel, los dos solos, me resultaba embriagador. Cada vez que me tocaba, no podía evitar pensar en lo distinto que era de los hombres con los que había salido antes. La experiencia era importante.

Connor era un hombre seguro de sí mismo, atento y decisivo de la mejor manera, por no hablar de que solo hacía falta una mirada suya para derretirme por dentro.

—Puedo dejarlo ya si quieres...

Me dejé caer en su regazo sin permitirle terminar, rodeé su cuello con los brazos y le mordí el labio inferior.

—¡Eddie! —exclamó Connor alarmado, antes de apartar la cara de un tirón.

—No queda nadie —susurré, mientras me frotaba contra él para enfatizar—. La oficina está vacía, solo estamos nosotros.

—No deberíamos...

—Dime que no has fantaseado con hacerlo sobre esta mesa —le provoqué, moviendo las caderas contra el bulto que las presionaba—. O que no te has imaginado cómo digo tu nombre mientras tiramos todos estos papeles al suelo.

Tendí un brazo hacia atrás y barrí una carpeta de la mesa, mientras lo miraba provocativamente. Connor se lanzó sobre mí y, al momento, sus labios estaban por todas partes: en mi boca, mi mandíbula, mi cuello, arrancándome un gemido desesperado. Bajó la cabeza y, con un tirón a mi blusa, aplicó la boca a la parte superior de mis pechos. Me apresuré a desabrocharme y me la quité con rapidez. Connor me puso una mano en la espalda para llegar al cierre de mi sujetador y, entonces...

iBam!

Él se detuvo al momento.

—No pares —gemí.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó, agarrándome los brazos con dedos tensos.

—¿El qué? Nada. —Bajé la mano a la hebilla de su cinturón.

iPum! iBam!

—Has dicho que la oficina estaba vacía —siseó, y me sujetó antes de que pudiera caer desde su regazo al suelo.

—Es que... —Abrí mucho los ojos—. ¿Quién está...? Oh, ¿los de la limpieza?

Connor soltó un juramento entre dientes.

—¡También limpian mi despacho!

—*Mierda.*

Nos apresuramos a vestirnos antes de que se acercaran a las paredes de cristal, escuchando cómo los chirridos de las ruedas del carrito de la limpieza sonaban cada vez más cerca. El sujetador me colgaba de los brazos, mientras intentaba recoger mi blusa del suelo y encontrar la forma de ponérmela.

—No hay tiempo —exclamó Connor entre dientes, y me empujó hacia el armario de los abrigos.

Nos metimos dentro y él cerró la puerta detrás de nosotros con un sonido suave, justo antes de que viéramos un rayo de luz filtrarse por debajo. El corazón me martilleaba en el pecho, y el frío envió un escalofrío por mi piel desnuda. Estaba nerviosa y alerta... pero también más excitada de lo que lo había estado en mi vida.

—No hagas ruido, deberían irse en...

Connor se interrumpió cuando escuchó abrirse la puerta de su despacho. Contuve la respiración, pero la idea de que nos pillaran me había disparado la adrenalina. Dejé caer mi sujetador y me apreté contra Connor, desesperada por sentir cualquier clase de contacto.

—¿Qué estás haciendo? —me susurró al oído.

—Tócame —supliqué.

—*Eddie.*

Desabroché el primer botón de mis pantalones.

—Si no lo haces tú, lo haré yo.

Me sujetó la mano antes de que pudiera meterla en mis bragas, y la reemplazó con la suya. El ruido que hacía el limpiador se desvaneció cuando los dedos de Connor se deslizaron entre mis pliegues húmedos y empezó a moverlos despacio, en círculos, alrededor de mi clítoris. Contuve un respingo a medida que la tensión empezaba a

extenderse por mi cuerpo, hasta que exploté en una oleada de placer. Connor me tapó la boca con la mano cuando empecé a estremecerme contra él, con las piernas convertidas en gelatina. Me dejé caer en sus brazos, jadeando lo más silenciosamente que pude.

En cuanto se escuchó el sonido de la papelería al dejarla en el suelo y la puerta que se cerraba, me dejé caer de rodillas y bajé la cremallera de los pantalones de Connor para rodear su erección con la mano. Su polla estaba erguida, y también húmeda. Le di un beso en la punta antes de meterme toda su longitud en la boca.

—Eddie —gruñó Connor, agarrándome el pelo en un puño.

Lo miré a la tenue luz gris y lo solté un momento.

—Tenemos que esperar a que terminen de limpiar toda la planta antes de irnos —expliqué—. Habrá que hacer algo mientras tanto.

Connor soltó una risa incrédula y me acarició la mejilla con la mano, pero cuando empecé a lamerlo con la lengua, dejó caer la cabeza hacia atrás y la apoyó en la pared.

—Eres un peligro —suspiró.

Sonreí y volví a besarle la punta de la polla.

—Te lo estás pasando genial.



—Eddie, ¿podemos hablar? —preguntó Darius cuando me encontró en la cocina a la mañana siguiente.

—Aún no me he terminado el primer café, así que no te prometo una conversación muy entretenida —bromeé—. Pero, por supuesto.

Lo seguí a su despacho y me dejé caer en la silla delante de su mesa. Darius se sentó tras ella, sin mirarme a los ojos.

—¿Va todo bien? —pregunté.

—Es... Bueno... —Se interrumpió, con las mejillas sonrojadas, y se aclaró la garganta—. Como creo que sabes, hay cámaras de seguridad distribuidas por la oficina. Cada mañana reviso la grabación de la noche anterior a doble velocidad, solo para asegurarme de que nadie incumpla las normas de prevención de riesgos, o se esté llevando cantidades absurdas de material de oficina, o algo así. Y cuando he visto las imágenes esta mañana...

¡Oh, santa madre de los videojuegos! ¡No! Abrí la boca despacio. ¡Cualquier cosa menos eso!

—He visto algo de lo que ocurrió anoche —volvió a carraspear— en el despacho de Connor.

Solté una exhalación aterrada, con labios temblorosos.

—Vale. ¿Con quién me tengo que acostar para olvidarnos de todo esto?

Darius abrió más los ojos, en un gesto exagerado.

—¡Es una broma! —aclaré al momento, y levanté las manos para que se calmara—. Perdona, ha sido un mal chiste. No sé qué decir. —Me pasé una mano por el pelo—. Es evidente que no me lo esperaba.

—Ya —respondió Darius, incómodo—. He hablado con Leigh, porque, técnicamente, ella es...

—Mi supervisora —asentí. *Mierda.*

—He sido muy discreto —aclaró—. No le he dicho quién era la otra persona, solo que eras tú.

Estaba segura de que Leigh se lo imaginaría por su cuenta. Para mí, la tensión entre nosotros era evidente cuando estábamos cerca, pero ¿tal vez nadie más se habría fijado?

—Siguiendo la recomendación de Leigh —continuó Darius—, no vamos a tomar medidas disciplinarias en esta ocasión.

Un momento. ¿En serio? Fruncí el ceño.

—Pero yo... La política...

—Ya, bueno —empezó en tono más seguro—, esa política ha sido redactada por una de las personas implicadas y, aunque él podría hacerla desaparecer con solo hacer un gesto, no viene mal tenerla, porque...

—Las rupturas en el trabajo son malas para los negocios —terminé la frase por él.

Él me miró y yo intenté contener una mueca.

—Exacto. Leigh y yo estamos de acuerdo en dejarlo en una advertencia por ahora. Oficialmente, no lo incluiremos en tu expediente. Nadie tendrá que enterarse de lo ocurrido. Pero, si quieres una recomendación —añadió Darius, mirándome a los ojos por fin, y suavizando el tono de voz, hasta que sonó casi paternal—, ve con cuidado. Tienes una gran carrera por delante, Eddie. No la estropees solo por pasar un buen rato. Si se acaba sabiendo en el sector, sabes que serás tú, y no Connor, quien se llevará la peor parte. La opinión pública puede ser muy despiadada, y tú eres la única que puede protegerse a sí misma.

—Entendido. No más revolcones en el armario.

Él hizo una mueca.

—Lo siento, no sé por qué lo he dicho. Todo esto es muy... incómodo.

Pero también había sido afortunado, en cierto modo. Esa incomodidad podía haber salvado mi trabajo. Estaba claro que Connor y yo tendríamos que ser mucho más discretos cuando estuviéramos en la oficina.

Y, por supuesto, no tenía la menor intención de contar a Connor lo que había visto Darius. Él había preferido hablar conmigo en lugar de mencionárselo a él, y debíamos dejarlo así. No hacía falta dar un

susto a Connor, aunque era posible que yo mencionara las cámaras como razón para salir de la oficina la próxima vez que quisiéramos pasarlo bien. Aunque la idea de hacerlo en la oficina me ponía bastante, lo de tener público era demasiado, hasta para mí.

Genial, al menos esto tendrá una ventaja. Lo cierto era que me encantaría ir a algún sitio con Connor, en lugar de vernos siempre entre las mismas cuatro paredes. Decidí centrarme en eso en lugar de en la advertencia de Darius sobre lo de *pasar un buen rato*.

¿Era eso realmente lo único que había entre Connor y yo? No quería creerlo, pero Darius llevaba años trabajando con Connor, y una parte de mí se preguntaba si la finalidad de aquella conversación no había sido tanto advertirme de no hacer algo inadecuado, como avisarme de que me protegiera a mí misma.

CONNOR

Una fuerte tormenta de julio golpeaba las ventanas, y los relámpagos iluminaban el salón. Grace se quitó los auriculares y puso su videojuego en pausa.

—¿Por qué vas vestido así? —preguntó.

—Vestido ¿cómo?

Me arreglé el cuello de la chaqueta en el espejo junto a la puerta de entrada. Me había puesto una chaqueta más informal para *salir*. A una parte de mí todavía le costaba considerarlo una cita, porque no quería admitir que estaba rompiendo mis propias reglas.

Solo era una cena, y era necesaria porque, en los meses que llevaba trabajando para LockMill, había descubierto que la dieta de Eddie consistía en fideos ramen, en un ochenta por ciento, porque dedicaba hasta el último céntimo del que disponía a pagar sus préstamos estudiantiles. Si no le hacía comer algo nutritivo pronto, iba a acabar con escorbuto, o algo así.

Grace me miraba con desconfianza.

—Estás... distinto. ¿Y por qué vas tan repeinado?

—Voy exactamente igual que siempre —insistí, aunque me pasé las manos por el gel que me había puesto en el pelo.

Había elegido el restaurante Mana para cenar, no solo porque estaba lo bastante lejos de la ciudad como para ofrecer una garantía de privacidad, sino por su increíble menú del chef, de quince platos. En cuanto me había enterado de que Eddie nunca había comido en un lugar así, hacerle probar su primera comida en un restaurante con estrellas Michelin se había convertido en mi misión personal.

—Solo digo que vas muy arreglado para una reunión de trabajo —observó Grace.

—Guarda el juego y ve a por tus cosas —dije, mirándola con severidad.

—Vale, tú disimula —resopló, aunque se dirigió a su dormitorio.

Su actitud me hizo sonreír. Si le contara que iba a cenar con Eddie, era posible que no le pareciera raro y, seguramente, querría venir también, pero eso era porque creía que Eddie era divertida y muy interesante. No estaba seguro de que opinara lo mismo si le contaba que estaba saliendo con ella, aunque no fuera nada serio.

Había prometido hablar con Grace antes de tener nada serio con alguien, a diferencia de lo que hizo Ali. No había ayudado mucho que la relación de Ali con Sawyer hubiera coincidido con el momento en que ella empezó a ignorar a Grace con mayor frecuencia. No quería que mi hija pasara ni un segundo preocupándose por si alguien era más importante para mí que ella misma.

Grace bajó las escaleras con su bolsa de viaje, preparada para ir a casa de mi madre.

—Oye, ¿ahora vas a tener reuniones de trabajo todos los sábados?

—No —prometí, aunque me sentía un poco culpable—. Solo tenemos que discutir unas cosas relacionadas con *Shadow*.

Grace me dedicó una sonrisa curiosa.

—Sigue en pie lo de la sorpresa para mí, ¿verdad?

—Claro que sí —respondí, y al recordar la cantidad de trabajo que Eddie y el equipo habían dedicado a perfeccionar el Protocolo de Juni, me sentí un poco menos culpable.

—Genial. —Grace me dio su bolsa—. ¿Crees que la abuela me dejará acostarme más tarde para ver con ella *Las vidas secretas de las mujeres mormonas*?

—No sé qué es eso —respondí, justo cuando mi teléfono empezó a vibrar—, pero mi respuesta es no.

Grace arrugó la nariz.

—Vale. ¡Oh! Se me olvida el iPad. —Volvió a correr escaleras arriba.

—Date prisa —dije tras ella, y contesté el teléfono. A ese paso, iba a llegar tarde a recoger a Eddie—. Hola, mamá. Salimos en cinco minutos.

—Cariño, lo siento mucho —dijo ella a toda prisa—. No voy a poder quedarme con Grace esta noche.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Han cancelado mi vuelo. Parece que la tormenta de San Francisco es demasiado fuerte. Han dicho que el viento no permitiría aterrizar con seguridad.

Mierda. No se me había ocurrido mirar el estado de su vuelo.

—Un momento —dije, sorprendido—, ¿no tendrías que haber vuelto hace ya unas cuantas horas?

—X ha tenido unos problemas en el trabajo, y me necesitaba aquí —explicó mi madre—, así que hemos cambiado el vuelo para que pudiera quedarme hasta más tarde.

Me tragué la frustración que se apoderó de mí y pasé al modo de resolver problemas.

—No pasa nada. ¿Tienes dónde dormir?

—Claro, me quedo con X, por supuesto —rio mi madre—. Dile a Grace que se lo compensaré.

—Ahora se lo digo. Ya hablaremos.

—Te quiero, cielo.

—Yo también. Adiós.

Colgué y me pregunté con cuál de las amigas de Grace podría dejarla, antes de decidir que era demasiado tarde para pedir el favor. Me pasé una mano por la cara. Ya llegaba tarde para recoger a Eddie, y a Grace le iba a dar pena no pasar la noche del sábado con su abuela. *Mierda*.

Llamé a Eddie.

—Hola —contestó ella—. ¿Cómo lo ves con esta lluvia? No estarás en un atasco, ¿no?

—No exactamente. No te voy a dejar tirada, si era eso lo que pensabas. O, al menos, no tenía intención.

—Esto... —Soltó una risa incómoda—. Entonces, ¿no vas a venir?

Maldita sea. No me gustó lo desilusionada que sonaba.

—Mi madre me ha dejado tirado, y ahora no tengo dónde dejar a Grace.

—Puedes traerla con nosotros —sugirió Eddie al momento.

—No es buena idea.

No quería llevar a Grace a nuestra no-cita. La quería mucho, más que a nada, pero también me apetecía pasar unas horas con Eddie sin que nadie analizara hasta el menor de mis gestos.

—Y es demasiado tarde para pedir a alguno de sus amigos que la acoja.

—Y Ali...

—No es una opción —dije con firmeza.

Claro, que tampoco iba a pedírselo. Si no se molestaba en recoger a Grace cuando habían hecho planes con semanas de antelación, dudaba mucho de que estuviera dispuesta a cambiar lo que hubiera previsto hacer esa noche, y si Grace me oía llamar a su madre y se daba cuenta de que ella se negaba... No podía permitirlo. Era mejor no llamarla.

—Creo que será mejor que lo cancelemos. Lo siento mucho.

—¿Y qué hay de Alannah? —insistió Eddie—. Este fin de semana está con Valentina en su nueva casa alquilada, pero Valentina tiene que trabajar para cumplir no sé qué plazo, y estoy segura de que Alannah se ha pasado el fin de semana con alguna niñera. Apuesto a que a las dos les vendrá bien que Alannah pase una noche con alguien de su edad.

Dudé un momento. Lo último que quería era cargar a alguien con Grace en el último minuto, pero la idea resultaba atractiva.

—¿Crees que a Valentina no le importará que Grace y Alannah...?

—¿Alannah? —preguntó Grace, que había aparecido detrás de mí—. ¿Qué pasa con Alannah?

Me volví a mirarla.

—La abuela se ha tenido que quedar en Los Ángeles por la tormenta. ¿Qué te parecería quedarte a dormir en casa de Alannah?

—¡Sí, bien! —exclamó Grace, que parecía contenta—. Me llevaré *Bubble Blaster*, mi juego nuevo.

—Parece que tenemos una solución —dijo Eddie, al teléfono—. Escribiré a la niñera y te enviaré la dirección.



Con la lluvia y el tiempo que me llevó dejar a Grace, llegamos al restaurante bien pasada la hora de nuestra reserva, pero yo había pedido la mesa durante toda la noche y había soltado el dinero necesario para asegurarme de que nos dieran trato preferente, aunque apareciéramos a medianoche. Así, al llegar, el aparcacoches nos estaba esperando en la puerta con un paraguas enorme y, cuando entramos, nos condujeron a una zona privada, decorada con seda negra, macetas y grandes lámparas que emitían una luz suave. Eddie se quedó boquiabierta, impresionada con lo bonito que era todo.

—Tú eres lo más bonito que hay aquí —le dije.

Apenas había apartado la vista de ella desde que entramos en el restaurante. Llevaba un vestido granate oscuro con un gran escote y amplias mangas que daban la impresión de ser alas. Su pelo estaba ligeramente ondulado y sus labios estaban pintados de un color rojo oscuro que yo había intentado no arruinar cuando la había besado al recogerla.

Eddie dejó caer la servilleta al suelo y la recogió, azorada, para abrirla sobre su regazo.

—Los piropos te llevarán lejos —dijo, con una sonrisa.

—¿Hasta dónde?

—Al menos, hasta la segunda base.

—Maldición. Y yo que esperaba llegar hasta el final.

—Entonces, más vale que la comida esté muy buena —respondió, provocativa.

A juzgar por cómo pasó los siguientes treinta minutos gimiendo de placer con cada bocado que se metía en la boca, la comida debía de ser *muy* buena. Yo no fui capaz de determinarlo por mi parte. Estaba tan ansioso por devorarla a ella, que todo lo demás me parecía soso en comparación.

Observé cómo se iluminaba su mirada con cada nuevo y sorprendente plato. Sobre el papel, los perfiles de sabor habían parecido cuestionables cuando menos; sin embargo, al comerlos, las combinaciones resultaban perfectas, como el pato marinado en café, por ejemplo.

—¿Estás disfrutando? —pregunté.

—No entiendo cómo unos platos tan diminutos pueden ser tan sabrosos —respondió, radiando una clase de felicidad que me hacía desear unirme a ella para disfrutarla.

Sabía que debía sentirme culpable por salir con ella. Incluso dejando a un lado la política de la empresa, estaba la cuestión de la diferencia de edad entre los dos, el hecho de que yo acabara de terminar un divorcio muy complicado, y el que ella fuera una relativa recién llegada a un sector en el que mis acciones podían tener muchas repercusiones. Las apariencias resultaban horribles, y yo era consciente de hasta qué punto podían salir mal las cosas. Recordaba todos los problemas que había tenido Finn con la prensa el año anterior. Lo último que necesitaba yo era acabar en las páginas de la prensa rosa.

Pero entonces, Eddie me dedicó una sonrisa brillante cuando el camarero llegó con el postre, una panacota de yogur con manzana caramelizada, panal de miel y caléndulas, decorada con chocolate blanco y avellanas, y se me cortó la respiración. Quería ser yo quien la hiciera siempre tan feliz.

—Oh, Dios mío, esto es como sexo en una cuchara —susurró—. No me importaría ahogarme en una bañera de esto. ¿Crees que sería posible?

—Yo quiero ahogarme en una bañera de ti.

Ella soltó una risita y lamió la cuchara de una forma muy sugestiva.

—Buena respuesta. En serio, no sé cómo no vienes aquí cada semana.

—Cuando uno ha comido muchas cenas sofisticadas, acaban por dejar de ser una novedad. —Me encogí de hombros—. A ver, me gusta comer bien, pero ya no me impresiona tanto. Y también me gustan los platos sencillos, lo que me viene bien, porque Grace prefiere los sándwiches de queso que aprendí a hacer cuando tenía su edad.

—¿Cocinabas mucho de pequeño? —preguntó.

—Tuve que aprender bastante rápido —admití— y, al menos, con los sándwiches de queso me aseguraba de que tuviéramos algo caliente para comer cuando nuestra madre no estaba en condiciones de cocinar.

—¿Cuál fue tu primera comida sofisticada?

Solté un murmullo e intenté recordar, riendo un poco.

—Dios, debió de ser cuando la empresa de Liam empezó a despegar. Creo que nos llevó a todos a cenar en Los Ángeles, para celebrarlo. Aún recuerdo lo que me sorprendió la cuenta cuando terminamos. Casi me tiro el champán por encima.

Eddie sonrió y bebió un poco de vino.

—Bueno —empecé, para cambiar de tema—. Ha sido la niñera quien nos ha recibido cuando he dejado a Grace con Alannah. No exagerabas con lo de que Valentina estaba trabajando hasta tarde, ¿no?

Eddie se encogió de hombros, un tanto azorada.

—Desde la separación, la niñera se ha convertido en la mejor amiga de Alannah. Por mucho que Valentina se queje de mi padre, lo cierto es que ella tampoco pasa mucho tiempo con mi hermana. En serio, estoy segura de que todo el mundo estará encantado de que Grace se haya quedado a dormir.

—¿Y cómo van las cosas con el divorcio?

Sabía que era un asunto delicado y no quería entrometerme, pero, por otro lado, si Eddie necesitaba ayuda y yo podía ofrecérsela, quería saberlo.

—Bueno —suspiró ella—, mi padre sigue negándose a pedir la custodia compartida, y Alannah está muy disgustada. Está descentrada, hasta con la gimnasia, y eso es muy mala señal, porque la gimnasia siempre era lo que la hacía más feliz. La semana pasada, se hizo daño al caerse, y la única persona que estaba con ella era la niñera.

No me gustó nada la tristeza que noté en el tono de Eddie, y fruncí el ceño.

—Dijiste que le fue bien en el campeonato de la ciudad.

Eddie asintió, con una sonrisa orgullosa que le iluminó la cara.

—Primer puesto en el grupo de su edad. Es muy buena, como para tener posibilidades de llegar a las Olimpiadas. Ahora todo es un asco, porque parece que la única razón por la que mi padre y Valentina hablan con Alannah es para recordarle que se esfuerce todo lo posible, y eso me trae muy malos recuerdos. Después del divorcio, mis padres hacían lo mismo conmigo: se ignoraban mutuamente y a mí me presionaban demasiado.

Apreté con fuerza el tenedor al ver las arrugas que aparecieron en el ceño de Eddie.

—Siento mucho que tuvieras que pasar por eso.

Ella se encogió de hombros y clavó la cuchara en su postre.

—Es agua pasada, pero odio que Alannah tenga que pasar por lo mismo. No necesita tanto estrés antes del campeonato regional. Por mucha presión que le metan, a ella le gusta la gimnasia de verdad, pero se lo van a fastidiar. Ojalá pudiera hacer más por ella, pero... No sé por dónde empezar.

—Estoy segura de que Alannah aprecia todo tu apoyo. Durante mi divorcio, mis hermanos fueron mis pilares. No sé qué habría hecho si no hubieran estado ahí para apoyarnos a Grace y a mí.

—Me alegro de que estéis tan unidos —dijo Eddie— y puedas contar con ellos. Me siento un poco celosa. Cuando era pequeña, siempre quise tener hermanos, alguien que aguantara todo aquel desastre conmigo y me hiciera compañía. Y ahora que por fin tengo una hermana, Valentina se la quiere llevar al otro lado del país. —Bebió un largo trago de vino—. Lo más ridículo es que sigo deseando tener una gran familia, cuando es evidente que eso no va a ocurrir.

—No es ridículo desear algo así —dije—. Yo también quería que Grace tuviera una gran familia. Bueno, tal vez no una enorme, pero siempre quise que tuviera hermanos; y aún lo pienso, a pesar de lo mal que han salido las cosas con Ali.

—Grace sería una hermana mayor increíble —dijo Eddie.

—Bueno, en cualquier caso —sonreí—, ahora tendrá primos pequeños.

La sonrisa de Eddie se volvió más triste, y tuve ganas de ofrecerle mi propia familia. Sabía que se los ganaría tan rápido como lo había hecho con Grace, y...

¡Eh!

Un momento.

Pensar de ese modo era muy peligroso. Estaba tonteando con la idea de que íbamos en serio y sería duradero. No podía quererla de ese modo, sabiendo hasta qué punto ese deseo podía ser destructivo. Solo traería inestabilidad a mi vida, a la de Grace y a la empresa. Me aclaré la garganta.

—Bueno, ya sé que eso no compensa tu falta de familia, pero creo que tienes un buen equipo en la oficina. Se te da bien coleccionar gente.

—Es por todo el chocolate que guardo en mi mesa —sonrió ella—. Pero no, si a alguien se le da bien coleccionar gente, ese eres tú.

—La última vez que te pregunté, me dijiste que daba miedo a la gente.

—No das miedo, les *intimidás*. Te admiran y no quieren decepcionarte, porque cuidas bien de ellos.

—Solo creo que la gente no debería tener que matarse tanto por las cosas básicas, como un seguro médico decente, un salario que cubra algo más que el coste mínimo de vivir, tener vacaciones... Fue difícil crecer con una madre tan inestable como la mía, y siempre deseé que hubiéramos tenido más apoyos. Me da la impresión de que eso es lo mínimo que puedo hacer por la plantilla de LockMill.

Reí un poco entre dientes.

—Es curioso. Para empezar, yo ni siquiera quería trabajar en este sector, y ahora estoy metido en él hasta el fondo.

Eddie frunció el ceño.

—Entonces, ¿cómo acabaste en los videojuegos?

Le hice un resumen de cómo Ali me había presentado una oportunidad de inversión y que, justo al decidir separarnos cuando la empresa empezó a ir bien, Ali se había quedado embarazada.

—Casarme y quedarme en la empresa para mantener la seguridad fue una decisión que tomé en aquel momento por Grace. Creí que eso era lo que los dos queríamos, pero ahora pienso que Ali se sentía atrapada en aquella vida conmigo, aunque lo único que yo siempre quise fue...

—Cuidar de ella —terminó Eddie con suavidad, mientras me acariciaba el dorso de la mano con los dedos—. Por lo que he visto, siempre te preocupas por la gente a tu cargo: Grace, los empleados de LockMill, tu madre. Es lo que mejor se te da.

Sentí una punzada en el corazón. Nadie me había dicho nunca algo así, tan directamente.

—Solo desearía que Ali no estuviera tan enfadada conmigo. Que no pensara que le he robado años de felicidad.

—¿Es eso lo que tú crees?

—Antes no, pero ahora... No sé qué pensar. Nunca fuimos perfectos, pero creí que los dos queríamos dedicarnos a cuidar a Grace y, para mí, eso era suficiente. Ahora me pregunto si lo he hecho todo mal.

Eddie inclinó la cabeza, pensativa.

—Creo que, en su momento, tomaste las mejores decisiones posibles, y deberías hacer el esfuerzo de no lamentar las consecuencias de esas decisiones. Sí, es posible que, si pudierais volver atrás, hicierais las cosas de otro modo, pero eso se debe sobre todo a que ahora tenéis una década de perspectiva y conocimiento en los que basaros. No parece justo que Ali te culpe por un compromiso que hicisteis los dos.

—Creo que solo quería asegurarme de que Grace tuviera la estabilidad que yo ansié tanto de pequeño.

—Siempre quieres ser el soporte de los demás —observó Eddie—. A mis padres les habría encantado tenerte como hijo. Eres sólido y fiable. Ellos aún siguen deseando que yo hubiera elegido una carrera más estable, y creo que los meses en que me estuve planteando dejar este sector fueron los más felices de sus vidas.

—¿Pensaste dedicarte a otra cosa? —pregunté.

—No... Bueno, no exactamente. Salí con un chico en la universidad y terminamos muy mal. Yo lo pasé fatal, y no estaba segura de tener un futuro en los videojuegos, gracias a Ryker.

—Un momento... ¿Ryker es tu ex?

—Íbamos bastante en serio —asintió ella—. Empezamos a trabajar juntos y desarrollamos un juego en mi primer año de carrera. Fue bastante bien recibido en los círculos independientes.

—Espera, ¿estás hablando de *Lethal Deception*? Pero Ryker siempre ha dicho que lo desarrolló él solo. ¿Por qué no consta en tu currículum? —El único juego que mencionaba como suyo era *Alterbot*.

—Porque, cuando lo publicó, se olvidó de incluir mi nombre en los créditos de un modo muy conveniente.

Qué pedazo de capullo.

—¿Y alguna vez...?

—¿Lo corrigió? —Eddie soltó una risotada y bebió un poco más de vino—. No. Básicamente, me dijo que, si quería que nuestra relación funcionara, debía permitirle atribuirse todo el éxito del juego y, con gran generosidad, ofreció darme crédito en el próximo. Bueno, el caso es que rompí con él y ahora intento no pensar en ello porque, si lo hago, se me llevan los remordimientos.

—¿Porque se acabó?

—Por haber perdido el tiempo con él. Creí que lo quería tanto como para ceder en un montón de cosas, hasta que todo me estalló en la cara. Si hubiera seguido con él, habría tenido que perder una parte de mí misma.

—No podías saber lo que pasaría —dije, con una dolorosa sensación de comprensión.

Me identificaba con la historia de Eddie mucho más de lo que quería admitir. Lo cierto era que yo también había tenido que ceder una parte de mí mismo para seguir con Ali e intentar que nuestro matrimonio funcionara, pero había estado dispuesto a hacer lo necesario, por Grace.

—Tú tampoco podías saber cómo irían las cosas con Ali —respondió ella.

Le cogí una mano y la apreté.

—Ahora me alegro de que me impidieras ir a ver a Ryker en la convención.

Su ceño fruncido se convirtió en una sonrisa, que solo pareció un poquito forzada.

—Te dije que te iba a salvar el culo.

—Y tuviste razón.

—Las palabras mágicas —dijo ella, cogiendo su cuchara de nuevo—. Con ellas llegarás lejos. —Miró mi plato—. ¿Por qué no comes?

—Estoy haciendo hueco —dije.

—¿Para qué?

—Para llevarte a casa y devorarte a ti.

—Caray, al menos deja a una pobre chica terminar el postre —respondió, con las mejillas sonrojadas.

Cogí la cuchara y probé el mío. La miré y, sin quitarle ojo de encima, lamí despacio mi cuchara hasta dejarla limpia.

—Deja de mirarme así —pidió, apartando la vista.

Yo sonreí y saqué mi teléfono, que acababa de vibrar. Era un mensaje de mi madre.

¡X ha conseguido la película! ¡Me ha invitado a Italia durante las seis semanas del rodaje!

¿Seis semanas? Me desanimé al momento.

—¿Va todo bien? —preguntó Eddie.

Abrí la boca con la intención de explicar lo decepcionado que estaba, cuánto me frustraba que X hubiera entrado sin más en la vida de mi madre, sin tener ni idea de lo que tenía entre manos. La estaba

poniendo en situaciones que podían provocarle una recaída, y él no sabía cómo cuidar de ella.

Yo sí lo sabía. Era yo quien siempre se había hecho cargo de ella, pero ¿cómo lo haría, si se la llevaba a la otra punta del mundo? Cuando Eddie me sonrió, supe que intentaría ver el lado positivo de la situación y, aunque eso funcionaba para algunas cosas, en ese caso no serviría para nada.

—Sí, no pasa nada.

Guardé el teléfono y tomé nota de que debía tener una conversación muy seria con mi madre cuando llegara a casa.

EDDIE

—**V**uelve aquí —gruñó Connor desde su lado de la cama.

Tenía un brazo apoyado sobre los ojos, para tapar la suave luz de la tarde que se filtraba entre las cortinas del piso, y movía los dedos de la otra mano, tendida sobre el colchón, para llamar mi atención.

—Cuando hablé de estar desnudos en mi cama, lo decía en sentido literal —añadió.

—Llevamos horas desnudos en tu cama —respondí, agachada en el suelo para buscar el cargador de mi teléfono.

La batería se había agotado en algún momento entre las rondas dos y tres, aunque me imaginé que, si considerábamos todo el fin de semana, debíamos de ir ya por la ronda número... Había perdido la cuenta.

—Te he reservado para todo el fin de semana —dijo Connor—. Solo es domingo por la tarde, aún no se me ha acabado el tiempo.

—¿Y si tengo otras cosas que hacer? —pregunté, aunque sabía muy bien que no quería hacer nada más que estar pegada a él.

Estábamos en el piso que Connor había comprado en el centro justo después de divorciarse. Grace y él habían vivido allí durante un tiempo, antes de que comprara aquella enorme mansión, que se empeñaba en insistir que no era tal. A diferencia de la vivienda que, sin duda alguna, era una mansión, y que había decorado al gusto de Grace, el piso parecía una exposición, salvo por los toques de color que yo había añadido la semana anterior.

—Imposible —dijo—. ¿Qué podría ser más importante que esto?

El pulso se me aceleró. *Nada*. Él volvió a agitar los dedos, exigiendo mi presencia en silencio, y yo me metí de nuevo en la cama y me apreté contra su costado, adaptándome al contorno de su cuerpo esbelto y musculoso. Habíamos estado juntos prácticamente cada momento en el que no habíamos estado trabajando, mientras Grace se quedaba con su madre durante su visita de verano.

—Eso está mejor —murmuró él, y mi corazón dio un salto en mi pecho.

Me pegué a su cuerpo un poco más.

—¿Has escrito a Grace?

—Sí, durante uno de tus muchos descansos para comer.

Le clavé un dedo en el costado.

—Necesito energía.

—Voy a pedir algo para cenar y a alimentarte como es debido. Se acabaron los M&M's.

Yo gruñí, y él me besó la sien, con los ojos cerrados.

—No puedes vivir solo de chocolate —añadió.

—Puedo intentarlo. —Le besé un hombro—. ¿Qué hacen hoy Grace y Ali?

—Han dicho que irían a un parque acuático.

—¡Qué divertido! ¿Y Sawyer?

—Se ha comprometido a sentarse en una tumbona y cuidar las toallas.

Eso me hizo gracia.

—Claro, hay que asegurarse de que las toallas no se escapen corriendo. —Le di un codazo—. Pero, al menos, parece que van progresando.

—Sí, ya es algo —murmuró.

A juzgar por su expresión, el tema de Sawyer le preocupaba bastante, y yo lo comprendía. Se sentía muy protector respecto de Grace, y su hija tendría que relacionarse con Sawyer, puesto que era la persona con quien Ali había decidido rehacer su vida. Seguramente, yo reaccionaría del mismo modo si Valentina empezaba a salir con otros hombres y metía a uno nuevo en la vida de Alannah. Sin embargo, a pesar de la preocupación de Connor, parecía que Grace lo estaba pasando con su madre mejor de lo previsto. Y eso significaba que yo tenía a Connor para mí sola durante toda una semana perfecta. Hasta me había asignado mi propio cajón en su piso. Bueno, en realidad me había ofrecido un armario entero, pero con un cajón tenía suficiente.

—¿Y qué harán después del parque acuático?

—Algo relacionado con la boda, no sé qué —respondió, con los labios apretados—. Grace parecía menos entusiasmada con eso.

—Bueno, es que a Ali solo le quedan... Cuánto, ¿seis semanas? Seguramente estará muy estresada.

El final de septiembre se acercaba a toda velocidad, y yo era muy consciente de ello, porque Leigh iba tachando ansiosamente en el calendario de la sala de reuniones los días que faltaban hasta el lanzamiento de *Shadow*. Connor suspiró a mi lado.

—La organización no es su fuerte, aunque eso no sería un problema si esta boda fuera como la primera. Conmigo, solo fue un trámite rápido en el ayuntamiento, pero esta vez quiere montar todo un evento.

Lo abracé fuerte.

—Creo que planear una boda se lo haría pasar mal hasta a la mejor persona. —Deslicé los dedos por su costado—. Pero, hablando de la boda...

Él se volvió a mirarme, con una expresión suspicaz en los ojos.

—¿Qué pasa con ella?

—¿Te acuerdas de que organicé a Leigh una cita con mi amigo Aidan? —pregunté, apoyándome en un codo.

—Sí...

—Bueno, pues están saliendo en plan informal, y se suponía que él iba a ir con ella a la boda, pero ese día tiene una reunión familiar a la que no puede faltar. El caso es que Leigh me ha pedido que vaya yo.

Connor frunció el ceño.

—¿Quiere que la acompañes?

—Al principio lo dijo medio en broma, pero ahora me lo ha pedido en serio —asentí.

Connor se había quedado muy quieto a mi lado, y yo me mordí un labio.

—Me gustaría asistir...

Connor dejó caer la cabeza sobre la almohada y miró al techo, aún sin decir nada.

—Leigh es mi amiga y querría echarle un cable —continué—. Y también creo que puede ser una buena oportunidad para mí, para entablar nuevas relaciones, porque Ali es muy conocida en el sector —expliqué a toda prisa—. Te prometo que no quiero fastidiarle el día a tu ex, pero no creo que a ella le importe, porque no me conoce de nada. —Inspiré hondo y retuve el aire unos momentos, antes de terminar—: Pero, por supuesto, quería tu opinión, antes de nada.

Connor había fruncido el ceño mientras seguía mirando al techo, sin querer mirarme todavía.

—Quieres ir a la boda de Ali —afirmó, en lugar de preguntar.

—Lo considero una oportunidad para mi carrera.

En lo referente al divorcio y a Grace, no quería que pensara que me pondría de parte de alguien que no fuera él. Él apretó la mandíbula, y la relajó después de un momento.

—Estás hablando de la *boda de Ali*. Mi ex.

—Soy muy consciente —expliqué—, pero yo no seré la única empleada de LockMill presente. Va a asistir la mitad de la oficina.

—Exacto —dijo, mientras se pasaba la mano por el pelo y daba unos tirones—. Grace estará allí, y también la mitad de mis empleados. —Nos señaló con la mano a los dos—. ¿Te ves capaz de fingir, en esa situación, que entre nosotros no hay nada más que una relación profesional?

Odiaba tener que fingir nada, tener que ocultarnos para no tener que hacer frente a la política que prohibía las relaciones, pero eso era lo que había aceptado, ¿no? Recordé el aviso de Darius: *Tienes una gran carrera por delante, Eddie. No la estropees solo por pasar un buen rato.*

Pero las cosas habían ido más allá de pasarlo bien, ¿no? Tenía un cajón en su casa, Connor sabía cómo me gustaba tomar el té, me había hecho el sándwich de queso favorito de Grace... Tragué un

nudo en la garganta y lo miré, pensando que se avergonzaba de mí. Un temor frío se extendió por mis entrañas, pero lo contuve y planté una sonrisa en mi cara, como hacía siempre.

—Entiendo tu preocupación, pero creo que se nos da bastante bien establecer límites en la oficina; ya sabes, todo eso de separar los negocios del placer.

—Los negocios —repitió él, en tono tenso.

Deslicé una mano por su pecho, llegué a su brazo y bajé hasta entrelazar mis dedos con los suyos.

—El lugar de la boda está muy cerca de donde Alannah tendrá su competición regional, así que estaré por la zona de todos modos. De verdad que no quería incomodarte con todo esto. —Le dediqué una sonrisa de disculpa—. Solo me pareció una oportunidad interesante, pero si te molesta, me quedaré en mi lugar y me centraré en ayudar a Alannah.

Connor se puso de lado, capturó mis labios en un beso y enredó sus dedos en mi pelo.

—Lo siento mucho, no quería ser desagradable —dijo.

—No pasa nada —susurré contra su boca, y él me mordió un labio con suavidad y deslizó la mano por mi espalda—. Ese es tu estado natural.

Eso me ganó un pellizco en el culo, que me hizo dar un respingo.

—Es solo que he disfrutado mucho de vivir en esta burbuja, solo contigo, sin tener que pensarlo todo dos veces —admitió.

—Lo entiendo. —Pasé una de mis piernas sobre su cadera y él me acercó a su cuerpo. Noté su polla moverse contra mi abdomen—. Se supone que debemos ser discretos.

—¿Te parece mal que te quiera solo para mí? —preguntó con una sonrisa dulce, clavando sus ojos en los míos.

—No —susurré.

El siguiente beso fue más largo, y se confundió con el siguiente, y con otro más. Cuando la mano de Connor se hundió entre mis piernas, apenas pude mantener un pensamiento coherente, pues él empezó a acariciar mi clítoris de un modo que arrancó sonidos de placer de mi garganta. Gemí contra él y, en aquel momento, con toda su atención puesta en mí, no me pareció tan mala idea seguir limitándome a aquella burbuja en la que solo estábamos nosotros. Eso era lo que yo quería también: lo quería a él, con un deseo que llevaba semanas haciéndose más fuerte.

Gemí una vez más y me apreté contra su cuerpo cuando apartó los dedos de mí. Él sonrió.

—¿Necesitas algo?

—Estoy desnuda en tu cama —dije, haciendo un puchero.

—Así es. Dime qué quieres —me pidió al oído con voz ronca.

Tendió un brazo para buscar un condón en el cajón de la mesilla. Cuando lo encontró, abrió el envoltorio, lo desenrolló sobre su erección y me sujetó contra la cama. Yo gemí y me apreté contra él, disfrutando del peso delicioso de su cuerpo.

—Fóllame —supliqué—. Méteme la polla y fóllame hasta que...

Él acarició mi entrada con la punta y mis ojos se cerraron involuntariamente.

—¿Hasta que gimas mi nombre? —preguntó, hundiéndose en mí con un movimiento fluido.

Inspiré hondo, y él empezó a entrar y salir de mi cuerpo, haciendo que mi respiración se volviera cada vez más jadeante y ansiosa. Él metió la mano entre nuestras caderas y, con solo unas cuantas caricias en mi clítoris, me deshice bajo él, temblando durante mi orgasmo, y también el suyo.

Cuando terminamos, salió de mí y me acercó para estrecharme contra su pecho. Los latidos de su corazón resonaron en mi oído.

—Deberías asistir a la boda —dijo con suavidad, después de varios minutos en silencio, mientras sus dedos trazaban dibujos sobre mi hombro.

Levanté la cabeza, confusa, incluso entre las brumas del placer.

—¿En serio?

—Tienes razón. —Me besó la frente—. Es una oportunidad excelente para hacer contactos. Habrá un montón de gente del sector, podrías encontrar allí tu próxima gran oportunidad.

—¿Y qué hay de nosotros? —pregunté, con una sonrisa provocadora—. ¿Crees que podrás evitar tocarme en toda la noche?

—Será mejor que nos mantengamos alejados. Podemos fingir ser espías infiltrados, o algo así.

Dios, es que lo adoro, pensé, riendo al imaginarlo.

Entonces, caí en la cuenta de lo que acababa de pensar, y sentí una oleada de pánico que me provocó un escalofrío. Connor me abrazó un poco más fuerte y me cubrió mejor con la manta, aunque eso no hizo nada para aliviar el frío que sentí en mi interior. Me había vuelto a liar con alguien del trabajo. *Otra vez.*

Incluso después de prometerme a mí misma que no cometería el mismo error después de Ryker.

Y no solo eso, sino que, esa vez, había elegido a alguien con muchísimo más poder que yo y una posición muy sólida en el sector. Con solo chasquear los dedos, Connor podía destruir todo lo que me había costado tanto construir. Las señales de alarma se me estaban disparando.

Miré su cara y analicé con cuidado su barba incipiente, sus pestañas y, poco a poco, la ansiedad fue desapareciendo y el pánico

retrocedió.

Connor no se parecía en nada a Ryker. Era un hombre en quien podía confiar, que nunca daría media vuelta y me dejaría tirada. Porque no era uno de esos hombres, ¿verdad? Después de Ryker, no estaba dispuesta a renunciar a mi amor propio; pero, en aquel momento, mirando a los ojos de Connor, inspirando su calidez y el aroma de su piel, sabía que él no me pediría que renunciara a nada.

Esa vez, las cosas serían diferentes.

CONNOR

—**G**race me ha dicho que quiere ir a Italia —dijo Finn.

Estábamos en Cora's, un restaurante de desayunos cerca del aeropuerto privado que solíamos utilizar. Habíamos cambiado nuestra comida de septiembre por un desayuno, para poder despedir a nuestra madre y X antes de que volaran a Italia.

—Solo quiere ir allí para comer pizza y pasta —expliqué.

—Eso no tiene nada de malo —repuso Finn, que se estaba comiendo un plato de tacos de desayuno.

Liam había pedido una pila de tortitas del tamaño de su cabeza.

—Dios, tengo que traer a Mia a este sitio —observó—. Los antojos de torrijas a todas horas empiezan a descontrolarse.

—Abren las veinticuatro horas, todos los días —comenté.

—Pues esta mantequilla con sirope especiado... —Soltó un suspiro de placer.

—Tienes que aprovechar mientras puedas —comentó Finn—. Cuando llegue el bebé, dejaréis de dormir y os pasaréis el día dándole de

comer y cambiando pañales. No habrá tortitas para desayunar durante una larga temporada, ¿verdad? —me preguntó, dándome un codazo—. Díselo. Tú te acordarás de esa época.

—La verdad es que no —murmuré—. Solo recuerdo la falta de sueño.

Además, no quería recordar los primeros días, cuando las cosas todavía iban bien entre Ali y yo. No fue perfecto, pero ¿quién espera ser perfectamente feliz? Yo había creído que, en nuestra pequeña familia, éramos lo bastante felices.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó Liam.

—¿Qué?

—No sé. Tienes cara de malas pulgas. O Sawyer y Ali te han fastidiado, o te está pasando alguna otra cosa. ¿Tiene que ver con mamá?

—No. —Hice crujir los nudillos—. No pasa nada, estoy bien.

—Ya —dijo Finn, que aprovechó para robarme una salchicha del plato—. Has hecho crujir los nudillos. Te pasa algo, seguro. Suéltalo.

Me miré las manos, sin la menor idea de por dónde empezar. ¿Por Eddie, y el hecho de que era incapaz de dejar de pensar en ella? ¿Lo mucho que me costaba no poder cantar sus alabanzas, como hacían mis hermanos con Mia y Sierra? ¿O empezaba con el hecho de que mi ex iba a casarse ese fin de semana y se comprometería con otro hombre para toda la eternidad, haciéndole la misma promesa que había roto conmigo? No quería el amor eterno de Ali, pero seguía sintiéndome como un fracasado cada vez que recordaba cómo se había venido todo abajo.

—Supongo que solo estoy pensando en mamá y su viaje —dije, omitiendo todo lo demás—. Me preocupa que no tenga todo lo que necesita.

—Yo he intentado ayudarles con el itinerario —dijo Finn—, pero mamá no me ha permitido hacer nada más que elegir los vuelos. Dijo que tú te habías encargado de la documentación para el viaje y su nuevo portátil. ¿Cómo has conseguido que te lo permita?

—No se lo pregunté.

Me encogí de hombros. Después de tantos años, se me daba bien adelantarme a las necesidades de mi madre, como preparar el papeleo del viaje, dar de alta su móvil en un plan de llamadas internacionales, o conseguirle un ordenador para que pudiera trabajar en su próximo libro mientras estaba en Italia.

—Si le hubiera preguntado, me habría dicho que lo tenía todo controlado, y luego llegaría allí y se lamentaría por no tener lo que necesitaba. —Solo había querido asegurarme de que se lo pasara bien y que no tuviera problemas que la estresaran—. Sé que estará con X, pero él tiene que trabajar, y no estará disponible para ayudarla con todo.

Liam pidió la cuenta y miró la hora en su teléfono.

—Hablando de trabajo, creo que es hora de irse. Van a llegar de un momento a otro.

Liam pagó y nos dirigimos al aeropuerto, donde encontramos a nuestra madre y X en la pequeña sala de espera de la terminal. Mamá parecía relajada, vestida con un traje de pantalón ligero color crema, el pelo recogido con pasadores dorados y un café en la mano.

—¡Habéis venido! —exclamó cuando llegamos.

—Pues claro que sí —repuso Liam—. Prometimos venir a despediros.

—Sí, pero sé lo ocupados que estáis todos. —Abrazó a Liam y, al apartarse, le clavó un dedo en el pecho—. Y tú, llámame inmediatamente si parece que el bebé se adelanta. Cogeré un avión y volveré enseguida.

Liam asintió y le aseguró que no debía preocuparse. Ella abrazó después a Finn.

—Da las gracias a Sierra por sus recomendaciones para mi vestuario. Seré la señora mejor vestida de Italia.

Por fin, mi madre se volvió hacia mí.

—Adiós, cielo. Intenta no agobiarte mucho este fin de semana. Ah, y dile a Grace que me haga una videollamada en cuanto se vista para la boda. Seguro que va a estar preciosa.

—Lo haré —prometí, intentando una vez más no pensar demasiado en la boda de Ali ni en que, como mi madre no estaría, me tocaba a mí ocuparme del peinado de Grace—. No olvides que hay nueve horas de diferencia horaria con Italia. Deja el sonido de tu móvil activado por la noche, para que podamos llamarte si hay...

—Por favor, no te preocupes —respondió, apretándome la mano—. Todo irá bien y, si pasa algo, X estará conmigo.

Eso no me hizo sentir mejor. Miré a X, que esperaba junto al avión hablando con el copiloto, con las bolsas de viaje en el suelo, a su lado. Mi madre me apretó una mano y me miró con seriedad.

—Si eres capaz de confiarme a Grace, deberías ser capaz de confiar en que sé cuidar de mí misma.

—Confío en ti —respondí, pues era cierto. De lo que no me fiaba era de lo impredecible de la vida—. Pásatelo bien, y nos vemos a la vuelta.

Le di un beso en la mejilla y ella rio, emocionada. Después, salió a reunirse con X, y mis hermanos y yo nos despedimos con la mano desde el otro lado del cristal.

—No te agobies —dijo Liam, dándome una palmada en el hombro—. Mamá estará bien.

—Lo sé.

Pero, si se venía abajo, estaría al otro lado del mundo e, incluso en avión, se tardaría medio día en llegar hasta ella. Sin embargo, no podía pensar en eso, porque necesitaba centrarme en sobrevivir aquel fin de semana. Inspiré hondo, anhelando alguna de las distracciones que siempre ofrecía Eddie, y una de sus sonrisas traviesas.



—¿Por qué no llamamos a la abuela y le preguntamos qué vestido le gusta más? —propuse a Grace, que se acababa de tirar en la cama boca abajo y estaba arrugando uno de los vestidos entre los que estaba eligiendo para la cena de ensayo.

—¡Porque en Italia ahora están durmiendo! —protestó, agitando la cabeza sobre el edredón y enredándose el pelo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté mientras cogía un cepillo, listo para arreglar el desastre encrespado con el que iba a encontrarme.

—Lo he buscado en Google —murmuró molesta.

Llevaba casi una hora ayudándola a prepararse para la cena de ensayo. Un mensaje muy seco de Ali me había informado de que yo solo estaba invitado a la cena, no al ensayo de la ceremonia, y Grace debía estar en el vestíbulo del hotel a las seis. Pero, al paso que íbamos, ninguno de los dos estaría listo a tiempo, porque mi hija era incapaz de decidir entre dos vestidos perfectamente adecuados. Cada vez que yo le hacía una sugerencia, me lanzaba una mirada asesina, capaz de hacerme un agujero en la frente.

Grace se puso en pie, volvió a mirarse al espejo y dejó caer los brazos a los lados.

—¡Este no me gusta!

Se dio la vuelta y atravesó el dormitorio golpeando el suelo con los pies, hasta que la cogí por la cintura y la obligué a sentarse a mi

lado en una de las camas.

—¡Suéltame!

—No hasta que me digas qué te pasa.

—Nada —respondió, pero hizo un puchero para intentar contener las lágrimas que no funcionó.

—*Grace* —dije con suavidad, para invitarla a hablar.

Ella inspiró hondo y sorbió por la nariz.

—No quiero que mamá se case con Sawyer, ¿*vale*?

En cuanto lo dijo se dejó caer contra mi pecho y hundió la cara en mi camisa.

—¿Por qué no? —pregunté—. Creí que habías dicho que él era... ¿*guay*?

—Sí, como persona mayor. Pero no como padrastro. No le gusta estar con nosotras cuando estoy yo, y cada vez que mamá ha cancelado nuestros planes, ha sido para ir a hacer algo con Sawyer. ¿Y si, cuando se casen, cada vez veo menos a mamá? ¡Ahora ya casi no la veo!

Tragué el nudo que se me había formado en la garganta. Eso era justo lo que me había preocupado: la continua falta de constancia de Ali, que estaba empezando a afectar a Grace. Yo jamás habría querido que se sintiera como una molestia estando con ella.

—Eso no va a ocurrir.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque yo siempre me aseguraré de que puedas ver a tu madre, ¿de acuerdo? Seguro que, en cuanto pasen la boda y la luna de miel, las cosas volverán a la normalidad y haréis planes con más regularidad. —Estaba dispuesto a hacer lo que fuera para asegurarme de ello.

Grace sonrió un poco.

—Tienes razón. Todo este rollo de la boda ya casi se ha acabado.

—Exacto. —Le aparté el flequillo de los ojos—. Y, ahora, vamos. Ponte el vestido azul y vamos a bajar antes de que se enfade tu madre.

Grace se puso en pie de un salto.

—*Papáaaaa*, es turquesa —me corrigió al momento—. Como el nuevo color de pelo de Eddie.

Eso me hizo sonreír, mientras le sujetaba el pelo con horquillas. Eddie había vuelto a teñirse algunos mechones hacía poco, y Grace llevaba dos semanas hablando de ello.

—Ya está, mira qué guapa.

Grace asintió mientras miraba su reflejo.

—Estás mejorando mucho.

—Gracias a los tutoriales de YouTube.

Ella chocó su puño con el mío y, cuando se puso los zapatos, la acompañé hasta el salón de baile del hotel, donde se la entregué a Ali. Después, me dirigí al vestíbulo para esperar a que terminara el ensayo de la ceremonia. Al cabo de un rato, mi teléfono vibró al recibir un mensaje. Era Eddie.

Me gusta el traje. Muy en plan James Bond.

Contuve una carcajada.

Sí, estaba pensando en Goldeneye.

Levanté la vista, e intenté buscarla discretamente por el vestíbulo, hasta que la divisé al otro lado, con un grupo de empleados de LockMill que acababa de llegar, entre los que también estaban Noah y Leigh. Ella me miró por encima del hombro y me dedicó un guiño

rápido, en lo que había llamado nuestra señal secreta de espías. Intenté contener una sonrisa.

—¿Por qué no has invitado a Eddie a ser tu acompañante, si vas a dedicarte a lanzarle miraditas todo el fin de semana?

Estuve a punto de dar un salto hasta el techo. Al darme la vuelta, encontré a Max a mi lado, con una bolsa de viaje colgada del hombro.

—¿Qué demonios haces aquí?

—Te he enviado un mensaje para decirte que los del trabajo hemos improvisado un plan de fin de semana.

—Creía que lo haríais en San Francisco —respondí, sorprendido.

—Half Moon Bay solo está a treinta minutos en coche —observó Max—. La mitad de la plantilla viene a la boda, y los demás hemos decidido apuntarnos, y pasar aquí el fin de semana. —Sonrió de oreja a oreja—. Esta noche nos vamos de fiesta.

—Traidor —dije, sacudiendo la cabeza.

Max echó la suya hacia atrás con una risotada.

—Venga ya. No he venido a colarme en la boda. Me quedé contigo en el divorcio, y Ali lo sabe muy bien. Yo solo he venido a beber todo el vino que pueda y crear recuerdos que se me hayan olvidado el lunes.

Solté un gruñido y crucé los brazos sobre el pecho, donde notaba una punzada. No sabía que se presentaría allí *todo el mundo*. La situación con Eddie iba a ser mucho más complicada de lo que había previsto.

Max me dio un codazo.

—¿Ves? A esto me refiero. Si vas a estar todo el tiempo estresado y deprimido por esa mujer, ¿por qué no revocas esa estúpida política tuya y lo haces público de una vez?

Apreté los dientes y me planteé darle un puñetazo.

—Calla la boca —siseé—. Además, no hace falta cambiar la política, porque no hay nada que hacer público.

—Ya —resopló Max—. No creas que no me he fijado en cómo os miráis. Si ahora, hasta guardas M&M's en tu escritorio. No intentes decirme que no hay *nada*. Y si hay algo, no veo por qué te niegas a ser feliz solo por respetar una regla que has establecido tú mismo para apaciguar a Leigh. Ella lo entenderá.

Señalé la puerta del salón donde se estaba llevando a cabo el ensayo de la boda.

—No es una regla arbitraria —protesté—. Se trata de evitar más problemas de los que ya han causado las relaciones románticas en LockMill.

—Puede que Leigh y tú solo tuvierais mala suerte —dijo Max—. A la tercera va la vencida.

—¿No tienes que ir a buscar tu habitación, o algo? —gruñí.

—Sí, pero también creo que deberías hablar en serio con Eddie de lo que está pasando, porque lo único peor que esperar a que esto te estalle en la cara, es perder a Eddie por miedo a que te estalle en la cara.

Tras decir eso, me dio una palmada en el pecho y se dirigió al mostrador de recepción.

—¿Qué has querido decir? ¿Qué está pasando?

Mi pregunta se quedó sin respuesta, porque la puerta del salón se abrió en ese momento, y Ali y Sawyer salieron a recibir al resto de invitados a la cena. Hice crujir mis nudillos, me planté una sonrisa en la cara y me dirigí al salón, resignado a sobrevivir a aquel fin de semana.

Cuando encontré mi asiento, Grace se dejó caer a mi lado y puso la tarjeta con su nombre sobre su plato. Al momento, dejé de pensar en Eddie y lo que había dicho Max, pues me fijé en que mi hija estaba muy abatida.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondió con un puchero.

—¿Cómo ha ido el ensayo? ¿Ya sabes dónde tienes que ponerte, y todo eso?

—Supongo. —Se encogió de hombros.

—Pero ¿qué pasa?

—La próxima vez, quiero ir a Italia con la abuela —respondió, dando tironcitos al mantel—. No quiero ser la niña de las flores en más bodas idiotas.

Cerré el puño y miré a donde estaba Ali, conteniendo mi enfado a duras penas. No entendía cómo podía estar charlando y riendo con sus invitados, como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, mientras nuestra hija estaba tan disgustada.

No quería tener esa conversación allí, pero ¿cuándo, si no? ¿Cuando hubiera destrozado por completo su relación con Grace? ¿Cuando me suplicara que le explicase por qué Grace ya no le hablaba? Estaba seguro de que a Ali le dolería mucho si Grace cortaba todo el contacto con ella. Puede que a mi ex no se le diera muy bien gestionar sus relaciones, su tiempo, o su agenda, pero yo sabía lo mucho que quería a nuestra hija.

Me mordí la lengua durante la cena, pero, en cuanto despejaron la mesa para pasar a los cócteles, busqué a Ali y me reuní con ella en la barra. Ella me miró con la cabeza inclinada y una ceja levantada, de un modo tan similar a Grace que me llegó al alma. ¿Cómo podía ser tan parecida a su hija y, aun así, distanciarse tanto de ella?

—Gracias por tener lista a Grace hoy —dijo.

—¿Qué ha pasado durante el ensayo? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

Hice un gesto hacia donde estaba Grace, al otro lado de la sala.

—Solo ha estado aquí una hora, y ahora no puedo sacarle ni una palabra.

Ali se puso nerviosa.

—¿Así que el mal humor de Grace es culpa mía automáticamente?

—Tienes que esforzarte más con ella —dije—. Debes dedicar tiempo a explicarle bien las cosas, y prestarle la atención que necesite. —Bajé la voz—. Si consigues separarte de Sawyer durante el tiempo suficiente, claro.

—Los celos no te sientan bien —me espetó ella.

—No son celos. Te estoy diciendo que, si sigues así, vas a perder a tu hija.

—Connor, aquí hay cuarenta personas, y todos quieren preguntarme algo, o un poco de mi atención. Y solo estamos en el *ensayo*, esto ni siquiera es la boda. Ando de un lado a otro sin parar. ¿No puedes dejarme un solo fin de semana sin echarme la bronca por...?

—Pero no es solo un fin de semana —siseé—. Son todos los fines de semana que la has dejado tirada últimamente, todas las llamadas de teléfono que se te olvidan, y todas las veces que has cancelado los planes con ella. Sé que estás disfrutando de tu nueva vida, pero ¿cuándo vas a dar prioridad a Grace?

—Creo que ya es suficiente —dijo Sawyer, que se acababa de acercar y se interpuso entre Ali y yo. Era un hombre alto, con la clase de sonrisa arrogante que daba ganas de atizarle un puñetazo—. Este no es el momento ni el lugar, Connor.

—No creo que puedas opinar sobre cómo o cuándo hablo de mi hija con su madre. —La víctima en esas circunstancias era Grace, no Ali

—. Y si uno de los dos os tomarais un instante para preocuparos por Grace y vierais lo mal que lo está pasando, no haría falta discutir este tema.

—Es curioso que tu idea de proteger a Grace siempre suponga trasladar la culpa a otras personas —murmuró Ali.

Abrí la boca para replicar, pero ella estaba mirando, con una extraña sonrisa forzada, a un hombre que se acababa de acercar a la barra.

—¡Señor Singh! —dijo Ali en voz alta—. Me alegro mucho de que haya podido venir.

Perdí las ganas de discutir en cuanto comprendí que Ali estaba saludando al presidente de Pavilion Games, la empresa de distribución con la que yo iba a reunirme el lunes siguiente.

La miré enfadado, preguntándome qué hacía en la cena de ensayo. Era probable que, gracias a los rumores en el sector, Ali se hubiera enterado de con quién iba a firmar LockMill, y el hecho de que lo utilizara para evitar la conversación sobre Grace me hizo hervir la sangre en las venas. Sabía muy bien que yo no montaría una escena delante de Singh, por no crear un riesgo para mi negocio.

Todo aquello era una puta broma.

Apreté los dientes y me dediqué a hablar con todo el mundo como se esperaba, hasta que pude excusarme y volver con Grace, que estaba apuñalando con la cuchara el postre que le habían servido.

—Oye, ¿quieres que nos vayamos ya? —pregunté—. Podemos alquilar una película de miedo y pedir un montón de cosas ricas al servicio de habitaciones.

—De acuerdo, vale —suspiró.

Esto no va a funcionar, pensé mientras salía del salón con una Grace muy entristecida. Había abandonado la esperanza de que Ali entrara en razón por sí sola y, puesto que Sawyer no se apartaba de ella y no tenía el menor interés en relacionarse con Grace, mi hija tenía

razón en preocuparse por ver menos a su madre. Y yo no podía hacer nada, salvo prepararme para otra discusión con ella.

Supuse que era buena cosa tener el número de mi abogado en marcación rápida.

EDDIE

—¿Me estoy moviendo yo, o se mueve el edificio? —pregunté, porque tenía la sensación de que el pasillo del hotel, por el que Leigh y yo avanzábamos en busca de la habitación que compartíamos, se movía como una de esas cintas transportadoras de los aeropuertos.

—¿Tú también tienes la sensación de estar aún en la pista de baile? —preguntó Leigh, que trataba sin éxito de abrir la puerta de la habitación.

—Estás usando una tarjeta de crédito, no la llave —dije, apartándole la mano.

Leigh se volvió a mirarme, sorprendida.

—Entonces, ¿con qué narices he estado pagando las copas?

Me eché a reír, abrí la puerta con mi propia tarjeta y las dos nos precipitamos al interior de la habitación. Leigh se dejó caer boca abajo sobre la cama con un suspiro de alivio, y yo me dirigí al baño, para cambiarme y quitarme el maquillaje antes de perder la capacidad de moverme.

—Ha venido más gente del trabajo de la que esperaba —comentó Leigh—. Ha sido divertido.

Salí del baño con el cepillo de dientes en la boca.

—Seguramente ha sido gracias a Max. Se le da bien convocar a la gente.

—Se le da bien presionar a la gente —resopló Leigh.

—¡E invitar a chupitos!

Me alegraba de haber tenido esa noche para relajarnos y divertirnos, porque al día siguiente, tendría que comportarme en la boda como era debido, teniendo en cuenta la cantidad de contactos que quería hacer.

Me enjuagué en el lavabo y me dirigí a la cama. Leigh se había quitado los zapatos y se tapaba los ojos con un brazo, para evitar la luz.

—Odio hacerte esto —dije, mientras configuraba mi teléfono—, pero he puesto la alarma a las ocho. Tengo que llegar a tiempo a la competición de Alannah por la mañana.

—No pasa nada —bostezó Leigh, haciendo un gesto con la mano—. No creo que me despiertes. ¿Sabes? Me sorprende un poco que Connor no se haya reunido con nosotros esta noche.

El corazón me dio un salto. ¿Por qué lo había dicho en ese tono? ¿Sabía que Connor era el hombre con quien me había liado en la oficina? Darius dijo que no se lo había contado. Carraspeé un poco. *Disimula.*

—Seguro que está demasiado ocupado para perder el tiempo con la gente del trabajo. Además, está aquí con su hija, y tampoco puede dejarla para irse de fiesta con sus empleados.

Leigh apretó los labios.

—Siempre con las excusas. Deberíais admitir vuestros sentimientos. Es evidente que estáis juntos, no sé por qué os molestáis en ocultarlo. Tendrías que lanzarte y decirle que le quieres. Sácalo todo a la luz.

El corazón se me había subido a la garganta.

—Estás borracha.

—Lo estoy.

—Necesitas dormir.

—Lo necesito.

Leigh se puso de lado y yo la tapé con el edredón. Después, apagué las luces y me metí en la cama, con la esperanza de dormirme enseguida para no tener que pensar en todo lo que acababa de decir.

Lo siguiente que supe es que estaban sonando unas campanadas. ¿La alarma? ¿Sirenas?

Me incorporé de un salto y me lancé hacia el móvil. No era la alarma, era una llamada. La pantalla mostraba el nombre de Alannah.

—¿Hola? —pregunté con voz ronca y los ojos clavados en Leigh, oculta bajo una montaña de ropa de cama.

—¿Eddie? —sollozó Alannah.

—¿Qué pasa? ¿Ha ocurrido algo? —pregunté, preocupada.

Ella no dijo nada más, pero no hizo falta. Podía oír los gritos de Simon y Valentina de fondo, y al momento, me sentí transportada a mi propia infancia. La promesa que había hecho a Alannah de que no tendría que enfrentarse a algo así era más fuerte que mi resaca.

—Voy para allá —dije.

Aparté las sábanas y corrí a la puerta en pijama. El hotel donde Alannah se alojaba con el equipo de gimnasia estaba a unos veinte minutos en coche. Cuando llegué, le mandé un mensaje al móvil, porque dudaba de que pudiera oírme con todos aquellos gritos. Alannah abrió la puerta de la habitación despacio, con aspecto agotado, asustado y lloroso.

—¿Estás bien? —pregunté, mientras ella se lanzaba a mis brazos.

Ya estaba casi lista para la competición, con el pelo recogido en un moño tirante en la nuca. Hizo un gesto con la cabeza hacia la habitación contigua, cuya puerta estaba entreabierta.

—Han estado así toda la noche —admitió—. Casi no he dormido, porque no han parado de pelearse.

Me incliné hacia ella con una mano en su hombro.

—Recoge tus cosas.

—¿En serio? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

Asentí. Se suponía que mi padre y Valentina iban a apoyar a Alannah el día de su gran competición. Esa pelea era lo último que necesitaba. Y, además, ¿por qué estaban discutiendo? ¿Por quién la llevaba al campeonato? ¿Quién de los dos había cogido más días libres en el trabajo para acompañarla a los entrenamientos? Aquello era una puta broma.

—Necesito las mallas —dijo Alannah, que estaba metiendo su ropa a toda prisa en una bolsa de deporte—. Y el chándal, para abrigarme entre un ejercicio y otro.

—Cógelo todo —respondí.

Justo entonces, se abrió la puerta de la habitación contigua y Valentina apareció en el umbral, con los rizos alborotados, como si hubiera estado tirando de ellos irritada. Valentina y yo nunca nos habíamos entendido bien; aunque ella era agradable conmigo, siempre habíamos mantenido una distancia cortés.

—¿Eddie? —espetó—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Mi padre apareció detrás de ella, con los brazos cruzados, con aspecto de estar harto y cansado. Yo me los quedé mirando sin expresión.

—Vuestros gritos se oían desde el otro lado de la ciudad.

—*Eddie* —advirtió mi padre.

—Pues ¿qué voy a hacer? —pregunté—. Es obvio que me ha llamado Alannah.

Valentina nos miraba de uno al otro, sin inmutarse lo más mínimo.

—Ahora no es el momento —dijo mi padre con brusquedad—. Alannah tiene que prepararse para el campeonato.

—Exacto. Y veo que los dos la estáis ayudando un montón —repliqué.

—Pues tú no estás ayudando *nada* —protestó mi padre.

—¿Yo? —Puse una mano en el hombro de Alannah—. Estás de broma, ¿verdad? Estáis discutiendo como si un solo gimnasio no fuera suficiente para los dos. El hotel entero se ha enterado ya de vuestra pelea. —Me volví a Alannah—. Venga, coge tu bolsa.

—¿A dónde crees que vas? —exigió Valentina.

—A llevar a Alannah al campeonato —respondí—. La ayudaré a prepararse, y me aseguraré de que llegue a tiempo. Si vosotros dos sois capaces de calmaros el tiempo suficiente para aparecer por allí, genial. Si no, vosotros os lo perdéis. Pero espero que vayáis y estéis dispuestos a olvidar vuestros problemas y apoyar a Alannah.

Mis palabras pusieron fin a la disputa, por el momento. Recogí la bolsa de Alannah, me la eché al hombro y la saqué de la habitación antes de que pudieran protestar. Si Valentina y mi padre no eran capaces de comprender el daño que todo aquello hacía a Alannah, tampoco merecían ir a verla.



Dos horas más tarde, después de dar el desayuno a Alannah mientras ella explicaba su ejercicio a una Leigh con una resaca enorme, y de ayudarla a vestirse para el campeonato, la dejé con su entrenador. Después, fui a sentarme en las gradas con un café solo y me encontré entre mi padre y Valentina, que parecían haber contenido su enfado.

Habían llegado por separado y se estaban negando a mirarse. Deseé que se hubieran sentado cada uno en un lado distinto del gimnasio, pero ellos siempre se ponían juntos, en un lugar donde Alannah pudiera verlos con facilidad. Lo habían hecho así desde que empezó a competir.

Por suerte, ninguno de los dos estaba demasiado interesado en hablar, así que me dediqué a observar a las competidoras de Alannah. Con cada uno de los ejercicios de suelo, me fue quedando clara una cosa: ninguna de aquellas niñas se acercaba al nivel de mi hermana. Lo tenía ganado.

Mi hermana salió al tapiz para comenzar su ejercicio, y yo me puse en pie de un salto y solté un fuerte silbido. Mi padre y Valentina se levantaron también, tensos y a la expectativa. Valentina me agarró del brazo y lo apretó con fuerza cuando empezó a sonar la música pop instrumental de acompañamiento.

Alannah voló sobre el tapiz, en un torbellino de destreza y agilidad. Vitoreé con ganas cuando clavó la primera diagonal, mientras ella sonreía con los brazos alzados al cielo. Después, se dirigió bailando a la otra esquina del tapiz, mientras yo aplaudía con todas mis fuerzas y Valentina me apretaba el brazo aún más fuerte. Alannah se preparó para la siguiente diagonal con una inspiración profunda, y echó a correr.

Rápido.

Más rápido.

Se preparó para la siguiente ronda de volteretas. La observé saltar y girar en el aire, hasta que, de repente, vi con asombro cómo perdía el apoyo y caía fuera del tapiz.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Valentina en un respingo, antes de cubrirse la boca con las manos—. *¡No!*

—Nunca se había caído durante esta parte —observó mi padre.

—Mierda —murmuré.

Había sido mala suerte, pero... Si conseguía recuperarse, podía salvar el ejercicio. Sin embargo, me quedé mirando horrorizada cuando Alannah parpadeó, miró a la mesa de los jueces y, después de ponerse en pie, salió corriendo de la zona del ejercicio, pasó junto a su entrenador y el equipo, y desapareció en los vestuarios.

Más mierda.

Valentina me soltó y salió corriendo hacia donde estaban los jueces, con mi padre pisándole los talones. Yo me apresuré a ir a buscar a Alannah y la encontré acurrucada en un rincón del vestuario, con la cabeza apoyada en las rodillas.

—Oye —dije con suavidad, sentándome a su lado—. Soy yo.

Ella no respondió.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño, o algo?

—Estoy bien —murmuró sin levantar la cabeza.

—Vale. Bueno, la buena noticia es que ya ha pasado lo peor, así que las cosas ya solo pueden ir a mejor.

Alannah levantó la cabeza y me miró enfadada, con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Cómo? —exigió—. ¿Cómo van a ir a mejor?

—Venga ya. —Le di un golpecito en el codo—. ¿Qué dice siempre tu entrenador cuando te caes? Cuanto antes te levantes, antes...

—¡No quiero levantarme! —exclamó—. ¡Estoy harta de levantarme, y de ver el lado bueno y de sonreír cuando todo va de pena! Así que, si has venido a decirme eso, ¡ya puedes largarte!

La potencia de su estallido me sorprendió, porque nunca me había gritado así, pero, cuando se me pasó la sorpresa, comprendí que tenía razón. Decirle que todo iba a ir bien no la ayudaría, porque yo no tenía ni idea de si sería así.

—No pienso dejarte —le dije con suavidad—, y si vas a quedarte aquí y estar triste, podemos hacer eso las dos.

Abrí una mano y la puse junto a la suya con la palma hacia arriba. Al cabo de un momento, Alannah la cogió, sollozando con suavidad.

—No sé si puedo volver a salir ahí —admitió al cabo de un rato, y se limpió la nariz en el brazo—. Cada vez que cierro los ojos, lo único que oigo es a papá y mamá peleando, gritando más fuerte que la música.

—Entonces, podemos irnos —dije—. Haremos alguna otra cosa. Algo divertido.

Alannah suspiró.

—No tengo muchas ganas de divertirme.

La miré, tratando de contener las lágrimas a base de pestañear. Me identificaba con ella más de lo que quería admitir.

—Tienes razón, ¿sabes? La diversión ayuda durante un rato, pero el dolor no desaparece. A mí aún me duele el divorcio de mis padres, a pesar de todos los años que han pasado. Pero eso no significa que todo fuera mal —dije, buscando el aspecto positivo—. Si mis padres hubieran seguido juntos, nunca te habría conocido. Sé que no quieres que te diga que veas el lado bueno, y lo entiendo muy bien, pero, para mí, tú eres algo muy positivo de ese divorcio.

Aquello arrancó una ligera sonrisa de Alannah.

—Da igual cómo quieras enfrentarte a esto —continué—, yo te apoyaré. Si quieres que nos escapemos por una puerta lateral, la encontraré. Si quieres que te lleve de vuelta al hotel, lo haré. Y si quieres que sigamos sentadas aquí, eso haremos.

Alannah se mordió el labio y levantó un hombro.

—Creo que aún tengo que hacer mi ejercicio en la barra fija.

—¿Quieres volver ahí dentro? —pregunté, con los ojos muy abiertos.

Ella se sujetó las rodillas con las manos.

—Creo que sí, pero me parece que quiero cambiar la música. Esa canción tan alegre no pega mucho. Hoy no.

—Vale, con la música puedo ayudarte, no hay problema —dije, sacando el móvil para abrir Spotify.

Cuando elegimos la canción adecuada, volvimos con el resto del equipo y me quedé junto al tapiz mientras Alannah subía a la barra fija. Contuve la respiración, esperando que el error anterior no afectara a su rendimiento en ese ejercicio. La observé realizar un movimiento correcto tras otro, y me dejé llevar por la emoción que me provocaba la balada que había elegido. Ella había acertado: la música pop alegre tampoco encajaba con mis sentimientos. Mi hermana pequeña lo estaba pasando muy mal, y mi padre nos estaba obligando a presenciar cómo se cargaba su segunda familia. Puede que una parte de mí estuviera temiendo la boda del día siguiente, no porque no quisiera ir, sino porque quería asistir *con* Connor. Quería ser su acompañante, la persona a la que mirase mientras bailaba y el resto del mundo desaparecía.

La música fue llegando a su momento álgido y noté una opresión en el pecho. Lo froté un poco, al tiempo que comprendía algo aterrador: estaba colada por Connor. Me había *enamorado* de él.

Había prometido dejarlo antes de comprometerme, pero ya era demasiado tarde. Ya me había comprometido y, al igual que Alannah sentía que lo estaba perdiendo todo, yo sabía que también me arriesgaba a perderlo todo si mi relación con Connor se iba a pique.

CONNOR

—**W**hiskey con hielo —pedí al camarero después de la cena de la boda.

—¿Lo quiere doble?

Negué con la cabeza, porque quería ir con calma. Primero, porque esa noche mi trabajo era ser la pareja de baile de Grace; segundo, porque prefería no volver al día siguiente a San Francisco con resaca y, tercero, porque necesitaba mantener la cabeza despejada en caso de que alguno de los invitados de Ali quisiera hablar de trabajo conmigo.

Cogí el vaso y bebí un poco de licor color ámbar, mientras observaba a Leigh bailando con Grace en la pista. No lo estaba pasando demasiado mal, pero tampoco estaba disfrutando de pasar la noche en la boda de mi ex. Lo cierto era que habría preferido quedarme con Eddie y Grace en la habitación del hotel, viendo programas malos de telerrealidad y comiendo una bolsa gigante de M&M's.

Y hablando de Eddie... Intenté encontrarla entre la multitud. Había puesto todo el cuidado posible en no lanzarle miradas demasiado largas, ni dar a nadie razones para preguntarse si habría algo entre

nosotros, pero no había sido fácil apartar la vista de ella, con lo guapísima que estaba.

Llevaba un vestido brillante color azul medianoche que se pegaba a sus caderas de un modo que reclamaba atención. *Mi* atención. Cómo deseaba deslizar las manos por sus curvas, acercarla a mí e inspirar el aroma dulce de su piel, mientras la hacía girar por la pista de baile.

Fruncí el ceño. ¿En qué cojones estaba pensando? Y qué diablos hacía, ¿mirarla con la esperanza de que me dedicara nuestra señal secreta de espías?

Me volví y me apoyé en la barra para sacar el móvil y revisar mis correos electrónicos, y abrí un mensaje de mi abogado, que había llegado unos quince minutos antes. Aquel hombre no dormía nunca.

Podemos intentar que Ali acepte un acuerdo de custodia más formal, había escrito Ben, pero es probable que tengamos que llevarla a juicio otra vez. Si estás dispuesto a empezar el proceso, prepararé los documentos esta semana.

Suspiré, porque no quería convertir aquello en otro espectáculo, pero no se me ocurría otra forma de avanzar. Escribí mi respuesta.

Ponte con ello.

Guardé el teléfono, e intenté olvidar todos los problemas durante esa noche. Debía centrarme en que Grace lo pasara bien, y eso incluía dejarle comer cuanto quisiera de la fuente de chocolate que Ali había incluido entre los postres. Al mirar a mi alrededor y considerar lo excesivo de aquel evento, sentí una extraña frustración. Ali y yo nos habíamos casado en el ayuntamiento. Yo me había puesto una maldita camisa de esmoquin que Finn tenía por ahí, y no habíamos montado un... espectáculo como aquel. A decir verdad, ninguno de los dos lo había considerado necesario; ambos sabíamos que no iba a ser un matrimonio de cuento de hadas, y eso no nos suponía ningún problema. Nos habíamos comprometido por

el bien de Grace, aunque, tal vez, yo había sido un idiota por creer que ese acuerdo sería suficiente.

Al fijarme en que Grace ya no estaba a mi lado, volví a mirar a mi alrededor y, por fin, la encontré en la mesa de Ali, tirando del vestido de su madre para llamar su atención. Ali sacudió la cabeza y la apartó, totalmente absorta en una conversación con unos amigos que vivían en otra ciudad. Grace pareció disgustada y se alejó entristecida, con la cabeza baja.

El enfado empezó a acumularse en mi pecho, con una sensación ardiente que aumentó cuando me terminé el whiskey. Volví a sacar el teléfono y escribí un mensaje a mi abogado. *Cuanto antes, mejor.*

Si no era capaz de convencer a Ali de que Grace debía ser su prioridad, tal vez la ley lo conseguiría. Me acerqué a donde estaba Grace, la cogí del hombro con una gran sonrisa y la llevé a bailar conmigo otra vez. Eddie también estaba bailando en la pista, y pasamos por su lado varias veces. Me fijé en que ella había bailado cada vez con un empleado de LockMill diferente, y que sonreía y parecía estar pasándoselo bien, cosa que debería haber hecho conmigo. La idea me provocó una punzada de celos.

—¿Puedo comer algo? —preguntó Grace cuando acabo la canción.

—Sí, pero no te pases mucho con el chocolate —advertí.

Ella me dedicó una sonrisa traviesa, y yo le hice una foto y se la envié a mi madre. Sabía que era de madrugada en Italia, pero apenas había sabido nada de ella desde que habían llegado al país. Solo había recibido una foto aquella mañana, donde aparecía mi madre delante de un paisaje italiano precioso, con un mensaje:

A primera hora de la mañana, en el set con X.

Desde entonces, no había enviado nada más.



Una hora más tarde, me encontraba de nuevo en el bar cuando Sawyer me acorraló, envuelto en una nube de perfume demasiado intenso, como leñoso. Llevaba el pelo rubio repeinado hacia atrás y no había estado sin una bebida en la mano desde que terminó la ceremonia. Me dio una palmada en el hombro y apretó los dedos, de un modo que me hizo enderezarme y mirarlo con desconfianza.

—Quítame la mano de encima —ordené, con voz tensa.

Él conservó la sonrisa, pero una que no era nada amistosa.

—¿Te importaría explicarme por qué el abogado de Ali la está llamando durante nuestra boda?

Mierda. Me llevé la mano al teléfono de forma automática. Cuando había dicho a mi abogado que, cuanto antes, mejor, debí haberle aclarado que no tenía que ser esa misma noche. Bueno, eso era culpa mía, me había pasado de la raya, pero ya llevaba tres copas y empezaba a pensar que, tal vez, esa era la llamada de atención que necesitaba Ali.

—¿De verdad tenías que fastidiarlo todo? —dijo Sawyer, cuya expresión cambió para dejarme ver lo irritado que estaba.

—Mira —empecé, sin intención de disculparme con él—. He aguantado esto durante meses y he dado tiempo a Ali para aclararse las ideas, planear la boda y, básicamente, dejar de lado todas sus obligaciones maternas para con Grace. Pero ahora ya se ha terminado lo de la boda y Grace la echa de menos. Y toda esa tontería tuya de que «no vales para padrastro» está contribuyendo a que Ali ignore a Grace del todo.

Sawyer sacudió la cabeza.

—Grace ya tiene un padre, no espera que yo haga ese papel.

—Y también tiene una *madre*, y no tiene por qué tolerar que tú te interpongas en su relación con ella —gruñí.

—Tu problema es que no te gusta que Ali haya pasado página —dijo Sawyer, clavándome un dedo en el pecho.

—No me toques —le advertí.

—Supéralo, Lockhart. Olvídate de *ella*.

No pude evitar poner los ojos en blanco. ¿En serio creía que ese era el problema?

—Me importa una mierda con quién esté Ali. No quiero que sea mi mujer, ni mi novia. De hecho, a la vista de cómo se ha comportado últimamente, ni siquiera quiero que sea mi *amiga*. Pero, me guste o no, es la madre de Grace, y ya va siendo hora de que vuelva a comportarse como tal.

Sawyer ni siquiera me escuchó. Parecía un toro, que solo veía un capote rojo.

—Mi tarea es asegurarme de dar a Ali lo mejor para ella, y eso no incluye una llamada de su abogado justo ahora, entre todas las malditas noches posibles.

—Bueno, así tiene algo en lo que pensar durante la luna de miel.

Sawyer me miró con desdén.

—Controla a tu abogado, Lockhart. Al menos, hasta que volvamos de la luna de miel.

—No —gruñí, nada dispuesto a permitir que aquel tío me diera órdenes.

—Si lo haces —argumentó él—, puede que no me sienta obligado a hablar con el director de esa agradable empresa de distribución con la que piensas firmar mañana.

—Hablar ¿de qué? —pregunté, poniéndome en alerta.

—De cómo tú y esa mujer del pelo azul no dejáis de comeros con los ojos. ¿O es que creías que no me iba a dar cuenta? La mitad de los

invitados a la boda ya han deducido que os acostáis juntos. Se llama Eddie, ¿no? Y es empleada tuya en LockMill, ¿verdad? LockMill, ¿la empresa donde tenéis una política que prohíbe las relaciones románticas?

¿Qué cojones acaba de decir? Parpadeé como si no le hubiera entendido.

—Estoy seguro de que al señor Singh le interesará mucho saber que al director ejecutivo de LockMill le encanta follarse a las empleadas —dijo Sawyer en tono ligero.

Tragué con dificultad y apreté con fuerza mi copa, hecho una furia.

—No vuelvas a amenazarme, Sawyer. No te gustarán las consecuencias.

A falta de un mes para lanzar el juego al mercado, no podía arriesgarme a perder a la empresa de distribución. Si Pavilion se echaba atrás, no tendríamos nada más que un montón de código escrito, y mucho tiempo perdido. Ni Protocolo de Juni, ni nada.

Pero no estaba dispuesto a aguantar sus mierdas. Estaba a punto de descargar mi ira sobre él cuando me interrumpió el DJ.

—¡Y ahora! —aulló por los altavoces— ¡quiero invitar a Grace y Ali a la pista, para un baile especial de madre e hija!

—Controla a tu abogado —repitió Sawyer, agarrándome de las solapas de la chaqueta.

—No.

Lo aparté de un empujón. A la mierda con *Shadow*, Grace era más importante. Siempre sería lo más importante para mí. Ali podía permitirse distracciones, pero yo nunca elegiría un juego antes que a mi hija. Abrí la boca para decir a Sawyer que mi abogado estaría esperando una respuesta con impaciencia cuando, de repente...

¡Crash!

EDDIE

Parpadeé con fuerza, con la sensación de que la cabeza me daba vueltas y me zumbaban los oídos. ¿Por qué mi lengua parecía demasiado grande para mi boca?

Volví a parpadear. Más despacio.

Ay, eso dolía. ¿Qué había pasado?

Levanté una mano y me apreté la frente con cuidado. Estaba pegajosa y olía a piña, granadina, y a algún tipo de alcohol bastante potente. ¿Había tropezado y caído sobre la barra? Me apoyé sobre los codos y, al levantar la cabeza, di un respingo. Parecía que alguien me hubiera clavado una aguja de hacer punto en la sien. Cuando conseguí enfocar la vista, encontré la cara de Grace, manchada de chocolate y lágrimas, delante de mí.

—¿Eddie? —preguntó, en una voz a la vez demasiado fuerte, y muy lejana—. ¿Estás bien?

Le tendí una mano y ella la cogió.

—Ten cuidado —dijo con un sollozo—. Hay cristales rotos.

—¿Te has hecho daño? —pregunté.

—Estoy bien —respondió, con una sacudida de la cabeza—. ¿Y tú?

—Estoy...

No lo tenía muy claro. La bruma que tenía en la cabeza se estaba empezando a disipar, pero los recuerdos aún estaban fuera de mi alcance. Algo relacionado con cristal. Grace. La enorme pirámide de copas del cóctel personalizado elegido por Ali y Sawyer. Al cabo de un momento, empecé a recordar los detalles, e hice una mueca al comprender lo ocurrido.

Estaba con Grace junto a la mesa de los postres, preparando una enorme brocheta de frutas que pensábamos bañar en chocolate, cuando Ali se acercó a toda prisa y exigió a Grace que la acompañara a la pista para el baile de madre e hija. Grace se había negado y dijo que se lo pasaba mejor conmigo. Había habido... ¿una pelea? Y luego pasó algo... y algo más... Y, al final, el suelo.

Uffffff.

—¿Eddie? —preguntó Grace con preocupación—. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien —dije, para intentar tranquilizarla, porque tiraba de mi brazo con desesperación.

Dejé que me ayudara a incorporarme, aunque eso me hizo sentir mareada durante unos segundos, hasta que volví a recomponerme. Hice otra mueca al darme cuenta de que estábamos rodeados de un grupo de invitados, que se confundían unos con otros en un muro de trajes negros.

—¡Grace! —exclamó una voz y, al volverme, vi a Connor abriéndose camino a empujones entre la multitud, como una especie de ángel vengador.

Justo lo que necesitaba en ese momento después de perder, y con mucho, la batalla contra la mesa de postres.

—¡Papá! —gritó Grace, lanzándose a sus brazos.

Yo tendí una mano hacia él, pero no pareció darse cuenta. Se giró hacia el otro lado, apoyó una rodilla en el suelo y palpó todo el cuerpo de Grace con las manos, como si fuera una muñeca de porcelana y estuviera comprobando si se había roto.

—¿Estás bien? Dios, estás empapada de... ¿Qué diablos es eso? ¿Ginebra?

—Estoy bien —dijo Grace, apartándole las manos.

—Entonces, ¿por qué lloras? —Le levantó los brazos para comprobar si tenía golpes o cortes—. ¿Te has cortado?

Ella bajó los brazos con una sacudida.

—¡Que no me pasa nada! —repitió en voz más alta, pero con labios temblorosos—. No quería empujar la mesa, ha sido un accidente.

—Claro que lo ha sido —dijo Connor.

—Estaba enfadada y, de repente, todo se ha venido abajo!

Volvió a lanzarse a los brazos de Connor y él la abrazó de un modo muy dulce, con una mano en la parte posterior de su cabeza. Era realmente encantador, pero yo no pude evitar sentir amargura por el hecho de que ni siquiera me hubiera mirado. Entendía muy bien que Grace fuera lo más importante para él, pero... ¿Era demasiado pedir ser la siguiente?

—Respira despacio —indicó Connor, dando golpecitos a Grace en la espalda mientras lloraba—. No pasa nada.

—Mamá estaba muy enfadada —dijo Grace—. Se ha marchado hecha una furia. Creo que le he estropeado el vestido.

—No te preocupes por eso.

A Ali le iba a costar la vida quitar de la seda blanca del vestido aquel mejunje pegajoso a base de granadina. Sus damas de honor iban a sudar tinta, pero me imaginaba que podía haber sido peor. Se le

podía haber caído encima la fuente de chocolate, y pasarse el resto de la noche con aspecto de haber tenido una emergencia intestinal.

En cualquier caso, no importaba nada de eso, porque Connor estaba ahí, y yo le quería. Por esa razón había estado junto a la mesa de postres con Grace. Intentaba tantearla, a ver si me daba alguna indicación de que le podría parecer bien mi relación con su padre. Era lo bastante mayor como para entenderlo, y yo estaba bastante segura de caerle bien. Y, si Grace me daba su bendición, ¿qué otra cosa se interpondría entre nosotros? Solo esa estúpida política del trabajo que Connor había implantado, y de la que se podría librar con facilidad.

—Connor —empecé, haciendo un gesto hacia él, pero él se apartó de mí e hizo una señal a un hombre mayor vestido de esmoquin.

—¿Puedes pedir a la gente que se aparte? No queremos que se resbale nadie más.

—Cuidado con las rodillas —advirtió aquel hombre, mientras señalaba el lugar en el que Connor estaba agachado—. Hay cristales rotos.

—Gracias, Vikram —respondió Connor.

Vikram... Fruncí el ceño. ¿Por qué aquel nombre me resultaba conocido?

—¿Connor? —repetí en voz baja.

¿Por qué no me miraba? Me apreté la sien con una mano, e hice una mueca al notar que la presión aumentaba el dolor.

—Señor Singh —dijo un hombre joven que se había acercado con rapidez para ayudar al invitado a quien Connor había pedido que apartara a la gente de la zona.

Un momento. ¡Vikram Singh! ¿Era el señor Singh, de Pavilion Games? ¿La empresa de distribución con la que Connor iba a firmar un contrato al día siguiente? ¿Por eso me había estado ignorando?

¿Porque no quería reconocer a su novia secreta delante de su nuevo socio en la distribución? Aquella idea me pareció espantosa, y eso me dolió aún más de lo que me dolía la cabeza.

—¡Connor! —exclamé en voz más alta, con más urgencia, mientras un desconocido me ayudaba a levantarme.

No hubo respuesta.

De acuerdo, muy bien. Daba igual. Me di la vuelta y me alejé cojeando, en busca de ayuda, es decir, de un poco de agua y un analgésico del tamaño de un puño. Y, si tenía suerte, algún lugar en el que pudiera quitarme los zapatos sin peligro de pisar cristales rotos. No creía haberme torcido nada, pero tenía golpes por todo el cuerpo, y caminar con tacones exigía un nivel de coordinación del que no me sentía capaz en ese momento.

De repente, una mano me rodeó el brazo y alguien tiró de mí hasta apretarme contra una pared de músculo. Me volví hacia un pecho que me resultó familiar, y me apoyé sobre él, agradecida de que Connor hubiera reaccionado por fin. Tal vez le había abrumado la preocupación por Grace. Le sonreí, pero la sonrisa se me heló en la cara cuando, en lugar del cariño o la preocupación que esperaba ver, encontré una mueca de enfado.

—¿Qué cojones ha pasado?

Me masajeeé la frente para aliviar el dolor que sentía detrás de los ojos.

—Necesito que vigiles ese tono, porque da la impresión de que crees que todo esto ha sido culpa mía.

Connor levantó las manos y, durante un momento, pareció no saber qué decir.

—¿Y qué quieres que piense? Estabas en medio de todo ese desastre, y Grace podía haberse hecho mucho daño.

Apreté los dientes, pero eso hizo que me doliera aún más la cabeza.

—Para tu información, no soy yo la responsable del estropicio. Ali se ha enfadado porque Grace se ha negado al baile de madre e hija.

Hice una mueca, porque la cabeza me dolía más al hablar, pero seguí adelante.

—Creo que Grace llevaba toda la noche tratando de pasar un rato con su madre, pero Ali no le ha hecho ningún caso; así que Grace ha decidido devolverle la pelota y Ali no se lo ha tomado bien. La cosa se ha puesto un poco tensa y Grace se estaba agobiando, así que he intervenido para defender su derecho a tomar decisiones. Ali ha dicho algo desagradable por lo bajo y Grace la ha empujado.

—¿La ha empujado?

—Sí. Entonces, Ali ha chocado conmigo, yo he chocado con la mesa de las bebidas y... Bueno, ya has visto el resultado. —Liberé mi brazo de un tirón y le clavé un dedo en el pecho, con ganas—. Lo que hacía era defender a tu hija, pero gracias por preocuparte por mí.

Connor apretó la mandíbula.

—Pues a mí me *preocupa* que no me hayas quitado ojo de encima en toda la noche. ¿Qué hay de lo de disimular? ¿Lo de ser espías?

—¿De qué estás hablando?

—¡Al parecer, la mitad de los invitados creen que hay algo entre nosotros! Así que, perdona por tratar de evitar que Singh se diera cuenta de ello.

Sacudí la cabeza, lo que fue un grave error y me hizo gemir de dolor.

—Pues ahora mismo, Singh y Pavilion Games me importan una mierda.

—Pues debería importarte, porque *Shadow* está a un pelo de perder...

—¿Y eso te parece una excusa? —le interrumpí—. Estaba tirada en el suelo, me había hecho daño. Tu hija estaba tan preocupada por

mí que se ha echado a llorar, ¿y tú ni te has molestado en ayudarme a levantarme del maldito suelo? Y todo eso, ¿para qué? ¿Para asegurarte de que el jefe de Pavilion Games sepa que la gente que trabaja para ti no te importa un bledo?

—Baja la voz —advirtió Connor entre dientes.

—Y si no, ¿qué? ¿Te da miedo que la gente nos vea? —Agité los brazos al aire, con la intención de montar un numerito—. ¿Te da miedo que piensen que somos adultos y hemos tomado una decisión de adultos? —Dejé caer los brazos—. ¿Sabes una cosa? Me da igual. No hace falta que sigas hablando conmigo. Las únicas cosas que estás dispuesto a admitir que te importan se han quedado ahí atrás.

Él volvió a agarrarme del brazo.

—¿De qué diablos estás hablando?

—Sé que soy más importante para ti que unos cuantos revolcones a media tarde, y yo siento lo mismo. Te habrías dado cuenta si no fueras tan cabezota, así que ¿por qué tiene que ser un secreto tan enorme? ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

—Eddie —masculló él—, tú sabes por qué.

—No, no lo sé, la verdad. Todas las personas con las que he hablado parecen creer que sería una buena idea admitir abiertamente lo que somos.

Él me miró con suspicacia.

—¿Con quién has hablado?

—Max, Leigh... —Hice un gesto hacia el centro del salón—. Y ni siquiera les he dicho nada, ellos ya lo sabían. Por eso he ido a hablar con Grace. Quería que diera el visto bueno a nuestra relación. Se me ocurrió que, tal vez, eso te haría comprender que no hace falta que sigamos ocultándonos. Porque yo ya no me conformo con una relación a medias. Quiero ir en serio.

Al oír eso, me soltó y, poniéndose más pálido, se apartó de mí como si le hubiera golpeado.

—No le habrás dicho eso a Grace, ¿no? —preguntó.

Se me cayó el alma a los pies.

—¿No crees que ya es hora de que...?

—¿Se lo has dicho a Grace? —exigió, con tanta intensidad que me provocó un escalofrío.

—No. ¡Por Dios!

Él soltó un suspiro de alivio y dejó caer los hombros, como si le hubieran quitado de encima el peso del mundo. Y fui yo quien recogió esa carga. ¿Tanto le aterraba la idea de que Grace supiera que teníamos una relación? Porque, si era así, ¿cómo íbamos a estar juntos? Su hija era la persona más importante de su vida y, si no podíamos tener una relación de verdad delante de ella, sería imposible tenerla. Luché para contener un temblor.

—Si así es como reaccionas ante la idea de que Grace se entere de lo nuestro, me parece que no debería haber nada «nuestro».

Los ojos de Connor centellearon, pero no supe si con una advertencia, o una punzada de desesperación. ¿Me quería, o no?

—Lo digo en serio —insistí con voz ahogada—. Esto se acaba aquí, a menos que me des una razón para seguir.

Pídeme que siga. Pídeme que siga. Pídemelo, supliqué en silencio.

Connor apretó los labios con fuerza y sacudió la cabeza.

—No puedo.

Solté un bufido y me di la vuelta, antes de que pudiera ver las lágrimas que se agolparon en mis ojos. Necesitaba marcharme de aquel lugar, así que me alejé de él con el corazón dolorido, además

de la cabeza. Conseguí salir del salón, antes de dejarme caer en brazos de Leigh.

—Estás sangrando —observó ella.

—¿Qué? —Giré el brazo hasta encontrar un corte pequeño en un lado de mi mano—. Me he debido cortar con un cristal. No es nada.

Me tambaleé, a punto de perder el equilibrio, y me apoyé en su brazo.

—Es algo —insistió Leigh—. Te has caído y te has dado un golpe en la cabeza. Al menos déjame llevarte al hospital para que te echen un vistazo.

Miré hacia el salón, aún con la esperanza de que Connor saliera corriendo a disculparse conmigo y decirme que no quería que le dejara, pero la puerta no se abrió.

—De acuerdo.

Me volví hacia Leigh y dejé que me sacara de allí, mientras me prometía a mí misma que no iba a llorar.

CONNOR

Sentí una sensación desagradable en el estómago cuando Eddie se alejó de mí. Se me había revuelto y tenía náuseas, pero las contuve.

...Me parece que no debería haber nada «nuestro».

Sus palabras me habían dolido, y las sentía como una herida rasgada en mi pecho que apuntaba directa a mi corazón, aunque ese no era el momento de pensar en el tema. *Joder*. Qué desastre. Sawyer, el abogado, Grace, la torre de malditos cócteles que había acabado en el suelo. Y Eddie.

Eddie.

Eddie.

No. Ya estaba bien. Debía dejarlo de lado. En ese momento, necesitaba centrarme en Grace y asegurarme de que se encontraba bien después de la confrontación con Ali. A continuación, debía asegurarme de que no hubiera ningún problema con el señor Singh, en caso de que Sawyer le hubiera dicho algo.

Miré entre la multitud de invitados, buscando a Grace, hasta que un tintineo de cristales llamó mi atención. Al volverme, vi que los empleados estaban limpiando el desastre del suelo a toda prisa, bajo la dirección de un gerente muy arisco. Y allí, observándolos, estaba Grace.

—Grace —llamé, acercándome a ella a toda prisa para reconfortarla.

Ella se apartó de mí con una mueca, y el corazón se me encogió.

—Siento haberte gritado antes —dije, mientras me agachaba para mirarla a los ojos—. Sé que te has asustado, pero es que me preocupaba que te hubieras hecho daño.

Fui a ponerle una mano en el hombro, pero ella se apartó para evitar el contacto.

—¿Qué pasa, cielo? —pregunté, con el ceño fruncido.

—¡Estoy enfadada contigo! —protestó ella.

La miré parpadeando. ¿Enfadada conmigo?

—¿Qué? ¿Por qué?

Ella me miró enfadada, y su naricilla se dilató un poco.

—Te he seguido. He oído lo que le has dicho a Eddie cuando le has echado la culpa de este lío.

—Tú no te preocupes por eso —le aseguré—. No era nada serio, solo cosas que dicen los adultos.

—¿Por qué me hablas como si no lo entendiera? —Dio una patada en el suelo y cruzó los brazos, en una réplica tan perfecta de un gesto de Ali, que me dolió verlo—. ¡Ha dicho que estáis juntos, y no me lo habías contado!

—Grace, no te preocupes por lo que pase entre Eddie y yo.

—¡No estoy enfadada por eso! —exclamó—. Le has dicho a Eddie que se fuera por mí, y ni siquiera me has pedido mi opinión. ¡Al menos, Eddie quería preguntármelo! —Sus ojos se entornaron aún más—. ¡Eres igual que mamá, cuando empezó a traer a Sawyer sin hablar conmigo!

Me quedé atónito. La comparación me dolió mucho. Tan solo había querido proteger a Grace para que no se preocupara porque alguien se entrometiera en su vida tan pronto después del divorcio. Pero, a pesar de mis buenas intenciones, no había podido evitar fastidiarlo todo, de todos modos.

—¿Por qué no me hablaste de Eddie? —exigió.

—Estaba... Me preocupaba que las cosas cambiaran demasiado para ti tan pronto después del divorcio.

—Pero si estamos en la boda de mamá, literalmente —resopló Grace.

—Exacto, cielo. Creo que eso ya es un cambio bastante grande para ti.

—No —declaró Grace—. Lo que digo es que las cosas ya han cambiado mucho para mí. ¡Y las he aceptado! ¡También podía haber aceptado esto! Eddie me cae bien, y no soy un bebé.

Sí, sí que lo era. Era mi bebé, y siempre lo sería. Sentía la misma necesidad de protegerla que sentí la primera vez que la enfermera la había puesto en mis brazos al nacer. Pero decírselo en ese momento no ayudaría en nada.

—Tienes razón, ya no lo eres. Siento mucho no haberte dicho nada antes. Y también siento que esta noche haya sido tan complicada. —Intenté contener la emoción que se había agolpado en mi pecho y amenazaba con abrumarme. Solo quería salir de aquel maldito salón—. Podemos subir a la habitación ya, si quieres.

—No —dijo ella, levantando la nariz con altanería—. No quiero irme. Vete tú si quieres.

Y, tras decir eso, se alejó, con los puños apretados a los lados. No tenía forma de convencerla para que nos fuéramos, y tampoco podía abandonarla allí, así que hice lo único que pude y me dirigí de vuelta a mi mesa, considerando si tomarme otra copa. Tras solo un minuto, decidí que la respuesta era no: esa no era la noche para ahogar mis penas en alcohol. No, mientras tuviera a Grace a mi cargo. Así pues, me senté en mi silla y me dediqué a ver cómo mi hija bailaba con todo el mundo menos conmigo.

Estaba bien.

Su reacción no me dolía.

Había tomado la decisión correcta al rechazar a Eddie. Liarme con ella había sido una idea horrible desde el principio, y había establecido la política de prohibición de relaciones precisamente para una situación como esa. Me había dejado llevar por mis propios deseos egoístas, y las consecuencias me habían estallado en las narices, como debí haber esperado desde el principio.

Eddie había eliminado la distancia profesional, con sus lecciones de diversión, su positividad incesante y las continuas réplicas afiladas que siempre tenía en la punta de la lengua. ¡Y yo se lo había permitido!

Pero ya no habría nada más de eso. Eddie tenía razón. Habíamos terminado. Porque, por muy mal que hubieran ido las cosas durante el divorcio, durante aquel periodo, Grace no había dicho ni una sola vez que estuviera enfadada *conmigo* y, sin embargo, ahora ni siquiera quería mirarme.

Saqué el teléfono del bolsillo, con la esperanza de distraerme, pero era demasiado temprano para que mi madre estuviera despierta. Me planteé enviar un mensaje a mis hermanos, pero se darían cuenta de que algo no iba bien, y yo no tenía ganas de explicárselo.

Me sentí aún más fastidiado. Me cabreaba que mi madre apenas se hubiera acordado de nosotros ese fin de semana. Ella sabía lo difícil que sería la boda para mí. ¿Estaría tan absorta en su romance que su propia familia ya no le importaba?

Me temblaba la mano, y cerré el puño. ¿Por qué tenía la sensación de estar perdiendo a mi madre, a Grace y a Eddie en un solo fin de semana?

Acostarme con Eddie había sido un error. Asistir a la boda había sido un error. Y permitir que Grace se viera arrastrada al centro de los problemas había sido el error más grave de todos. Era solo una niña, y ser una niña debería ser su única preocupación. Nada más. Esa era la vida que yo quería para ella, no una en la que tuviera que estresarse por las vidas de sus padres.

No quería verla crecer demasiado deprisa, ni que tuviera una infancia como la mía.

Lo había echado todo a perder.

Inspiré hondo y dejé el teléfono sobre la mesa. Lo que necesitaba era una noche para aclararme las ideas. Al día siguiente, me dedicaría a hablar con el abogado, atender cualquier preocupación que pudiera tener el señor Singh y rogar por que Pavilion Games siguiera dispuesta a firmar el acuerdo de distribución.

Una canción siguió a otra, el DJ hizo más anuncios y, después de lo que pareció un siglo, Grace se acercó a mí, aún de mal humor, pero agotada.

—Sigo enfadada contigo —anunció—. Pero ya me quiero ir a la habitación. —Empezó a alejarse, pero se detuvo, se volvió y me tendió una mano—. Te dejo que me acuestes.

Me tragué la bocanada de emoción que me atenazó la garganta. Tal vez, ella no me perdonaría esa noche, pero al día siguiente sería un nuevo día. Parpadeé para aliviar la tensión repentina que sentí detrás de los ojos, y le cogí la mano. Cuando se la apreté un poco,

ella me devolvió el apretón. Grace y yo nos arreglaríamos, y eso era lo único que importaba.

No importaba la forma en que se me oprimía el pecho al recordar las palabras de Eddie.

Ni la forma en que me había mirado cuando me había negado a darle una razón para seguir conmigo.

Ni la forma en que se me estaba rompiendo el corazón.

Ni cómo echaría de menos el calor de su cuerpo junto al mío, en la cama.

Atravesé el vestíbulo con Grace de la mano, y nos dirigimos al ascensor, yo aún con una sensación de escozor en los ojos. Apreté los dientes y luché contra el ansia de encontrar a Eddie, acercarla a mí y estrecharla entre mis brazos.

Aquello se había terminado. Así debía ser.

Cuando llegó el ascensor, mi teléfono vibró con un mensaje de texto, y lo miré con la esperanza de que fuera mi madre, por fin. En lugar de eso, encontré un mensaje de Leigh.

Está bien, para que lo sepas, había escrito Leigh. *El médico ha dicho que solo es una conmoción ligera.*

El corazón se me disparó en el pecho. ¿Una conmoción? No me había dado cuenta de que se había golpeado la cabeza. Empecé a responder, pero me interrumpió otro mensaje de Leigh que apareció en la pantalla.

Claro, que tampoco parece que te importe mucho.

EDDIE

No había contado con una visita a urgencias y una conmoción esa noche. Pero, claro, tampoco había contado con romper con Connor. ¡Aunque él ni siquiera se había molestado en admitir que tuviéramos una relación!

Eso había sido demasiado para él, por lo visto.

Apreté los dientes, pero lo lamenté al momento, porque me empezó a doler la cabeza. Tenía lágrimas en los ojos. Esa noche había sido un desastre de proporciones épicas, y no deseaba nada más que retroceder en el tiempo, hasta el momento en el que había decidido asistir a aquella estúpida boda. Pero era imposible.

El médico me había dicho que descansara y que no utilizara pantallas en los próximos días. Al volver al hotel, lo único que pude hacer fue tumbarme en la cama, mirar al techo y escuchar *Pretty Woman* en la televisión, mientras alternaba entre llorar sin consuelo, y llenarme la tripa con comida del servicio de habitaciones. Leigh me había pedido algo de comer antes de salir a comprar analgésicos en una farmacia de veinticuatro horas.

Cogí otra porción de pollo rebozado del plato que tenía a mi lado. Sinceramente, había esperado algo más del pollo y las patatas fritas.

Había esperado que rellenaran el agujero que se había abierto en mi pecho, pero no había sido así. El dolor estaba demasiado dentro, se había clavado en mi corazón. Hipé, mientras las lágrimas mojaban mi almohada.

Parpadeé para librarme de ellas, consciente de que cada episodio de llanto no hacía más que aumentar mi dolor de cabeza. Lo que me faltaba era deshidratarme, además de la conmoción.

—Ufff —gemí al vacío—. ¡Date prisa, Leigh!

Quería mis analgésicos.

Quería dormir.

Pero a Leigh le habían dado instrucciones de observarme durante la noche, por si mis síntomas empeoraban, y me había prohibido dormirme sin tener a alguien cerca, por si me moría.

Solté un resoplido.

Estaba bastante segura de que aquello era un mito, pero no pensaba cabrear a una mujer que había dejado a un lado sus planes para esa noche solo para llevarme a urgencias en un Uber. Además, ¿sería capaz de dormir, después de todo?

Lo dudaba mucho.

A pesar de lo agotada que estaba, no podía dejar de pensar en los cientos de avisos que me habían dado acerca de que lo mío con Connor no acabaría bien, que no podía funcionar. Puse los ojos en blanco, con una mueca de dolor, y las lágrimas volvieron a amenazar con caer.

Darius me había avisado de que tuviera cuidado. Connor no dejaba de preocuparse por que fuéramos discretos. ¡Dios! Las incómodas punzadas que sentía en el estómago cada vez que nos encontrábamos en secreto deberían haberme servido de advertencia. Sin embargo, las había ignorado a propósito, porque esperaba estar equivocada. Quería creer que lo nuestro iba en serio,

que Connor me veía como nadie más lo hacía, y que quererlo no acabaría como mi historia con Ryker.

Había ansiado creer que Connor no me pediría renunciar a mí misma, pero lo había hecho, y de un modo que me había obligado a ocultar mi auténtica personalidad, a encogerme. Sólo me aceptaría en su vida si nadie se daba cuenta de que estaba allí.

Ya lo veía claro. En cuanto había intentado cambiar nuestra dinámica y le había pedido una relación seria, todo se había ido a pique. Pero yo merecía ser algo más que el secreto inconfesable de alguien.

Cuando vibró mi teléfono, me estiré hacia la mesita auxiliar para cogerlo. Se suponía que no debía mirar el móvil, porque también era una pantalla, pero ¿y si era Connor? ¿Y si quería hablar de lo ocurrido aquella noche? Movida por la desesperación, mandé al infierno a la conmoción y cogí el teléfono, en el que había un aviso de mensaje. Treinta segundos no me harían daño.

Sin embargo, no era de Connor. Noté una opresión en el pecho al leer el mensaje de Alannah.

iiiEddie!!!!

Contesté a toda velocidad.

¿Estás bien?, escribí.

iSí! ¿Qué haces?

¿Por qué estás despierta?, pregunté preocupada, en lugar de contestar a su pregunta. ¿Están mi padre y Valentina peleando otra vez?

No. Están tratando de arreglar lo de mi tercer puesto. Añadió una carita sonriente.

¿Cómo?

Están escribiendo juntos un mensaje a los jueces.

El dolor de mi cabeza aumentó. ¿Cómo era posible que mi padre y Valentina apenas fueran capaces de dejar de lado sus problemas para aguantar una comida juntos, pero se hubieran puesto de acuerdo en trabajar juntos para dar la lata a los jueces del campeonato?

Puede que lo consigan, escribió Alannah, y he oído a mamá reírse un poco. ¡A lo mejor después de esto se arregla todo!

La preocupación que sentía en el pecho se desplazó a mi estómago y lo revolvió de un modo muy desagradable. Esa noche necesitaba recibir buenas noticias, pero dudaba que vinieran de los resultados de Alannah. Los jueces no cambiarían de opinión por recibir una bronca nocturna por correo electrónico, y dudaba de que mi padre y Valentina lograran resolver sus problemas definitivamente. Suspiré hondo, con un resoplido, sin sentirme capaz de desanimar a Alannah, después del fin de semana tan difícil que había pasado.

Tú ve a disfrutar de esa cama tan enorme del hotel, las almohadas blanditas y las chuches del minibar, escribí.

iiiiAy, madre!!!! escribió Alannah. ¡Hay latas mini de Pringles!

A por ellas.

Eso haré. ¡Buenas noches, Eddie!, se despidió, con el emoticono del diablillo.

Buenas noches, Lana.

Dejé el teléfono boca abajo, con el corazón en un puño. Al menos, alguien a quien quería era feliz en ese momento.

Escuché un golpe en la puerta, y me incorporé con esfuerzo. Miré extrañada hacia la entrada, esperando que la cabeza dejara de darme vueltas. Leigh habría entrado con su tarjeta, así que eso podría significar... ¿más servicio de habitaciones? Cuando me sentí capaz de andar, me puse en pie y fui a abrir.

—¿Cassie? —pregunté, olvidando mis preocupaciones por el momento a causa de la sorpresa—. ¿Qué haces aquí?

Ella me sonrió con tristeza, antes de lanzarse hacia mí para estrecharme en sus brazos.

—Leigh me ha enviado un mensaje. Es un gilipollas, con G mayúscula —dijo—. ¡Tú te mereces mucho más!

—Cass —gruñí—. Me estás cortando la circulación.

—Pues la vas a necesitar —confirmó Leigh, que había entrado tras ella, cargada con comida basura—. Perdona, se me ha adelantado.

Detrás de ellas estaba Noah, que traía, al menos, dos docenas de paquetes de M&M's.

—Pero ¿qué habéis hecho? ¿Asaltar una máquina expendedora? —pregunté.

—Hemos asaltado *tres* máquinas expendedoras —dijo Noah, entrando en la habitación.

Leigh dejó su cargamento sobre la cama.

—No sabíamos qué te apetecería. Bueno, el helado sería más adecuado en estas circunstancias, pero el servicio de habitaciones no es muy generoso con las porciones, así que hemos hecho acopio de otras opciones. Salado, dulce...

—Potente —dijo Noah, mostrándome una bolsa de cortezas de cerdo—. Es la primera vez que me invitan a... —Dejó la frase en el aire y se encogió de hombros.

—¿Una fiesta de ruptura en pijama? —pregunté.

Noah se rascó la parte posterior de la cabeza.

—Sí. No tenía ni idea de que había algo entre vosotros, así que, o soy el tío que menos se entera del mundo, o...

—No —le interrumpí con suavidad—. Eso es lo que Connor quería. No quería parecer un hipócrita, por lo de la política anti-relaciones.

Noah apretó los labios con fuerza.

—Ya. Aunque lo es.

Suspiré y me rodeé el cuerpo con los brazos.

—No era necesario que hicierais todo esto.

—Pues claro que sí —replicó Noah—. Tú has hecho muchas cosas por nosotros. Has alegrado la oficina, has conseguido que los del trabajo salgamos juntos. Por fin parecemos una familia, así que, ¿por qué no íbamos a apoyarte?

—No me hagas llorar —dije, mientras contenía las lágrimas—. Me duele la cabeza.

—Perdona —dijo Noah con timidez.

—Sois encantadores —dije, dándole un empujoncito—. Pero en serio, ahora no tengo ganas de animarme.

Si había aprendido algo de Alannah ese fin de semana, era que, en ocasiones, era mejor dar rienda suelta a los sentimientos. Había ocasiones en las que resultaba necesario hacerlo.

—No pasa nada —intervino Cassie—. No esperamos que seas el alma de la fiesta esta noche.

Leigh se dio unos golpecitos en los labios con los dedos, con aire de disculpa.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—Me siento culpable. Te animé a lanzarte y, al día siguiente, acabamos en urgencias. —Sacudió la cabeza—. No debí darte ánimos.

—Oye. —Le cogí una mano—. No es culpa tuya. Era evidente que esto se iba a acabar, es solo que he sido demasiado cabezota para comprenderlo.

Cassie apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—O, tal vez, solo querías tener esperanza. Eso no tiene nada de malo.

Ya, claro. Salvo la forma en que se me había roto el corazón.

—Pero si vas a estar triste —dijo ella—, estaremos tristes. No tienes que pasar por esto tú sola. —Sacó un par de cristales de su bolsillo, negro y rosa—. He traído mi rodonita. Ayuda a superar las rupturas.

—Gracias, Cass —respondí, con una risa sin humor.

Me pregunté si los médicos me volverían a admitir en el hospital para una corazón-tomía rápida. Dolería menos si, simplemente, me lo arrancaban del pecho.



Siempre había creído que lo mejor después de una ruptura era estar sola y, gracias a la conmoción, eso era justo lo que me veía obligada a hacer. Leigh no me dejó volver a la oficina durante tres días, así que por fin había tenido ocasión de disfrutar de la generosa baja médica que ofrecía LockMill.

Ahora que me habían permitido volver a usar pantallas, Leigh no tenía motivo para mantenerme alejada de mi ordenador. Cuando llegué al trabajo, fui derecha a ver al señor Quesitos, que chilló indignado al verme. O, al menos, eso es lo que quise creer.

—¿Me has echado de menos, bolita peluda con bigotes?

Le di un montón de golosinas, con las que se llenó los carrillos. Hacía poco que habían limpiado su ático, y alrededor de la jaula colgaban banderitas diminutas, similares a las que había en el juego.

Después de pasar quince minutos con el señor Quesitos, como disculpa por no haberle visto en casi una semana, me dirigí a mi cubículo y me sumergí en mis correos electrónicos.

—Tómatelo con calma —recomendó Leigh, asomando la cabeza por encima de la pared divisoria.

—Lo haré.

—Haz descansos con frecuencia, o lo que haya dicho el médico.

—Lo haré.

—Lo digo en serio, Eddie. Te pondré un temporizador.

Eso me hizo sonreír, y le dediqué un saludo militar.

—Sí, mi comandante.

Ella se alejó, poniendo los ojos en blanco, y yo volví a dedicarme a responder al montón de preguntas sobre la narrativa que había hecho el equipo de diseño. Normalmente, no me habría perdido gran cosa en solo unos días, pero dado que solo faltaban tres semanas hasta la fecha en que el juego debía estar listo para la distribución, apenas quedaba arena en el reloj.

Mantuve la cabeza baja durante casi toda la mañana, temerosa de mirar en dirección al despacho de Connor. Dudaba de que la tormenta de la boda hubiera pasado del todo, pero aunque mi cerebro insistía en advertirme de que me mantuviera alejada, una parte de mí ansiaba dirigirme a él para hablar de lo ocurrido. Una vez que terminé de ponerme al día con los correos electrónicos, me abrumó el ansia de comprender por qué habían acabado tan mal las cosas.

Miré por encima de la pared de mi cubículo. No había sabido absolutamente nada de Connor. Ni una llamada, ni un mensaje, ni una paloma mensajera posada en mi ventana con una nota, ni una disculpa, o una pregunta sobre cómo estaba.

Puede que me estuviera engañando a mí misma, pero una parte de mí seguía esperando, contra toda esperanza, que mientras habíamos estado separados, él hubiera llegado a la conclusión de que se equivocaba y quería luchar por mí, después de todo.

Cuando se abrió la puerta del despacho de Connor, me dio un vuelco el corazón. Esa era mi oportunidad. Intenté captar su atención cuando pasó cerca, pero fue inútil. Tenía la vista clavada en su móvil. Sentí un destello de irritación. ¿Tan poco le importaba? ¿Es que no merecía ni una simple mirada?

Me dejé caer en mi silla, tratando de contener mis emociones. Suponía que era mejor estar irritada que desesperada; la ira sería preferible a esconderme en el baño a llorar durante la pausa para comer. Cassie, que se había portado como la mejor amiga del mundo durante la ruptura, me había preparado la comida, y también dejaba dulces a mi alcance, y escondía cristales en mis bolsillos. Jugueteé con el jaspe rojo que había encontrado en uno de ellos esa mañana, y lo hice rodar por mi mesa, mientras intentaba distraerme programando.

Unas horas después, sin embargo, ya no fui capaz de seguir concentrada, pues la necesidad de recibir respuestas ocupaba todos mis pensamientos. Cassie había dicho que el jaspe rojo aportaba fuerza y valor, así que reuní todo lo que pude, me dirigí al despacho de Connor y llamé a su puerta, antes de que me fallara la resolución.

También me parecía necesario explicarme mejor de lo que lo había hecho la noche de la boda. No había tenido intención de pasarme de la raya, pero tampoco quería seguir siendo su secreto, y era importante determinar en qué punto nos encontrábamos. Trabajar en el mismo sitio, mientras cada uno fingía que el otro no existía, era horrible y asfixiante, y él debía de sentir lo mismo, ¿no?

Connor levantó un dedo al verme y, en lugar de hacerme pasar, respondió una llamada. Lo miré fastidiada y murmuré para mis adentros, con la sensación de que me había hecho callar. Esperé a que terminara de hablar, con los brazos cruzados y un dolor en el

pecho. Cuanto más hablaba, más preocupado parecía, y vi que la línea entre sus cejas se hacía cada vez más profunda. Era evidente que la conversación le estaba preocupando. ¿Se trataría de Grace? ¿O, tal vez, su madre?

No pude evitar preocuparme yo también por el cariz de su conversación y querer ayudar, a pesar de lo mal que me lo había hecho pasar esos últimos días. Sin embargo, antes de que pudiera abrir la puerta y preguntarle qué ocurría, él se puso en pie de un salto, abrió de golpe y me apartó para salir.

—¡Connor! —llamé, a un volumen suficiente como para que no pudiera ignorarme.

Él se dio la vuelta y me miró con ojos fríos y desinteresados, muy distintos de la mirada castaña cálida a la que estaba acostumbrada.

—¿Qué quieres? —masculó.

—Tenemos que hablar —insistí—. De lo que ha pasado, de nosotros...

Él negó con la cabeza.

—No tenemos que hablar de nada. Ya no hay un nosotros.

Corrí tras él e intenté sujetarlo.

—No lo dirás en serio.

Él se apartó antes de que pudiera cogerle la mano.

—Hemos terminado, Eddie. Lo dijiste tú misma, y ahora no tengo tiempo para dedicarme a analizarlo contigo. Tengo que coger un avión.

CONNOR

—**¡N**o vayas tan rápido! —se quejó Grace, jadeando mientras se esforzaba por seguir mi ritmo.

Había echado a correr desde el momento en que el avión había aterrizado en Italia, y atravesé el aeropuerto a toda velocidad, sujetando a Grace con una mano y el teléfono con la otra.

—Lo siento —murmuré y, al darme cuenta de que casi la llevaba a rastras, ajusté la forma en que la sujetaba y reduje un poco el paso.

Ella me miró preocupada.

—¿Por qué no me cuentas qué pasa?

—Porque no pasa nada —respondí—. Ya te lo he dicho en el avión.

—*Papá* —resopló ella—. Sé que pasa algo, me lo puedes contar.

Y ¿qué iba a contarle? ¿Que me había llamado X para decir que mi madre había visto a un hombre llevando un sombrero verde esmeralda en un mercado, y le había faltado un pelo para perder la cabeza? No tenía la menor intención de analizar aquel antiguo trauma con mi hija.

El maldito sombrero verde era el único objeto que mi padre había dejado en casa cuando se marchó, y solo ver uno similar era suficiente para sumir a mi madre en un episodio depresivo de los malos. Aquellas tres palabras, «sombrero verde esmeralda» fueron suficientes para hacerme correr a coger un avión.

—No hay nada que contar —insistí—. Hemos venido a visitar a la abuela, eso es todo.

—Me estás mintiendo —replicó Grace con fastidio.

—No lo hago.

—Cuando mientes, parpadeas un montón.

¿En serio? Daba igual, no tenía tiempo para preocuparme por eso.

—Ese es nuestro coche —dije, aflojando mi corbata de un tirón.

El tiempo en Italia era demasiado caluroso para el mes de octubre. Me acerqué al conductor que nos esperaba y, después de ayudar a Grace a entrar en el asiento trasero del SUV negro, me senté a su lado.

—Abróchate el cinturón.

—¿Crees que la abuela querrá ver fotos de la boda? —preguntó Grace con un bostezo.

Lo cierto era que no creía que mi madre estuviera de humor para ver fotos, por no decir que a mí no me apetecía especialmente recordar aquella noche.

—Creo que la abuela estará demasiado ocupada —respondí con diplomacia—. Cuando lleguemos, te dejaré con la asistente de X.

Lo último que necesitaba era que Grace viera a su abuela en aquel estado. Ver cómo se derrumbaba un adulto de la familia podía cambiar la percepción del mundo de un niño, y yo quería asegurarme de que Grace no perdiera aún la sensación de estabilidad.

—Ella se ocupará de ti mientras yo me encargo de unas cosas.

—Jo, papá...

—No discutas —interrumpí con brusquedad.

Grace se quedó callada al comprender que ese no era el momento de presionar, y sacó su Nintendo Switch, con la que estuvo jugando el resto del viaje. Al cabo de un rato, mi teléfono se conectó por fin a la red móvil local y, en un momento, recibió una avalancha de mensajes.

Gracias por no avisar antes de marcharte, había escrito Liam, con unos veinte emoticonos enfadados. *¿Qué diablos haces en Italia?*

Era obvio que había revisado el plan de vuelo de nuestro avión. Yo había corrido tanto, que no había perdido ni un instante en escribir a mis hermanos.

Hemos recibido los contratos firmados por Pavilion Games, decía otro mensaje, de Darius. *Considera el tema resuelto.*

Bueno, gracias a Dios por los pequeños milagros porque, donde yo me encontraba, las cosas estaban aún lejos de estar resueltas. Había más mensajes relacionados con el trabajo, que revisé a toda velocidad, pero no vi ninguno de mi madre, lo que era una mala señal. Podía imaginar muy bien la situación a la que se estaría enfrentando X en esos momentos.

Conocía al detalle el patrón: ansiedad intensa, lágrimas incontrolables, cambios de humor de la desesperación al enfado y, por último, una depresión que la llevaría a meterse en la cama y no salir durante varios días.

X no tendría ni idea de cómo gestionar todo aquello, de cómo calmar a mi madre y reconfortarla. Él no tenía la misma experiencia que yo.

—¿No puede ir más rápido? —exigí al conductor, pues estaba de los nervios.

Él me miró sin comprenderme, a través del retrovisor.

Por Dios, esto...

—*¡Veloce! ¡Veloce!*

—*Ah, sì* —respondió él, antes de pisar el acelerador.

El tráfico en las calles empezó a pasar a toda velocidad, y pronto nos encontramos en una sinuosa carretera rural, en dirección a una villa enorme.

—Hala —dijo Grace cuando el coche se detuvo delante de un gran edificio de piedra, con paredes blancas, ventanas de arco, un tejado de tejas rojas y pilares cubiertos de hiedra y enredaderas.

Hala, y tanto. Era obvio que X no había reparado en gastos.

—¡Me encanta! —exclamó Grace al bajarse del coche a mi lado.

Giulia, la asistente, salió a la entrada a recibirnos, y yo prácticamente empujé a Grace hacia ella, antes de correr al interior del edificio en busca de mi madre. Atravesé a toda prisa largos pasillos soleados, caldeados por la brisa que entraba por las ventanas. Empecé a sudar, y tiré un poco más de mi corbata. Por fin, asomé la cabeza en el dormitorio principal, esperando encontrar a mi madre acurrucada bajo las mantas.

La cama estaba vacía, y muy bien hecha.

Comprobé también el baño principal, y después me dirigí por otro pasillo para revisar las habitaciones de invitados, los patios y el jardín. Atravesé un comedor sin encontrar ni rastro de mi madre. ¿Habría salido huyendo? ¿Estaría sola y agobiada en algún lugar de la campiña italiana?

De repente, escuché una carcajada que llamó mi atención, y seguí el sonido hasta llegar a un amplio patio en el que había una larga mesa rectangular, rodeada de varias sillas bajo una sombrilla, y con vistas hacia un viñedo impresionante.

Mi madre estaba sentada a la mesa acompañada de X, con un café solo en la mano, un pastelito en el plato y un libro de crucigramas abierto delante de ella. Llevaba un vestido de verano color melocotón y un sombrero de ala ancha que le sujetaba el pelo suelto, y se inclinaba hacia X. Era la viva imagen de la relajación, y estuve a punto de estallar al verla.

—¿Connor? —exclamó mi madre, sorprendida.

Se enderezó en la silla y se bajó las gafas de sol para mirarme. X parpadeó con el ceño fruncido. Yo cerré la boca, confundido a más no poder.

—¡Cariño! —dijo mi madre, que se había puesto en pie.

Me acerqué a ella, que me miró encantada y abrió los brazos para abrazarme.

—¿Qué haces aquí?

—¿Que qué hago...? —Señalé a X con un gesto—. Me dijo que habías visto... un sombrero verde.

En mi mundo, esa señal era equivalente a un incendio devastador que requería atención inmediata. La adrenalina corría por mis venas y el corazón me latía con demasiada fuerza contra las costillas.

—Oh —empezó X, avergonzado—. Ay, no. Creo que ha sido culpa mía.

Mi madre nos miraba perpleja.

—Te habías agobiado —explicó X, a la defensiva—. Quería que Connor supiera lo ocurrido y me diera algún consejo. No era mi intención hacerle coger un avión.

Reconocí que no le había dicho que me plantaría allí. Me había limitado a decirle que sacara a mi madre de la situación, y a continuación, me había puesto en contacto con el personal del aeropuerto.

—Ah —dijo mi madre con suavidad—. Ya entiendo. ¿Nos das un momento? —preguntó a X, apretándole la mano.

—Por supuesto, mi amor —respondió él y, tras ponerse en pie, le dio un beso en la frente—. Estaré en el despacho.

X se alejó, dejándome allí confuso y con la sensación de que mi mundo estaba patas arriba.

—¿Quieres sentarte? —preguntó mi madre, que había vuelto a su silla.

Me dejé caer en otra silla, con las rodillas temblorosas.

—¿Has venido con Grace?

—Está con la asistente —respondí.

—Me alegro mucho. Italia le va a encantar. Es maravilloso que hayáis venido.

—Mamá —empecé, masajeándome el espacio entre los ojos—. Acabo de volar doce horas para llegar aquí porque pensaba que me necesitabas. Y tú aquí sentada... como si nada.

Mi madre emitió un murmullo de asentimiento e inclinó la cabeza.

—Esa es justo la razón por la que yo misma no te he dicho nada. Sabía que reaccionarías así. X es un encanto por preocuparse por mí, y no me sorprende que te haya llamado para pedirte consejo, pero te preocupas demasiado por mí —dijo ella.

Aquello no me hizo ninguna gracia. X no tenía ni idea de lo que suponía apoyar a mi madre durante uno de sus episodios. Yo había estado con ella desde el principio, y él no podía limitarse a aparecer e intentar hacerse cargo de todo, sin más.

—No sabía que X tuviera tiempo de preocuparse de nada fuera de sus obligaciones como director.

—Oye —advirtió mi madre, con una mirada severa—, X se preocupa mucho por mí. ¿Por qué crees que te ha llamado, aunque yo le dije que estaba bien? Quería poner a mi disposición toda la ayuda posible, y quería tenerte informado, para tratar de estrechar contigo esos lazos a los que tanto te has resistido. Ya le advertiré de que no vuelva a preocuparte sin necesidad, pero debes saber que ya no necesito que lo dejes todo para correr a mi lado.

—No lo he dejado todo...

Mi madre inclinó la cabeza y me lanzó una mirada por debajo del ala de su sombrero.

—Tú eres quien me ha defendido una y otra vez ante tus hermanos, les has dicho que ya he rehecho mi vida, y que no tienen que andar con pies de plomo a mi alrededor por si me vengo abajo. Así que, ¿cuándo vas a ser *tú* quien empiece a creer que ya no soy esa persona?

No es que no lo creyera, es que siempre era yo quien acudía en su ayuda.

—¿Estás diciendo que ya no me necesitas? —Mi voz sonó amarga—. ¿Te vale con tener cerca a X?

—Pues claro que te necesito, Connor. X no ha entrado en mi vida para sacarte a ti de ella. Es solo que ahora te necesito de otro modo, al igual que Grace te necesitará de otro modo cuando vaya creciendo. Ahora mismo, sobre todo, te necesito como hijo, no como cuidador.

Solté un gruñido.

—Lo digo en serio. Ya es hora de que empieces a vivir tu vida para ti mismo, y no para los demás. —Me dedicó una pequeña sonrisa pícara—. Seguro que tu nueva amiga también lo preferirá.

—Co... —Me atraganté con las palabras—. ¿Cómo sabes eso?

—Ay, cielo, para eso soy tu madre. —Me apretó un poco el brazo—. Noté que había cambiado tu comportamiento y, una de las veces que estuve con Grace, le hice algunas preguntas, como quien no quiere la cosa, sobre si habías tenido visitas recientes de alguna amiga. Ella mencionó a alguien llamada Eddie. Por lo visto, estuvisteis haciendo tortitas y Eddie es muy guay.

—Bien —dije, atragantándome con la palabra—. No es necesario seguir hablando de eso. Se ha terminado.

Cada vez se me daba mejor ignorar el dolor que me producían esas palabras. De todas formas, tampoco es que me hubiera enamorado de ella. No era necesario dar más vueltas al asunto. La relación había terminado ya y ambos habíamos pasado página. ¿Verdad?

Mi madre frunció el ceño al escuchar mi admisión.

—¿Quieres contarme lo ocurrido?

En realidad, no quería, pero tampoco podía dejar de pensar en la cara de Eddie cuando le recordé que ya no estábamos juntos. Exhalé un profundo suspiro.

—¿Quieres la versión larga, o la corta?

Mi madre se reclinó sobre el respaldo de la silla con su café.

—No tengo nada mejor que hacer.

Comencé por el principio, con el maldito incidente de la salsa picante, que hizo reír a mi madre, y terminé contándole lo ocurrido en la boda. Ella hizo una mueca cuando le relaté el desastre de la pirámide de copas de cóctel y la discusión que tuve con Eddie a continuación.

—Parece que no fue tu mejor momento —comentó ella.

Abrí la boca, y la volví a cerrar. Creía haber hecho lo mejor que pude en aquellas circunstancias, con Grace llorando, Ali marchándose enfadada y los invitados descendiendo sobre Eddie como una

manada de lobos. No me había dado cuenta de que se había hecho daño, pero a juzgar por lo que supe después, sus amigos se habían ocupado de ella, así que, ¿dónde estaba el problema?

—Eddie tenía razón, ¿sabes? —dijo mi madre.

Levanté la cabeza de golpe.

—¿Qué?

—Es evidente que se preocupa por Grace y por ti. Deberías haberle dado las gracias por preocuparse por la opinión de tu hija, en lugar de echarle en cara que no lo hiciera exactamente como tú habrías preferido hacerlo. No es culpa suya que Sawyer decidiera comportarse como un imbécil y amenazarte. Ella estaba tratando de hacer lo correcto por ti, y tú te dedicaste a quitarla de enmedio.

—Me estaba ocupando de las cosas que tengo a mi cargo —insistí—. Grace y la empresa. Eso es lo que me importa. ¿Qué otra cosa podría ser más importante?

—¿Tu felicidad? —preguntó mi madre—. Connor, aguantaste una relación difícil durante años, a costa de ti mismo, solo para asegurarte de que Grace y la empresa prosperasen. Ya es hora de que disfrutes de algo bueno en tu vida. O de alguien.

Negué con la cabeza. No podía arriesgarme a hacerlo, ni cambiar mis prioridades porque me apeteciera ser egoísta. Tampoco podía ser un irresponsable. Era la persona con la que contaban todos los demás, y no podía desilusionarlos.

Mi madre suspiró y apretó los labios.

—Es evidente que necesitas descansar un poco, cariño. Este país es precioso. ¿Por qué no os quedáis Grace y tú unos días en lugar de volver a casa enseguida?

—No puedo —respondí al momento—. Pronto lanzaremos *Shadow* y...

—Solo unos días —repitió mi madre con más insistencia—. Puedes tomarte unas vacaciones de vez en cuando.

Un descanso de la oficina, de tener que evitar a Eddie a cada instante, no tener que mirarla a los ojos y recordar lo que había perdido...

Sí, eso parecía bastante tentador en ese momento.

—Supongo que podría trabajar desde aquí unos días.

Mi madre miró al cielo un momento.

—Cuando he dicho vacaciones, no me refería a eso.

—Pero solo si me prometes no darme la lata con Eddie —continué, ignorándola.

—¿Y cómo vas a conseguir lo que quieres si no te recuerdo lo que es? —me reprendió mi madre después de chasquear la lengua.

—Mamá —le advertí con severidad.

No pensaba quedarme si iba a estar interrogándome todo el tiempo.

—Está bien, de acuerdo —resopló, y cogió el teléfono—. Pero será mejor que llames a tus hermanos, antes de que les entre el pánico y se planten aquí también.



—Connor, esto... ¿Podemos hablar un momento?

Levanté la vista de mi ordenador con el ceño fruncido y miré a X, que estaba de pie delante del sofá y se retorció las manos, incómodo. Miré al otro sofá, que mi madre y Grace habían acercado a la mesa de centro para poder hacer un puzle, en el que estaban absortas.

Asentí, dejé a un lado mi portátil y seguí a X a través de la sala hasta salir a un largo pasillo que nos condujo a una pequeña biblioteca donde había altas estanterías llenas de libros y dos sillones.

—Quería enseñarte esto —dijo X.

Se sacó del bolsillo una pequeña caja de joyería. Cuando la abrió... Vaya, eso sí que era un diamante. Era un anillo precioso, evidentemente muy caro y... ¡*La hostia!*

En ese momento, comprendí para quién era el anillo, y la respiración se me heló en el pecho de un modo incómodo. Había supuesto que quería disculparse por haberme hecho ir a Italia sin querer, pero ¿un anillo? Eso era mucho peor. No sabía qué decir.

—¿Vas en serio? —fue todo lo que conseguí articular.

—Quería pedirte tu bendición —explicó X—. Liam y Finn ya me han dado el visto bueno, pero el que más me importa es el tuyo.

Dudé y me quedé mirando aquella joya con forma de lágrima. Aún recordaba el momento en que mi madre se había arrancado el anillo que le dio mi padre, y la forma en que había brillado sobre su cómoda durante meses, acumulando polvo, hasta que reunió el valor para guardarlo. No pensaba permitir que nadie le volviera hacer pasar por algo así. Levanté la vista hacia X, lo miré a los ojos y recibí todo el impacto de su expresión esperanzada.

Al verla, algo en mi interior se ablandó.

Recordé lo que mi madre había dicho antes. X *había* estado intentando tender un puente hacia mí desde el momento en que había entrado en nuestras vidas, y yo me había dedicado a rechazarle, preocupado porque no fuera capaz de cuidar a mi madre, o porque la decepcionara como lo había hecho mi padre. Pero, mientras yo me dedicaba a mantenerlo alejado de mi vida, mi madre había encontrado con él la felicidad que siempre había merecido.

¿De verdad quería ser yo la razón por la que mi madre no fuera feliz?

No deseaba nada más que ver feliz a mi madre, y si X era el responsable de ello, ¿no merecía mi madre una segunda oportunidad?

Al cabo de un momento, asentí.

—De acuerdo.

La sonrisa de X se extendió por toda su cara.

—¿En serio?

—Sí —respondí—. Tienes mi bendición, pero...

—No le haré daño —afirmó.

—Lo sé. —*Porque, entonces, tendrás que vértelas conmigo*, quedó implícito entre nosotros.

X cerró la cajita con un golpe y volvió a guardarla en el bolsillo, antes de salir de la habitación con paso ligero. Me dejé caer en un sillón, pensando en cómo X había venido a pedir mi bendición, y Eddie había intentado tantear a Grace para conseguir la suya.

Resultaba imposible no valorar los resultados de esos dos momentos.

Me froté el dolor que sentía en el pecho, tratando de ahuyentarlo, y deseé que las cosas hubieran sido distintas. Deseé haber actuado de otro modo.

EDDIE

—**N**o olvides comprobar ese túnel —indiqué a Alannah, que estaba manejando al señor Quesitos en la pantalla.

Octubre acababa de terminar, hacía menos de una semana que habíamos lanzado *Shadow*, y *Games Weekly* ya había dicho que era el mejor juego al que jugar durante el periodo de fiestas de ese año.

—Ah, sí. —Alannah me sacó la lengua y se apoyó sobre mí, que estaba sentada en el sillón con las piernas apoyadas en una de las cajas de la mudanza—. ¡*Eddie*! Aquí dentro hay otra rata atrapada. ¿Cómo la saco?

Su entusiasmo me hizo sonreír y, durante un instante, me pregunté si a Grace le estaría gustando también, antes de hacer un esfuerzo por no pensar en ella.

—No lo sé. ¿Por qué no intentas usar la cola para romper esas cajas?

—Voy a probar. —Se escuchó un golpe—. Ya está. Un momento, ¿ahora me sigue?

—Creo que necesita que la llesves a un lugar seguro —propuse.

—Mira, ¡se llama Ratalia! —rio Alannah—. Es el mejor juego al que he jugado.

Sus palabras me llegaron al alma, pero el momento me resultó agri dulce. A Alannah le habría encantado conocer al auténtico señor Quesitos. Cuando los *blogs* de padres empezaron a hablar del Protocolo de Juni, se habían obsesionado con él enseguida y, a juzgar por la cantidad de gente comentando el juego en internet, estaba segura de que habíamos logrado algo especial. Lamentablemente, yo no tenía con quién celebrar el éxito, ni la posibilidad de organizar un encuentro con el señor Quesitos, porque había dejado el trabajo en cuanto lanzamos el juego.

Leigh me había ayudado a conseguir otro trabajo en Waylaid Games, otro gran estudio de videojuegos —gracias a Dios que, en California, las prohibiciones de hacer la competencia no eran válidas— y, gracias al éxito de *Shadow* y a su fantástica recomendación, no habían prestado demasiada atención a lo irregular de mi currículum. Ya me había adaptado a mi nuevo trabajo, que consistía en preparar el planteamiento de *Rebel Heart 3*, su próximo juego de acción y aventura, y hasta me había llevado a Noah conmigo; o, más bien, él había visto un puesto en la misma empresa que le interesaba y había dado el salto.

Sin embargo, incluso con Noah a mi lado, echaba de menos al equipo de LockMill, pero sabía que, con el tiempo, conseguiría otro grupo de amigos, y el ligero aumento de sueldo me aseguraba que Cassie y yo podríamos permitirnos un piso nuevo sin dejar de devolver los préstamos estudiantiles. ¡Un piso para nosotras solas, por fin!

Había conseguido lo que siempre había deseado tener: trabajo seguro, respeto, un salario que me permitiera disfrutar de la vida, y no solo limitarme a sobrevivir... Además, en el año nuevo, llegaría el lanzamiento y distribución de *Alterbot*, puesto que esa cláusula de mi contrato era intocable.

Aun así... No era feliz. Se suponía que conseguir mis sueños debería haber sido más divertido, ¿no?

La alarma de mi móvil comenzó a sonar.

—No quiero irme —se quejó Alannah con un gemido cuando puse el juego en pausa.

—Será mejor que no hagamos que papá se preocupe. No me ha importado ir a recogerte y que estés aquí un rato, pero tendrás que explicarle que te has ido pronto del entrenamiento porque no te encontrabas bien.

Ella suspiró y se puso en pie.

—Vale, pero no sigas jugando sin mí. Aún tengo que encontrar a los hijos de Ratalia.

—No te preocupes, te esperaré. —Le rodeé los hombros con el brazo.

Cogimos la bolsa de gimnasia de Alannah y nos dirigimos al aparcamiento a por Beatrice. Darius había insistido en que me llevara el coche como parte de la compensación por el fin de mi contrato y, aunque mi respuesta inmediata había sido negarme en redondo, él había insistido, y lo cierto era que había cogido demasiado cariño al coche como para desprenderme de él. Sabía que era muy egoísta, pero me encantaba.

Permití a Alannah subir el volumen de la música al máximo durante el trayecto hasta la casa de mi padre. Mientras terminaba el proceso de divorcio y se decidiera el acuerdo de custodia, ella dividía su tiempo entre mi padre y Valentina.

—Gracias por cuidarme —dijo Alannah cuando llegamos a la casa.

—De nada.

Desde que había quedado tercera en el campeonato de septiembre, Alannah pasaba todo su tiempo entre el colegio y el gimnasio. Era lo

único en lo que mi padre y Valentina se habían puesto de acuerdo. Yo me ofrecía a recogerla con frecuencia para poder verla, pero llevarla en coche de un lado a otro no era lo mismo que hacer cosas juntas. No estaba segura de cuánto le había dolido el estómago a mi hermana ese día, pero me daba cuenta de que la pobre necesitaba un respiro.

La puerta se abrió mientras nos acercábamos a ella, y vi a mi padre con el teléfono pegado al oído. Parecía muy enfadado, rojo hasta las puntas de las orejas.

—Oh, oh —dijo Alannah.

—Oh, oh —repetí yo, apretándole el hombro.

—¿Qué diablos está pasando aquí? —exigió saber mi padre, al tiempo que se metía el teléfono en el bolsillo—. ¿Por qué, cuando llamo al entrenador de Alannah para añadir una sesión más los lunes por la noche, me entero de que se ha puesto mala?

Alannah gimió un poco.

—Cuando te he dejado en el gimnasio, estabas bien —terminó mi padre.

—Papá, lo sien... —intentó decir Alannah.

—No —dijo—. No puedes saltarte los entrenamientos solo porque quieras pasar un rato con Eddie.

—¡Oye! —interrumpí, para evitar que Alannah se disculpara otra vez, y di un paso adelante, señalando a mi padre con un dedo acusador—. Para empezar, le dolía el estómago, así que he ido a recogerla. La he llevado a mi casa y hemos estado allí hasta que se ha encontrado mejor. Eso lo he decidido yo, así que no la culpes a ella. Claro, que Valentina y tú tampoco os habríais molestado en cogerle el teléfono, con lo ocupados que estáis siempre. Si te hubieras dignado a leer tus mensajes, habrías visto que te he enviado uno para decirte que se encontraba mal.

Mi padre volvió a sacar el teléfono con el ceño fruncido y comprobó sus mensajes pendientes, entre los cuales seguro que se había perdido el mío.

—Alannah, ¿por qué no vas entrando? —propuse, cada vez más irritada.

—Pero...

—Anda, ve —la animé, y me quedé mirándola hasta que se dirigió al interior, fastidiada.

—Y tú —dije, volviéndome a mi padre tan pronto como se cerró la puerta—, ¿cómo te atreves?

Él retrocedió un poco.

—Has acusado a Alannah de saltarse sus responsabilidades, cuando tú ni siquiera estás dispuesto a admitir que no tienes la menor intención de quedarte con ella, y mucho menos de luchar por su custodia. ¡No puedes hacer eso! ¡Ni hablar!

Las cejas de mi padre se habían unido en el centro de su frente.

—Eddie, esto no tiene nada que ver contigo.

—¡Tiene todo que ver conmigo! —exclamé—. Porque yo he estado en su lugar. ¡Tiene nueve años, papá! ¡No es más que una niña! No puedes ignorarla el noventa por ciento del tiempo, y esperar que corra a hacer lo que tú digas durante el diez por ciento del tiempo en que te dignas a prestarle atención. No tienes derecho a hacerle pasar por este divorcio sin molestarte en comprobar si se encuentra bien, y encima, esperar que clave los ejercicios en la barra fija.

—Eso no es lo que se le pide.

—¡Por Dios! —Me apreté la frente con fuerza, con la sensación de estar a punto de estallar—. No lo pillas, ¿verdad? Estás cargando con un montón de expectativas a una niña estresada, que está harta

de escucharte discutir con Valentina, y lo único que haces a cambio es recordarle que no la quieres!

—Nunca he dicho que no la quisiera.

—Pues tampoco le has dejado claro que sí la quieras. —Me mordí la lengua con ganas, y el dolor me trajo una oleada de recuerdos—. No has cambiado ni lo más mínimo, ¿verdad? ¿No te ha bastado con traumatizar a una hija?

—¿De qué estás hablando? —preguntó mi padre con voz tensa.

—Después de que te divorciaras de mi madre, lo único que hiciste conmigo fue quejarte de que era demasiado: demasiado ruidosa, demasiado emocionada por todo... Intentaste quitarme los videojuegos.

—¡Porque lo único que querías era jugar! —rebatí mi padre.

—No, porque me encantaban. Porque resultaban seguros, mientras mi mundo entero cambiaba, y eran lo único que aún me hacía ilusión. Pero, en lugar de animarme, mamá y tú no hacíais más que insistir en que lo que me gustaba no importaba nada. Ahora estás haciendo lo mismo con Alannah, ¡y ya estoy harta de todo eso!

Mi padre tendió un brazo hacia mí, pero lo esquivé. Aún no había terminado.

—Ella no quiere abandonar su vida entera para mudarse a Florida, lejos de sus amigos, su entrenador, ¡de ti y de mí! Quiere que pidas la custodia para no tener que marcharse.

—Dudo que pueda garantizarle ese resultado —respondió mi padre, con aspecto abatido.

—Y por eso ¿ni siquiera lo vas a intentar? —espeté—. Te vas a limitar a traumatizarla, como hiciste conmigo. Se pasará el resto de su vida tragándose un montón de emociones negativas, yendo por ahí con una sonrisa falsa y preguntándose por qué no fue digna de que le dedicaras tiempo o esfuerzo. Eso no es justo. No es justo para ella, y

no lo fue para mí. Que tú seas incapaz de mantener una familia unida no debería obligar a tus hijas a llenar tus vacíos.

Al terminar de decirle todo aquello, inspiré hondo, sintiendo cómo me temblaba todo el cuerpo. Mi padre se limitó a parpadear durante unos segundos.

—Lo siento —dijo, por fin.

La disculpa fue tan inesperada que me sorprendió. Mi padre jamás se había disculpado conmigo por nada.

—¿Qué?

Él sacudió la cabeza despacio, con un temblor en la mandíbula.

—No sabía... Eso no es lo que... —Dejó la frase en el aire, miró a lo lejos y suspiró—. No quería eso para ti, ni para Alannah. Nunca quise hacerte daño, Eddie. Pero... No supe qué hacer cuando mi matrimonio con tu madre empezó a venirse abajo, así que me aparté de ti, pensando que, al menos, así no empeoraría las cosas. Supongo que no me di cuenta de hasta qué punto eso supuso una carga para ti.

Tragué con dificultad pues, para mi sorpresa, me había emocionado.

—Quiero que Alannah siga entrenando porque quiero que alcance el éxito. Tiene mucho potencial, pero si ahora mismo todo le resulta demasiado difícil, tal vez sea el momento de darle algo de espacio. Y tienes razón. —Volvió a mirarme—. Puede que haya llegado el momento de llamar a ese abogado y ver qué puede conseguir.

—Bien. —Parpadeé para contener las lágrimas que querían brotar de mis ojos—. Porque no quiero limitarme a ver a Alannah cada dos navidades.

Dejé a mi padre y a Alannah para que hablaran, y volví a casa envuelta en una sensación de orgullo, victoria, y algo parecido al alivio. No pude contener una carcajada alegre, que me pareció ser la

primera de verdad desde que había roto con Connor. Aún estaba sonriendo cuando subí a nuestro piso.

Encontré a Cassie en el descansillo, cargada con un jarrón lleno de plumas de pavo real.

—He robado esto de la nueva tienda. Oye, qué contenta te veo. ¿Has podido hablar con Connor, por fin?

—Creo que esa es una causa perdida —respondí, notando cómo me desinflaba, pero, en lugar de contener mi reacción, me dejé llevar por la tristeza.

Cassie se pasó el jarrón al otro brazo y me sujetó con el que quedó libre.

—Ven. Tengo un cristal de cuarzo con tu nombre.



CONNOR

—Hola —saludé a Grace cuando entró en el coche y cerró la puerta con más fuerza de la necesaria—. ¿Qué tal con la abuela?

—Bien —respondió, encogiéndose de hombros antes de abrocharse el cinturón.

—Bien —murmuré por lo bajo. Últimamente, todo estaba *bien*—. Y ¿ya está?

—Sí.

Saqué un brazo por la ventanilla abierta para saludar a mi madre, que estaba en el porche de su casa. Sabía que, si me bajaba, me preguntaría si había hablado ya con Eddie, y no estaba de humor para someterme a un interrogatorio, *otra vez*. Había pasado la tarde con Max, que me había obligado a salir otra vez. Desde el desastre de la boda, había redoblado sus esfuerzos para sacarme por ahí

porque, según él, me pasaba el día enfurruñado. Eso era mentira, yo también estaba *bien*.

—¿Qué habéis hecho? —pregunté a mi hija cuando puse el coche en marcha.

—No mucho —respondió Grace, mirando por la ventana.

Recorrimos el trayecto sumidos en un silencio que me fue pesando cada vez más. Para cuando llegamos a casa, me moría por decir algo, pero no tenía ni idea de por dónde empezar. Las cosas habían estado raras desde la boda. Desde Italia. Había creído que el Protocolo de Juni podría unirnos de nuevo, pero Grace no había querido jugar a *Shadow* conmigo.

Al llegar a casa, dejó caer su bolsa al pie de las escaleras y se dirigió al salón.

—Espera —pedí—. Ya casi es hora de la llamada de tu madre.

Ella se dio la vuelta y se acercó a mí con la mano tendida para que le entregara mi teléfono. Mientras ella se alejaba para llamar a Ali, yo me instalé en la isla de la cocina y abrí mi portátil para terminar de revisar el acuerdo de custodia, como había prometido a mi abogado.

Desde la boda, no había sabido nada en absoluto de Ali, pero esperaba que, cuando le presentáramos nuestra propuesta de acuerdo, su abogado se pusiera en contacto con nosotros y, al menos, nos hiciera su propia oferta. Necesitábamos un punto de partida.

Grace entró en la cocina y me ofreció el móvil.

—¿Ya has terminado de hablar con ella? —pregunté, pero entonces me fijé en que la llamada seguía activa.

—Quiere hablar contigo —dijo Grace, sin mirarme a los ojos.

—¿Hola? —pregunté al teléfono.

—¿A ti qué te pasa? —me espetó Ali.

—¿Qué he hecho ahora? —Me froté los ojos.

Dios, ¿es que las cosas nunca iban a ser fáciles con ella?

—¿Quieres decir, además de fastidiarme la boda y dar la lata a mi abogado con la custodia?

Me levanté, preocupado, y me dirigí a otra habitación, donde cerré la puerta para que Grace no me escuchara.

—Yo no te he fastidiado la boda —dije—. Siento que el abogado llamara en un mal momento, pero tu abogado tiene tanta culpa de esa llamada como el mío. Se me olvidó decir a Ben que esperase hasta el lunes y, por lo visto, tú tampoco le dijiste a Carlotta que no estabas disponible para hablar del tema. Los dos somos responsables.

Ali soltó un bufido.

—¿Y lo de tirar los cócteles?

—Yo ni siquiera estaba allí cuando ocurrió y, por lo que he sabido, eso solo pasó porque Grace se hartó de que la agobiaras por no hacer lo que tú querías, después de que la ignorases toda la noche.

—¡No la ignoré toda la noche! —chilló Ali.

—Venga, no me jodas. Por supuesto que la ignoraste. Yo mismo la vi cuando intentaba hablar contigo, y tú la apartaste para poder seguir hablando con los Wilder.

Hubo unos instantes de silencio.

—Yo... ¿hice eso? —preguntó, con un hilo de voz, mucho más débil de la que había utilizado hacía un momento.

—Sí —suspiré, y respondí también en un tono más bajo—. Lo hiciste.

—No fue mi intención. Ya sabes cómo soy: cuando estoy absorta en algo, yo...

—Lo sé. —Inspiré despacio, contuve la respiración un instante, y exhalé, antes de hablar—. Lo sé, pero Grace no es un proyecto que puedas dejar de lado y retomar cuando te acuerdes de ella. Nuestra hija te quiere, y quiere pasar tiempo contigo, pero si sigues dejándola de lado, cancelando planes en el último momento, olvidando llamarla y tratándola como si fuera algo secundario, que se negara a bailar contigo en tu boda será el menor de tus problemas.

—Es que preparar la boda me ha llevado mucho tiempo...

—No —interrumpí, sin levantar la voz, pero con firmeza—. No es la boda, eres tú. Recuerdo que solía tener que distraerte de tus obsesiones y obligarte a pasar tiempo con Grace, pero ya no formo parte de tu vida. Eres *tú* misma quien debe controlarse, y debes asegurarte de que, si le haces una promesa a Grace, la vas a cumplir. Porque Sawyer...

No terminé la frase, porque no quería que volviera a acusarme de estar celoso, pero había cosas que ella necesitaba oír.

—Porque Sawyer no hará lo que hacías tú, ¿no? —preguntó Ali—. Eso es lo que querías decir.

—Sí, eso es —confirmé.

Se hizo una larga pausa, durante la cual escuché un tintineo metálico, y supe que Ali estaba jugueteando con su collar, como hacía siempre que estaba nerviosa.

—Sawyer me aparta del trabajo para que le haga caso —admitió—, pero no lo hace por Grace.

—Eso pensaba yo.

—Pero me quiere, y yo a él.

—No lo dudo —asentí—, pero Grace no le interesa lo más mínimo, y me da la impresión de que es más feliz cuando ella no está. Y si eso es lo que tú quieres también, yo puedo adaptarme. Hablaré con mi abogado, tú habla con la tuya, y yo me quedo con la custodia plena, sin derecho de visita. A Grace no le gustará, pero se adaptará. Si no quieres formar parte de su vida, es mejor cortar por lo sano ahora.

Quería evitar que Grace pasara por lo mismo que le había ocurrido a Eddie, y haría lo que fuera necesario para asegurarme de ello.

—No, eso no es lo que quiero —dijo Ali con rapidez—. Yo... Hablaré con Sawyer y le dejaré claro que Grace sigue siendo parte de mi vida. Y me aseguraré de encontrar tiempo para ella en adelante, y no cancelarle las llamadas o los planes. Puede que contrate a un asistente para que me ayude a desconectar cuando lo necesite.

—Bien —respondí con un suspiro—. Eso será...

—Y más vale que tú también lo hagas mejor en adelante —me interrumpió Ali.

—¿Cómo?

—Connor... —Sonó como un reproche—. ¿Por qué crees que Grace te ha pasado esta llamada?

—Porque querías gritarme por lo ocurrido durante la boda.

—Bueno, *sí* —respondió con una risilla—, desde luego que quería gritarte por eso, pero esa no era la razón de *Grace*. Lo que quería es que te hiciera entrar en razón.

—Se trata de Eddie, ¿no? —pregunté, sin apenas contener un gruñido.

—Sí. Verás, no me había dado cuenta de que ibais en serio, y siento mucho lo que dije durante la boda.

—¿Qué dijiste? —pregunté con desconfianza.

—Puede que sugiriese que ella no es más que un rollo por despecho.

—¿Se lo dijiste a ella? Ali...

—Como he dicho, lo lamento porque, por lo que he oído decir a Grace, ella es muy especial para ti, y te hace feliz. ¿Cuándo fue la última vez que te permitiste tener algo solo por disfrutar de ello?

—Tengo cosas más importantes de las que preocuparme que mi propio disfrute —repliqué.

—Pues tal vez no debería ser así. A la empresa le va bien. Grace es una niña fantástica. Tu madre ha rehecho su vida de un modo increíble. ¿No crees que ya es hora de que te ocupes de ti mismo y de lo que realmente quieres?

Hice una pausa para considerar sus palabras. Desde luego, esa no era una conversación que hubiera esperado tener con Ali, pero, tal vez, ella tenía razón. Era posible que por fin tuviera la oportunidad de abrirme al amor de verdad, a la auténtica felicidad.

—Y, si no lo haces por ti mismo, ¿no crees que deberías hacerlo por Grace? Quiero que crezca viendo a sus padres felices: trabajando en lo que les gusta, con amigos que los apoyan y con amor, que hace que todo valga la pena. Ese es el modelo de vida que me gustaría ofrecerle. ¿A ti no?

Tenía razón. Si quería dar a Grace la mejor vida posible, ¿no debía tener una buena vida yo mismo? Si no, ¿cómo sabría ella que era posible ser feliz?

Y, por mucho que lo intentara, por más que tratara de imaginar a otra persona a mi lado, solo veía a Eddie. Nadie más discutiría conmigo por una quesadilla, ni me volvería adicto a los M&M's, ni convertiría un desayuno con tortitas en una fiesta. No había nadie como Eddie. Nadie más podía poner mi mundo patas arriba como lo hacía ella.

—¿Y bien? —preguntó Ali.

—Lo pensaré —repuse—. Pensaré en lo que me has dicho.

—Bien. Y estoy de acuerdo en que deberíamos volver a mirar el acuerdo de custodia, pero lo que creo que deberíamos hacer es preguntar a Grace. Que decida ella los días que quiere pasar con cada uno de nosotros.

—Eso es... Es una buena idea —admití, sintiéndome algo ridículo por no haberlo pensado antes.

—Lo sé —dijo Ali—. Bueno, ya hablaremos. Adiós.

—Adiós.

Después de colgar, me dirigí a la cocina, donde Grace me esperaba sentada en un taburete y revisando el acuerdo de custodia.

—Tengo algunas ideas —dijo.

Me senté en el taburete junto a ella.

—Me encantará escucharlas.

—¿Ha hablado mamá contigo? ¿Vas a arreglar las cosas con Eddie?

Suspiré, sin saber si eso sería posible.

—¿Te parece bien si lo intento?

Grace cogió una de mis manos con las suyas.

—¡Pues claro! Me gusta mucho, papá.

Al mirar a mi hija a los ojos, me vi obligado a admitir la verdad. A mí también me gustaba mucho. No, yo la *quería*. Me había enamorado de Eddie, demasiado como para dejarla escapar. Así que, ahora, debía averiguar cómo recuperarla. Cómo conseguir que formara parte de mi vida.

Grace me sonrió de un modo que me hizo corregir esa última idea. Lo que necesitaba averiguar era cómo conseguir que Eddie formara parte de *nuestras* vidas.

EDDIE

—He estado soñando con pastel de calabaza —dijo Noah.

—¿Quieres decir por la noche, o en general? —pregunté, mientras reorganizaba las tarjetas de visita que tenía extendidas sobre nuestra mesa en GamersCon.

Nos habían enviado en representación de Waylaid Games, para promocionar *Rebel Heart 3* y crear expectación para su lanzamiento el año siguiente, y habíamos estado organizando nuestro puesto durante la última media hora.

—Por la noche —confirmó Noah—. Sueños en alta definición y tres dimensiones.

Yo solté un resoplido, mientras él ajustaba el cartel situado detrás de nuestra mesa.

—¿Está demasiado alto por este lado? ¿Y qué crees que significa eso?

—Bájalo dos centímetros. Y lo de tus sueños, pues no estoy segura. Tal vez solo quiera decir que tienes muchas ganas de que llegue Acción de Gracias.

—Ya está —dijo Noah, bajando el cartel—. Y, en el último momento, sale un pavo enorme del centro del pastel.

—¿Un pavo vivo? —pregunté riendo.

—Sí, y empieza a graznar y a correr por la mesa, dando patadas a todo lo que hay encima.

Reí aún más fuerte.

—Seguro que Cassie diría que necesitas una limpieza de *chakras*, o algo así. ¿Quieres que te consiga un poco de cuarzo transparente?

Él se dejó caer en su silla y lo pensó con detenimiento.

—¿Crees que eso ayudará?

—Cassie lleva días tratando de limpiar mi aura, o lo que sea. —Me encogí de hombros—. Y, por lo que veo, no ha cambiado absolutamente nada.

Seguía estando muy tensa.

—Ya, bueno, tú tienes problemas más serios que los pavos y las tartas. ¿Connor sigue enviándote mensajes?

—He terminado por bloquearlo.

Llevaba un par de semanas enviándome mensajes sin parar, diciendo que sabía que se había equivocado y necesitábamos hablar; pero el momento de hablar había tenido lugar hacía tiempo y, entonces, lo único que había recibido de él había sido silencio. Después, de repente, había empezado a escribirme.

—Bien. Creo que ya le has dado tiempo suficiente para que se arrepienta como es debido.

Me limité a asentir. Era posible que, hacía unas semanas, hubiera estado dispuesta a escucharle, pero para entonces, el momento había pasado. Con la ayuda de Cassie, había conseguido ignorar cada uno de sus mensajes sin venirme abajo sin remedio. O algo así.

Aún lo veía al cerrar los ojos, o mientras me lavaba los dientes; y cuando fingía que todo iba bien y que había logrado pasar página, el recuerdo de Connor volvía a abrirse paso en mi cabeza.

—Entonces, aparte de eso, ¿no has sabido nada de él?

—Me envió un correo electrónico —respondí con una mueca.

—No lo dirás en serio.

—Dijo que iba a dar el discurso de apertura hoy, y le gustaría mucho que asistiera.

Noah abrió mucho los ojos y abrió el programa de la convención para mirarlo.

—¿Cómo no me he dado cuenta?

—Porque ¿desde cuándo nos importa quién da ese discurso?

Él lanzó el programa sobre la mesa.

—¿Y por qué no me habías dicho nada?

—Porque estaba intentando no pensar en ello —murmuré—. Porque hay una pequeña parte de mí, muy pequeña, a la que le da un poco de curiosidad.

—Oh, Eddie.

Dejé caer la cabeza sobre mis manos.

—Lo sé. *¡Lo sé!*

—Eres una masoquista —suspiró él, y rodeó la mesa para ponerme las manos sobre los hombros—. ¿Qué quieres hacer?

No tenía ni idea. No había visto a Connor desde mi dimisión, y no estaba segura de estar lista para verlo de nuevo. Apenas había conseguido dejar de llorar por las noches hasta quedarme dormida.

—Una parte de mí quiere salir corriendo.

—Podemos hacer eso —ofreció Noah—, pero no olvides que te has ganado el derecho a estar aquí, haciendo relaciones y demostrando tus habilidades.

—Lo sé —afirmé.

Merecía vivir mi sueño. Ya había salido corriendo cuando las cosas se vinieron abajo con Ryker, abandonando *Lethal Deception* y todo el esfuerzo que había invertido en aquel juego. No estaba dispuesta a hacer lo mismo esa vez. Ya no pensaba perder las cosas que quería. Nunca más. No pensaba permitir que Connor me echara de allí por ser demasiado cobarde para enfrentarme a él.

—En ese caso, supongo que deberíamos ir al auditorio —dijo Noah, indicando con un gesto de la cabeza el lugar hacia donde se dirigían algunos de los participantes en la convención.

—De acuerdo —acepté—. Pero nos sentamos al fondo, ¿vale?

—En la última fila, al lado de la puerta —confirmó él—, para ser los primeros en salir.

—Perfecto.

Él me soltó, y yo inspiré, pero...

—¡Ay!

Me sujeté el hombro y me giré para ver quién me acababa de dar un golpe, lo bastante fuerte como para dislocarme el brazo. Mis ojos se posaron sobre un flequillo enmarañado muy familiar, y Ryker se apartó el pelo de los ojos.

—¿En serio? —¿De verdad iba a tener que ver a todos mis ex el mismo día?—. ¿Y a ti que te pasa?

Ryker me miró con el ceño fruncido.

—Estás en mitad del pasillo.

—O, a lo mejor, podías ver por dónde vas —le espeté.

—Tiene razón, tío —me apoyó Noah—. Tienes como cincuenta metros cuadrados alrededor. Esa no ha sido la razón.

Ryker seguía lanzándome miradas asesinas.

—No podías quedarte calladita, ¿no?

—¿De qué estás hablando?

—Ah, ¿ahora te vas a hacer la tonta? —preguntó con desdén—. Pues no te sienta bien, Eddie. Venga, admítelo.

Solté una carcajada sin humor y levanté los dos brazos.

—¡No tengo la menor idea de qué estás hablando!

Ryker sacudió la cabeza con fastidio.

—Lo que tú digas. Espero que ya estés contenta.

Tras decir eso, se alejó a grandes zancadas, apartando a más gente de su camino, como si fueran obstáculos que derribar, en lugar de personas a las que esquivar, y dejando una estela de protestas y miradas enfadadas tras de sí.

—Vaya... —dijo Noah al cabo de un momento—. Eso ha sido muy raro, ¿no?

—No entiendo nada. —Pero tampoco tenía tiempo de analizar el problema que pudiera tener Ryker—. Es evidente que tengo que dejar de salir con tíos del sector.

Noah estuvo de acuerdo conmigo. Nos apresuramos a ir al auditorio, donde encontramos un par de asientos vacíos justo antes de que empezara la presentación. Cuando Connor salió al escenario, se me cortó la respiración. Había creído que ya no me impresionarían los hombres con traje, pero, maldita sea, qué guapo estaba.

Estaba guapo de narices.

Oh, maldición. ¿Llevaba una corbata roja? No sabía que tuviera ninguna de un color que no fuera gris.

Mi mente se puso en marcha, ofreciéndome imágenes de su sonrisa, sus ojos, las miradas ardientes que me lanzaba cuando estaba desnuda en su cama. El corazón se me encogió en el pecho.

Noah me dio un codazo cuando Connor llevaba un rato hablando de aquella forma seria y estirada suya, mientras una presentación gris y aburrida iba pasando en la pantalla a sus espaldas.

—Está siendo un poco aburrido —susurró.

—Ja. Eso mismo. Aún no ha aprendido a hacer un chiste —murmuré.

Sin embargo, no me sentía capaz de criticar a Connor por su charla, porque yo sabía cómo era él en realidad. Conocía al hombre capaz de aceptar una broma; al que se podía convencer para bailar; el que cantaba canciones populares de viva voz mientras Grace y yo hacíamos tortitas. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta, mientras evitaba que los sentimientos se apoderasen de mí.

—Recientemente, LockMill ha dado grandes pasos en el sector —estaba diciendo Connor—, pero lo que más me enorgullece son los cambios que estamos tratando de hacer en la cultura de nuestra industria.

El tono de la charla acababa de cambiar, y eso me hizo prestar atención.

—LockMill acaba de comprar el estudio responsable de un juego independiente llamado *Lethal Deception* —continuó Connor.

¿Cómo? Me incliné hacia delante, con las manos en el asiento delante de mí.

—¿Conoces ese juego? —susurró Noah.

—Lo hice yo con Ryker, pero él no me incluyó en los créditos.

—Capullo.

—Hemos modificado los créditos del juego para mostrar de forma correcta a todas las personas que trabajaron en este juego tan notable —explicó Connor.

—La leche —murmuré.

—Y eso es solo el principio de un programa que ha establecido LockMill para dar crédito a los diseñadores y desarrolladores a los que se ha dejado fuera de sus propios proyectos —anunció Connor—. *Lethal Deception* es solo el principio.

El auditorio rompió en un estruendoso aplauso, y yo me dejé caer sobre el respaldo de mi silla, atónita.

—¿Por eso estaba Ryker tan enfadado? —preguntó Noah.

—Puede... Sí, es probable. —Empecé a sonreír. Bien, esperaba que aquel imbécil fuera humillado delante de sus colegas.

—Y, como parte de esa nueva misión —dijo Connor en un tono más sonoro—, el Protocolo de Juni del último lanzamiento de LockMill se va a llamar, a partir de ahora, el Protocolo Sheppard.

La imagen de la pantalla cambió para mostrar mi foto. Me quedé boquiabierta.

La leche, y la releche.

Noah también se quedó anonadado.

—Acaba de...

—Este tipo de trabajo empieza con uno mismo —dijo Connor al público—, y creo que hay un miembro muy importante de nuestro equipo de desarrollo que merece más que un crédito en el juego por todo el trabajo que hizo para orientar la misión de este protocolo. La creatividad y la dedicación de Edith Sheppard son las razones por las que este nuevo protocolo ha tenido tanto éxito y, por esa razón, merece un fuerte aplauso.

La sonrisa se me heló en los labios. ¿Un miembro *muy* importante del equipo? ¿En serio? ¿Eso era todo lo que yo representaba para él? Me estaba enfadando por momentos.

—¿Estás bien? —preguntó Noah.

Me pregunté si me habría oído rechinar los dientes.

—Después de todo, ¿esto es lo que él llama luchar por mí? —siseé—. ¿Dar una presentación gris y recitar un montón de frases corporativas a una sala llena de desconocidos?

Todo resultaba tan distante e impersonal que casi me daba risa, a pesar de no tener ni pizca de gracia. Noah parecía no saber bien qué decir. El público empezó a aplaudir de nuevo, lo que señaló el final de la presentación, y yo me puse en pie de un salto.

Necesitaba salir de allí, pero mis piernas parecían haber perdido la sensibilidad, hasta las puntas de los pies. De hecho, todo mi cuerpo parecía no sentir nada más que un destello de rabia intensa y acumulada. Supuse que, al menos, eso era mejor que las lágrimas, porque estaba harta de llorar.

—Venga —dijo Noah—. Vamos a comer algo, o lo que sea.

—¡Eddie! —escuché la voz de Connor, que se acercaba atravesando la multitud.

Mierda.

—Larguémonos.

Sin embargo, la gente se había amontonado y nos rodeaban por todas partes, de modo que era imposible marcharse a toda prisa. Noah y yo no teníamos la misma capacidad que Connor para hacer que la gente se apartara a nuestro paso, así que nos alcanzó enseguida y se detuvo junto a nosotros, con los ojos muy abiertos. Era casi como si se hubiera dado cuenta de que solo necesitaba extender el brazo y...

—Noah, ¿me dejas hablar con Eddie un momento? —pidió Connor.

Noah me miró y yo me encogí de hombros.

—Puede quedarse. ¿Por qué no iba a hacerlo? Después de todo, ahora vas de que eres transparente y pones toda la información a disposición del público, ¿no?

Connor apretó la mandíbula un instante.

—¿No te alegras de que te haya dado el crédito?

—Me alegro de que muchos diseñadores vayan a ser reconocidos como merecen —respondí con diplomacia.

—Yo... —Connor tragó con dificultad, parecía confuso—. He hecho esto por ti.

—¿Y esperas que te de las gracias? —pregunté—. ¿Es eso lo que buscas? Porque yo no te he pedido que lo hicieras.

—Sé que no lo has hecho —aceptó él—. He querido hacerlo yo. —Movié una mano hacia mí, pero me aparté—. Yo... Te echo de menos, Eddie. Grace te echa de menos. He intentado escribirte...

—Pero te he bloqueado —terminé por él.

—Sí. —Empezó a hacer crujir sus nudillos, pero se detuvo—. Me gustaría hablar contigo, si estás dispuesta a escucharme.

Aunque mi mente me gritaba que no, mi corazón insistía en que sí, y el pulso me latía en los oídos. Eso era todo lo que esperaba desde hacía semanas, pero le había llevado todo ese tiempo tomar su decisión, admitir que yo merecía que hablara conmigo y darse cuenta de que me echaba de menos. Pero yo merecía mucho más que eso. Por el amor de Dios, si ni siquiera se había inmutado cuando Leigh le dijo que había sufrido una conmoción.

—No —respondí.

Abrió mucho los ojos.

—Eddie...

—No —respondí con más firmeza—, porque, si crees que esto es una disculpa, no quiero escucharla. Veo que no ha cambiado nada. Tú estás aquí por una cuestión de trabajo, y es fantástico por el impacto positivo que va a tener en las carreras de mucha gente, pero eso no cambia nada entre nosotros. Antes de que eso sea posible, tendrás que asumir la responsabilidad por lo que ocurrió entre nosotros. Lo que has hecho no es decirle al mundo que me quieres; lo que les has dicho es que he sido una buena empleada. A este paso, podrías haberme enviado un correo electrónico para decirme que querías volver a tener sexo.

Noah enrojeció y se apartó un poco. Yo seguí hablando, sin importarme quién pudiera oírme.

—Sigues siendo el mismo directivo estirado Lockhart, obsesionado con que todo parezca perfecto por una cuestión de relaciones públicas, y ya estoy harta. Me quieres, pero ¿no estás dispuesto a aceptar mis sentimientos, ni a luchar por mí? Pues gracias, pero no, gracias. Ya he tenido bastante de eso en mi vida, y no necesito más por tu parte.

—Eddie —empezó a decir Connor, en tono desesperado, pero yo no quería escuchar nada de lo que tuviera que decir.

—Puedes darle mi número a Grace si quiere tenerlo, pero yo no quiero saber más de ti.

Agarré el brazo de Noah y lo arrastré, para mezclarnos entre la multitud.

—¿Estás bien? —preguntó, aún alterado.

—No estoy segura —respondí, tensa por la adrenalina.

Lo único que sabía era que Connor acababa de demostrar que no podía cambiar y, al alejarme de él, tuve la sensación de que, por fin, había pasado página. Solo que, si no conseguía salir pronto de aquel

lugar, iba a venirme abajo y echarme a llorar, pero no estaba dispuesta a avergonzarme más delante del maldito Connor Lockhart.

CONNOR

—**P**apá, ¿me has traído el jersey? —preguntó Grace desde el otro lado de la casa—. ¿El que tiene el pavo? Ah, no importa, ya lo he encontrado.

Jersey con un pavo, pastel de calabaza, pistola láser... Los elementos esenciales para el día de Acción de Gracias. Exhalé lentamente e intenté calmar mi corazón acelerado, antes de dejarme llevar por los nervios.

¡Maldita sea! Solo quería saber si había funcionado.

Escuchar al amor de mi vida decir que no, había dolido mucho más que una bofetada o un puñetazo en el estómago. Lo había comprobado por mí mismo. Cuando Eddie se marchó tras mi presentación en la convención, me quedé sin saber qué decir, de una forma que no me había ocurrido antes.

Recibir los papeles de divorcio de Ali había supuesto un fuerte golpe emocional. Fue muy difícil y complicado perder a quien había sido mi compañera durante tantos años, sobre todo porque me preocupaban los sentimientos de Grace; pero aquello no había sido nada comparado con lo que sentí al perder a Eddie.

Cuando me rechazó, mi vida había quedado vacía y había un gran espacio sin nada, donde antes habían estado su risa alegre, su optimismo y su felicidad. Un espacio que sería incapaz de llenar, por mucho tiempo que pasara. Eddie me había arrancado el corazón en el centro de convenciones, y en su lugar solo había dejado dolor. Desde entonces, mi mundo ya no había sido el mismo.

No exageraba al admitir que me había reducido a una sombra del hombre que había sido cuando ella estaba en mi vida. Mis hermanos habían amenazado con hacer algo radical para llamar su atención y conseguir que me escuchara pedirle perdón. Max se había ofrecido a piratear su cuenta de Spotify para que reprodujera una grabación con mi disculpa más sincera, puesto que Eddie no había estado dispuesta a dedicarme el tiempo necesario para que me disculpara en persona. Aunque sabía que merecía su enfado y su decepción, puesto que también me había decepcionado a mí mismo, no estaba seguro de que mi corazón pudiera aguantar mucho más.

En aquel momento, esperando en el recibidor ante la puerta de entrada de la casa de mi madre, con el pulso latiendo en mis oídos, sentía cada nervio de mi cuerpo en tensión.

—¡Papá! —gritó Grace, cuya voz ahora sonaba más cerca—. ¿Ha llegado ya?

—Todavía no —respondí por encima del hombro.

De hecho, no sabía si vendría. Hubiera preferido beber mil botellas de salsa picante Aliento de Dragón a la tensión de aquella espera. ¡Qué incertidumbre!

Había pasado las dos últimas semanas intentando demostrarle que la había escuchado, que había asimilado todo lo que me había dicho, y que estaba decidido a ir más allá de los cambios institucionales en LockMill, o de apoyar su carrera y *Alterbot*. Quería apoyarla a *ella*.

Pero no tenía ni idea de si eso bastaría para recuperarla, o si tendría que despedirme para siempre de lo único que había querido en mi

futuro.

Escuché unos pasos acercarse por el pasillo.

—¡Mira lo que me ha traído el tío Finn! —exclamó Grace al acercarse a mí.

La miré y parpadeé un par de veces. A mi pesar, no pude contener una sonrisa.

—¿Por qué vas vestida de pavo?

—¿A que es genial? —Se agitó un poco—. ¡Mira las plumas que llevo en el trasero!

—Y también tiene un gorro a juego —añadió Liam, que se había acercado por el pasillo y, al llegar junto a mí, me plantó dicho gorro en la cabeza.

Lo miré sin expresión.

—Quiero estar seguro de que luces tus mejores galas festivas —aclaró, y me dio una palmada en la espalda, antes de beber un trago de su copa.

—Grace, se te han olvidado las patas de pavo —dijo Finn desde la cocina—. ¡Mira qué garras tienen!

—¡Ay, sí! —exclamó Grace, y se marchó corriendo a recogerlas.

—¿Estás bien? —preguntó Liam cuando nos quedamos solos.

Solté una exhalación profunda, con la sensación de que iba a estallar de un momento a otro.

—La verdad es que no.

Liam asintió, y me dedicó una media sonrisa.

—Me alegro de oírlo. —Al fijarse en mi mirada asesina, aclaró—: Así es como sabes que va en serio. Esa tensión tan desagradable que se nota en la base del estómago.

Me dejé caer contra la puerta sin quitar los ojos de la ventana.

—¿Sabes? —continuó Liam—. Si te quedas mirando una cazuela, el agua nunca hierve, y si te quedas mirando una calle...

—¿Qué? —resoplé—. ¿Nunca pasa nadie?

—Eso mismo.

Mi hermano entendía bien por lo que estaba pasando. De hecho, mis dos hermanos lo sabían, aunque eso no me facilitaba las cosas. El que ellos hubieran conseguido sus finales felices no significaba que yo fuera a alcanzar el mío. Tragué el nudo que tenía en la garganta.

—Creo que no lo soportaré si no aparece.

Después de que Eddie me hiciera polvo en la convención, me tomé en serio todo lo que me había dicho y me planteé empezar desde cero. Anulé la política de LockMill que prohibía las relaciones entre empleados. Emití un comunicado de prensa admitiendo que yo mismo la había incumplido y que me había equivocado al establecerla. Cuando había impuesto esa restricción, lo había hecho con la intención de eliminar los conflictos de interés internos, pero lo único que había conseguido era eliminar cualquier posibilidad de encontrar el amor. De hecho, había conseguido algo peor: crear una división, un enorme precipicio sobre el que ahora debía tender un puente.

—¿No ha contestado a la invitación que Grace le dio a Alannah? —preguntó Liam.

Negué con la cabeza, pero ¿cómo iba a reprochárselo? Había bloqueado mi número de teléfono, y yo sospechaba que mis correos electrónicos iban directos a la carpeta de mensajes basura. Al final, había optado por enviarle todo por correo convencional, incluyendo la nota de prensa, y no había recibido ninguna respuesta. Sabía que nada de eso representaba la disculpa que ella esperaba, pero confiaba en que hubiera sido suficiente para que, al menos, viniera y me escuchara.

—Tampoco vino a la comida de empresa con las familias —expliqué.

—Ah, sí, la nueva tradición anual de LockMill —comentó Liam con una sonrisa.

Después de revocar la política de prohibición de relaciones, había organizado una comida en mi casa para todos los empleados actuales y anteriores de LockMill, en la que cada uno debía traer algo de comer. Lo había hecho porque recordaba cómo Eddie me había animado siempre a conectar con la gente, incluyendo a través de cosas que no me resultaran cómodas, así que había seguido su consejo. Sin embargo, ella no había acudido, a pesar de que le supliqué a Leigh que intentara convencerla.

—¿Crees que has hecho todo lo posible? —preguntó Liam.

—Creía que sí —admití—, pero todos mis gestos han sido demasiado corporativos, y eso no era lo que ella esperaba de mí.

Las palabras de Eddie resonaron en mi cabeza: *Lo que has hecho no es decirle al mundo que me quieres; lo que les has dicho es que he sido una buena empleada.*

Grace se acercó corriendo sobre unas enormes patas de pavo, y cargada con unos prismáticos.

—Finn me dijo que has creado un programa de actividades extraescolares —dijo Liam.

—Pensé que eso llamaría la atención de Eddie.

Había trabajado con el equipo de relaciones externas de LockMill para organizar un programa que permitiera a los niños de los colegios de la zona venir a la oficina los fines de semana para aprender a programar y diseñar juegos, con el fin de ofrecer una beca anual para cinco alumnos de último curso. Para ello, había acondicionado una de las salas de reuniones que menos se utilizaban y la había equipado con tecnología último modelo que

despertara la creatividad y la curiosidad. Había llamado al programa Protocolo Lock-Sheppard.

—Tampoco ha dicho nada sobre eso, pero creo que, esta vez, he hecho algo bien, por fin. Solo me pregunto si no será demasiado tarde.

Liam suspiró y me miró de aquel modo en que lo hacía cuando se ponía en plan hermano mayor. Me puso una mano en el hombro y apretó.

—Vendrá —afirmó con seguridad—. Tendrás tu oportunidad.

Enamorarse de Mia le había hecho creer en el amor como no lo había hecho antes, y yo quería creerle. Cuando supe que Eddie pasaría sola el día de Acción de Gracias porque Alannah estaría de viaje con Valentina, había conseguido que Alannah le entregara una invitación a la cena anual de la familia Lockhart, en la que había incluido un mensaje diminuto al final: *imprescindible traer pistola láser*.

Era un último esfuerzo desesperado y, si no daba resultado, puede que necesitara reclutar al señor Quesitos para que me ayudara. Aún no sabía cómo lo haría, pero la rata se había convertido en la favorita de toda la oficina, incluso de los que al principio se habían mostrado reacios a tenerla de mascota, y estaba seguro de que Eddie también tenía debilidad por ella.

Mientras tanto, había esperado despertar su curiosidad con la referencia a la pistola láser y que eso la hiciera venir. Porque, como había dicho Liam, lo único que necesitaba era otra oportunidad. Solo una oportunidad más para decirle lo mucho que me había equivocado y demostrarle lo bien que podríamos estar juntos.

—¡Ya llega! —gritó Grace, que salió corriendo del salón con los prismáticos sujetos por encima de la cabeza, como un premio.

¡La hostia! Me volví hacia la ventana, y el corazón me dio un salto enorme en el pecho cuando reconocí a Beatrice al principio del

camino que llevaba hasta la casa. Había venido.

Joder, ¡había venido!

Grace corrió a la puerta.

—¡Quiero enseñarle mi pelo!

Se había teñido las puntas con un tinte temporal color violeta. Siguiendo la sugerencia de Eddie, había estado probando colores diferentes, y había elegido un tono lavanda brillante para las fiestas. Hasta yo llevaba un mechón teñido del mismo color, como gesto solidario con mi hija y los experimentos que Eddie le había inspirado a hacer.

—¡Le va a encantar! —añadió.

Liam la cogió por la cintura y la levantó del suelo.

—¿Por qué no vienes a estar un rato conmigo y con la tía Mia? Vamos a ver si conseguimos hacer salir al bebé.

Grace puso los ojos en blanco.

—¿Habéis probado a pedirselo?

—No —resopló Liam—. Hemos pasado directamente a comer pimientos picantes.

Me miró a los ojos y añadió:

—Ve a por tu chica.

Mientras Liam se alejaba por el pasillo con una Grace un tanto fastidiada, yo inspiré hondo para calmarme, y abrí la puerta.

Eddie estaba junto a la puerta del coche, con una pistola láser en la mano y aspecto de no saber qué hacer. Llevaba una falda vaquera, un jersey color naranja oscuro y el pelo retirado de la cara, para mostrar aquel cuello tan esbelto y una atractiva porción de clavícula.

No necesitaba esforzarse para estar preciosa, y me habría quedado toda la tarde allí, simplemente mirándola.

En lugar de eso, me acerqué a ella, haciendo un esfuerzo sobrehumano para no tomarla en mis brazos. Para no agarrarla y estrecharla contra mí hasta memorizar la forma en que su cuerpo encajaba con el mío. Porque el hecho de que estuviera allí significaba que estaba dispuesta a escucharme, pero no que fuera a perdonarme, así que, por el momento, debía mantener las manos quietas.

—La has traído —empecé, mirando la pistola con una sonrisa.

—La tenía por ahí —dijo ella, encogiéndose de hombros—, y he pensado: ¿por qué no? Aunque también he pensado que, tal vez, me estabas tomando el pelo. ¿Connor Lockhart, organizando algo divertido? —Me miró con una ceja arqueada—. No me lo creía del todo.

—Eddie...

No terminé la frase, y el discurso que tenía preparado murió en mis labios. Había pasado semanas pensando en lo que le diría si me daba otra oportunidad y, ahora que la tenía delante, mirándome a los ojos, un discurso preparado me pareció un error. Ella no quería una versión estirada y pulida de mí, quería mi versión real. Quería al tío que usaba pantalones de algodón para dormir y prefería un sándwich de queso a cenar en un restaurante con estrellas Michelin, y al que también le gustaba Scarlet Rush, más o menos, aunque no porque le gustaran a Grace.

Quería al hombre al que le gustaba bailar y caminaba con ella de la mano con orgullo. Pero, sobre todo, quería al hombre que prefería apoyarla en lugar de guardar un secreto, porque no debería haber ayudado a mi familia, ni protegerla, a costa de Eddie. Debería haberla incluido en mis planes. Y mi mayor error fue el tiempo que había tardado en comprender todo eso.

—¿Vas a... decir algo? —preguntó—. ¿O he venido hasta aquí para nada?

—No —me apresuré a asegurarle—. Es decir, sí. Quiero decirte algo. Tengo mucho que decir, es solo que... no sé por dónde empezar.

—¿Por qué no empiezas por explicarme por qué Grace va disfrazada de pavo gigante?

Me di la vuelta y vi a Grace con la cara pegada al cristal de la ventana situada junto a la puerta. Me eché a reír.

—Le hacía mucha ilusión que vinieras.

—¿Y a ti? —preguntó Eddie, agitando sus pestañas negras.

—Por supuesto que sí.

Cogí su pistola láser, la dejé sobre el techo del coche y le tendí las manos, con todo el cuerpo tenso mientras esperaba su respuesta. Durante un instante, ella no se movió, pero después puso sus manos en las mías, aunque aún daba la impresión de que estaba dispuesta a retirarlas en cualquier momento. Esa era mi oportunidad y no pensaba desaprovecharla.

—Siento mucho lo ocurrido durante la boda —dije—. Siento mucho haberte culpado por el incidente, y haber ignorado tu conmoción. Estaba muy estresado y agobiado, pero eso no es una excusa. Pero, sobre todo, siento haberme centrado en mantener nuestra relación en secreto, a costa de tu bienestar.

Eddie asintió una vez y sus pestañas se agitaron de nuevo.

—Tuve la sensación de que no te conocía en absoluto. Que no eras *mi* Connor, y eso me dio mucho miedo.

El corazón se me encogió y le apreté las manos. Estaba desesperado por ser su Connor.

—He pensado mucho en ese fin de semana y, ¿sabes lo que he comprendido? Desde que era pequeño, me he pasado la vida

intentando proteger a la gente del resto del mundo. Primero a mi madre, después a Ali, y ahora, a Grace.

—Es cierto que cuidas mucho de la gente que te importa —confirmó ella.

—Lo intento, pero no siempre lo consigo. Crecí pensando que yo sabía qué era lo mejor para todo el mundo, pero resulta que mis prioridades estaban equivocadas, y estaba haciendo daño a las personas a las que más quiero.

Había estado tan obsesionado por cuidar a mi madre, que no me había dado cuenta del bien que le hacía la relación con X. Había intentado evitar que Ali hiciera daño a Grace, pero discutir con mi ex por los derechos de visita solo había ocasionado más conflictos, y la pobre Grace se había visto atrapada en medio. Y, en lo referente a LockMill, había creído que mi estúpida política de prohibición de relaciones protegería a mis empleados, pero solo había conseguido fastidiarme a mí mismo, y decepcionar a Eddie.

—Lo último que quería era hacerte daño.

Eddie inspiró por la nariz, y sus manos temblaron un poco en las mías.

—No sé si conseguirás perdonarme por abandonarte aquella noche, pero, si puedes, quiero que sepas que todo eso se ha terminado. No pienso volver a encerrarme en mi torre, ni a andarme con tonterías de recursos humanos, ni poner más excusas. He estado protegiendo mi corazón durante demasiado tiempo. Pensaba que, si mantenía las distancias profesionales con todo el mundo, me dolería menos si se daban media vuelta y se marchaban, pero perderte a ti me ha dolido más que nada que hubiera sentido antes.

Una lágrima rodó por su mejilla, y yo le solté una mano para limpiarla.

—Lo digo en serio, Eddie. Entraste en mi vida, con todo tu color, y tu arrogancia, y pusiste patas arriba la vida aburrida que había llevado

hasta entonces.

Eddie soltó una carcajada profunda y puso los ojos en blanco. Yo puse mis manos en sus mejillas.

—Lo digo en serio. Desde que nos conocimos, has sido la salsa de mi vida, literalmente.

—Oh, por Dios —gimió Eddie en broma, y mi corazón se alegró al oírlo—. ¿Alguna vez vas a dejar de hablar del incidente de la salsa picante?

—Ni hablar. Es la forma más inolvidable en la que jamás he conocido a alguien.

Me miró con ojos brillantes por las lágrimas no derramadas, y se mordió un labio, tratando de contener una sonrisa.

—No estoy dispuesto a conformarme con una vida sin salsa —dije con voz baja y descarnada—. Me he pasado la vida resolviendo crisis, preparándome para el siguiente problema, hasta el punto de que nunca me he tomado un momento para disfrutar de nada, pero no quiero seguir así.

—Sí, lo entiendo —confirmó.

—No pasa nada si voy a bailar de vez en cuando, o si pongo fotos ridículas en las paredes. O si lleno la oficina de M&M's e instalo en ella a una rata con ropa de diseño. —La acerqué a mí y le acaricié las mejillas con los pulgares—. No pasa nada si no siempre tengo el control, porque Dios sabe que no puedo controlar lo que siento por ti. Y tampoco quiero hacerlo.

Ella levantó las manos y las puso sobre las mías.

—¿Qué es lo que quieres, Connor?

—A ti —dije sin aliento, desesperado—. No había entendido que también podía querer algo para mí solo, Eddie. Pero entonces apareciste tú y me demostraste que no pasaba nada por hacer

tonterías y pasarlo bien. El mundo no se va a hundir si me relajo un poco.

Su boca se curvó en una delicada sonrisa y levantó la mano aún más, para dar un tirón a mi mechón color lavanda.

—Y, cuando tu mundo se vino abajo, yo no estuve ahí para apoyarte.

—Apoyé mi frente en la suya—. Y siempre lo lamentaré. Me asustaba lo mucho que anhelaba correr a hacia ti. Te quiero tanto, que me duele.

Eddie dio un respingo, cuyo aliento recorrió mi piel.

—¿De verdad?

Asentí despacio.

—Te quiero muchísimo, y no pienso negarlo más. No te mereces que haga las cosas a medias, ni que te trate como un secreto. Mereces mucho más que quedar conmigo a escondidas y que te bese en lugares oscuros.

—Lo de enrollarnos en la oficina en secreto era bastante excitante —admitió ella con una risa—, aunque estoy segura de que a Darius no le apetece volver a vernos en las grabaciones de seguridad.

—Que ha visto ¿qué? No, da igual, no quiero saberlo. —Contuve una risa—. Eddie, si me aceptas de nuevo, quiero hablarle a todo el mundo de nosotros. Ante todo, quiero decírselo a mi familia, y esa es la razón por la que te he invitado a venir. Quiero presentarles a la mujer increíble, maravillosa y creativa que ha puesto mi vida patas arriba.

El corazón me latió con fuerza en el pecho mientras me preparaba para hacerle la pregunta que me moría por hacer.

—Me hace mucha ilusión que entres para que pueda presentarte como mi novia, y el amor de mi vida.

La sonrisa de Eddie se amplió aún más.

—Si crees... —Volví a notar aquella sensación desagradable de la que había hablado Liam—. Si todavía quieres eso, te prometo que llenaré tu vida de diversión, alegría y risas. Te lo pasarás tan bien que no sabrás qué hacer con tanta diversión. Y haré todo lo posible para que no dudes de que tú, junto con Grace, sois lo primero en mi lista de prioridades, todos y cada uno de los días.

Sin aliento, me quedé mirándola con atención, sin poder hacer más que analizar cada diminuto cambio en su expresión, y esperar.

Eddie inclinó la cabeza para apoyarla en mi mano.

—¿Sabes? Yo también he estado pensando en todo esto —dijo—, y la diversión está muy bien, pero no siempre es lo mejor. Sobre todo, no está bien utilizarla para enmascarar las cosas difíciles de la vida. Siempre creí que, si era capaz de distraerme lo suficiente, nada podría hacerme daño, pero no ha sido así. Ya no quiero ocultarme tras mis sentimientos. Quiero disfrutar de cada instante, sea como sea.

Asentí y empecé a decir que estaba de acuerdo, pero ella me interrumpió.

—Quiero eso para los dos. —Se apartó un paso y me miró con la expresión más seria que había visto nunca en su cara—. Si queremos que esto funcione, tenemos que dejar de evitar las cosas difíciles. No nos esconderemos tras la diversión, ni tras las excusas de empresa. Si estamos juntos, lo resolvemos juntos, como un equipo.

Tuve la sensación de que mi corazón se abría de par en par, pero, en lugar de desangrarse, se estaba llenando de alegría, hasta el punto de que creí que iba a reventar. ¡Quería intentarlo de nuevo!

—Estoy de acuerdo con eso —dije—, siempre que sigas dispuesta a jugar con las pistolas láser. A Grace le hace muchísima ilusión.

—Prepárate, Lockhart —sonrió Eddie—, y más vale que te esfuerces, porque por algo me llaman Sheppard Un Tiro.

Me eché a reír con ganas.

—¿Quién te llama así?

—Todos los que se han enfrentado a mi pistola láser —respondió ella, lanzándome una mirada desafiante.

—Me muero de ganas —dije, completamente en serio.

Tenía muchísimas ganas de disfrutar de todas las tonterías maravillosas que nos depararía nuestro futuro juntos. La atraje hacia mí, le sujeté la cara con las manos y me incliné para posar los labios sobre los suyos. Fue un beso dulce y lento, que me dio la sensación de haber vuelto a casa.

En ese momento, escuchamos unos vítores desde el interior de la casa, y Eddie se apartó, riendo.

—Lo siento, esa debe de ser Grace —murmuré—. Ha sacado los prismáticos.

—Su dedicación es admirable —observó Eddie—. ¿Los demás saben lo nuestro?

—He necesitado un par de discursos de apoyo —respondí, levantando un hombro—. Bueno, más de un par, pero la persona cuya opinión me interesaba más era Grace. Hemos hablado de lo que ocurriría si aceptabas darme otra oportunidad.

—¿Y? —Eddie entrelazó los dedos con los míos.

—Se ha puesto muy contenta. Cree que eres bastante increíble, igual que su padre.

Eddie apoyó la cabeza en mi hombro.

—Sigue hablando, vas muy bien.

En ese momento, Grace abrió la puerta de la casa de golpe y se quedó allí de pie, con las manos en sus caderas delgadas.

—¡Entrad de una vez! ¡Ya no puedo esperar más!

Volvió a cerrar la puerta de golpe, y yo miré a Eddie.

—¿Estás segura de estar lista para la celebración anual de Acción de Gracias de los Lockhart?

Ella me dio un empujón en el hombro, divertida.

—Deberías haberme dicho que me pusiera mi traje de pavo a juego.

—Dio un respingo—. Ay, ¡por Dios! Pienso encargarme uno para el señor Quesitos.

—Bueno, ya tiene un jersey de Acción de Gracias, y estoy bastante seguro de haber visto otro con el dibujo de un calcetín, así que también está preparado para la Navidad.

Eddie se detuvo en los escalones que subían a la casa y se volvió a mirarme.

—¿En serio?

—Los compró Finn cuando encargó jerséis festivos para su Miaujestad.

Ella abrió y cerró la boca, como si intentara encontrar algo que decir, pero después la cerró.

—Tengo que conocer a ese gato —dijo por fin.

—Estoy bastante seguro de que intentará comerse al señor Quesitos.

—Ah, pues eso no podemos permitirlo.

—Desde luego que no —confirmé.

EDDIE

La cocina se había convertido en un torbellino de movimiento y caos.

Cathleen iba de un lado a otro, ataviada con un delantal en el que ponía *gluglú*, mientras su prometido, X, la perseguía con una cuchara para remojar el pavo y una antigua receta en la mano. Finn, el hermano de Connor, había apostado a Grace que no podía imitar el sonido de un pavo más fuerte que él. Su prometida, Sierra, puntuaba dichos sonidos con paciencia, para determinar quién sería el ganador. Y Liam se había ofrecido para poner la mesa, mientras Mia se dedicaba a saltar sobre una pelota de goma gigante en el salón. Había salido de cuentas cuatro días antes, y se moría de ganas de tener ya el bebé.

Nunca había estado en una reunión familiar como aquella, y estaba disfrutándola al máximo.

—Puedes ponerte mi gorro de pavo si quieres —ofreció Grace cuando hizo una pausa en su imitación del pavo.

Me entregó aquel ridículo montón de plumas y yo me lo puse en la cabeza.

—¡Gracias! Me encanta, y tu pelo está muy bonito.

Grace sonrió de oreja a oreja y se llevó las manos a las puntas de sus mechas color lavanda.

—Creo que el violeta es mi color favorito, ¡y va a juego con los lazos de mis Converse nuevas!

—Es un color bastante épico —asentí.

—¿Dónde están los cuencos de sopa? —preguntó Liam.

—¡Yo me encargo! —dijo Grace, que recogió el montón de cuencos de la encimera y se dirigió con ellos al comedor.

—Ten cuidado, cielo. Esa es la vajilla buena —advirtió Cathleen.

Connor y yo nos apresuramos tras ella y la alcanzamos justo cuando dio el primer paso en el resbaladizo suelo de madera.

—¡Eh! —protestó Grace cuando Connor cogió la pila de cuencos.

—Vigésimo quinta crisis del día, evitada —dijo y, tras entregarme la mitad de los cuencos, me dio un beso en la frente.

Nos dividimos las tareas para ayudar a Liam a poner la mesa, y mientras, él me contó la historia de una fiesta de Acción de Gracias cuando estaban en la universidad, en la que Connor bebió tanto que se cayó debajo de la mesa a mitad de comida.

—¡Solo fue una vez! —protestó Connor—. Y no olvidemos cuando tuvimos que quitar todo el papel pintado de la pared de tu cuarto, porque decidiste convertirte en un mixólogo profesional a los dieciséis años.

—Ay, los viejos tiempos —añadió, con una mirada cariñosa.

—Pronto tendrás tus propias historias con tu hijo —comenté.

—Pero Connor las tendrá antes—observó Liam.

Connor hizo una mueca y miró a Grace, que estaba jugando con las plumas de su trasero.

—No —susurró—. Mi niña no va a ser una adolescente insoportable. Es demasiado perfecta e inocente.

Liam le pasó el brazo por encima del hombro.

—La adolescencia se acerca. Ten miedo, mucho miedo.

—Sí, bueno, pues a ti te toca la fase recién nacido —espetó Connor.

—Seguramente no debería hacerme tanta ilusión, ¿no?

La mirada que intercambiaron los hermanos me hizo sonreír. Toda la familia nos había estado esperando en el recibidor de la casa cuando entramos, ansiosos por que Connor anunciara que volvíamos a estar juntos. El estruendo que se formó cuando lo dijo estuvo a punto de dejarme sorda. Connor me había cogido de la mano y me había llevado al centro del grupo, para exhibirme de un modo que me había llegado al alma. No se había comportado como el director de LockMill que se encerraba en su torre de marfil, sino como el auténtico Connor, ofreciendo compartir su vida conmigo. Su *familia*. Eso era lo que yo siempre había querido.

—Vamos —dijo Grace, tirando de una de mis manos—. La tía Mia me estaba ayudando a hacer las decoraciones.

Dejé que tirase de mí en dirección al salón, donde encontramos a Mia, todavía saltando sobre la pelota mientras recortaba siluetas de manos para convertirlas en pavos. Me senté en el suelo junto a ella y cogí una de las manos de la mesa de centro.

—¿Crees que podemos poner plumas rojas a un pavo verde? —preguntó—, ¿o resultará demasiado navideño?

Grace cogió una de las manos de color rojo.

—Yo lo arreglo.

—Adelante, peque.

Liam apareció un momento después con un cuenco de pimientos picantes y un tenedor. Se inclinó para besar a Mia y le entregó el cuenco.

—Uf —protestó Mia—. Voy a tener eructos picantes durante semanas.

—¿No ha habido suerte? —pregunté.

—El bebé no para de moverse, pero el parto no llega —explicó ella—. Lo hemos intentado todo: andar muchísimo, comida picante, saltar sobre esta maldita pelota desde hace días... Estoy desesperada.

—No tengo ni idea de cómo funciona esto —dije—, pero ¿habéis probado a pedirle al bebé que salga?

Liam se echó a reír.

—Eso es lo mismo que ha dicho Grace.

—Es verdad —confirmó ella.

—Las grandes mentes piensan igual —observé con una sonrisa.

—Creo que es evidente que el bebé está demasiado cómodo ahí dentro —dijo Mia, tocándose la tripa.

—Bueno, con el caos que hemos organizado hoy, creo que yo también preferiría quedarme en un lugar tranquilo y agradable —comentó Liam, arqueando una ceja.

Connor entró entonces y me entregó una copa.

—Gracias.

Se sentó en el sofá, detrás de mí, y se inclinó para hablarme en voz baja al oído.

—Buenas noticias. Finn y Sierra se han ofrecido a llevarse a Grace el resto del fin de semana, así que, si quieres venir a casa conmigo...

—Deslizó una mano por mi brazo, de un modo que me provocó un escalofrío por todo el cuerpo—. Así podemos terminar de hablar de todo. Serás más que bienvenida.

Levanté la cabeza para mirarlo.

—Quieres hablar, ¿eh?

—Vamos a hablar un montón —asintió él.

La mirada ardiente que me lanzó me hizo reír, y después sujeté su cara con las manos y la acerqué a la mía para besarlo.

—Una buena charla no me iría nada mal.

Treinta minutos después, estábamos de vuelta en la cocina, pegando pavos decorativos en cada superficie vertical, incluida la espalda de Connor. Era ridículo y muy divertido, y tuve la impresión de estar pasando tiempo con la familia con la que siempre había soñado.

—¿Cuándo vamos a jugar con las pistolas láser? —preguntó Grace.

Metió las manos dentro de su disfraz de pavo y, al cabo de un momento, las volvió a sacar, provistas de dos pequeñas pistolas láser a juego.

—¿Así es como se defienden los pavos? —bromeó Finn.

Todo el mundo se echó a reír, incluyendo Mia, que se inclinó sobre la isla de la cocina para recobrar el aliento.

—¡Hala! —gritó Grace de repente, dejando caer las pistolas—. ¡Está cayendo agua!

Ante nuestros ojos se estaba formando un charquito en el suelo, a los pies de Mia. Ella estaba boquiabierta, sujetándose la tripa.

Al cabo de un instante, todo el mundo se puso a gritar a la vez.

—¡Aquí viene mi próximo nieto! —exclamó Cathleen, corriendo alrededor de la isla con una cuchara de madera en la mano.

—¡EL BEBÉ! —gritó Grace—. ¡Viva!

—Y ahora, ¿qué hace...? Esto... ¡Respira! —dijo Liam, que había cogido la mano de Mia—. Como nos enseñaron. Inspira. Espira.

Mia le puso una mano en la mejilla.

—Cariño, te quiero, pero aún no hemos llegado a ese punto.

—Es verdad —aceptó él—. ¡La bolsa del hospital!

—Está en el coche —le aseguró Mia—. Todo está controlado.

—Todo está controlado —dijo Liam—. Vamos a tener el bebé.

Mia rio por lo bajo.

—Vamos a tener el bebé.

Liam abrió mucho los ojos y miró a sus hermanos.

—¡Voy a ser padre!

Todos nos pusimos a vitorear, y Grace volvió a correr alrededor de la isla una vez más, con las pistolas en la mano y fingiendo hacer disparos de celebración.

—¡Voy a tener un primo!

—Esto... ¿se supone que debe salir todo ese humo del horno? —preguntó entonces X, que estaba agitando una mano para apartar el humo.

—¡El pavo! —chilló Cathleen, echando a correr hacia él.

Connor tiró de la delantera de mi jersey y me atrajo hacia él en mitad de todo aquel caos.

—Bienvenida al manicomio —murmuró, pegado a mi mejilla, mientras Liam y Finn salían corriendo a poner el coche en marcha—. ¿Estás segura de que te va a gustar esto?

Solté una risa incrédula al pensar que todo aquello era ahora mío.

—Más que nada en el mundo.



—Ha sido un detalle por parte de Finn y Sierra llevarse a Grace —comenté unas horas después, con la cabeza apoyada en el pecho desnudo de Connor, que me estaba abrazando.

El sonido de su respiración ya me había acunado hasta dormirme una vez.

—Seguramente estará dormida todo el día, de todos modos —dijo él—. Ser su canguro será el trabajo más fácil del mundo. Nunca se había quedado despierta hasta tan tarde.

—Ha sido por una buena causa —reí yo—. Algún día, tendrá una historia estupenda que contar a su primo.

El parto de Mia había durado once horas, pero, a eso de las cuatro de la mañana, habíamos conocido por fin a Cameron Jacob Lockhart. Sin perder un instante, Grace lo había llamado bebé CJ y a todos les había hecho gracia el apodo, así que habían organizado un grupo de chat familiar con ese nombre, en el que se habían dedicado a intercambiar fotos de su carita adorable. Un grupo al que Cathleen me había añadido también. Cada vez que lo pensaba, notaba una sensación cálida en el pecho.

Cuando nos despedimos de la nueva familia para dejarlos a solas, Finn y Sierra se habían llevado a Grace, y Connor y yo nos habíamos dirigido a su casa y a su dormitorio, no a una de las habitaciones de invitados como antes, donde nos habíamos quedado dormidos al momento.

—No sé cómo han conseguido esperar tanto para saber si era niño o niña —observé—. Creo que yo no habría podido.

—Ah, ¿no?

Levanté la cabeza, y la expresión satisfecha de Connor me hizo sonreír.

—Yo habría querido saberlo inmediatamente. Estaría superimpaciente, no podría esperar.

Connor rio con suavidad y deslizó una mano por mi brazo desnudo, trazando formas sobre mi piel.

—Con Grace, lo supimos sin querer. Se le escapó al técnico que hacía la ecografía, sin darse cuenta.

—¿Os enfadasteis?

—No. —Sacudió la cabeza—. Creo que eso hizo que fuera más real, al menos para mí. A ver, yo supe desde el principio que me haría cargo del bebé; por eso le pedí a Ali que se casara conmigo en cuanto lo supe. Pero creo que ese fue el momento en que asimilé que iba a tener una niña que sería *mía*. Sería mi responsabilidad cuidarla, hacerla feliz y protegerla.

—Y lo has hecho de maravilla —susurré.

Connor subió la mano por mi brazo, recorrió mi clavícula y se detuvo en el hueco en la base de mi cuello. Después, despacio, la bajó por mi pecho, hacia mis costillas y rodeó uno de mis pechos, antes de masajear mi pezón hasta que se irguió.

Inspiré hondo y noté un latido entre mis piernas.

—Oye, ¿qué hora es?

Connor me rodeó el pezón con el pulgar varias veces, antes de sujetarlo entre los dedos y apretar con suavidad.

—No estoy seguro.

¿Era la hora de comer, o después de cenar? ¿Habíamos dormido durante todo el fin de semana? Resultaba difícil preocuparse por nada mientras me sentía presa del deseo. Me incliné hacia su mano

y suspiré su nombre, mientras él besaba el lateral de mi cara hasta llegar a mi cuello. Yo acaricié su cuerpo.

Mis manos recorrieron su cuerpo, pasando por encima de sus costillas y los músculos y las curvas de sus hombros. Tracé la silueta de su columna, bajando como si fuera una escalera y, al llegar a su culo, masajeeé sus glúteos mientras él se apretaba contra mí. Noté cómo su polla se endurecía entre nosotros, y mi cuerpo entero se estremeció en respuesta a la sensación.

—Hmm —suspiré cuando sus labios encontraron los míos—. Te necesito.

Él sacó un condón y, en cuanto se lo puso, volvió a tomarme en sus brazos.

—Dime qué quieres exactamente —dijo, en tono dulce pero insistente—. Dime cómo quieres que te folle.

Sus palabras me excitaban aún más.

—Te necesito dentro de mí —gemí contra su boca, pues la necesidad era cada vez más intensa y mi cuerpo ansiaba el suyo—. Por favor.

Volví a besarlo, con más insistencia, y solo aparté mi boca de la suya para rogarle una vez más.

—*Por favor.*

Connor nos hizo girar y se situó sobre mí. Separé las piernas, hasta notar su polla entre ellas. Él me besó la sien, hundió la nariz en mi pelo y me dejó notar la punta de su pene en mi entrada.

—Sí —suspiré cuando la introdujo y me dilató de un modo maravilloso.

El movimiento fue muy fluido, y la fricción, deliciosa. Había echado de menos esa sensación, lo había echado de menos a él. Me aferré a sus hombros, notando unas lágrimas que pugnaban por brotar de

mis ojos. Era increíble. Era tan, tan perfecto, que no sabía cómo había sobrevivido al tiempo que habíamos estado separados.

Connor aceleró el ritmo de sus caderas, y su respiración fue aumentando de intensidad en mi oído. Se apoyó en un codo e introdujo la otra mano entre nosotros para acariciar mi clítoris. Gemí al notar que el placer empezaba a recorrer mi cuerpo. Él se centró en mí, y describió círculos sin parar, hasta que empecé a mover mis caderas, siguiendo la presión de sus dedos. Al cabo de un momento, me corrí, gimiendo y poniéndome tensa debajo de él. Connor aceleró el ritmo, en busca de su propio orgasmo, y me volvió loca mientras él se corría a continuación. Con un gruñido, se quedó quieto entre mis brazos, y me agarré a él como si nunca quisiera dejarlo marchar, al tiempo que le besaba el pecho con suavidad.

Me dejé llevar por la satisfacción, aún disfrutando de las últimas oleadas de placer que me hicieron sentir feliz y aturdida. No nos esconderíamos más. No nos escabulliríamos para encontrar momentos a solas sin que los demás se enterasen.

Esto era real, y él era *mío*.

EDDIE

—¿Y qué pasa si el juez dice que Alannah tiene que irse? — preguntó Grace con aspecto preocupado, dejándose caer en los escalones del juzgado—. ¿Cuándo voy a verla?

Las nubes se abrieron y los rayos del sol calentaron la fría mañana de diciembre. Yo solté un suspiro. La sala del juzgado me había parecido pequeña, cerrada y agobiante y, cuando agarré la mano de Connor, él nos había sacado fuera para respirar un poco de aire fresco. Sin embargo, no me pareció que estuviera ayudando mucho. Yo tenía las mismas dudas que Grace, y estaba intentando desesperadamente no pensar en ello. No quería que la decisión de custodia terminara enviando a mi hermana pequeña a la otra punta del país.

—¿Recuerdas la conversación que tuvimos sobre este tema? — preguntó Connor con suavidad, sentándose al lado de Grace—. Si esa es la decisión, viajaremos a verla donde quiera que esté.

Sus palabras me aliviaron un poco, y le pasé los dedos por el pelo. Sabía que lo decía en serio y que, con solo chasquear los dedos, me llevaría a Florida en cuanto quisiera ver a Alannah. Pero eso no sería lo mismo: ya no podría recogerla del colegio y preguntarle qué tal le

había ido el día, ni podría invitarla a dormir en mi casa cuando le apeteciera.

Hasta las llamadas serían más complicadas, debido a la diferencia horaria. Nos las apañaríamos, pero no sería fácil. Todos éramos conscientes de eso, y creo que yo ya estaba lamentando aquel posible cambio.

—Igual podría llevar al señor Quesitos a verla —dijo Grace.

Después del lanzamiento del juego, habíamos presentado a Grace al señor Quesitos, y ella se había negado a marcharse de la oficina hasta que le prometimos que le dejaríamos llevárselo a casa. El personal de la oficina lo echaba tanto de menos, que ya estaban pensando en conseguir otra mascota. Connor había puesto límites al tamaño y los requisitos de temperatura, pero, aparte de eso, había dejado decidir a los demás. Lo último que había oído era que había una votación muy reñida en marcha.

Mientras tanto, el señor Quesitos se había habituado a su nuevo hogar con su aplomo habitual, y Grace y Alannah habían pasado horas organizando su vestuario.

—No estoy seguro de que al señor Quesitos le haga gracia el vuelo —observó Connor.

Grace le dedicó una sonrisa tan débil como la mía propia, y se inclinó sobre su hombro.

—No quiero que se vaya.

—Lo sé, cariño.

Grace dio una patada a una piedra que cayó rodando por las escaleras, y me miró por encima del hombro.

—No deberías permitir que se la lleven.

—Ojalá dependiera de mí.

Tal vez debería haber intentado mantenerme fuerte por Grace y Alannah, pero allí de pie, en las escaleras del juzgado mientras esperábamos conocer el resultado del acuerdo de custodia y saber si Alannah tendría que irse, tuve la sensación de estar esperando la sentencia de divorcio de mis padres. Mi estómago se retorció con una sensación de incertidumbre incómoda que me resultaba familiar, y me pregunté si no acabaría por vomitar en las escaleras.

Connor me cogió una mano y la apretó.

—Estoy bien —dije.

—¿Estás segura? —Me besó los nudillos.

—Lo estaré. Tengo que estarlo.

Alannah necesitaría toda la fuerza, apoyo y afirmación que yo pudiera ofrecerle. Si tenía que empezar en un nuevo estado y en un nuevo colegio, hacer amigos nuevos y encontrar otro gimnasio... Su mundo entero cambiaría.

Por fin, la puerta del juzgado se abrió y escuchamos las voces de Simon, Valentina y sus abogados al salir, pero una de ellas sonó más fuerte que las demás.

—¡Eddie! —gritó Alannah, que echó a correr a toda velocidad hacia nosotros.

Me aparté de Connor y me preparé para cuando Alannah chocó conmigo y me rodeó la cintura con los brazos, apretando con fuerza. El corazón me latía en la garganta. Oh no. *No, no, no.*

Ahora sí que iba a vomitar.

Alannah levantó la cabeza para mirarme, pero en lugar de las lágrimas que había esperado ver, la encontré sonriéndome de oreja a oreja.

—¡Me quedo! —anunció.

Sus palabras resonaron en mis oídos, pero a mi cerebro le costó un poco más asimilarlas.

—¿Que te quedas? —repetí—. ¿Cómo...? ¿Han acordado compartir la custodia?

Alannah rio emocionada.

—El juez dice que podré vivir con los dos. La mitad del tiempo con cada uno.

Me volví hacia Connor, atónita.

—Ha funcionado —dije, aún sin creer que mi padre hubiera contactado con el abogado y luchado por compartir la custodia de Alannah.

Grace se unió a nosotros, agarró los hombros de Alannah y la sacudió.

—¡Te quedas! —chilló—. ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí! Entonces, ¿podrás ser mi compañera de pupitre?

Alannah empezó a chillar también y me eché a reír, con una mueca por el escándalo. Connor se puso en pie y me atrajo hacia sí.

—Parece que aún no lo has asimilado.

—No puedo creer que se vaya a quedar —respondí, sonriendo y mirando sus ojos brillantes—. Estaba tan segura de que ocurriría lo contrario y que Valentina se la llevaría para siempre.

—Según los términos del acuerdo, solo puede mudarse a una distancia máxima de tres horas de aquí —explicó mi padre, que se había acercado por las escaleras y entregó a Alannah su jersey—. Valentina y yo hemos hablado y está buscando una casa que esté lo bastante cerca del colegio de Alannah.

Los chillidos aumentaron de volumen.

—Los mismos amigos y el mismo gimnasio —dije yo.

—Y los mismos ratos con su hermana mayor —confirmó mi padre—. Valentina ha aceptado que puedas verla, sin importar qué semana sea.

Me sentí tan llena de felicidad que creí que estallaría.

—Creo que hemos obtenido el mejor resultado que hubiéramos podido esperar —continuó mi padre—. Estará una semana con cada uno.

—¿Y las vacaciones? —pregunté.

—También —respondió mi padre—. Valentina la ha tenido en Acción de Gracias.

—Entonces, pasará las Navidades con nosotros —dijo Connor.

Alannah y Grace se abalanzaron sobre Connor para abrazarlo, sin dejar de hablar de todas las cosas que harían durante las vacaciones de Navidad. Yo me acerqué a mi padre.

—Gracias por luchar por ella —le dije—. Sé que no ha sido fácil.

Mi padre tragó saliva, con aspecto culpable.

—Nunca debió ser necesario elegir —respondió con gravedad—. Creo que una parte de mí lo sabía bien. Es solo que me había convencido de que no acabaría bien para mí, así que, ¿de qué servía intentarlo? Fuiste tú quien me hizo comprender que debía pelear por Alannah porque quería verla crecer. Quiero ser parte de su vida.

—Bien. Me alegro —respondí.

—Lo siento, Eddie —dijo mi padre con una sonrisa triste.

—¿Por qué? —Me aparté un poco, extrañada.

—Por no haber luchado por ti hace años, y no apoyarte con tus sueños. Porque ignoré lo que querías, cuando debí ser tu punto de apoyo. En aquella época, lo hice todo fatal, pero a partir de ahora, voy a intentar hacerlo mejor. Quiero que sepas que estoy muy

orgullosa de la mujer en que te has convertido, por tus propios méritos.

Tragué con dificultad. Las lágrimas se agolparon en mis ojos y apenas pude contenerlas. Noté el peso de la mano de Connor en mi espalda, en un apoyo fuerte y firme.

—Me gustaría verte más a menudo —continuó mi padre—, y no solo cuando vayas a ver a Alannah. Eso, si estás dispuesta a darme otra oportunidad.

Había esperado toda mi vida para oírle decir esas palabras. Algunas de mis lágrimas escaparon por fin, y las enjuagué con la mano, antes de aclararme la garganta.

—Creo que eso me gustaría mucho —dije.

Mi padre sonrió ligeramente.

—De acuerdo entonces.

Mi padre me dedicó una sonrisa breve y se marchó a estrechar la mano de su abogado. Connor y yo nos dimos la vuelta al escuchar un fuerte pitido.

—Caray —murmuré, al ver que Ali estaba aparcando un brillante descapotable color rojo cereza frente al juzgado—. Qué coche más... festivo.

—¡A mí me encanta! —exclamó Alannah—. Parece el trineo de Papá Noel.

—Pero ¿habrá sitio para Grace ahí dentro? —pregunté riendo.

—No te preocupes —sonrió Connor—. El cinturón de seguridad del asiento trasero tiene una extensión para niños.

—¡Hola, mamá! —gritó Grace emocionada—. ¡Ahora mismo voy! —Abrazó a Alannah una última vez y cogió la mochila que le entregaba Connor.

Él agarró a su hija en el último momento para darle un beso en la cabeza.

—Pórtate bien, ¿vale?

Grace puso los ojos en blanco.

—Siempre me porto bien. Nos vemos, Eddie.

Extendió un puño para que pudiéramos darnos el apretón de manos supercomplicado que habíamos estado practicando toda la semana anterior.

—Bien —dije, cuando terminamos haciendo chasquear los dedos.

Grace sonrió y se marchó corriendo escaleras abajo. Entregó la mochila a Ali y se metió en el coche.

—Parece que las cosas van bien —dije, abrazando a Connor.

Él asintió, mientras Ali se despedía saludando con la mano. Habían llegado a un acuerdo de visitas al que Grace había dado su visto bueno, y Ali tenía un asistente personal que se aseguraba de que las cumpliera, de forma que las llamadas de teléfono mensuales se habían convertido en visitas cada dos fines de semana, *sin Sawyer*.

Alannah se nos acercó y se unió a nuestro abrazo.

—Gracias por esperarme, Eddie.

—Yo siempre te esperaré —prometí—. ¿Todo bien?

—Sí —sonrió ella—. ¿Crees que Grace querrá ayudarme a decorar mi habitación en la nueva casa de mamá?

—Creo que eso le encantará —dijo Connor.

—¡Voy a hacer algunos diseños este fin de semana! —exclamó Alannah.

Valentina la llamó y Alannah se despidió de nosotros con una sonrisa, antes de echar a correr hacia ella.

—¿Estás bien? —preguntó Connor en voz baja, con la barbilla apoyada sobre mi cabeza.

—La verdad es que sí —suspiré agradecida—. Hoy ha sido un día... lleno de sorpresas.

—Tienes claro que no estás obligada a hacer nada por tu padre hasta que estés lista, ¿verdad?

—Lo sé. Pero, ahora que se ha disculpado conmigo, quiero creer que lo va a hacer mejor. Y me gustaría mucho arreglar un poco nuestra relación.

Levanté la cabeza y Connor se inclinó para besarme.

—Bueno, a mí no me importará acompañarte, si crees que eso hará que las visitas sean más fáciles.

—Eso me encantará.

Era muy agradable saber que Connor me apoyaría, sin importar a dónde fuera. Y, si las cosas no funcionaban bien al final, sabía que estaría bien, de todos modos.

Por fin tenía la familia que siempre había querido. Los Lockhart me habían acogido con los brazos abiertos, y me habían ofrecido el cariño y apoyo que siempre había anhelado tener. Al ver a Grace alejarse con Ali, y a Alannah dar volteretas en las escaleras del juzgado, supe que el único lugar del mundo en el que quería estar era allí, con aquella nueva familia que había tenido la suerte de encontrar.

CONNOR

—¡E stamos en la cuenta atrás oficial! —anuncié, sin quitar los ojos del reloj.

Eran las siete menos cinco.

Esa noche, a las siete, los distribuidores iban a lanzar *Alterbot* al mercado, lo que significaba que estaría disponible en los principales puntos de venta en línea. Al día siguiente, saldría la versión física justo a tiempo para la temporada de compras después de Navidades.

—¿Eddie?

—¡Un segundo! —gritó ella.

—No te habrás caído dentro, ¿no?

—No, *no*... Todo bien.

Estábamos viendo la última temporada de *Morir a fuego*, la serie de éxito de Liam, y había corrido al baño en cuanto terminó uno de los episodios. Grace estaba con Ali, haciendo deportes de invierno, y Alannah estaba con Valentina, así que había invitado a Eddie a cenar esa noche en un restaurante de lujo para celebrar el lanzamiento.

Sin embargo, ella había insistido en que nos quedáramos en casa, los dos solos, así que nos habíamos acomodado en casa, habíamos pedido comida tailandesa y puesto a enfriar una botella de champán.

Una noche tranquila, era lo que me había pedido, y el corazón aún me daba un salto de alegría al pensar en lo bien que sonaba eso. Para nosotros, una noche tranquila consistía en sentarnos juntos en el sofá después de recoger los platos de la cena y acostar a Grace. Era Eddie apoyada sobre mí, con la cabeza sobre mi pecho, un brazo alrededor de mi cuerpo y mis labios sobre su cabeza. Era sentirla reír o dar un respingo al ver algo en la televisión. Era intercambiar ideas para la siguiente secuela de *Shadow*, o hablar del último drama ocurrido en el cuarto curso. Era perfecto.

—Lo digo en serio, necesito saber qué va a pasar con Cade! —dije—. Si Liam se lo carga, me voy a enfadar un montón.

—¡Ja! —respondió Eddie—. Tú, y la mitad de las mujeres de América.

—Voy a poner el siguiente episodio.

—¡Un momento! —gritó Eddie, que vino corriendo por el pasillo y se dejó caer entre mis brazos.

—Bueno, ya se ha lanzado *Alterbot* —dije, besándole la cabeza—. Voy a por el champán y lo celebraremos como es debido.

—Mmmm...

Sin embargo, cuando se apartó, no estaba tan contenta como yo había esperado. Parecía nerviosa, y se estaba mordiendo un labio.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—Será mejor que te sientes.

La sonrisa se me heló en los labios.

—Eddie, ¿qué te...? —Ella hizo una mueca y el pulso se me aceleró—. Me estás preocupando.

Ella se metió una mano en el bolsillo trasero, sacó una delgada varita de pruebas y mi corazón saltó hasta mi garganta cuando recordé lo ocurrido hacía casi diez años.

—Me he dado cuenta de que iba con retraso —dijo Eddie sin aliento, mirando la prueba—, así que he comprado... —Tragó saliva con dificultad—. No creí que estaría... —Frunció el ceño—. Pero ya me he hecho dos pruebas y, aunque dicen que a la tercera va la vencida, creo que ya estoy bastante segura.

Levantó la vista hacia mí, con una expresión mezcla de confusión e incertidumbre, y tal vez un poco de esperanza, también.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó.

Me precipité hacia ella y la sujeté por los hombros, mientras miraba las dos líneas rosas.

—¿Me estás diciendo que estás...?

—Eso parece. —Levantó la prueba y la agitó un poco—. Yupi, ¿no...? ¿No?

—¿Estás embarazada? —murmuré.

—Estoy embarazada —confirmó ella.

Solté una carcajada incrédula. Una carcajada alegre. El corazón me iba a mil por hora.

—¡Vamos a tener un bebé! —La cogí en mis brazos y giré con ella, hasta que se echó a reír en mi oído.

Los recuerdos me invadieron mientras girábamos. Recordaba cómo había sido el mismo momento con Ali, cuando todo el peso de la responsabilidad cayó sobre mis hombros. Recordé cómo el pánico se había apoderado de mí. Había querido a Grace desde el primer segundo en que supe de su existencia, pero, incluso entonces, me había preocupado si Ali y yo seríamos buenos padres. Esperé una oleada de pánico similar, pero nunca llegó.

Esto es lo que quiero, comprendí con una cierta desesperación. Quería volver a ser padre, y quería que fuera con Eddie.

—¿Estás contento? —me preguntó.

—Estoy muy, *muy* feliz —respondí, y dejé a Eddie en el suelo de nuevo—. Sabes que tenía muchas ganas de darle un hermano a Grace.

—Va a ser la mejor hermana mayor del mundo. —Eddie se pasó las manos por el pelo—. ¡Voy a ser madre!

—Así es —dije, observándola. Tenía la mirada perdida, como si aún no hubiera asimilado la sorpresa—. ¿Te parece bien? Sé que no habíamos hablado de esto todavía. Entiendo que te dé miedo, o que puedas no estar preparada.

—Oh, estoy muerta de miedo —dijo Eddie, con una mano sobre su vientre—. Pero es una especie de miedo emocionado. —Me miró, riendo—. ¿No es muy raro?

—No, no es raro —respondí, apretándola contra mí.

—Voy a ser madre —repitió en voz más baja, asombrada—. Tengo muchas ganas de ser madre.

—Y vas a ser la mejor —dije, apoyando mi frente en la suya—, porque has cuidado muy bien de Alannah.

Eso le hizo sonreír, e inclinó la cabeza.

—¿Estás seguro de que quieres un bebé?

—Lo estoy —prometí con una sonrisa—. Quiero aumentar la familia, Eddie. Quiero hacerlo todo otra vez: los pañales, los primeros pasos... Y quiero... He estado pensando... —Me froté la cara, riendo—. Dios, siempre lo hago todo al revés, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir? —preguntó ella, extrañada.

Me dirigí a una mesa auxiliar y saqué la cajita que había guardado allí antes de Navidad. Desde entonces, había pensado en pedirle matrimonio un millón de veces, pero no había encontrado el momento adecuado. Puede que ese fuera el momento que había estado esperando, porque ¿qué ocasión sería más perfecta que el momento en el que me había anunciado que iba a ser padre por segunda vez?

Abrí la caja, y el zafiro centelleó, mientras me dejaba caer sobre una rodilla. Eddie contuvo su respingo con una mano.

—¿Connor?

—Cuando nos conocimos, las mechas de tu pelo eran del color de los zafiros —expliqué—. Siempre he pensado que el azul es tu color.

La mandíbula de Eddie empezó a temblar.

—Edith Sheppard —dije, después de aclararme la garganta—. La primera vez que hice esto, lo hice muerto de miedo. Estaba desesperado por hacer lo correcto, aunque no tenía ni idea de qué era lo correcto, exactamente. Pero esta vez, no tengo ningún miedo, porque por fin sé lo que quiero.

—Connor —dijo ella con suavidad.

—Y te quiero a ti, y a este bebé, y la vida perfecta que hemos creado juntos. —Le cogí una mano—. No tenemos que casarnos si no quieres, podemos comprometernos durante todo el tiempo que sea necesario. Podemos casarnos mañana, esperar a que nazca el bebé, o esperar otros veinte años, si eso te hace feliz. Puede ser una boda enorme, o discreta, o nos puede casar en Las Vegas un imitador de Elvis vestido de lentejuelas. Haremos lo que te apetezca, porque te quiero, y lo único que me importa es pasar el resto de mi vida contigo. Así que —terminé, sacando el anillo de la caja—, ¿quieres casarte conmigo?

Eddie torció un poco la boca para tratar de contener una sonrisa llorosa, y me tendió la mano, agitando los dedos con rapidez.

—Creo que sí quiero.

Me eché a reír y, tras ponerle el anillo en el dedo, me puse en pie y le sujeté la cara para darle un beso emocionado.

—¿Podemos incluir videojuegos antiguos en la celebración de la boda? —preguntó Eddie cuando nos separamos.

—Dame una lista —asentí—, y los conseguiré todos.

—Tal vez podríamos mantener el embarazo en secreto —propuso ella con una sonrisa—, y presentar al bebé durante la celebración. Oh, Dios mío, iese sería épico!

—Eso sería... una pesadilla logística —repuse—. Antes o después se te empezará a notar, y no sé cómo íbamos a tenerte escondida durante todos esos meses y, además, planear una boda. —La idea me hizo reír—. Mi madre se daría cuenta al momento.

—Hmm, tienes razón. En lugar de eso, podemos anunciar el embarazo de algún modo gracioso. Algo así como «cargando nuevo jugador», ¿sabes? —Abrió mucho los ojos—. Ay, ¡creo que voy a hacer eso!

—De acuerdo —respondí con una carcajada—. Podríamos regalar a Grace un mando en miniatura cuando se lo digamos.

Eddie se dejó caer en mis brazos.

—Me encanta esa idea.

—Te quiero —dije.

—Yo te quiero más.

—No es posible.

—Entonces, pasemos a la cuestión principal —dijo Eddie—. ¿Llamamos al bebé Salsa Picante, o Quesadilla?

—No lo dirás en serio —pregunté, con un resoplido.

Eddie me dedicó una sonrisa malvada.

—Tienes unos ocho meses para convencerme de lo contrario —dijo ella—, o, si no, Bebé Aliento de Dragón llegará pronto a la guardería del barrio.

—Tengo que admitir que ese nombre es bastante chulo —respondí riendo.

—Lo sé —sonrió Eddie—. Fíjate, estamos hechos unos padrazos.

—Tendremos que practicar mucho antes de empezar a planear la secuela.

—Conque una secuela, ¿eh? —Eddie inclinó la cabeza—. ¿Y cuántas de esas quieres?

—Se admiten sugerencias —respondí, mirándola a los ojos—, pero, al menos, tres.

—En ese caso, más vale que empecemos a practicar. —Con una sonrisa muy sugestiva, empezó a tirar de mí hacia las escaleras.

—Me has quitado las palabras de la boca.

Eddie se echó a reír mientras yo la perseguía escaleras arriba, sonriendo también al pensar que pasaría el resto de mi vida asegurándome de que tuviera todo lo que necesitaba, porque ya me había dado mucho más de lo que yo hubiera esperado jamás.

CONNOR

El gran salón de baile Ebell de Los Ángeles se había transformado para la boda de mi madre con X. Era un club de mujeres con una gran tradición, fundado en el año 1927, y su arquitectura renacentista irradiaba una elegancia del viejo Hollywood que encajaba perfectamente con el tema que habían elegido para la boda: el cine clásico. Todo estaba decorado en tonos marfil y sepia, y Sierra había ayudado a mi madre diseñando un vestido inspirado en la época de los años veinte para la ocasión.

Todo había salido como esperábamos, y cuando comenzó por fin la celebración, pudimos relajarnos y empezar a pasarlo bien.

—¿Otra ronda? —preguntó Liam, mirando alrededor de la mesa—. ¿Alguien se apunta a otra copa?

Todo el mundo asintió, y Finn levantó los dos brazos.

—Yo quiero un doble —pidió.

Sierra se apoyó en su hombro, riendo con suavidad. Finn estaba de muy buen humor ese fin de semana, porque había aprobado el rodaje de la precuela de *Corre y dispara* en el salvaje Oeste con la que había estado soñando. El pequeño CJ, que ya tenía siete meses

y estaba sentado en el regazo de Mia, hizo unos ruiditos en lo que parecía un intento de imitar a Finn, antes de golpear la mesa con sus pequeños puños y sacudir la vajilla. Todos nos echamos a reír.

Liam se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

—Ese es mi niño. —Nos miró a los demás—. Creo que será mejor que pida una botella para la mesa.

—Hablando de botellas —murmuró Mia, mientras metía la mano en la bolsa de CJ para sacar su comida.

—Yo solo quiero un refresco de jengibre —pidió Eddie, antes de que Liam se marchara.

Ese mes de junio habíamos hecho la ecografía de los seis meses y nos habían confirmado que el bebé estaba bien y se desarrollaba según lo previsto. Eddie estaba absolutamente radiante.

—¿Puedo tomar un cóctel sin alcohol? —preguntó Grace y, cuando me miró, asentí.

—Yo quiero otro —dijo Alannah.

—Solo si venís conmigo para ayudarme a traer las cosas —dijo Liam a las niñas.

Ellas se levantaron y fueron tras él hacia el bar, sorteando a los invitados de la boda y a algún que otro famoso amigo de X.

—Oh, Dios mío —dijo Mia por lo bajo, volviendo la cabeza para mirar a alguien que pasaba cerca, vestido con un esmoquin color burdeos—. ¿Ese es Grant...?

—¿Taylor? —terminó Eddie por ella—. Sí, me lo he encontrado antes en la mesa de postres, y nos hemos atiborrado de *brownies*.

Disimulé una sonrisa. Los gustos de Eddie cambiaban cada día a causa del embarazo, pero aún no había perdido la pasión por el chocolate. Le cogí una mano y apreté, mientras ella relataba emocionada su conversación con el famoso cantante.

—Parece que X conoce a su padre, o algo así —terminó Eddie en voz baja.

Mia hizo un gesto como que le estallaba el cerebro.

—¿Crees que cantará esta noche?

Eddie se echó a reír y se dio unos golpecitos en la tripa.

—Ay, sería el primer concierto del bebé.

Sacudí la cabeza, con un resoplido.

—Si Grace y Alannah se salen con la suya, llevarán al bebé al próximo concierto de Scarlet Rush.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad de utilizar el fotomatón? —preguntó Sierra—. Me gustaría tener algunas fotos de mi sobrino al estilo antiguo.

Mia hizo saltar a CJ sobre su regazo.

—Qué te parece esa idea, ¿eh? —le preguntó—. Te pondremos un sombrero de copa pequeñito y puedes sujetar el Óscar de plástico.

CJ frotó la parte posterior de su cabeza contra el vestido de Mia y cogió su biberón.

—Me tomaré eso como un sí —comentó Sierra—. Oye, ¿crees que podríamos ponerle unos tirantes?

Eddie se volvió en su asiento y me sonrió feliz.

—¿Bailas conmigo antes de que tenga que ir al baño otra vez?

Me tendió una mano y yo la cogí para levantarla con cuidado de la silla y atraerla hacia mí.

—¿Tienes al bebé sentado sobre tu vejiga otra vez? —pregunté.

Su expresión de enfado fingido me hizo reír, y puse mi mano en la tripa que protegía al que sería nuestro futuro bebé.

—No solo se ha acomodado ahí, sino que ha construido un fuerte y se ha llevado comida —respondió Eddie.

—¡Ja! —rio Mia, tratando de quitarle un tenedor a CJ, que estaba en la fase en que se lo llevaba todo a la boca—. CJ solía practicar sus movimientos de *kickboxing* en mi tripa.

—Me alegro de saber que algunas cosas no cambian —comentó Eddie con una carcajada, mientras CJ sacudía los pies cuando terminó la canción y empezó la siguiente—. Por cierto, me encanta ese trajecito diminuto que le has puesto.

Mia besó a CJ en la mejilla.

—Me alegro de que aún le quepa, porque lo acabo de comprar y ya casi le va justo.

—Al menos, tenemos un montón de ropa que podrá heredar nuestro nuevo... ¿sobrino? —dijo Finn, mirándome desde el otro lado de la mesa.

Mia sonrió y se volvió a mirarnos a Eddie y a mí.

—O sobrina —añadí yo, sin caer en la trampa.

Finn soltó un gruñido.

—Deberías rendirte —recomendó Sierra, dando unas palmaditas en el hombro de Finn con una risa—. Sabes que no nos lo va a decir hasta que llegue el momento.

—No es justo —protestó Mia, con un puchero fingido—. Liam y yo esperamos a que naciera para saber lo que era, pero vosotros lo sabéis y habéis decidido ocultar a CJ ese detalle esencial. Mirad qué carita más mona. —Volvió el bebé hacia nosotros para que viéramos bien lo adorable que era—. ¿En serio queréis que siga sin saberlo?

CJ parpadeó y, sin inmutarse, agarró el borde del mantel y se lo metió en la boca. Eddie sonrió.

—Tanto CJ como los demás serán informados del sexo del bebé en cuanto terminemos de planear la fiesta de revelación más épica que se haya visto nunca.

—¿Cómo lo vais a revelar? —preguntó Finn con sequedad—. ¿Vais a poner un cartel en la luna?

—Se nos ha ocurrido de todo: desde dejar que Grace y Alannah destrocen una piñata, hasta una carrera de obstáculos para toda la familia —respondí. Eddie estaba tan ilusionada con la fiesta, que me sorprendía que no se lo hubiera dicho hasta entonces—. Pero añadiré lo de la luna a la lista de posibilidades.

Finn fingió estar exasperado, y Mia suspiró.

—Si quisiera llevarlo al límite —dijo Eddie—, lo pondría en una cinemática al final de *Alterbot 2* y os obligaría a completar el juego para saberlo. —Se puso una mano en la tripa—. Pero, al paso que voy con la programación, este pequeñín va a unirse a nosotros antes de que termine el juego.

—No hay prisa —le recordé, con un beso en la sien.

El acuerdo de distribución seguía vigente. Después del éxito del primer juego, la demanda para una secuela había dado a Eddie algo en lo que concentrarse para distraerse de sus horribles náuseas matutinas.

—¿Crees que podrás sacarlo este año? —preguntó Sierra.

—La historia se me ha ido un poco de las manos —dijo Eddie, negando con la cabeza.

—Conozco esa sensación —asintió Mia.

—Creo que saldrá a finales del año que viene —continuó Eddie—, pero he completado una expansión para el primer juego con nuevos desafíos, para entretener a los jugadores hasta que salga la secuela.

—¡Papá! —dijo Grace, que se acercaba corriendo con Alannah pisándole los talones. Era evidente que habían abandonado a Liam con las bebidas—. ¡La abuela dice que podemos pedir canciones al DJ! Alannah y yo le vamos a pedir que ponga algo de Scarlet Rush, ¿vale?

—De acuerdo, pero no olvidéis turnaros con las peticiones —le recordé.

Las niñas volvieron a desaparecer, riendo.

—Bueno —murmuré—. Supongo que eso es lo que vamos a escuchar el resto de la noche.

Eddie entrelazó sus dedos con los míos.

—Creo que tu madre y X podrían haberse ahorrado el coste del DJ y haberse limitado a poner tu lista de canciones —bromeó.

—¿Crees que podrás bailar algo de Scarlet Rush? —pregunté, sacudiendo la cabeza.

—Deberías aprovechar que aún no tienes los pies muy hinchados y todavía puedes bailar —recomendó Mia, que se había puesto en pie—. Vamos CJ. ¿Quieres bailar con el tío Connor y la tía Eddie?

El bebé soltó un chillido.

Finn tendió un brazo hacia Sierra, y los dos se unieron al resto del grupo en la pista de baile.

—Sigo pensando que deberíamos haber preparado una coreografía para nuestra entrada —dijo Mia, que tenía a CJ apoyado en la cadera, cuando nos hicimos un hueco en la pista de baile.

—Creo que no —dijo Finn—. Liam tiene dos pies izquierdos. Seguro que nos pisaría a todos.

—Tampoco lo hace tan mal —protestó Mia.

—Esperemos que CJ herede la gracia de su tío —dijo Finn, que bailaba con Sierra pegada a su cuerpo, alardeando de sus habilidades.

Yo fingí tapar los ojos de CJ.

—Hay niños delante, no os paséis.

Finn nos dedicó una sonrisa provocativa, se pegó aún más a Sierra y la hizo girar en una vuelta lenta y sensual. CJ agitó los brazos para apartar mi mano y tendió las dos suyas hacia Liam, que se había acercado entre la multitud.

—He dejado el vino en la mesa —informó, antes de coger en brazos a CJ y hacerle una pederreta en la mejilla, lo que hizo reír al bebé.

Miré a Eddie y pensé en lo mucho que ansiaba tener nuestro propio bebé dentro de tres meses. Ella me devolvió la mirada, como si supiera exactamente lo que estaba pensando. Bailamos despacio durante unos minutos, disfrutando de la sensación de estar juntos y el placer de que nos rodeara la familia.

—¿Nos debería preocupar que Grace y Alannah hayan encontrado la fuente de chocolate? —preguntó Eddie, mirando por encima de mi hombro.

—Estoy tratando de no prestarles mucha atención —bromeé—, pero si empiezan a pasarse con el chocolate, las mandaré a casa con el tío Finn.

Eddie se echó a reír.

—¡Aquí llega la feliz pareja! —anunció Liam.

Mi madre y X se acercaron a donde nos encontrábamos. Habían estado ocupados saludando y hablando con los invitados entre un baile y otro.

—Oye. —Mia se había acercado a X—. ¿Qué posibilidades tengo de conseguir un autógrafo de Grant Taylor?

—¿Sabes? Conocí a su padre cuando buceamos con tiburones en las Maldivas, mientras nos preparábamos para rodar *El protocolo del atardecer*. Grant acababa de empezar su carrera. Son una familia encantadora.

—Es increíble —dijo Mia, aún deslumbrada.

Mi madre parecía sonrojada, pero feliz. Aunque tenía los ojos brillantes por la emoción, nunca la había visto tan feliz como en ese momento, rodeada de todos nosotros.

—¿Qué te pasa? —preguntó Liam.

—Nada —respondió ella con rapidez, y se enjuagó los ojos mientras X la abrazaba—. Me encanta ver a todos mis hijos juntos, felices y prósperos. —Extendió el brazo hacia Eddie para rodear sus hombros—. Y pronto seremos uno más.

—Connor y Eddie han dicho que pronto nos dirán lo que va a ser —dijo Finn.

—Podías haber pedido esa información como regalo de boda —dijo Liam a mamá—. Has perdido la oportunidad.

—Oh, yo lo sé desde hace semanas —respondió mi madre, como si nada.

—¿Que ya lo sabes? —gritaron Mia y Finn al unísono.

Liam me señaló con un dedo acusador, y CJ intentó cogerlo para darle un mordisco.

—¿En serio creías que no se lo iba a decir a mamá? —pregunté a Liam.

—Debí haberlo imaginado —comentó, sacudiendo la cabeza.

—Lo único importante es que todo el mundo sea feliz y se encuentre bien —observó mi madre.

Nos unió a todos en un abrazo de grupo y, al terminar, se apartó para hacer cosquillas en la tripa a CJ. El bebé chilló de alegría y tendió los brazos hacia su abuela. El momento era tan perfecto que el corazón se me llenó de felicidad.

Mi madre había encontrado el final feliz que siempre mereció, y los Lockhart habíamos alcanzado el éxito. Cogí la mano de Eddie para hacerla girar en la pista de baile, pensando que ese solo era el principio de nuestro cuento de hadas. Con ella a mi lado, nuestra vida estaría llena de risas y alegría y, sobre todo, tendría el final perfecto, con la familia perfecta que habíamos creado.

FIN DE EL GRUÑÓN MÁS INSOPORTABLE

LOS HERMANOS LOCKHART LIBRO 3

El jefe al que odio, Enero 6, 2026

El tirano de mis pesadillas, Febrero 17, 2026

El gruñón más insoportable, Marzo 31, 2026

P. D.: ¿Quieres más multimillonarios ardientes? Entonces, lee estos fragmentos exclusivos de ***Cómo sobrevivir a tu jefe*** y ***Un jefe insoportable***.

¡GRACIAS!

Muchas gracias por comprar mi libro. Las palabras no bastan para expresar lo mucho que valoro a mis lectores. Si disfrutaste este libro, por favor, no olvides dejar una reseña. Las reseñas son una parte fundamental de mi éxito como autora, y te agradecería mucho si te tomaras el tiempo para dejar una reseña del libro. ¡Me encanta saber qué opinan mis lectores!

Puedes comunicarte conmigo a través de:



CÓMO ALEGRARLE EL DÍA A UNA AUTORA

No hay nada mejor que leer buenas reseñas de lectores como tú, y no lo digo solo porque me haga feliz. Al ser una autora independiente, no tengo el respaldo financiero de una gran editorial de Nueva York ni la influencia para aparecer en el club de lectura de Oprah. Lo que sí tengo (mi arma no tan secreta) es a ustedes, mis increíbles lectores!

Si disfrutaste el libro, te agradecería muchísimo que te tomaras unos minutos para dejar una reseña. Simplemente haz [clic aquí](#) o deja una reseña cuando te lo pida Amazon al terminar el libro. También puedes ir a la página de producto del libro en Amazon y dejar una reseña allí. En ese caso, debes buscar el link que dice "ESCRIBIR MI OPINIÓN".

Sin importar el largo que tengan (¡incluso las más breves sirven!), las reseñas me ayudan a que la saga tenga la exposición que necesita para crecer y llegar a las manos de otros lectores fabulosos. Además, leer sus hermosas reseñas muchas veces es la parte más linda de mi día, así que no dudes en contarme qué es lo que más te gustó de este libro.

ACERCA DE LESLIE

¿Aún no conoces a Leslie North? Los lectores recomiendan empezar con «El más prepotente». Imagínate una niñera como Mary Poppins, pero aún más encantadora y de Minnesota, que trabaja para un multimillonario irlandés muy antipático. Su historia lo tiene todo: humor, venganza, pasión, desilusión y esperanza, además de unos diálogos muy entretenidos. En las palabras de una lectora: «¡Los momentos románticos y las escenas divertidas de esta historia me hicieron chillar!»

Leslie North es el pseudónimo de una misteriosa autora superventas del periódico USA Today que idea comedias románticas y romances contemporáneos como una campeona (¡los jefes de sus historias te robarán el corazón!). La protección del anonimato le permite dar rienda suelta a toda su creatividad, sobre todo cuando se trata de escribir unas escenas tan apasionadas y emocionantes que harán que te sonrojes.

De hecho, la autora ha confesado que... ¡casi le gusta más su identidad como Leslie North, que su personalidad cotidiana! Sus novelas superventas son conocidas por el carácter fuerte de sus personajes, sobre todo sus heroínas: mujeres mordaces y atrevidas, que no tienen reparos en plantar cara a un jefe capullo y dominante. ¿Y su sentido del humor? Bueno, digamos que tal vez debas avisar a quienes te rodean de que no se sorprendan si sueltas una carcajada inesperada.

El interés de Leslie por las novelas románticas comenzó cuando encontró una muy desgastada en su biblioteca local. Poco después de leerla, ella misma se animó a escribir y, como se suele decir, el resto es historia, una de lo más divertida y conmovedora. En la actualidad, Leslie vive en un acogedor chalet en la costa británica, donde le gusta dar largos paseos relajados con sus dos dálmatas, George y Fergie, que son de lo más traviesos.

A Leslie le encanta escuchar las opiniones de sus lectores, así que, si tienes algo que decirle, no te cortes y escríbele. ¡Le alegrarás el día!





SINOPSIS

Como una mezcla entre *Cariño, cuanto te odio* y *La Proposición*, si el multimillonario antipático con el que has tenido un rollo de una

noche presidiera un imperio de aviones privados de lujo, te hiciera *ghosting*, y se convirtiera en una pesadilla de relaciones públicas a 12 000 metros.

Hace meses, tuve una apasionada noche de amor con Harrison Ashford: director ejecutivo, tentación vestida con traje de diseño y señal de peligro andante. Es posible que sea el hombre más gruñón sobre la faz de la tierra. Imagínate una mirada ardiente que destila sarcasmo, y la capacidad emocional de un pedrusco.

Pero desapareció tan rápido, que me dio vueltas la cabeza.

Al cabo de un tiempo, nuestros caminos se volvieron a cruzar en un aeropuerto, justo después de que él se volviera viral por hablar mal de Scarlet Rush, la cantante favorita de América y la estrella del pop más adorada del mundo.

Ahora, se ha convertido en el enemigo público número uno. Los fans están sedientos de venganza y su compañía de aviones privados está perdiendo dinero a raudales, así que me ha contratado a mí para arreglar todos sus problemas.

Sin embargo, yo soy experta en resolver crisis de relaciones públicas, no una niñera para multimillonarios. Cuidar de un magnate gruñón con el ego por las nubes y resentido con la felicidad, alguien que me hizo ignorar todos mis principios para luego esfumarse sin dejar rastro, no era parte de mi plan de negocio para los próximos cinco años.

Aun así, me ha ofrecido un salario absurdo y vuelos en avión privado, y el trabajo es temporal.

Soy capaz de comportarme como una profesional. Puedo ignorar la tensión durante los vuelos y las reuniones de planificación a medianoche.

No me voy a enamorar ni en broma del hombre que desapareció de mi vida. ¿Verdad?

Obtén tu ejemplar de *Cómo sobrevivir a tu jefe*
Disponible Junio 23, 2026
(¡Disponible para preventa!)
www.LeslieNorthBooks.com



FRAGMENTO

Capítulo uno

Gwen

Mi carrera estaba a dieciocho minutos de la catástrofe absoluta.

Y esa es la razón por la que odio volar. En cuanto se pone un pie en el aeropuerto, una queda a merced de fuerzas totalmente fuera de su control, y esa es mi definición de un infierno. Incluso si la preparación del viaje es perfecta y se planea el itinerario hasta el último detalle, como haga mal tiempo tres estados más allá, todo podría irse a pique.

En aquel momento me encontraba justo en esa situación, corriendo por la terminal 1 en dirección a la terminal 4, porque mi siguiente avión salía del otro extremo del aeropuerto y el que me había traído hasta allí se había retrasado. Como siempre, llevaba puestos unos tacones de aspecto tremendo, pero tan cómodos como zapatillas deportivas así que, sin contar la bolsa de mano que llevaba apretada contra el pecho, estaba preparada para correr.

Mientras esquivaba a los demás viajeros, noté que empezaba a sudar, y asumí que me tocaría pasar la primera parte del vuelo a Las Vegas secándome y arreglándome, para estar presentable en mi próxima reunión. ¿Por qué había programado dos sesiones seguidas con clientes sin apenas dejar margen para el error?

Sí, había sido culpa mía, pero el primer vuelo solo había sido para hacer una breve parada en Denver y firmar un contrato; una reunión rápida sin ninguna complejidad. Si el vuelo no se hubiera retrasado, mi plan habría sido perfecto. De ahí mi odio a volar.

Seguí volando, esquivando, saltando y sorteando las multitudes de viajeros como una atleta. Evité por un pelo derribar a una pareja de personas mayores, así que me volví para disculparme sin dejar de correr de espaldas. Ellos se echaron a reír y me saludaron con la mano, lo que me hizo pensar que, sin duda, parecía una desquiciada.

Pero eso no importaba. Lo único que importaba era no perder aquel maldito vuelo.

A esa reunión asistirían todos los mandamases, y eso significaba que debía ir bien preparada. Hasta el momento en que tuve que correr por mi vida, había parecido una profesional consumada, con mi falda azul marino y blusa color crema. En aquel viaje representaba a la empresa yo sola, y eso había supuesto todo un logro para mí. A pesar de mi considerable experiencia, Alan apenas confiaba en mis capacidades, y no estaba dispuesta a permitir que nada se interpusiera en mi camino. Daba igual que el vuelo estuviera fuera de mi control: lo único que le importaba a mi jefe era que le consiguiera nuevos clientes.

Miré el teléfono para comprobar la hora. *Mierda*, iba muy justa.

Según el mapa de la terminal, parecía que aún me quedaban unos tres kilómetros por recorrer. Lo miré con los ojos entornados mientras pasaba corriendo por delante, y apreté el paso, hasta que...

PUM.

Choqué con lo que me pareció una pared de ladrillos; salvo que, claro está, las paredes de ladrillos no solían oler a perfume caro ni eran cálidas. Al cabo de un instante, comprendí que estaba apretada contra un pecho masculino, uno muy sólido, y di un salto para

separarme de él. Fue entonces cuando un chorro de líquido cayó sobre mi pecho y me hizo soltar un chillido de sorpresa.

—Pero ¿qué diablos...?

Di unos cuantos pasos atrás y aparté la tela mojada de mi piel.

—¿*Gwen*?

Miré a la persona que acababa de arrebatarme cualquier posibilidad de llegar a mi vuelo y me quedé helada. El alma se me cayó a los pies, como en caída libre.

—Eres... *tú*... —conseguí decir, presa del enfado y la sorpresa.

Jamás, ni en mis sueños más absurdos, habría pensado que volvería a ver a Harrison Ashford, pero ahí estaba: se alzaba amenazante ante mí, con su traje a medida y su corbata color azul brillante, mirándome como si acabara de pisar un chicle usado con su mocasín de Ferragamo.

—Soy yo. No esperaba volver a verte —dijo, en un tono sarcástico que no dejaba lugar a duda de que estaba tan molesto como yo—. Desde luego, no pensaba volver a ver tanto de ti.

Señaló mi pecho y, cuando bajé la vista, vi que el líquido que se había derramado sobre mí había vuelto mi blusa transparente, hasta el punto de que mi sujetador rosa fucsia, invisible hasta aquel momento, había quedado a la vista de todo el aeropuerto.

Perfecto, era perfecto. Incluso si conseguía llegar a mi vuelo, tendría que asistir a la reunión como si acabara de salir de un concurso de camisetas mojadas. ¡Y aquel imbécil ni siquiera se había disculpado aún!

De hecho, parecía estar enfadadísimo conmigo. Y encima, era mi maldita suerte que, hasta estando tan cabreado, estuviera tan tremendamente bueno. Claro, que ya sabía que estaba bueno en cualquier circunstancia: era la consecuencia natural de ser tan guapo, que resultaba injusto.

Por lo general me atraían los hombres altos, morenos y guapos, pero Harrison tenía algo que se sobreponía a mis preferencias. Era alto, sí, pero rubio, con un pelo claro que, en ese momento, estaba peinado a la perfección, aunque yo había tenido la ocasión de verlo cuando se acababa de despertar. Y sus ojos... Eran de un color verde claro precioso que no parecía real.

Aún recordaba la forma en que me había perdido en aquellos ojos, mirándolos de cerca, mientras me preguntaba cómo había tenido tanta suerte. Claro que, si hubiera sabido lo que pasaría después, *jamás* me habría liado con un desastre de hombre como él.

—Qué raro que el Imbécil del Aire se niegue a disculparse —le recriminé enfadada, sin dejar de apartar la tela mojada de mi piel—. Eso es muy de tu estilo, ¿no?

—Anda, venga ya —suspiró él—. No me digas que tú también eres una maldita fan de Scarlet Rush.

—Oye, yo estoy a favor de cualquiera que revele tu auténtica personalidad —respondí, mirándolo con desdén.

La pelea que Harrison estaba teniendo en público con la estrella del pop más famosa del mundo le había acarreado montones de mala prensa en los últimos tiempos, y a mí eso me había parecido profundamente satisfactorio, a niveles cósmicos.

—¿Mi auténtica personalidad? —espetó Harrison, acercándose un poco más para resultar más amenazador—. Tú no tienes ni idea de cómo soy.

—Ya sé mucho más de lo que querría, créeme. Me encantaría poder olvidarte para siempre con solo chasquear los dedos —repliqué, sin dejarme amedrentar y devolviéndole la mirada desdeñosa—. Pero conozco de primera mano lo bien que se te dan los trucos de magia, como desaparecer sin dejar rastro. Te gusta parecer misterioso, ¿no?

—Se ve que, a ti, no. —Hizo un gesto con la cabeza hacia mi blusa transparente.

Me quedé boquiabierta por la sorpresa, y cambié de mano la bolsa de viaje para tapar mi pecho. —¡Este espectáculo gratuito es culpa tuya!

—No era *yo* quien corría por la terminal como si le persiguiera una manada de lobos —observó él.

—Bueno, la mayoría de nosotros no tenemos una flota de aviones privados a nuestra disposición. Y, hablando de eso ¿cómo es que te has dignado a estar aquí, con los simples mortales?

No comprendía qué razón tendría el director ejecutivo de una empresa de aviones privados de lujo para coger un vuelo comercial.

Él contuvo una risa.

—Pasaba por aquí. Y tú, ¿a dónde vas?

—Gracias a ti, a ningún sitio. —Lo miré con enfado—. Mi vuelo ha llegado con retraso, intentaba coger el avión de Las Vegas.

—No lo has perdido —respondió como si nada—. Sale con retraso.

—No es cierto. —Con un resoplido, señalé la pantalla situada en la pared un poco más lejos—. Está...

—Retrasado —terminó él por mí—. Tienes tiempo de sobra.

Entorné los ojos para mirar la pantalla de salidas.

—Un momento, ¿cómo lo sabías?

—Me dedico a saber cosas.

Su certeza imperturbable casi resultaba tranquilizadora y, por un momento, me hizo recordar cuando aún creía que era un hombre decente. Sí, se le daba bien averiguar cosas, como mi necesidad de escuchar sonidos calmantes durante la noche, y poner azúcar de verdad en el café de la mañana, en lugar de endulzantes artificiales.

El Harrison Ashford al que creía conocer había sido intuitivo y considerado. Era una pena que se hubiera convertido en el capullo lanza-bebidas al que me estaba enfrentando en ese momento. El hombre con el que había estado unos meses atrás no era más que un espejismo.

—Bueno, aunque tenga treinta minutos más, sigo pareciendo un náufrago, gracias a ti —observé.

—Esto, yo diría que pareces más una *stripper* —replicó, mientras sus ojos se deslizaban por mi cuerpo—. Mira que elegir ese rosa fucsia...

—Pues no vas a ver nada más que eso. —Apreté la bolsa aún más fuerte contra mí—. Maldita sea, a ver qué puedo hacer. No puedo presentarme en la reunión con una camiseta del *duty free* que diga «Amo California».

Y con eso, empecé a alejarme, indignada por su atrevimiento.

—Que tengas una buena vida, Harrison, y mantente alejado de la mía.

—Usa el código 4313 —dijo él, a mis espaldas.

Me volví a mirarlo con irritación.

—¿Perdona?

—Hay una sala privada de primera clase en la terminal B, que tienes que atravesar de camino a tu puerta de embarque. Está en un pasillo junto al puesto de Cinnabon. Las puertas son opacas y no está señalizada. El código que hay que marcar para entrar es el 4313. Allí tendrás acceso a todas sus comodidades y, lo que es más importante, a un servicio de conserjería que te limpiará y secará la ropa.

No podía creer que hubiera hecho algo para ayudarme.

—Ah, pues... ¿gracias?

—Es lo menos que puedo hacer. —Se ajustó la corbata—. La gente como tú necesita todo el apoyo posible.

—La gente como yo... —Me interrumpí y volví a acercarme a él, furiosa—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Caótica —explicó, haciendo un gesto que abarcó todo mi cuerpo—. Desorganizada, alterada.

—¿Estás de coña? —grité, de un modo que hizo que varias personas se detuvieran a mirarnos—. ¡Esto no ha sido culpa mía!

Él rio un poco, lo que me enfadó todavía más.

—¿Quién de los dos corría por la terminal como un velociraptor rabioso, eh?

—Se acabó. Retiro las gracias que te he dado —repliqué—, y las sustituyo por un «que te jodan, Harrison».

Él inclinó la cabeza y me guiñó un ojo.

—Sin ningún problema. Buen viaje.

Quise decir algo como que esperaba que su avión privado se estrellara en el océano, pero ya había montado una escena bastante grande. No me gustaba nada cómo conseguía sacar lo peor de mí. Normalmente, yo solía ser capaz de controlar mis emociones. Mi trabajo como relaciones públicas requería mantener la calma y la cabeza fría y yo era *muy buena* en mi trabajo. No pensaba dejar que aquel fantasma de mi pasado me alterase más de lo que ya lo había hecho.

—Lo que tú digas —respondí—. Suerte con lo de enfrentarte a los *Rushies*. Ningún otro grupo de fans guarda tanto rencor como ellos, así que prepárate para ser el enemigo número uno durante mucho tiempo.

Supuse que no pillaría la referencia a una de las canciones más populares de la cantante, «*Enemigo número uno*». Aquella mujer

sabía cómo escribir una canción de venganza devastadora.

—No me preocupa Scarlet Rush, ni sus esbirros —respondió—. Ya tengo gente ocupándose de eso.

—¿Esbirros? —Reí en su cara—. Será mejor que vayas con cuidado. Como se enteren de que los llamas así, solo los vas a cabrear más. Y, por lo que he oído, ya tienes bastantes problemas con ellos. Primero le fastidias el vuelo, y después insultas a todos sus seguidores. Muy *caótico*.

Entonces fue él quien me miró cabreado.

—Como te he dicho, ya se están ocupando de eso.

Me mordí la lengua para no preguntarle si era lo bastante listo como para contratar a una empresa de relaciones públicas, porque no había duda de que necesitaba una. Yo tenía montones de ideas sobre cómo debería estar gestionando la crisis de los Rushies, pero ni de broma pensaba compartir mi opinión con él.

—Me he equivocado por completo contigo —murmuré para mis adentros.

Él se acercó un poco a mí.

—Y eso, ¿por qué?

Nos miramos irritados en silencio durante unos segundos.

—El tío al que conocí en Aspen no era más que una fachada. Y lo más gracioso es que tuve mis sospechas. Debería haber sabido que eras demasiado bueno para ser verdad.

A juzgar por el minúsculo cambio de expresión en su cara, comprendí que eso le había dolido.

—Aquello fue una fantasía —continué—. Un rollo de vacaciones, y nada más. El auténtico Harrison Ashford es un imbécil grosero y egoísta que se merece todo el odio que está recibiendo.

—Vaya. —Me sonrió, mostrando un montón de dientes y nada de calidez—. Parece que no eres la única que se ha equivocado al juzgar a alguien en Aspen.

—Anda, ya estamos de acuerdo en algo. Por primera y última vez. Adiós, Imbécil del Aire, yo me largo. Diría que, tal vez, podrías aprender cómo se hace, pero no te hace falta, ¿verdad? Desaparecer es algo que se te da muy, pero que muy bien.

Di media vuelta y me marché. Harrison Ashford ya me lo había hecho pasar mal una vez, y no pensaba dejar que me descolocara de nuevo.

Yo no me consideraba una fan de Scarlet Rush, pero, mientras dejaba atrás a Harrison, se me vino a la cabeza una de las frases de «Enemigo número uno».

Es mi enemigo desde hace mucho tiempo. Mi corazón se ensombrece cada vez que lo recuerdo.

Sí, aquella mujer tenía una canción para cada fase de una relación, desde el primer destello de atracción hasta el caos cuando todo se venía abajo. Después de lo de Aspen, había escuchado sin parar su fantástico disco de ruptura, *Sueños y desesperación* y, por mucho que intentaba convencerme de que no había significado nada, los recuerdos de Harrison habían tardado mucho tiempo en desvanecerse.

Me sorprendí alegrándome de haberlo encontrado ese día porque ahora, lo que quedaba de mis recuerdos felices y desdibujados de entonces había desaparecido por completo, sustituidos por la imagen del hombre que era en realidad.

El Imbécil del Aire: mi propio Enemigo número uno.

**Obtén tu ejemplar de *Cómo sobrevivir a tu jefe*
Disponible Junio 23, 2026
(¡Disponible para preventa!)**

www.LeslieNorthBooks.com



SINOPSIS

¿Os confieso algo?

Odio las despedidas de soltera. Odio la idea de pasar una noche llena de pajitas con forma de pene, pasos de baile ridículos y

mujeres diciéndome: «¡Tú serás la siguiente, Kaitlyn!». Y las odio todavía más si son en una discoteca superglamurosa de Miami, exactamente el tipo de lugar donde no encajo. La cosa no podría ser peor, ¿no?

Pues sí, podría ser peor. Con ustedes, el señor «Más-Guapo-Imposible». El rey de los insoportables. Hasta su ceño fruncido tiene el ceño fruncido. Y se pone todavía más insoportable después de que, sin querer, le tire encima unas bebidas. El tipo debe de ser el gerente de la discoteca, porque tiene las llaves del ático que está en el piso de arriba. El ático al que me invita después de compartir un beso en el balcón. El ático donde tenemos el mejor sexo de mi vida. El ático del que me echa minutos después al recibir una llamada. ¡Os he dicho que la cosa se ponía peor!

¿Estáis listos para que se ponga incluso peor? Es el primer día en mi nuevo trabajo y ese tipo insoportable resulta ser mi jefe. James Morris, un empresario multimillonario dueño de discotecas y un completo imbécil como jefe (si es que las revistas de cotilleos dicen la verdad). Y también padre soltero de una niña adorable que necesita mi ayuda.

Pero ide ninguna manera puedo aceptar el trabajo! Cada vez que miro a James, recuerdo esa noche en el ático. Y, por el modo en que me mira, sé que él piensa lo mismo que yo. Pero después me explica por qué es importante para él que acepte el trabajo. Y por qué no puedo negarme.

¿Os confieso algo más?

Odio a mi jefe.

Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable*
ingresando a
[libro electrónico](#)
[libro de bolsillo](#)
[audio libro](#)



FRAGMENTO

Capítulo uno

Kaitlyn

Había dos cosas que debería haber hecho. Una era quedarme en casa y la otra, ponerme las gafas. Claro está que no hice ninguna de las dos.

—¡Cuidado con las escaleras!

—¡La madre que...!

—¡Se va a...!

Aunque la gente suele gritar mucho en las discotecas, no llegué a oír el final de la última frase. Mis pies se precipitaron hacia la nada, las luces parpadeantes de la discoteca comenzaron a girar a mi alrededor y fue entonces cuando me di cuenta de que iba a salir volando a toda máquina.

Lo primero que hice fue lanzar los brazos al aire para recuperar el equilibrio, pero mi tobillo se torció cuando el zapato chocó contra el escalón. En ese momento comprendí que mi final era inminente. En lugar de disfrutar de una vida larga y provechosa, mi existencia iba a limitarse a una línea triste en la sección de esquelas: «Joven se rompe el cuello en una discoteca». En eso estaba cuando apareció alguien más.

Lo único que alcancé a ver fue la silueta borrosa de un hombre, del que intenté sujetarme tan fuerte como pude. Pero, en lugar de tantear su cuerpo, mi mano golpeó una bandeja llena de copas de champán.

—¡Señorita, no! ¡Cuidado! —gritó el camarero, que ahora estaba lo suficientemente cerca como para poder identificarle, pero su advertencia llegó tarde. Agarré el borde de su bandeja, en la que había tanto champán como para celebrar un *brunch* con una barra libre inagotable de mimosas, y tiré de ella para estabilizarme.

La buena noticia era que, efectivamente, había conseguido estabilizarme. La mala era que el camarero no. El pobre se tambaleó, lo que provocó que la bandeja volara por los aires y termináramos los dos bañados en una oleada de champán, así como todos los que se encontraban cerca. Bueno, al menos yo ya no me estaba cayendo: en cambio, ahora chapoteaba en un mar de champán. Vaya manera de empezar la noche.

En mi intento de ayudar al camarero, hice un movimiento demasiado rápido y volví a tropezar. Una vez más me precipité hacia el suelo y tuve que prepararme para recibir el impacto. Y entonces fue cuando él apareció.

—Tiene que ser una puta broma.

Oí una voz grave e irritada resonar en el ambiente y noté también un par de manos que me encandilaron. Sus dedos, largos y fuertes, me sujetaron el codo con firmeza para que me mantuviera en posición vertical y, eso bastó para que sintiera un escalofrío de lo más agradable recorrer toda mi espalda.

—Lo siento mucho —balbuceé—. No he visto por dónde iba. No es culpa suya, no llevo las gafas y... ¡oh, a la mierda!

Me deshice de su agarre, metí la mano en el bolso y saqué unas enormes gafas fucsia con estrás y forma de ojo de gato.

No tenía pretensiones de ir a la última moda, se suponía que eran una broma. La clase de gafas que tienes a mano en caso de emergencias o como un accesorio divertido para hacer la gracia durante alguna cena. Pero, como Dios tiene un sentido del humor muy retorcido, la noche anterior me había sentado sobre mis gafas

de siempre y mi pedido de lentillas no había llegado a tiempo para la despedida de soltera de Cassie. Por eso, había tomado la insensata decisión de salir esa noche sin llevar siquiera las gafas puestas. El mundo se volvió a enfocar cuando me las coloqué sobre la nariz.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

El hombre de la voz portentosa seguía de pie delante de mí, con la expresión de alguien que acababa de pillar a un intruso intentando llevarse la cubertería de plata. No supe descifrar si estaba enfadado conmigo o con el camarero.

—¿Está bien, señorita? —Sus palabras eran corteses, pero su actitud las dotaba de un significado diferente: en vez de querer saber si me había magullado, parecía estar sugiriendo que me hallaba mal de la cabeza...

—Esto, yo... Bueno...

«Santo cielo, Katie», pensé. «Espabila, tú puedes. Eres capaz de hacer frases completas y con sentido».

Aun así, las palabras no me salían con facilidad. En un vano intento de despejar mi mente, me volví hacia el camarero, cuya camisa blanca se había teñido de color amarillo pálido, y luego miré de nuevo al otro hombre que estaba frente a mí. Él era... Maldita sea. Era todo.

Alto y de hombros anchos, llevaba una pulcra camisa negra que se adaptaba a su torso esbelto de una forma muy apetecible. En su cara se mezclaban tanto facciones suaves como duras, que le otorgaban una apariencia de estar esculpida en mármol y luego pulida hasta la perfección, y sus ojos eran, sencillamente, encantadores.

«Céntrate, por lo que más quieras», ordenó mi voz interior. «Ya sé que ha pasado mucho tiempo, ipero este no es el momento ni el lugar!».

—¿Hola, hola? ¿Puede oírme? —insistió el hombre, agitando la mano delante de mis ojos—. ¿Qué es lo que ha pasado, exactamente?

—Lo siento mucho —repetí, corriendo junto al camarero para comprobar cómo estaba. Era lo menos que podía hacer—. Estoy bien, de verdad que sí. Pero usted...

—Estoy bien, señorita. —El camarero me apartó de la forma más cortés posible, con la mirada puesta en la alfombra de cristales rotos que cubría el suelo de la discoteca, y cerró los ojos. A mí me estaba yendo fatal, pero su noche no parecía ir mucho mejor. Y todo por mi culpa.

—Ocúpate de esto, Fernando —le indicó el hombre misterioso.

Un pequeño batallón de camareros surgió de la nada tras un rápido chasquido de sus dedos. Moviéndose como una máquina bien engrasada, el grupo acordonó el desastre y comenzó a recoger los cristales y fregar el suelo, trabajando a toda velocidad mientras la fiesta continuaba sin pausa a nuestro alrededor. Me resultó odioso.

Había ido allí a pasarlo bien, no a complicarles la vida a los demás. Y esa discoteca, Dios, esa discoteca no era lo que esperaba. Para nada. Al estar situada en el ático de uno de los rascacielos más altos de Miami, esperaba que el ambiente del sitio fuera más del estilo típico de la ciudad, con luces de neón, palmeras y demás. Me había sorprendido mucho cuando entré y me topé con una escena que ejemplificaba la elegancia en su máxima expresión. El interior estaba decorado en tonos azul marino, con bancos bajos de cuero rodeando la pista de baile; las paredes estaban pintadas de color negro azulado y, en lo alto, unas arañas de cristal centelleaban como gotas de lluvia. El conjunto creaba la impresión de que Bloom era un club muy pijo y al que solo se podía entrar si eras miembro. Todo resultaba suntuoso, cómodo y opulento en extremo, y a mí eso me hacía sentir fuera de lugar.

—Me siento fatal, en serio. Puedo pagar por el inconveniente.

—En absoluto —me interrumpió el hombre, que asumí era una especie de jefe de sala—. Ha sido un accidente y... —me miró entrecerrando los ojos y su expresión pasó de enfadada a sorprendida. Me miraba a los ojos con una intensidad suficiente como para partirme el alma, y sentí que me acaloraba sin remedio hasta que me di cuenta de que solo era por mis gafas—. ¿Qué se supone que es esto?

Ay, ese tono. Podía tolerar un poco su mala educación, pero esto ya era demasiado.

—Gafas —contesté, resaltando la palabra con tono afilado—. Ya sabe, para ver.

—¿Y le funcionan? —replicó levantando una ceja. Sus ojos parecían soltar rayos láser, casi podía sentir cómo la montura de plástico de las gafas se derretía sobre mi cara.

De acuerdo, había algo que sí entendía. En lo que respectaba a discotecas, Bloom era el no va más del entretenimiento nocturno en Miami. Era imposible entrar salvo que estuvieras forrado o tuvieras el aspecto de una estrella de cine. Yo, desde luego, no estaba forrada, y me figuraba que aquellas gafas no cuadraban del todo con el estilo de Hollywood, pero ni en broma iba a aguantar que me juzgaran de tal modo por mi aspecto, a pesar de que no estaba demasiado orgullosa de él.

—Quizá unas gafas más prácticas le habrían ido mejor —continuó él, con la vista puesta en las escaleras que casi habían acabado conmigo—. ¿Cómo es que no las ha visto? No son difíciles de ubicar.

—No llevaba gafas —admití—. Está claro que debería habérmelas puesto, porque si... yo...

—Ah, así que no son para ver —dijo él—. Solo funcionan a posteriori, ¿no? Ya entiendo —se apretó el puente de la nariz y cerró los ojos un momento, como si tratara de contenerse para no destrozarme

con más juegos de palabras poco halagadores—. Supongo que no puedo culparla por no querer ponérselas.

Apretó los labios y un brillo divertido iluminó sus ojos. Estaba claro que, fuera quien fuera, a este tío le costaba mantener la profesionalidad en ese momento. Se había dado cuenta de que yo no encajaba ahí y se estaba divirtiendo a mi costa y, aun así, por mucho que me irritara, no era capaz de encontrar las palabras apropiadas con las que replicarle. Tenía la mente obnubilada por su mandíbula de simetría perfecta y con esos labios, que daban tantas ganas de besarlos. Ese hombre era, sin duda, una cruel broma del destino. Su actitud era tan cáustica que podía arrancar la pintura de las paredes, pero estaba oculta en un envoltorio tan espectacular que hubiese sido preciso que llevara un letrero de advertencia.

—Mire, no se preocupe, la próxima vez, solo... ¡Oh, vaya!

Su mirada recorrió mi cara y luego descendió hasta mi cuerpo y, de inmediato, fui consciente de la forma en que el vestido se me pegaba a las curvas. No recordaba que fuera tan ajustado ni que se hubiera mojado al punto de incomodarme.

—Oh, mierda —murmuré tocando la tela empapada del vestido estropeado por completo—. Estoy toda...

—¿Húmeda? —sugirió el hombre, y por sus labios se extendió una sonrisa de superioridad que había contenido hasta ahora. Hizo una pausa breve mientras intentaba borrar la sonrisa, que le daba un aspecto estúpido a su cara, y después continuó—: Le pido disculpas por todo esto, señorita, en serio. Tenemos una asistente maravillosa en el tocador de señoras que dispone de un armario lleno de ropa limpia para que pueda cambiarse a gusto. Ella le ayudará a arreglarse para el resto de la noche. Por supuesto que yo me haré cargo de todos sus gastos, así como de reemplazar su... —dejó la frase en el aire, pues intentaba averiguar la marca de mi vestido y fracasó en el intento—. Bueno, eso.

—¡A mi vestido no le pasa nada! —Tiré de la tela húmeda para separarla de mi cuerpo. El movimiento hizo que el vestido se pegara a mi trasero y revelara unos cuantos centímetros más de pierna. Noté que un calor incómodo se extendía por mis mejillas e intenté tirar de la prenda hacia abajo.

—No he dicho que le pasara nada. —Volvió a apretar los labios, como si estuviera intentando contener la risa, y obligó a su mirada a subir desde mi escote a mi cara—. Es solo que parece estar...

—Húmedo, ya lo sé.

—Por favor —insistió en un esfuerzo por mantener el tono profesional—, vamos a...

Bueno, ya era suficiente...

—No es necesario. Puedo pagar por mí misma, y también puedo ocuparme de esto. —Eché los hombros hacia atrás y enderecé la espalda. Parecía un pez mojado al que un gato callejero había arrastrado, y las gafas ridículas desde luego que no ayudaban en nada, pero quise aferrarme a la poca dignidad que todavía tenía. Fuera quien fuera aquel idiota condescendiente, no necesitaba de su ayuda inservible ni tampoco quería deberle nada. Me daba igual que, en cuanto a atractivo, él fuera para mí tan peligroso como una bomba nuclear—. Además, no creo que me vaya a quedar mucho rato.

—Deje al menos que la ayude a encontrar a su grupo —propuso él, y me di cuenta de que elegía con cuidado sus palabras—: O a su pareja, en su caso.

—No tengo pareja. —La frase brotó de mis labios antes de que mi consciencia pudiera contenerla.

—¿Ah, no? —la sonrisa de superioridad volvió a aparecer—. ¿Y supongo que tampoco busca encontrar una? A ver, no quiero volver a sacar a relucir el tema de las gafas, pero...

—Escúcheme, señor «Vista Perfecta» —estallé—. No todos tenemos la suerte de ver bien y yo, desde luego, ni quiero ni necesito una pareja. Ni siquiera aunque...

«Ni siquiera aunque esa pareja fueras tú», estuve a punto de decir.

—¿Ni siquiera aunque? —me instó, con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos estaban clavados en los míos y casi podía sentir que intentaba leerme la mente. La actitud del muy capullo comenzaba a afectarme, me alteraba las ideas y disfrutaba de cada una de mis reacciones.

—¡No tengo por qué darle explicaciones!

—Por supuesto que no. Pensé que iba a decir que... —dejó la frase a medias y, aunque me di cuenta de que lo hacía a propósito, no me pude contener.

—¿Que qué?

Él se encogió de hombros.

—No tengo por qué darle explicaciones.

Quise estrangularle, pero, en lugar de eso, di dos pasos hacia él. El primero lo di muy enfadada, pero el segundo fue distinto.

—No tengo ni idea de por qué cree que tiene derecho a ser tan... —Apreté los dientes y, al no encontrar las palabras adecuadas, solo pude agitar la mano hacia él con irritación.

—¿Alto? —Ahora era él quien daba un paso hacia mí. Vaya, sí que era muy alto—. ¿Encantador?

—¡Molesto! —le solté—. ¡Y nada profesional!

Eso le dolió.

—¿No soy profesional? —Su boca se convirtió en una delgada línea y el rastro de una sombra oscureció sus facciones—. Me han llamado muchas cosas, pero nunca eso.

—¡Nada profesional! —repetí, sabiendo que había encontrado su punto débil—. Ya me ha oído. Su comportamiento no es profesional y no me está ayudando lo más mínimo. ¡Yo solo quiero encontrar a mis amigos, cumplir con mi parte y marcharme a casa! —Agité la mano hacia la elegante pista de baile que era un caos—. Esto no es para mí. Yo lo sé y usted también lo sabe, así que, por favor, ¿podemos terminar de una vez con todo esto?

—Muy bien —dijo, con tono neutro y profesional. Por alguna razón, eso me decepcionó—. ¿Puede decirme a quién está buscando?

—He venido a la despedida de soltera de Cassandra Thorn.

—¿Cassandra Thorn? —dijo él pestañeando—. ¿Quiere decir Cassie?

—Sí, Cassie —repetí—. Es mi hermana. Espere, ¿cómo sabe su nombre?

Y ese fue el momento en que mi hermana eligió hacer su aparición, invocada, al parecer, por la simple mención de su nombre. Envuelta en un torbellino de volantes blancos y un tocado de tul, se estrelló contra mí, rodeándome en un abrazo achispado.

—¡KATIE! —me gritó al oído, con un aliento que contenía el tequila suficiente como para embriagarme a mí también—. ¡Puaj, estás empapada! ¿Qué te ha pasado?

Cassie me miró a mí, después miró a mi némesis y, abriendo mucho los ojos con sorpresa, se echó a reír.

—¿James? ¿Qué está pasando? ¿Por qué estáis los dos empapados? No sabía que os conocíais.

—No nos conocemos —protestamos James y yo a la vez.

—Antes no —corrigió Cassie, con los ojos brillantes mientras seguía riendo—. Pero ahora ya os conocéis.

**Obtén tu ejemplar de *Un jefe insoportable*
ingresando a**

libro electrónico
libro de bolsillo
audio libro
www.LeslieNorthBooks.com
